



EMILIO
FRUGONI

DE
MONTEVIDEO
A
MOSCÚ



DE
MONTEVIDEO
A
MOSCÚ

POR

EMILIO FRUGONI
EMBAJADOR DEL URUGUAY EN RUSIA

MONTEVIDEO



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

\$ 3 m/n.

BIBLIOTECA HOMBRES E IDEAS

El pensamiento y la acción puestos al servicio de la causa de un mundo mejor

- Vol. 1.—GRAL. DE GAULLE. *Una biografía del jefe de la resistencia francesa*, por Philippe Barrés. 300 páginas, encuadernado \$ 3.—
- Vol. 2.—LA VOZ DE LA INDIA. *Advertencia al Occidente*, por Krishnalal Shridharani. 250 páginas, enc. \$ 3.—
- Vol. 3.—EL CERCAÑO ORIENTE. *Encrucijada de la historia*, por Eliahu Ben-Horin. 250 páginas, enc. \$ 3.—
- Vol. 4.—FÉNIX. *Bases para una reorganización del mundo*, por H. G. Wells. 250 páginas, encuadernado \$ 3.—
- Vol. 5.—MÁS ALLÁ DE LA VICTORIA. *Propuestas de un militante cristiano para una paz duradera*, por Egon Ranshofen - Wertheimer. 364 páginas, encuadernado \$ 5.—
- Vol. 6.—VIDA DE ROOSEVELT. *Un estudio acerca de la suerte y el poder*, por Emil Ludwig. 288 págs., enc. .. \$ 3.—
- Vol. 7.—EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO. *Los misterios de Jesús de Nazareth*, por Annie Besant. 228 págs. enc. .. \$ 3.—
- Vol. 8.—EL FIN DEL PRINCIPIO. *Del abismo a la victoria*, por Winston Churchill. 320 páginas, encuadernado .. \$ 5.—
- Vol. 9.—LA FUERZA DE LAS NACIONES. *Estudio sobre las ciencias sociales y el fracaso de las revoluciones totalitarias*, por George Soule. 224 páginas, enc \$ 3.—
- Vol. 10.—LA RUSIA NEO-ZARISTA DE STALIN. *Impresiones, deducciones e hipótesis*, por Pierre Francès. 256 páginas, encuadernado, con 46 fotografías \$ 4.—
- Vol. 11.—OSVALDO CRUZ. *El Pasteur del Brasil*, por Phoción Serpa. 240 páginas, encuadernado \$ 3.—
- Vol. 12.—DE MONTEVIDEO A MOSCÚ, por Emilio Frugoni, embajador del Uruguay en Rusia. 224 págs. enc. .. \$ 3.—

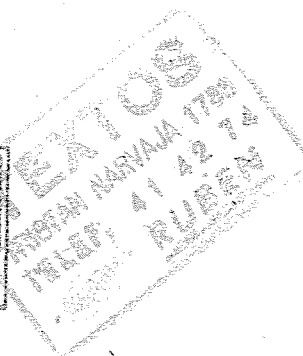


EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
DIRECCIÓN GENERAL: ANTONIO ZAMORA
OFICINAS: SAN JOSÉ 1621 AL 1645. -- BUENOS AIRES

Emilio Frugoni

DE
MONTEVIDEO
A
MOSCÚ

Crónicas de Viaje en Misión Diplomática



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES



INDICE

Emilio Frugoni. El hombre y su obra	7
A manera de prólogo	13
Desde remotas soledades	15
En playas africanas	29
El Mediterráneo. ¡Helo aquí!	47
Descubrimiento del Peñón de Gibraltar	54
Por el cielo africano	60
Argel, metrópoli de Francia libre	65
¡Alto! ¿Quién vive? ¡Francia!	74
Aquella noche en Argel	87
Hacia las riberas del Nilo	90
¡Estamos en Egipto!	99
París en Oriente	103
Radiografía de un mundo de leyenda	110
De la epidermis al espíritu	119
La modernización del Egipto o un Egipto que nace	126
El Nilo, el desierto, la esfinge y las pirámides	131
Grandeza y miseria. Las mezquitas, los palacios y los tugurios	140
El despertar de Egipto	145
El alma y el cuerpo de una nación	156
Al partir	169
La Palestina que no he visto	176
Sobre el Asia volamos	188
En la U. R. S. S. ¡Al fin!	196
La Odisea que no hubiera podido narrar Ulises	204

APENDICE

Dos transmisiones radiales. (Inaugurando una práctica diplomática)	215
---	-----

Emilio Frugoni

EL HOMBRE Y SU OBRA

La EDITORIAL CLARIDAD presenta un nuevo libro de Emilio Frugoni. El está compuesto con las crónicas del viaje realizado por el autor desde Montevideo a Moscú, publicadas en su mayor parte, en el diario uruguayo "El País" y, además, con los discursos transmitidos por radio desde la capital de la U. R. S. S. dirigidos al pueblo del Uruguay y que éste no pudo oír por deficiencias técnicas de las trasmisiones.

La extraordinaria fuerza descriptiva de estos relatos, parecería llevarnos como de la mano a ponernos en comunicación directa, casi objetiva, con ambientes, circunstancias, hechos y personas que se van presentando como a lo largo de una película cinematográfica, exhibiendo las características típicas de cada uno de los sitios visitados, revelando sus más curiosos aspectos geográficos, así como también las diferencias étnicas, religiosas, económicas, políticas y sociales que el viajero nota y anota respecto de diversos pueblos del mundo.

Estas crónicas escritas en el estilo ágil, flúido, rico en imágenes, denso en pensamiento y exacto en materia documental, que distingue y caracteriza a la prosa de Frugoni, en las que no falta la nota chispeante ni el calor emotivo, ni está ausente su maravilloso don para la comunicación del sentimiento y de la idea, nos arrastran en su lectura con suave y persistente interés que no nos abandona hasta el instante en que nuestros ojos se detienen en el punto final del último de sus párrafos, lamentando, entonces, la terminación de un viaje que, a no mediar las peripecias y sacrificios soportados por sus actores, hubiéramos deseado mucho más largo.

Innegable acierto el de reunir en un libro los relatos de este viaje. Contaremos así, en forma ordenada y al alcance de nuestras manos, con un material de información al cual tendremos que apelar muchas veces para recabarle datos y refrescar conocimientos teóricos, aparte de la importancia que tendrá este libro como documento vivo para las jóvenes genera-

ciones del Uruguay y de América respecto a la ejemplar conducta y espíritu de abnegación de un hombre que, con más de cuarenta años de lucha intensa y desgarradora y sesenta y cuatro de edad, abandona las comodidades de una existencia que recién comienza a serle más o menos placentera, para lanzarse a la aventura de una travesía de millares de kilómetros en un barco de carga armado en guerra, para cumplir con el deber superior de servir elevados intereses nacionales, en una tarea que él mismo denominara como "servicio de guerra."

No ha sido el suyo, pues, un viaje de placer a bordo de uno de esos grandes y seguros transatlánticos, rodeado de todas las comodidades, en que es posible liberarse de las ataduras de la vida cotidiana para sumergirse en un mundo de contemplaciones y meditaciones.

Lejos de ello, acaso puedan compararse travesías como ésta, por sus vicisitudes, peligros, privaciones e inseguridades, con las de aquellos históricos y arrojados navegantes que se internaban en la misteriosa vastedad oceánica, confiados a los elementos, empeñados en descubrir otros mundos.

Guardando las distancias históricas, Frugoni va también a descubrirnos un nuevo mundo.

El ha ido a Rusia a trabajar y estudiar para darnos de ella un mayor y acabado conocimiento, a procurar su acercamiento espiritual, cultural, político y económico con nuestro país, o para decirlo con sus mismas palabras, "a ver con los ojos abiertos y la conciencia más abierta todavía, para informarles a los uruguayos y a quienes quieran escucharnos, qué es la Unión Soviética."

Por las noticias que nos llegan, su correspondencia particular y la de sus compañeros de embajada, sabemos ya, a un año de su partida, de los esfuerzos realizados para lograr la adaptación al medio en circunstancias como las actuales en que las dificultades se multiplican, de su labor permanente y tesonera de todos los días, de la intensidad de sus estudios y de los proyectos elaborados para iniciar de inmediato o tan pronto como termine esta terrible conflagración, un amplio intercambio cultural y comercial ruso-uruguayo.

* * *

Esta misión de Frugoni, tiene una importancia decisiva para su futuro personal, cargando sobre sus hombros, una doble

responsabilidad, la que entraña el cumplimiento de la gestión oficial y diplomática que le ha confiado el gobierno de su país y la que le asigna la opinión pública uruguaya que espera conocer a su regreso, la verdad sobre Rusia.

Para quienes conocemos las elevadas dotes morales e intelectuales del Embajador del Uruguay, no dudamos del éxito total de la primera y el asentimiento unánime del gobierno de su patria y, si bien creemos con firmeza que la segunda será cumplida con idéntica escrupulosidad, honestidad y a plena conciencia, para que sea el trasunto fiel e imparcial de sus estudios, observaciones y experiencias, sabemos que ella está expuesta a dejar a muchos desconformes.

El no ignora esta posibilidad y su espíritu previsor, le hizo advertir, en vísperas de su partida, que corre el riesgo de quedarse solo al decir la verdad, "porque la verdad destruye a menudo muchas ilusiones excesivas o abate prevenciones exageradas."

Parecería suicida para un líder político, afrontar los riesgos de tener que emitir juicios que pudieran significarle antipatías de sectores populares que le aplaudieron a su partida y lo incitaron a realizar la experiencia.

Pero esta contingencia, ni imposible ni improbable, jamás podrá gravitar en el ánimo de Frugoni para amedrentarlo o llevarlo a tergiversar hechos o conclusiones. Sus juicios, sus opiniones serán lo que siempre han sido: el dictado de su conciencia, contra la que nunca ha estado, aun cuando haya tenido que estar contra todo y contra todos.

La verdad ha sido el atributo maravilloso de su recia personalidad de luchador infatigable, entregado, como él mismo lo expresara, a la política de la verdad, con la que no siempre se vence, ni siempre se convence, pero con la que siempre se queda bien frente a la propia conciencia y se educa al pueblo para que un día rompa definitivamente con el engaño y la impostura.

Considero oportuno reproducir aquí, un párrafo de uno de sus últimos discursos de despedida, para que se tengan presentes el espíritu y los propósitos que inspiraron su misión diplomática:

"...Pero lo que el político estaría dispuesto a decir, no siempre ha de poder decirlo el diplomático. Mientras lo sea, me informaré lo más que pueda con el legítimo propósito de ilustrarme debidamente respecto al medio donde actúo, pero no

deberé posponer el cumplimiento de mis obligaciones funcionales y de mi conducta como ministro, a ninguna solicitud de otro orden. Manteniéndome en ese terreno mucho podrá hacerse, por cierto, en beneficio del país, aún mismo desde el punto de vista de las informaciones, pertinentes a la misión específica de un ministro plenipotenciario. Ya he dicho que la legación del Uruguay ha de ser en la U. R. S. S., algo así como un seminario de investigaciones para poner a nuestro Estado y a nuestro pueblo en conocimiento de los progresos allá realizados en todos los planos y campos de la vida nacional que puedan ser útiles a nuestra existencia colectiva."

"Nuestra legación no es, en definitiva, sino un modesto equipo de trabajo del que deseo obtener la mayor eficiencia posible."

Este párrafo traduce claramente las finalidades del viaje, y este libro es un anticipo de los propósitos enunciados.

El autor ha ido observando y estudiando en una travesía de tres meses, vidas y costumbres de diversos pueblos, ahondando sus profundos conocimientos con el potente lente de la observación directa, acaso, entrenando su espíritu de investigador y ejercitando la visual para mejor desentrañar, en un campo de operaciones más complicado y amplio, todos los factores que actúan en el desenvolvimiento de la vida de una gran nación.

Rusia, geográficamente la sexta parte de la extensión de la tierra, con una población de ciento ochenta millones, formidable crisol de razas, despierta hoy la admiración del mundo civilizado por el enorme y sublime sacrificio de su pueblo en la lucha que, al lado de los países aliados, está librando para derrotar a las fuerzas invasoras del nazismo. Ella tendrá sin duda, rol predominante en la orientación y reestructuración del mundo de posguerra y, millones de seres humanos, de todos los continentes, vuelven sus ojos hacia esa realidad, esperanzados en que ha de saber cumplir con su deber colaborando leal y sinceramente en la elaboración de la paz permanente, que consolide en la práctica los ideales de libertad, consagre en la realidad de los hechos el principio de la soberanía de los pueblos, elimine las apetencias imperialistas y establezca, definitivamente, la armonía internacional sobre justas bases de seguridad y garantías económicas, políticas y sociales para todos los pueblos de la tierra.

Frugoni, que ama al pueblo ruso como al de su propio

país, aun cuando no aplauda su régimen político, podrá ser un eficiente colaborador del gobierno de la U. R. S. S. en esa magna tarea, no sólo como representante del Uruguay y embajador de América, sino también como apóstol del Socialismo, al que ha consagrado todas sus energías y todos sus sueños.

Si esas circunstancias no se dieran y sus anhelos se vieran entorpecidos, la llama de sus ideales de redención humana, continuará encendida, y él de pie junto a ella, abierto el pecho a las más puras y legítimas solicitudes del alma colectiva, fuerte con los poderosos, humilde con los humildes.

Su vida y su obra nos pone a cubierto de que estas afirmaciones puedan ser interpretadas como resultantes de un espíritu sectario, ideológicamente identificado con el Maestro que admira y respeta.

Otros que, no son por cierto sus amigos políticos, han emitido juicios y conceptos elogiosos para Frugoni que exceden en mucho a los que personalmente dejamos consignados. Así, por ejemplo, en oportunidad del acto realizado el 17 de diciembre de 1943 en el paraninfo de la Universidad de Montevideo, en homenaje cívico que le tributara la ciudadanía uruguaya, el doctor Carlos M. Prando, expresó:

"De él, pues, que tiene todo el sentido de lo heroico, a la manera con que Carlyle quería definir los héroes, porque radica en la sinceridad de sus convicciones, podemos decir: si es grande por su inteligencia, si fué grande por su integridad, si fué grande por su sacrificio, por los hermosos sentimientos de su corazón, si entró en la lucha sin miedo y con conciencia, y se mantuvo en ella valerosamente y salió y se mantiene sin mancha, porque no hay vida más pura en el orden público que la de este recio luchador, proclamémoslo como un motivo de legítimo orgullo nacional, como un gran valor de los nuestros, y cuando en el andar del tiempo, en las sombras impalpables de las penumbras del tiempo haya que señalar un momento inicial de la reforma social, las ideas y la obra de Frugoni quedarán como una columna de fuego y la figura de este recio luchador se presentará en todo su relieve y al pie de su pedestal podremos poner, como usaban los antiguos, un calificativo para definir los valores radicales de su moral y de su inteligencia, como en el caso de Aristides, a quien los griegos llamaban "El Justo", Emilio Frugoni, "El Incorruptible".

Y aún podríamos transcribir los enjundiosos juicios del doctor Eduardo Rodríguez Larreta, que lo proclamó Maestro,

declarando que él les había abierto el alma y enseñado a sentir el dolor humano, o aquellos otros inolvidables conceptos del doctor Eduardo Couture, catedrático de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, que expresó que Frugoni es un símbolo de la Universidad del Uruguay y que si ésta no es capaz de mantenerse fiel a sus ideales, es preferible que cierre sus puertas. . . "A vivir de recuerdos, si el alma no tiene altura suficiente como para vivir a la altura de los recuerdos."

Aguardamos el regreso del Maestro para escuchar la nueva lección y recoger de sus labios su pensamiento renovado por la visión de más dilatados horizontes y enriquecido con el aporte de las más modernas corrientes universales.

HÉCTOR D'ELÍA.

Montevideo, febrero de 1945.



A MANERA DE PROLOGO

Este es un libro que ha brotado al borde de un camino, como ciertos árboles. ¡Feliz el autor si su libro sirve para que otros caminantes hallen al amor de sus hojas alguna sombra amable donde reposar!

He reunido en él las correspondencias que iba escribiendo durante la travesía de tres meses que me tocó llevar a cabo para trasladarme de Montevideo a Moscú. Está escrito con los ojos. Las impresiones que aquí colecciono son casi puramente visuales. Son de esas que se recogen, sobre todo con la vista, en el contacto superficial con medios sociales o históricos que no se ha tenido tiempo de penetrar más allá de la corteza, y que sólo se encaran en sus aspectos exteriores, como se observa un paisaje de esos que van desfilando por la ventanilla de un tren o por la mirilla de un avión.

No digo, sin embargo, una verdad completa cuando afirmo que sólo con los ojos he escrito este libro. No sería mío si no lo hubiese escrito, asimismo, con el corazón. Mi sensibilidad entera se ha empleado, sin duda, en la minuciosa reseña de ese viaje, sobre todo por lo que éste significaba para mi vida en el doble plano de lo privado y de lo público.

Es, en cierto modo, el diario de un viajero que realizaba dos viajes en uno: el de la excursión geográfica y el de la incursión en un mundo no menos nuevo y extraño para él, el de la vida diplomática, al que llegaba a través de ese largo y alucinante corredor de leguas; de ese zaguán de múltiples horizontes a cuyo término hallaría el castillo encantado, donde le aguardarían tal vez hadas milagrosas y duendes maléficos, genios protectores o adversos. . .

En estas páginas hallará el lector los comienzos de esa aventura —no quiero disimularle su sentido profundo llamándole "experiencia"— que me tentó, a mis años, más todavía que con el miraje de las adquisiciones para el espíritu curioso, con el desafío de la responsabilidad que arrojaba de golpe sobre mis hombros.

Acaso sea necesario leer estas páginas para comprender mejor las que un día daré asimismo a publicidad con el resultado

de mis observaciones en el mundo social y político, que fué el verdadero fin y destino del viaje aquí reseñado.

Como un cronista de lo que he visto, y a ratos como un simple cronista de mí mismo, he relatado mi modestísima y vulgar odisea, sin Ulises y sin Calipsos.

¡Que los dioses me sean propicios ahora, en el ánimo del lector!



DESDE REMOTAS SOLEDADES

Henos aquí en alas de una aventura de contornos casi novelescos, capaz de exaltar la imaginación de todos los jóvenes de nuestro país.

Muchos de ellos han de envidiarnos, sin duda, más todavía que nuestra condición de hombres que van a ver a Rusia, esta imprevista contingencia algo fantástica de únicos pasajeros de un barco de carga armado en guerra, en la que nos toca compartir —¡y con qué dicha!— las normas de vida de una tripulación laboriosa, sencilla, sobria, respetuosa, afable y alegre, a través de una plácida navegación de días y más días por mares clamorosos extendidos sin término ante la fuga lenta y casi imperceptible de los horizontes.

Desde que decidí aceptar este brusco cambio de la rutina de mi existencia sedentaria, para arriesgarme en las vías difíciles de una experiencia diplomática, cuya condición previa es la realización de una travesía de muchos miles de kilómetros, por aire o por mar, y aun por uno y otro elemento, y por tierra además, estoy viviendo como en un sueño. Pero nada aun me había dado tanto la sensación del mundo de la fantasía, como este viaje que soñarían para sus vacaciones todos los muchachos del mundo, por lo que tiene de deliciosa peripecia juvenil en la que mis 64 años parecen retirarse de puntillas ante una inesperada realidad de romance, para no desbaratar el encanto o no despertar al durmiente de su sueño de juventud.

Momentos hay en que me parece estar viviendo, como actor, una de esas escenas de biógrafo que nos transportan a la cubierta y a los interiores de un barco internado en la misteriosa soledad de los océanos, que puede ser éste en que navego; y mirando en torno mío me asombro de hallarme entre personajes de película, en un ambiente que resulta la copia involuntaria de cuadros vivos inspirados en él. Veo allí, a mi lado o frente a mí, figuras que parecen escapadas de uno de esos films realistas que reflejan la existencia de estas gentes con las cuales convivo.

Dos días después de salir de Montevideo y tras una permanencia de pocas horas en Buenos Aires, un viaje de catorce

horas en ferrocarril y una estada de más de un día y medio en Bahía Blanca, nos embarcamos abandonando esta progresista ciudad del sur argentino al promediar la tarde, no sin antes recibir la agradable impresión de hallar en la prefectura marítima funcionarios correctísimos y amables.

Un barco norteamericano que había descargado algunos miles de toneladas de carbón en Montevideo y que había llenado sus sentinas de trigo en Bahía Blanca, era el que debía conducirnos. Atracado al muelle aguardaba que llegásemos nosotros y el capitán, para hacerse a la mar. Arribamos antes que éste, y pocos instantes después, levadas las anclas, comenzaba, mientras nos íbamos separando sin prisa de la tierra firme de nuestro continente, esta inmersión apacible en la atmósfera alucinada de una etapa, vulgar en sí misma, si se quiere, pero extraordinaria sin duda en el trivial encadenamiento de nuestras vicisitudes cotidianas.

* * *

El personal de la Legación Uruguaya en la U. R. S. S. iba allí, ocupando con sus equipajes y los bultos de carga que lo acompañan, buen espacio en las bodegas del buque, pero disponiendo para cuatro personas de un solo camarote.

Era todo lo que se nos había podido proporcionar, todo lo que se nos había podido ofrecer, y lo que habíamos aceptado, conscientes de que ésa era, en definitiva, la mejor manera posible de salir sin riesgos y con tiempo bastante al encuentro de nuestras nuevas obligaciones oficiales. Eso da idea, por sí solo, del carácter que reviste nuestra larga excursión marítima y del género de vida que nos toca llevar en esta embarcación donde los pasajeros no son sino tripulantes accidentales a quienes no se les puede facilitar sino un sitio improvisado para que gocen, cuando mucho, de las comodidades propias de los oficiales dentro de la comunidad, comiendo con ellos en el comedor colectivo, bañándose en los baños comunes, reuniéndose y jugando al ajedrez o a las cartas con ellos en las sobremesas, o con los marineros en las expansiones vespertinas sobre la cubierta de popa.

Para trabajar, el Capitán —un marino de la Armada, culto, jovial y campechano, siempre atento a proporcionarnos lo que pueda contribuir a hacernos más grata la vida en su barco—,



El Dr. Frugoni al subir al capor en el puerto de Montevideo, acompañado de su amigo y compañero Máximo Dante

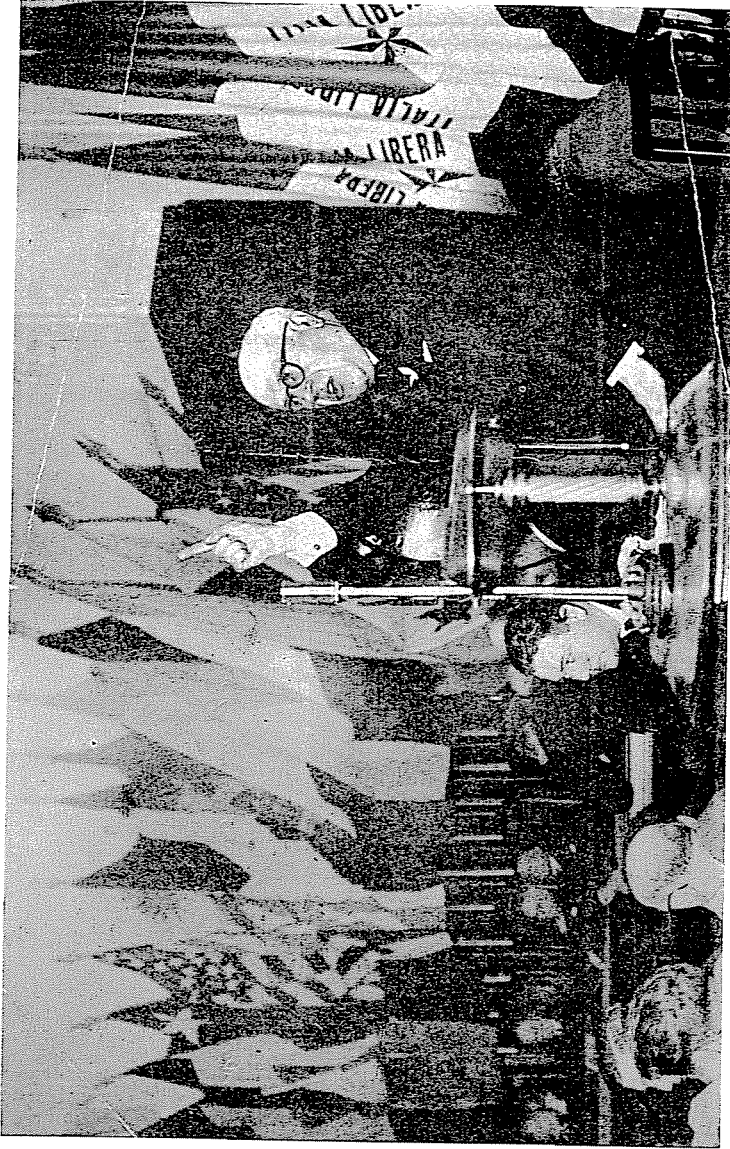
nos ha destinado en el propio puente de comando, en la cabina de los instrumentos náuticos, un espacio con mesas y sillones, adonde llevamos una máquina de escribir y nos pasamos, especialmente Jaunarena y yo, algunas horas todos los días escribiendo.

No se crea que la convivencia de los cuatro pasajeros en un único camarote se traduce en molestias. Es admirable como está aprovechado el espacio en esta construcción flotante. Las cuchetas —dispuestas de a dos, en planos superpuestos—, son amplias, con mullidos colchones y almohadas de pluma; y queda espacio en la cabina para un lavabo, un banco largo y cuatro roperos empotrados en la pared lateral, con bastante capacidad cada uno. Un ojo de buey, al que se le adapta de noche una reja —el *black-out*—, que no deja pasar en absoluto la luz, pero sí el aire, ventila suficientemente el camarote, cuya puerta puede además dejarse abierta porque da hacia corredores internos. Un marinero nos arregla las camas y la pieza y nos renueva con mucha frecuencia las ropas de aquélla y las toallas.

Mis tres compañeros, jóvenes los tres (el mayor de ellos, el doctor Cruz Goyenola, no ha cumplido los 40 años), no se sienten molestos en lo más mínimo en esa camaradería de hombres de mar, entre los elementos de ese confort en el que nada sobra, pero tampoco nada falta; y yo, contagiado de su optimista juventud, y acostumbrado por lo demás a preferir la sencillez sobre todas las cosas, no cambiaría esta parca comodidad saludable y amena por ninguna forma de la abundancia y del lujo.

También la comida es buena, sin salirse de las reglas de una sobriedad adecuada al servicio que prestan estos barcos y estos hombres. No hay en la mesa de los oficiales —con los cuales comemos, ocupando yo un sitio a la diestra del Capitán—, vino, ni ninguna bebida alcohólica. Sólo circulan en ellas unas grandes garrafas de agua que algunos días es de limón, ligeramente azucarada.

A las 7 y media de la mañana, a mediodía y a las 5 de la tarde se come. Pocos platos, y no mucha variación, pero abundantes y de sustancias por lo general de primera calidad; casi todos ellos, eso sí, elaborados a la manera de la cocina yanqui, tan monótonamente emparentada con el gusto de la



Frugoni hablando en un acto de confraternidad internacional en el Ateneo de Montevideo, días antes de su partida.

farmacopea, aunque ofreciendo sobradas compensaciones en los postres, mermeladas, cremas y bizcochos.

Las comidas se realizan, como es natural, sin ninguna exigencia exterior, con la indumentaria del trabajo. No son sino treguas en la labor de esa gente atareada, que se sienta en torno de las mesas del refectorio para restaurar sus fuerzas, sin más requisito que el de la espontánea corrección de estas personas sencillas, algunas de apariencia ruda, verdaderos lobos de mar, pero todas de agradable compostura, muy prudentes en sus expresiones y actitudes, que hablan poco entre sí, cada uno a su tiempo, sin levantar las voces, naturalmente fuertes o broncas, más allá de lo normal y sin incurrir jamás en el grito o en la vocinglería destemplada.

Entre esos hombres uno se siente a gusto. Es como si llegase hasta uno, de esas naturalezas francas y sin complicaciones, una tácita exhortación a despojarse de todo estiramiento y de toda artificiosidad. Nuestro ser esencial no tarda en ponerse, limpio y desnudo, en medio de esos seres elementales que piensan honestamente en sus deberes de todos los días y los cumplen sin exasperaciones, sin alardes, sin la más mínima estridencia, con sus rostros curtidos por el aire y el sol, de facciones viriles, con ojos que miran de frente y bocas enérgicas, fáciles a la risa y a la broma jovial.

* * *

Las relaciones entre la oficialidad y la marinería se desenvuelven en los tonos de una disciplina que no tiene nada de férrea ni de adusta, sino que es más bien amistosa.

No hay en el trato recíproco rituales de diferenciación jerárquica, ni signos de sumisión de unas categorías a otras. No hay venias militares ni obligación para el marinero de cuadrarse ni siquiera de ponerse en pie cuando le habla un superior. Las diferencias se notan —no siempre—, en la indumentaria y en el hecho de que los marineros comen, la misma comida de los oficiales, en dos comedores más sencillamente arreglados y duermen en camarotes distintos, más estrechos.

El mismo carácter de barco mercante, con una tripulación civil contratada para cada viaje, impone a ese respecto diferencias notables con un buque de guerra; sin embargo esta embarcación de catorce mil toneladas, ciento treinta y cinco me-

tros de eslora y su corte de navío de combate está pronta para luchar, con sus ametralladoras y cañones antiaéreos. Todos sus tripulantes están adiestrados para desempeñar una función determinada en caso de pelea. Entre ellos vienen dos docenas de soldados de marina, conscriptos de la armada, encargados de manejar las armas, a cuyo efecto se ejercitan diariamente los novicios, entre los cuales hay un par de cadetes, hallándose todos ellos bajo el mando de un oficial de infantería de marina.

Es el nuestro uno de esos navíos de carga, que pertenecen a un tipo especial de construcciones, de las que se echan al mar una cada trece días en los astilleros de Estados Unidos, y en las que llama la atención el formidable equipo de maquinaria, para las operaciones correspondientes, que ocupa gran parte de la cubierta.

Setenta y nueve personas, incluso nosotros cuatro, componen la población de esta casa movедiza que hasta ahora se va desplazando serenísimamente a través de un oleaje tranquilo donde se ha disuelto todo el añil del mundo para pintar de azul intenso la raya circular de los horizontes y teñir, por entre el niveo rizamiento de las espumas las chapas de hierro de nuestra quilla. Esta, con un leve escarceo, adelanta enhebrando latitudes bajo la contemplación maravillada de los días y noches espléndidos de este dulce verano que nos acompaña.

Y nosotros nos pasamos largos instantes viendo cómo el buque se abre paso en ese azul profundo labrándose, a uno y otro lado del casco, unas efímeras veredas de jaspe líquido, de verdes tonalidades, con estrías y vetas de espuma blanca que forman caprichosos dibujos incesantemente borrados y reconstruídos.

Nuestra mirada se pierde en todas direcciones, sin ver cosa alguna que no sean, el cielo arriba, sólo dos o tres veces encaipotado, y el mar abajo, con su inmensurable extensión sonora salpicada, unos días, por el rítmico rompimiento de las olas en un pausado relampagueo de espuma; y otros días uniformado en la unanimidad azul de sus olas incólumes que se dirían contenidas, como si estuviesen por romper, y no quisieran, el hervor latente en sus entrañas.

En los primeros días veíamos, de tanto en tanto, bandadas de gaviotas que revoloteaban en torno nuestro y se lanzaban, con sesgado ademán de sus alas extendidas, hacia la cresta de las olas como para arrebatarnos un copo de espuma y

levantarse con él adherido al pecho. También algún albatros nos ha seguido, tardes enteras, solitario y enigmático, ora adelantándose a nuestra marcha, ora quedándose atrás para alejarse y tornar en una especie de juego infatigable.

Hemos visto nubes de pececillos voladores a poca distancia del navío, en el trozo de sombra proyectado por éste sobre el mar. Semejaban mariposas alargadas, muy blancas, volando en cortos vuelos sobre la cresta de las olas.

A mediodía —cuando reina la calma—, el cabrilleo del sol en esa planicie azulada en que la inquietud del oleaje es apenas un estremecimiento, siembra por todos lados y en todos los sentidos una infinidad de piedras preciosas, de trozos de cristal resplandeciente, de diamantes deslumbradores, de gemas de hechicería, que quedan como engarzados en ese fondo azul del agua y rodean a la nave, en su marcha gloriosa, de un acompañamiento como de luciérnagas diurnas pegadas al suelo.

De noche... Sólo una noche en que brillaba la luna, salimos a cubierta a hacer nuestra comunión de espíritu con la gran hostia alzada por el cosmos en el altar del firmamento para la consabida consagración de soñadores, líricos y enamorados; pero también para ofrecer a todo amante de la naturaleza un espectáculo que aquí, en alta mar, bajo el cielo del trópico con sus constelaciones estupendas, de un brillo frenético, es siempre único e inolvidable.

Las circunstancias no autorizan a menudear la permanencia en la cubierta del buque después de entrada la noche, cuando se da orden de cubrir las luces y hay que andar a oscuras, guiándose a tientas por las bordas, pues el simple fulgor de un fósforo puede tornarse un peligro inminente.

No andamos por sitios de riesgo. Seguimos rutas de toda seguridad en cuanto a las contingencias bélicas. Pero nos rigen las ordenanzas generales.

¡Qué ración de luna en el mar nos dimos esa noche magnífica, a los quince días de viaje, mientras navegábamos acariciados por el soplo tibio de las brisas ecuatoriales, que nos llegaban atenuadas por el fresco de los vientos que la colocación de nuestra nave, a muchas millas de la costa, nos permite gozar todavía a estas alturas!

No puede describirse ese camino de plata que, cuantos han navegado han visto siempre con emoción, tendido sobre la alfombra sombría de las olas desde la puerta encantada del saté-

lite cuando asoma en el horizonte; ni la escala temblorosa de seda fulgurante que desciende desde los astros a humedecerse en la risa múltiple de las espumas, que ellos hacen brotar con su luz, como con una varita mágica, del compacto bloque de sombras líquidas circundantes. Ni cabe dar idea del hechizo imponente y extraño que adquiere toda la infinitud del océano tocado plenamente por la claridad nacarada del cándido planeta!

* * *

Volviendo nuestros ojos al interior de esta nave —mitad de carga, mitad de guerra—, con sus torrecillas blindadas en la proa y en la popa, nuestro mundo ocasional en el que nos sentimos renacer a una nueva vida, ¡qué lecciones de vida sana y de filosófica modestia se adquieren junto a estos hombres viriles y en medio de estas costumbres austeras, de las que se halla desterrada toda inútil o perniciosa superfluidad!

También de la marinería nos hemos hecho amigos. Gran éxito ha alcanzado entre ellos el Secretario de la Legación, Mario Jaunarena, con los conciertos de armónica que improvisa, a veces en dúo con un marinero que rivaliza con él en la ejecución del popular instrumento.

El doctor Cruz Goyenola se ha conseguido entre los marineros algunos discípulos de español, entre ellos dos que han dejado sus novias en Montevideo, adonde piensan volver pronto para casarse.

El agregado Comercial, señor Elpern, pica más alto en materia de enseñanza del idioma, pues se ha constituido en profesor de castellano del Capitán, a quien indudablemente "explota" porque le enseña menos español que el inglés que logra aprender de su discípulo.

Hemos tenido la sorpresa de hallar entre los marineros un compatriota, el joven León Asiner, quien nos ha confirmado aquello de que los uruguayos son pocos pero están en todas partes. Habla —naturalmente—, nuestro idioma; y lo habla asimismo, aunque con dificultad, un marinero californiano, hijo de padres mexicanos, que tiene nociones de lo que es el socialismo, cita a Norman Thomas, ha oído hablar de Eugenio Debbs y admira a Marx; y un hijo de italiano, que además de hacerse entender muy bien en la lengua de sus padres algo sabe de la nuestra.

Entre esos hombres transcurren nuestros días. Frecuentemente, cuando salen, terminadas sus tareas, a la cubierta de popa a departir tranquilos y lacónicos; a jugar con un perro que se traen desde Alaska; a fumar sus cigarrillos de Virginia o sus pipas de cerezo; cambiamos con ellos algunos comentarios, respondemos a sus preguntas, y nos sentamos junto a ellos para presenciar algunas prácticas de box, mientras el crepúsculo despliega en las bambalinas del cielo la fantasmagórica escenografía de esas puestas de sol en que el mar y las nubes se asocian para que el descenso del inmenso disco rojo se produzca como en un colosal acto de magia, entre una orgía de colores y una sensación de melancolía creciente por cuyo efecto parecería que nuestra alma se infunde en la naturaleza mientras la naturaleza, con su gravedad silenciosa, invade y suspende nuestra alma.

* * *

Ayer, precisamente, presenciamos una de esas escenas de la tragedia cósmica en que el sol actúa como protagonista, rodeado por un largo coro de blancas nubes y asistido por la inmensa solicitud del mar, que pone a su planta, cuando él llega al horizonte, una alfombra de oro incandescente con bordes de nítidas espumas. A poco la transformará en oscura mortaja del héroe. Este se hunde desangrándose en ríos de luz esparcidos en su torno para teñir el espacio todo de las más imprevisitas y delicadas coloraciones, dejando en nubes y olas un reguero de exquisitos matices, como si colgase y extendiese por todos lados sederías inverosímiles en un último despilfarro de sus tesoros de gran señor oriental.

Una vez el sol oculto, el paisaje se concentra en tonos más severos. El mar recoge su alfombra de oro, y sus olas se vuelven más majestuosas. Ahora, desgarradas por la nave, se vuelcan hacia atrás como si se echasen de espaldas, y muestran un fondo violeta semejando suntuosos volados de terciopelo que se despliegan pesadamente.

El firmamento se torna opaco, y el estirado raso de sus lejanías despejadas de nubes comienza a ser sutilmente rasgado por el alfilerazo de alguna estrella precoz, tan blanca todavía que parece una gota salpicada del mar.

Por estas latitudes los crepúsculos son breves. Transcurre, sin embargo, algún tiempo todavía, durante el cual, mientras

se extinguen del todo los últimos vestigios del día en la dulce agonía de la tarde, sólo un lucero asoma titilante hacia el este, vigilando con su ojo de diamante la cadenciosa marcha de nuestro barco. Pero después van apareciendo hacia los horizontes otras estrellas que arrojan en el mar —de una tersura perfecta de lago en calma—, sus aparejos luminosos para una pesca imposible. El cenit se puebla también de astros, y ahora la arboladura del buque (llevamos tres altos palos con el cordaje y las roldanas para las operaciones de carga), avanza como colgado desde el firmamento por el vuelo tranquilo de las constelaciones. Como desde el lugar donde estamos no vemos del otro lado del casco el mar, ya oculto por las sombras, si nos volvemos hacia las jarcias podemos creernos que el buque va por el aire con su mesurado cabeceo de enorme cuna donde un hada invisible mece, día y noche, nuestros ensueños.

Luego nos refugiamos en el comedor, donde nos reunimos a jugar al ajedrez entre nosotros o con algún oficial de los que deja libres el horario de sus ocupaciones, entre ellos aquel teniente de la armada que comanda a los conscriptos, joven de 26 años, que habla un francés bastante inteligible, aprendido en dos años de escuela pública, y que nos ha sorprendido por sus conocimientos literarios. Ha cursado estudios universitarios, ha leído a todos los grandes poetas franceses, en francés o en traducciones inglesas, y cita versos de Verlaine, de Rimbaud, de Baudelaire. Conoce poetas españoles, sobre todo García Lorca, cuyas "Bodas de Sangre" leyó en su traducción al inglés. Es un espíritu fino de intelectual que resulta extraño en este medio al cual pertenece, sin embargo, por su espléndido vigor físico, su familiaridad con las cosas de la marina y su seriedad en el cumplimiento impecable de su deber.

Un altoparlante de la radio preside esas reuniones en el comedor, con música y cantos trasmitidos de las estaciones yanquis o británicas. Pocos y breves noticiarios de guerra hemos escuchado desde que navegamos. Algunos de ellos en español, gracias a la deferencia del amable Capitán que nos ha brindado breves captaciones del Uruguay, cosa no siempre posible.

Hemos tenido así la emoción de escuchar voces amigas en algunos comentarios y noticiosos. Hasta la hora de Italia Libre, de "El Espectador", escuchamos una tarde, oyendo la impecable dicción italiana del amigo Cilla.

De ese modo, en fugaces contactos con el exterior, vamos

apenas vislumbrando, como si mirásemos al mundo de tarde en tarde por el agujerito de una cerradura, lo que ocurre en el inmenso escenario de los acontecimientos históricos.

* * *

Nos sentimos prisioneros de la distancia. Adelantamos entre la soledad inconfínada, con abismos de leguas líquidas entre nosotros y la tierra, que sólo salvan esas voces de la radiotelefonía, que no siempre nos es dado escuchar y a veces no logramos, por diferencias del idioma, entender.

Ello contribuye, no poco, a la placidez de esta serena travesía, que nos aparta de la vorágine de los sucesos actuales para sumirnos en una provisional ignorancia de todo mientras marchamos, conducidos amistosamente como ciegos por una mano misteriosa, hacia el destino lejano.

Y así nos acercamos al primer puerto de escala. El vapor ha venido cruzando el Atlántico del Sur al Noreste, y ya cortamos aguas del África, que nos aguarda con los agrios y ardientes perfumes que esparce a los vientos del trópico el verde abanico de sus cocoteros.

El clima es, en nuestra embarcación, pese al auxilio de las ráfagas marinas, de más en más caluroso. Los marineros andan con el torso desnudo. Los oficiales y nosotros hemos recurrido a los *shorts* y a las camisas de cuello abierto y mangas cortas.

Bajo el sol implacable se vuelven dignos de compasión los muchachos que con su casco de acero en la cabeza hacen guardia en las torrecillas. Ellos y las maniobras de salvamento que cada seis o siete días se realizan, obligándonos a colocarnos nuestro salvavida apenas suena la campana de alarma, nos traen viva y aguda la certidumbre de que no hemos logrado evadirnos de la órbita de la guerra, sino que viajamos en su sombra y bajo su gravitación, entre estos hombres ordenados y resueltos que realizan —sin la más mínima tentación de envanecimiento—, ese heroísmo sin laurel pero altamente meritorio, de dar la vuelta al mundo proveyendo de carbón o de trigo o de lo que haga falta, a pueblos y ejércitos, entre riesgos reales para los que deben precaverse colgándose el fusil al hombro mientras llevan a cabo sus tareas pacíficas.

Hay entre ellos un anciano de 75 años, el primer cocinero,

y otro de 72, el primer ingeniero de las máquinas, que podían haberse retirado a pasar sus últimos años en el seno de su familia, pero han preferido continuar en sus puestos. Cuando uno de nosotros le preguntó al segundo de ellos, un anciano de gran fortaleza y excelente salud, con rostro de hombre bueno, de mirada dulce y paternal bajo sus lentes de miope, por qué había vuelto a emprender sus funciones siendo así que se halla en condiciones de retirarse con algunas ventajas a vivir con sus hijas, dos solteras y dos casadas, respondió simplemente: —“Estamos en guerra.”

En ellos y en sus modos espontáneos, de una naturalidad elemental, inmune de atildamientos y de afeites, se ve, se siente vivir al pueblo. Un libro que he estado leyendo para llenar mis horas de descanso me ofrece un pasaje admirablemente adaptable a estas reflexiones: “El pueblo —dice Lin Yu-Tang—, posee ciertas cualidades que nada tienen que ver con las alas tenebrosas de la alta política o con los degenerados y exquisitos círculos literarios. Hay más verdad, afecto, heroísmo, aventura, humorismo y simpatía, vida más profunda y rica en el despacho de un médico de aldea que en el Ministerio de Relaciones Exteriores de cualquier país.”

No quiero ciertamente con esta cita del escritor chino mortificar a nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, al cual yo también pertenezco ahora y donde hay funcionarios muy dignos y eficientes; ni es fuerza que se le coteje con el despacho de un médico de aldea. El sentido de ese párrafo es claro. Aquí también, en este barco, junto a estos hombres de mar, yo he comprobado que las verdades esenciales de la vida son virtudes que sólo en ambientes de salud moral y física, como éste, pueden alentar vigorosas.

* * *

El Ecuador que se nos había venido disimulando entre las ráfagas de los vientos septentrionales, se nos hizo presente casi de pronto el día mismo que cortábamos la línea con la quilla del “Joshua Hendy”. Fué el martes 22 de febrero. El buen humor de la oficialidad, sobre todo del Capitán, que está en todo y nada ignora de lo que atañe a su profesión, no quiso privarnos de las bromas tradicionales. Dos navegantes que pasaban por primera vez la línea, debían recibir el bau-

tismo ordenado por Neptuno. El doctor Cruz Goyenola y Jaunarena —que eran las víctimas propiciatorias—, recibieron previamente sendas notas firmadas por el rey de los mares en las que se les acusaba, con un gracejo muy yanqui, de haber intentado, el uno, corromper a los hijos de Neptuno con la implantación de la costumbre del mate, y el otro seducir a las sirenas afeitándose el breve bigote para ponerse arteramente a tono con el gusto de esas damas, que los prefieren lampiños. El sacrificio de ritual resultó muy simple y muy llevadero dado el seminudismo impuesto por las exigencias del clima. Después fuimos obsequiados con una bonita estampa firmada por el Capitán, que reproduce en perfecta miniatura el mensaje tradicional de Neptuno a los navegantes de los buques de habla inglesa en esa solemnidad.

La elevada temperatura no nos dejaba dormir esa noche en nuestro camarote, en que el *black-out* no permitía entrar bastante aire y la puerta abierta sobre los corredores, con las de acceso al exterior cerradas desde las 6 de la tarde, no nos auxiliaba mayormente, ni el ventilador hacía otra cosa que remover un aire tibio poco agradable. Dos de mis compañeros decidieron ir a dormir en la cubierta, que estaba oscura como boca de lobo. A tientas lograron llegar al puente de comando y allí se instalaron en los sillones de cuero y paja. Yo intenté seguirlos poco después, pero no me aventuré más allá de la única puerta de salida, donde permanecí unos minutos estupefacto ante la fantástica visión que se cernía sobre mi cabeza, allá en las alturas vertiginosas del cielo inconcebiblemente estrellado, con una Vía Láctea que era una magnífica techumbre de plata flúida acribillada de millones de centelleantes estrellas de oro y de zafir.

A la mañana siguiente, con una temperatura de 32 centígrados a la sombra, gozábamos en cubierta de las caricias de una brisa templada, en medio de una "calma chicha", de una bonanza que daba al océano el aspecto del "río como mar" de nuestras encantadoras playas en los días serenos. El Capitán nos explicó que comenzaba la marcha de nuestro navío en zig-zag: dos millas al oeste, cuatro al este. Y vimos, en efecto, cómo la embarcación desviaba su proa hacia la izquierda, para proporcionarnos, a poco andar, un cuadro lleno de interés en el corazón de esta monótona ausencia de incidentes y de novedades. La proa iba espantando decenas de grandes

peces, las marsopas o puercos de mar, que despavoridos saltaban huyendo del paso de la nave y se elevaban más de un metro sobre las olas para describir un arco en el aire e ir a caer entre un borbollón de espuma producido por su desplome. Como eran muchos, todo un pedazo del mar aparecía delante de la proa, hacia un lado del barco, como convulsionado por una especie de erupción que llenaba ese espacio de numerosos cráteres blancos, de donde surgían o donde penetraban gruesos peces enloquecidos.

Algunas horas después, sin más anuncio previo que un lánguido y parcial encapotamiento del cielo, se descolgó una lluvia copiosa, de no muy larga duración, sin que el tiempo refrescase por ello. Fué una lluvia placentera que se desprendió sin esfuerzo, como corresponde a la laxitud propia del trópico, que todo lo invade; y que pasó, entremezclada con el sol, como el regalo displicente de un pesado nubarrón perezoso que se dejó relegar sin lucha por nuestra lenta carrera de once nudos por hora.

Dos episodios nos amenizaron las horas de la nueva mañana. El descubrimiento de un cajón flotante que la corriente acercaba a la embarcación, dió oportunidad para que se hiciese un breve ejercicio de tiro con uno de los cañones centrales, con la consiguiente alarma de quienes, ignorantes de la causa de los estampidos, pensaron en una sorpresa desagradable. El suceso dejó un reguero de comentarios jocosos.

Poco después brotó de las nubes un avión, que se aproximó describiendo un vasto círculo a muchos metros sobre nuestra cabeza y solicitó telegráficamente el nombre del barco. Era un aeroplano inglés que andaba vigilando y que, una vez obtenido el informe, desapareció tras el horizonte por el lado de la costa invisible.

Entretanto los peces voladores en sorprendente abundancia surgían súbitamente del mar, horadándolo, y trazando una huella en la tersa superficie líquida, se levantaban a la manera de un hidroavión que "despega" y daban vuelos bastante largos a flor de agua.

* * *

Y ahora, ¡a prepararnos para desembarcar en Freetown! (ciudad de Sierra Leona, protectorado inglés), cuyo nombre recién hace un par de días hemos descubierto en el mapa.

Quince días de navegación en un barco insuperablemente "marinero"; donde nada falta ni nada sobra; en el cual se come con servilletas de papel y la ropa se la lava uno mismo, sin más trabajo que depositarla en un tacho lleno de vapor de agua y colgarla luego a secar, nos deparan esta primera arribada a tierra firme.

Ignoramos cuántos días estaremos en este puerto africano. Sólo sabemos, entretanto, que el África Occidental nos recibe con el vaho de su atmósfera cálida. Aún no alcanzamos a ver el puerto. Pero ya han venido a saludarnos las gaviotas y ya no bastan, como en alta mar, los aletazos de los vientos alisios para disipar el bochornoso aliento, que los vence y caldea, de la zona tórrida africana.

En viaje, febrero 23 de 1944.



EN PLAYAS AFRICANAS

Habíamos quedado, en nuestro relato anterior, a pocas millas del primer puerto de escala. Su primer signo visible fué una especie de torrecilla, al parecer de cemento rojo, que indica al navegante la iniciación de la larga vía de acceso y que percibimos casi al mismo tiempo que los picos más altos de Sierra Leona, todavía desdibujados en el horizonte, confundiendo con las nubes.

Dejamos volar nuestros ojos hacia aquellas brumosas siluetas que parecen trazar en la lejanía el interrogante de una enorme Esfinge. Es para nosotros el primer ademán inmóvil con que nos hace a la distancia sus señas misteriosas un mundo desconocido, el del África, primitiva y salvaje, con sus junglas pobladas de fieras y sus desiertos desmesurados e implacables. . .

Creemos imprescindible un traje de explorador para desembarcar en esas playas que se van volviendo visibles a medida que el buque avanza por el extenso canal flanqueado de boyas; y lamentamos no haber traído por lo menos, como muchos tripulantes, uno de esos livianos cascos coloniales que ellos pudieron adquirir, por pocos dólares, hace algunos meses en la India.

No tardamos en divisar por completo el contorno de la masa de la serranía que se empina desde el mar en una aglomeración de altos cerros cubiertos en gran parte de densa vegetación. Una cumbre remota, más erguida que todas, sobresale a través de una nube que parece aposentada en un hueco de la sierra, la cual desciende hasta la costa para bañar en las aguas del inmenso estuario las plantas de sus montes menores. Por las lomas de esa cordillera, en su parte más baja, se ven correrse en hileras estáticas hacia la playa, como tendidos en guerrilla, los cocoteros con sus quitasoles en forma de araña, muy empequeñecidos por la distancia.

El agua del mar es ahora absolutamente verde; de un verde translúcido, de esmeralda pura. Tan limpio y transparente, que la mirada cree poder hundirse como una sonda hasta el fondo mismo del océano.

Y mientras nos vamos acercando a la costa y descubrimos

al pie de los cerros, sobre un zócalo de terraplenes rojizos, el caserío de la ciudad, vemos que ya no estamos solos en la extensión líquida, sino que otras embarcaciones nos hacen compañía y algunas se acercan como para darnos su bienvenida. Y nos la dan, en efecto, guiñándonos el ojo con un reflector que escribe en el cristal de la mañana todo un mensaje de alfabeto Morse; y luego retornan al puerto; pero otras naves vamos encontrando ya ancladas en la bahía, que es inconmensurable, en tanto marchamos al sitio que se nos acaba de indicar.

Acudimos a una cita. Otros barcos han llegado antes y allí están, diseminados en el espacio del semicírculo de leguas formado en el mar por aquellas playas que ahora vemos en casi toda su extensión, como deslizadas de las faldas de la múltiple serranía, con sus orlas de arena amarillenta y su verde marco de arbustos, sus palmeras y sus bananos.

Otros buques van llegando detrás del nuestro, todavía muy espaciados. Podemos ahora advertir que entramos en un puerto formidablemente defendido. Centenares de minas flotantes, a derecha e izquierda, cierran la entrada no dejando sino un angosto pasadizo, y sobre el espinazo de la montaña en los sitios más cercanos a ese punto asoman unos cuantos cañones estratégicamente emplazados. Vamos pasando lentamente por entre barcos de carga, de gran tonelaje por lo general, y entre algunos de guerra. Nos deslizamos por el costado de uno de estos, el más vistoso del concurso: un crucero italiano todo pintado de blanco, de una resplandeciente blancura, con sus toldos tendidos a dos metros de las barandas y toda su tripulación, con el torso desnudo, sobre la cubierta. Es un buen crucero de elegantes líneas, que anda por esta zona desde hace cuatro meses en servicio de vigilancia. Es evidente la admiración que ese barco tan bello suscita en todos los marinos que viajan con nosotros. Pero no son las líneas de la nave, ni la blancura de su casco, ni el fulgor de sus bruñidos bronces, ni el avión pintado de rojo, izado como para adorno en uno de los puentes, lo que yo encuentro de agradable en esa unidad naval en cuya popa flamea la bandera italiana. Me emociona el pensar que ya no está más al servicio de la causa funesta y oprobiosa que quiso hacer de él un instrumento de muerte y acaso algún empleo le dió —aunque por lo visto no muy grande—, en la sombría empresa de hacer la guerra contra las armas de la democracia. Y que por el contrario ahora está en el bando de

los aliados, para tal vez tornar un día a incorporarse, cubierta de auténtica gloria, a una Italia libertada.

Más, por cierto, que los rasgos materiales de su aspecto brillante como elemento bélico de una fuerza naval, me interesaban aquellos cientos de hombres jóvenes que allí veía destinados a una nueva campaña, después de haber sido esclavos del régimen fascista. ¿Qué rastros había dejado en sus espíritus aquella tiranía que se adueñó de ellos desde los años de la adolescencia y aún de la infancia (Mussolini se mantuvo más de veinte años en el poder), para deformarles el cerebro y la psicología desde los bancos de la escuela? ¿Cómo reaccionarían, en el fondo de su pensamiento y de sus sentimientos, ante los sucesos actuales y la evolución que estos habían impuesto a su suerte personal en la órbita de la guerra? ¿Estaba allí, encarnada ahora en ellos, la Italia nueva, de verdad; la que Mussolini quiso sepultar para siempre cuando hacía asesinar a Matteotti; o eran ellos, tan sólo, por los efectos de la educación política y moral que forjara su sentido cívico, simples vestigios inservibles de una Italia anacrónica que pretende no morir del todo, acomodándose a la ley del más fuerte? ¿Habrán llegado a comprender realmente que se dignifican si abrazan con sinceridad la causa de las democracias y que traicionan una vez más a Italia si no sienten horror por el pasado de ignominia que el fascismo representa? Trataríamos de averiguarlo si nos fuera posible.

* * *

Entretanto nuestro barco seguía su marcha y tres kilómetros más adentro de la bahía arrojaba el ancla. Numerosas embarcaciones nos rodeaban. Casi todas ellas tan bien defendidas como la nuestra, y algunas más todavía. Había allí barcos de todas las formas y todas las edades. Ingleses, norteamericanos, daneses, franceses, uno de los cuales hacía antes de la guerra servicio de pasajeros como vapor de gran lujo. Destroyers, torpederos y avisos andaban de un lado para otro, mientras iban llegando algunas naves más.

Quedamos fondeados a unos cuatro kilómetros de los embarcaderos del puerto. A babor divisábamos la ciudad —Freetown—, capital de Sierra Leona, protectorado británico que pertenece al África Occidental.

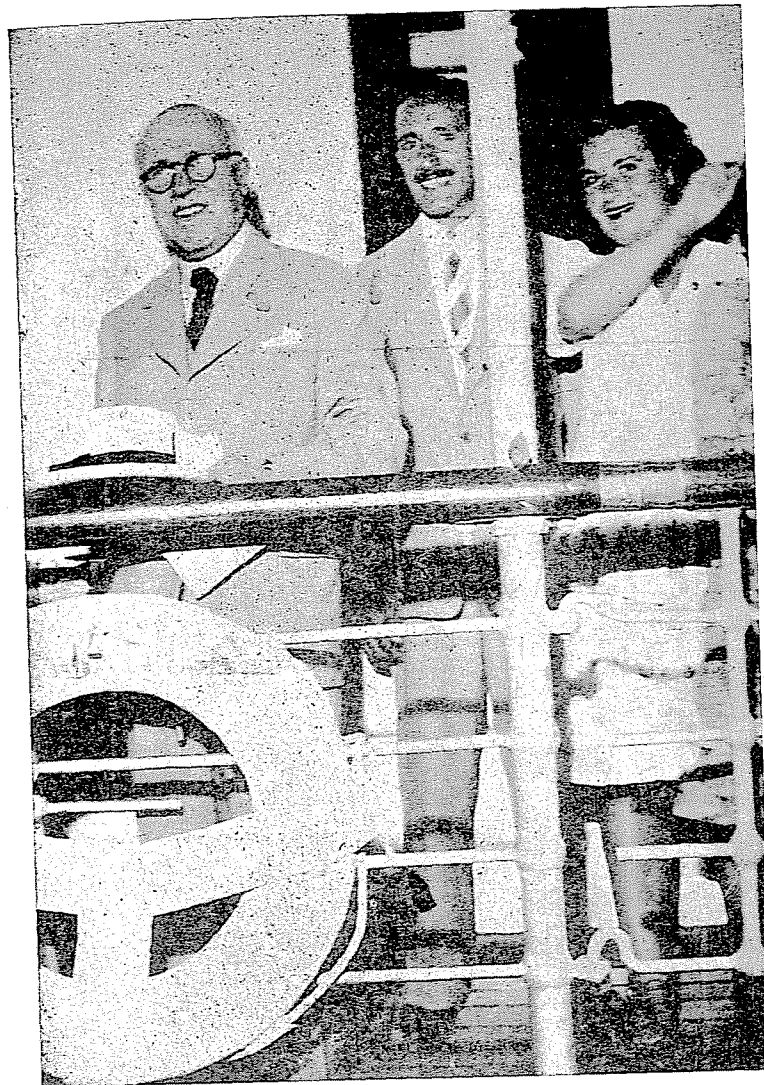
Freetown quiere decir "ciudad libre", y su nombre alude a la liberación de los negros esclavos y al régimen de autonomía que bajo el protectorado se les dió cuando se abolió la esclavitud, para que se gobernasen por sí mismos, régimen poco después sustituido por el actual sistema de administración colonial.

La bahía es una de las más amplias del mundo. Un marino me aseguró que es, por su extensión, la tercera. En ella caben y pueden evolucionar, probablemente, todas las grandes escuadras actuales.

Apenas anclamos hicieron su aparición unas canoas livianísimas tripuladas por uno, dos o tres negros, que colocándose a los costados del buque ofrecían su mercancía —bananas, cocos, mangos, canastillos de cuerdas de colores trenzadas, etcétera—, a cambio de fósforos, jabones, cigarrillos, o de ropa en regular estado.

Se entabló así un tráfico animadísimo, un intercambio a base de canastos colgantes y de gritos en que el nombre de "Jhonny" (así llaman a todos los negros estos marinos) menudeaba, destacándose. En esas cáscaras de nuez, de forma alargada como esquifes, estos indígenas realizan el milagro de surcar las olas apartándose muchos kilómetros de la costa, conduciendo su mercancía, sin volcarse nunca. Las manejan con unos remos cortos, de ancha paleta, que introducen alternativamente en el agua a un lado y a otro, haciéndolas desplazarse con suma rapidez. Por unos peniques hicimos cantar a dos de esos diestros navegantes, canciones de su país. Cantaron con una voz nasal pero entonada, una canción africana de ritmo lánguido y de no desagradable melodía, que nos reveló en esos negros cierto sentido instintivo de la música.

En uno de nuestros botes a motor nos trasladamos luego a la ciudad, construida en lo alto del terraplén. Para llegar hasta ella desde el embarcadero y las instalaciones del Resguardo y la Aduana es preciso ascender por unas anchas escaleras labradas en el suelo rojizo, con no menos de cien escalones. Las casas, en algunos sitios cercanos a la costa, están construidas sobre gruesos pilares rectangulares, para ponerse a cubierto de las crecientes del océano. Suelen ser de material en las calles principales, pero no faltan las de madera y no es raro ver entre edificios de buena construcción, casi todos de techo de paja o de zinc, chozas de negros que se diría perma-



A bordo, en el momento de partir para Rusia

necen allí como dejadas por la selva cercana en su renuente retirada ante la penetración del progreso. Desde las ventanas de una de las buenas habitaciones de la ciudad, con sus dos plantas cómodas, vivienda del Cónsul de Estados Unidos y agente de la compañía a que pertenece nuestro barco, quien nos invitó gentilmente a los cuatro a sentarnos a su mesa conjuntamente con el Capitán, para brindarnos un exquisito almuerzo, pudimos contemplar un cuadro de perfecta aldea africana. Calle por medio —una calle muy bien asfaltada— y entre dos mansiones de buena apariencia, observábamos una choza de madera en medio de un breve solar, con bananos por entre los cuales andaban unos negritos descalzos y semidesnudos.

El Cónsul nos llevó después en su automóvil a recorrer los alrededores de la población, que suma unos cien mil habitantes, con no pocos miles de soldados ingleses, pues es un centro militar y naval de importancia en estos momentos.

Casi todo el pavimento de la ciudad es de asfalto. Y también lo son los espléndidos caminos que en diversas direcciones conducen a través de la sierra bordeando los cerros y cerniéndose por momentos sobre inquietantes abismos que se ven abrirse a un flanco del auto tendiendo hacia arriba las copas verdes de los árboles escalonados en la falda de los montes. El vehículo avanza por entre un parque natural de sorprendente belleza. Pasamos cerca de numerosas instalaciones militares. Atravesamos un campamento de pequeñas construcciones de material; otro de carpas de campaña; un barrio de habitaciones militares de techo curvo que parecían grandes vagones de ferrocarril. Vimos algunos hospitales instalados en pabellones de rápida factura. Todo ello entre hermosas arboledas silvestres, porque la selva no se ha desprendido de la ciudad y toda ésta permanece como cobijada en sus brazos vegetales; y allí en los alrededores, aquélla es la soberana sobre los flancos y las cumbres y los valles de la serranía. Desde las alturas el panorama que se descubre en las vueltas del camino, hacia el lado del mar, es inolvidable. La inconmensurable bahía se nos muestra en toda su extensión; y el caserío, con sus viviendas pintadas por lo general de color rojizo; y los depósitos de petróleo; y las construcciones militares se agrupan allá abajo con un raro aspecto pintoresco, en la base de las montañas, que forman un semicírculo de verdor oscuro en torno de la ciudad.



Momentos después de haber presentado sus credenciales a Kalinin, presidente de Rusia

Pero más extraordinario es todavía el panorama cuando mirando en la dirección de tierra adentro, desde un abra de la sierra y desde una cornisa natural, se abarca con los ojos el tumulto infinito de árboles acumulados en multitud ondulante sobre las faldas de los cerros y dispuestos en una innumerable gradería para titanes, que los picachos enhiestos y lejanos presiden solemnemente desde el firmamento, coronados de nubes.

Desde la terraza del club de los residentes norteamericanos, estupidamente ubicado en la cúspide de uno de esos cerros, donde existe uno de esos apropiados balcones que la naturaleza se ha comedido en emplazar, mediante sabias evoluciones geológicas, para deleite de los turistas, se goza de ese espectáculo maravilloso. La grandiosidad del cuadro nos colmó de asombro. Es uno de esos paisajes que arrojan de golpe sobre nuestro espíritu la red de un encanto poderoso hecho de una síntesis armónica de toda la belleza cósmica del mundo.

Nos llamó la atención la similitud de ese paisaje con alguno del Brasil, especialmente de Río Grande y de Río de Janeiro. La flora, con sus bananos, sus palmeras, sus mangos, ofrece grandes analogías con la brasileña. También aquí la tierra es roja, aunque no tanto como allá; pero el verde de las plantas, acaso porque no llueve a menudo, no me parece adquirir nunca esa tonalidad luminosa, "rabiosa", de barniz fresco, que suele admirarse en las vegetaciones de algunas regiones del Brasil. No se puede menos de recordar que en el mapa América del Sur y África dan la impresión de coincidir por sus bordes, adaptándose la saliente de la una a la entrante de la otra, y viceversa, como si alguna vez hubiesen formado un solo continente en la insondable noche de los tiempos. Alguna teoría científica se ha elaborado a este propósito. Sea como fuere, no puede menos de advertirse que África se nos muestra aquí con una presencia muy sudamericana.

* * *

Diseminadas por entre ese paisaje, internadas en ese parque espontáneo que cruzan carreteras circulares muy bien trazadas y perfectamente conservadas, se ven las residencias de muchos funcionarios británicos y de las personas más acomodadas de la población blanca.

Retornando a la ciudad, la atravesamos hasta llegar a las líneas del ferrocarril para pasar por los suburbios donde se hallan las barriadas más pobres. El contraste típico de estas regiones en que el progreso de Europa sienta sus reales para las necesidades... de Europa, aparece al desnudo. Se diría un juego de palabras, porque aparece sobre todo en el desnudo de los negros, que no es solamente un producto del clima ni una imposición de la ley de la comodidad bajo el imperio de la temperatura. No se trata, por lo demás, solamente del desnudo del cuerpo; sino de esa desnudez de la mente en que viven miles de seres humanos en contacto permanente con la civilización y el progreso.

El pobre negro africano es este pintoresco personaje que aquí se halla entre nosotros evocándonos en el más humilde de sus ejemplares toda una historia de terribles e inexorables injusticias humanas. Algo queda en el fondo de nuestro corazón de americanos que nos hace acercarnos con interés y con amor especiales a estos indígenas de negra piel; y eso nos viene acaso del sentimiento de gratitud que les debemos y que instintivamente nos invade, como un mandato de la historia, por haber sido ellos los que la piedad cristiana de los reyes españoles eligió un día —que duró cuatro siglos—, para salvar a los indios de América de los más crudos rigores de la colonización.

Cazados como fieras por negreros brutales en el corazón de sus bosques y de sus aldeas de chozas de caña; o atraídos a la costa por infames engaños, fueron arrojados al fondo de las bodegas de las naves rapaces, y constituyeron la mercancía humana de la esclavitud, tratada a latigazos, engrillada, alimentada con inmundas bazofias.

Precisamente Freetown es toda ella una invocación viva de aquella ignominia. En el centro de la ciudad se le muestra al viajero un árbol colosal, de una especie autóctona, con una gran copa redonda y con un tronco que no pueden abrazar cuatro hombres dándose las manos, de una altura que lo destaca a muchos metros sobre todas las techumbres cercanas, a cuya sombra se instalaba, hasta hace poco más de veinte años, el mercado público de esclavos.

Porque Sierra Leona fué la última región del mundo de donde desapareció la esclavitud. Uno de los primeros actos de la Sociedad de las Naciones, si no recuerdo mal, consistió

en abolir en esa zona ese tráfico anacrónico que aún se conservaba como una bárbara costumbre, circumscripita felizmente a pocas localidades.

Es gran adelanto, sin duda, haber concluído con esa vergüenza. Pero aquí están los negros con su miseria y su hambre, mirando con sus grandes ojos redondos las maravillas del progreso moderno, que llena su bahía de fortalezas flotantes, y su ciudad de campamentos provistos de las armas más mortíferas, y puebla su cielo de infatigables máquinas voladoras; mientras para ellos apenas hay las migajas de esa riqueza abrumadora, en forma de diez dólares por mes si quieren ser útiles echando los botes cargando y descargando las grandes chatas de carbón. Y lo más frecuente es que ni siquiera esas migajas les alcancen.

No es de negar que la administración británica algo hace por incorporar al negro a sus más modestos engranajes y por instruirlos elementalmente. En los vapores de la prefectura marítima y de la marina del África Occidental, las tripulaciones de marineros son negras y no parecen ser muy maltratadas por los oficiales, que son blancos. En el Correo y en las oficinas del Telégrafo vi empleados y empleadas de color en gran número. Los hay asimismo en todas las oficinas y escritorios; y en la policía que dirige el tráfico o guarda el orden en las calles. Vi una escuela instalada en un amplio y viejo caserón donde negritos y negritas cubiertos con un delantal azul recibían lecciones de primeras letras en inglés. Pero cuando uno penetra en una de esas casuchas que son las viviendas de numerosas familias indígenas; y presencia en ellas el más nauseabundo ejercicio de la prostitución; y se entera de que miles de personas se pasan días enteros sin comer sino algunas frutas recogidas en los sitios de nadie, siendo ése su sistema dietético normal; y que el alcohol y los vicios peores llegan con mucho más facilidad hasta ellas que los buenos alimentos y los hábitos honestamente civilizados, comprende las dramáticas deficiencias de esa civilización orgullosa que se yergue ante ellos con todo su poderío.

Es un problema que se reproduce en infinidad de puntos del globo. No es por cierto menos grave sino mucho más agudo, el problema en la India; y se le halla asimismo en casi toda el África y en casi toda la América del Sur... En la misma Europa y en el seno de las más adelantadas naciones

del mundo, en sus más ricas ciudades, el cáncer de la miseria roe las entrañas del pueblo y cubre de sombras la vida de capas enteras y profundas de la sociedad. De esta generalidad del mal puede deducirse una justificación aparente de la política colonizadora, que lleva el progreso a los países atrasados sin sacar ante todo del atraso a sus pobladores, y sin someterlos a una disimulada o indisimulada servidumbre. Pero cuando se va a perturbar la existencia de esos pueblos indígenas que son felices a su modo en su barbarie más o menos primitiva, para arrebatárles lo suyo e imponerles nuevas costumbres, es elementalísimo deber de humanidad hacerles ganar y no perder en el cambio. Esta preocupación ha de predominar en el espíritu de las naciones que se han erigido en líderes y administradoras de la civilización universal, y quieren llevarla a todas partes, si ella ha de ser una bendición verdadera y no una estafa.

La existencia de un solo negro hambriento y desvalido en una de estas colonias o "protectorados" que tan importante servicio prestan al poderío de quienes lo ejercitan, acusa el fracaso de una política colonizadora que será necesario rectificar.

* * *

La animación de la ciudad se concentra en dos o tres cuadras de un par de calles donde en las aceras, entre las puertas de pequeños negocios, numerosas mujeres instalan su comercio de roscas, bizcochos, pasteles, una harina que parece de tapioca y otros artículos alimenticios, o de zapatillas, canastillos de colores y bolsitas tejidas a mano. Es una feria que dura varias horas del día. Por ella circulan, generalmente conduciendo sobre la cabeza unas redondas cajas lustrosas que parecen construídas con la corteza de cierto árbol o canastos chatos, donde guardan sus mercancías, negras de toda edad, abundando las jóvenes. Algunas son apenas núbiles, niñas aún, en las cuales la precocidad tropical anticipa turgencias estatuarías que se pronuncian bajo la leve tela de sus vestiditos sumarios. Suelen pasar ante el transeúnte extranjero arrojándole de soslayo expresivas miradas mientras en su andar parece insinuarse cierto ritmo indeciso que nos trae a la mente un desfile de jóvenes potrancas en una exposición ganadera. No es difícil cerrar trato con esas pobres crituras, ni faltan además gandules de color que se ofrezcan como intermediarios para esa clase de negocios.

Por todos lados se ven grupos de marinos que han desembarcado esa mañana y andan observándolo todo y comprando alguna chuchería.

En algunas barracas los indígenas tienen establecidos sus comercios de artículos de confección local: puñales de hierro con lustrosas vainas de cuero, canastos de todo tamaño, pieles de diversos animales salvajes de la región, entre ellas de grandes serpientes de varios metros de largo.

Uno de los comercios más frecuentados era el de un vendedor de tarjetas postales con vistas de la ciudad y sus alrededores. Atendían al público un matrimonio y sus tres hijitos de corta edad. Con cierto aire patriarcal el esposo, sentado, dirigía las operaciones comerciales y evacuaba las consultas, en tanto que los niños —unos negritos graciosísimos—, se ponían en directa comunicación con los compradores. Desde una pieza cercana la madre vigilaba los chicos y los auxiliaba en las operaciones del cambio del dinero. Me he detenido un poco a reseñar este modesto interior de un hogar indígena porque contrasta con el de otros que mis compañeros de viaje tuvieron ocasión de observar cuando se plegaron, en tren de exploraciones informativas, a un grupo de tripulantes de nuestro barco cuyo programa no era otro que el de tomar whisky donde lo hubiese.

Ellos pudieron comprobar que un doble tráfico, el del expendio del alcohol y el de la prostitución, constituye el recurso de vida de algunas familias, que lo realizan sin ambages y sin recato, en miserables viviendas, con la mayor naturalidad.

La corrupción brota allí como al conjuro maléfico de la miseria y de los vicios de la civilización. Esos pobres negros, arrastrados en su inconsciencia por la ola de una podredumbre moral que desatan fuerzas extrañas a sus propios designios, son, sin embargo, criaturas que podrían redimirse. Porque no carecen de vida interior. Porque se descubre en ellos, en medio de su abyección o de su amoralidad, un resplandor de sensibilidad recóndita y un calor de simpatía humana, que sus cantos traducen entre pueriles balbuceos. El negro es, por lo general, más sensitivo que el indio, que suele ser impávido y poco sensible. Por eso sus danzas tienen ritmo armonioso y sus cantos atisbos, por lo menos, de melodía.

Nos resultó agradable la presencia de un local de la Aso-

ciación Cristiana de Jóvenes, cuya acción no puede menos de ser sumamente benéfica en ese sitio.

* * *

Aguardando en el muelle a la lancha de nuestro vapor, que debía venir a buscarnos vimos, incorporado a la tripulación de un navío inglés, un marinero con el uniforme naval de los franceses libres, que se distingue por su gorra con un pompón y la insignia roja de De Gaulle resaltando en su blusa blanca. Luego pudimos cambiar breves palabras con algunos hombres de la tripulación del crucero italiano. No creen más en Mussolini, cuyo desprestigio consideran definitivo como efecto de su fracaso grotesco en la desastrosa aventura de la guerra; pero los resabios de su educación fascista se manifiestan en sus juicios sobre la obra de Mussolini anterior a la guerra —sobre *le molte cose buone qu'a fatto* (parecen ignorar las malas) — y en sus pocas simpatías (de un orden puramente personal) por los ingleses, que contrastan con el entusiasmo que sienten por los norteamericanos.

¿Hasta qué punto puede generalizarse ese estado de opinión y de ánimo de un par de marinos de una nave italiana destacada desde hace cinco meses a estas remotas regiones? Es lo que no sabemos.

Las lanchas a motor se sucedían en el atracadero recogiendo a los visitantes que debían retornar todos a sus buques alrededor de las cinco.

Desde nuestra lancha, al internarnos en el amplísimo estuario, contemplábamos los innumerables barquichuelos de pescadores que a mucha distancia surcaban las olas dando al viento una vela triangular que se erguía en un extremo del bote clavando un ángulo en el angosto leño.

Cinco días debimos permanecer en ese puerto.

Comenzaba marzo cuando partimos al promediar de un día apacible, de ardiente sol y viento calmo.

Marzo 2 de 1944.

REMONTANDO EL ATLANTICO

En mi correspondencia anterior hablaba de Freetown. Terminaba cuando emprendíamos nuevamente la marcha poniendo la proa hacia el océano.

Al mismo tiempo que nuestro vapor, se movían otros. En fila fueron saliendo no pocas embarcaciones a través de las defensas flotantes del puerto, aquellas grandes esferas de hierro pintadas de rojo, encadenadas en largos collares, prontas a estallar contra los cascos imprudentes.

Dejando atrás el puerto se formó el convoy. Veintiocho embarcaciones lo componen. Seis de ellas son de guerra. Vamos flanqueados por destroyers y corbetas. La marcha es lenta. Durante los tres primeros días de navegación —peligrosos porque es en las rutas de acceso de los puertos donde suelen encontrarse los submarinos— podíamos ver cada pocas horas algún aeroplano que llegaba desde Freetown a enterarse de nuestra suerte.

Luego pasamos a la altura de Dakar, sin verlo. Seguimos alejándonos del trópico, que es ya sólo un recuerdo pintoresco en las zapatillas de colores de algunos de nosotros y en los cachos de bananas colgados de lo alto en algún rincón de la cubierta, que se van madurando lentamente.

* * *

A esta altura nuestro convoy experimenta algunas modificaciones. Dos barcos han debido retornar a Freetown, a los tres días de navegación, por mal funcionamiento de las máquinas. Ahora, cuatro buques ponen sus proas rumbo a Dakar, que dejamos al Este; y los vemos separarse del conjunto, pues van quedándose atrás en su nueva dirección oblicua con respecto a la nuestra. Un poco más, y se pierden en la lejanía, tragados por el horizonte. Pero de Dakar nos llega una incorporación: la de un petrolero, que se coloca detrás de nosotros y nos parece pequeño, no mucho más grande que un remolcador.

No sé por qué nos inspira especial simpatía con el aire

como de intrepidez con que levanta su proa en un constante esfuerzo por seguirnos de cerca, amparándose en la capacidad defensiva que nosotros ostentamos junto a su evidente ausencia de todo atributo bélico. Es, sin duda, la más modesta de las embarcaciones que viajan reunidas en esta formación. No hay en ella, por cierto, sitio para pasajeros ociosos. Ni siquiera cabrían estos cuatro que aquí viajamos acondicionados en un solo camarote.

Por su tamaño y su condición difiere muchísimo de casi todos los otros buques a quienes los azares de la guerra juntaron en esta especie de asociación para el peligro. Si algunos de ellos, con sus largos cascos blancos y su destacada obra muerta, son mansiones flotantes lujosas, que aun conservan muchos rasgos de su esplendor de ayer (cuando eran menos preciosos para el intercambio mundial) y pueden representar las altas categorías sociales, este barco tanque puede ser tenido por el proletario de la comunidad. Creemos que es el encargado de proveer de petróleo a las máquinas de los buques de guerra del convoy.

Hay en él, asimismo, dentro de este mítin naval que podría compararse a una manada de animales antediluvianos, algo de la humilde bestia de carga, "el petizo aguatero", con su par de árganas —sus dos botes pendientes en cada borda— y la palpitación de sus máquinas afanosas, como de pulmones jadeantes, que lo mantienen a duras penas en la línea sin alejarse un instante de nuestra protección.

Los destroyers son como ágiles mastines que van vigilando y arriando el rebaño y cuidan de que todos ocupen el sitio previamente indicado. Se cruzan, frecuentemente, las señales entre los barcos por medio de banderas y de pitadas.

Esto ameniza, sin duda, la travesía, que no es ya como en las primeras veinte jornadas una invariable persecución de horizontes en el cerco irrompible de una soledad infinita.

Pero ahí tenemos, en medio de esta insegura paz de los mares, un aspecto trascendental de la guerra.

Vuelvo a pensar en la epopeya humilde —que habrá de escribirse algún día— de estas tripulaciones laboriosas, pacíficas, compuestas en gran parte por hombres de edad, padres y abuelos, que siguen fieles a sus destinos de marinos mercantes, sin arredrarse ante las penurias de viajes sin término, por sitios erizados de asechanzas de muerte, debiendo quedarse a veces en

cualquier puerto desconocido semanas enteras, sin poder comunicarse con sus parientes, y arriesgando enfermarse en buques donde no hay médicos ni botiquines, y sufrir hasta el hambre por el agotamiento de los víveres, para, de pronto, caer oscuramente en una encrucijada del mar, bajo cielos remotos.

Y se les ve impertérritos realizar sus tareas, con un humor siempre igual, yendo adonde se les envíe, sin quejarse de las penalidades del viaje, sintiéndose compensados de todos los sinsabores por la esperanza del arribo a un puerto adonde podrán descender por unas horas a proveerse y a tomar, en su contacto con la tierra, como Anteo, aunque son hombres de mar, el impulso que los reanima, pero que, en su caso, los arroja de nuevo al seno de sus naves.

Hay en ellos afectos de gente buena y sana. ¡Con qué inocultable emoción y ternura tres de esos lobos de mar, cuando estábamos fondeados en Freetown, tomaron en sus manos las cartas que acababa de traerles una lancha de la Prefectura marítima que andaba por entre las naves repartiendo la correspondencia! Uno de ellos, entrado en años, que impresionaba a simple vista como un hombre rudo y seco, con su infaltable pipa entre los labios y sus ojos de mirar acerado bajo unos lentes de grueso cristal, dejó todo lo que en ese instante traía entre manos y besó el sobre cerrado, con un gesto tan espontáneo y simpático que me movió a palmotearle las espaldas, para darle a entender que al fin, aunque no hablábamos el mismo idioma, nos entendíamos.

Los tres oficiales, en un desborde de efusividad, se comunicaron las noticias de su familia, comentando en alta voz las misivas. Al amigo de los lentes —un buen jugador de ajedrez, por lo demás, que nos había dado varios jaque-mate— parecían empañársele los cristales al enterarse de que una hija suya que estudiaba para profesora de música había celebrado su primer concierto de piano en San Francisco, con buen éxito. La alegría que irradiaba en ese momento su semblante, con su amplia sonrisa de fuertes dientes, superaba, fuera de toda duda, a la que se transparentaba en su expresión, generalmente adusta, cuando nos ganaba un partido de ajedrez.

¡Esas cartas habían tardado cuatro meses en llegar a las manos de sus destinatarios, saliendo de Estados Unidos de Norte América! Aguardaban en Freetown desde hacía muchas semanas, lo que da idea de las variaciones y demoras impuestas

a los itinerarios de estos barcos por las circunstancias. Las exigencias de la censura influyen, sobre todo, en tan grandes retardos. ¡Yo no puedo menos de pensar con horror en el tiempo que demorarán en llegar a Montevideo nuestras cartas!

* * *

También el tiempo ha cambiado. Desde Dakar comenzó a descender sensiblemente la temperatura. Viajamos ya por un clima que aquí, en plena mar, se torna casi frío. Debemos abrigarnos para contemplar desde cubierta la agitación marina, que es ahora magnífica, en estos días claros en que sopla un viento boreal, contra cuyo empuje la proa de los navíos se bate tajando las olas que le hacen frente abalanzándose contra él y como topándolo con blancos cuernos de espuma.

La marejada asalta las cubiertas y las invade un instante, se revuelca como ebria por la lisa superficie, inunda las escotillas y se precipita hacia afuera, en una fuga de torrentes bulliciosos, que derramando espuma se reintegran al mar.

Este ha perdido la asombrosa placidez que mantuvo en las regiones ecuatoriales y parece dispuesto a hacernos demostraciones menos bonancibles de su incontenible potencia. El viento le latiguea las espaldas y arranca de su transparente piel azul enormes rizos de nieve que el sol irisa y que ruedan, persiguiéndose como lebreles blancos, por toda la extensión que abarcan los ojos. Ruge el mar bajo el castigo y se estrella ciego en las quillas, sacudiendo a las naves que adelantan estremeciéndose en una persistente superación de montañas líquidas que las quillas obstinadas van desgarrando sin cesar.

No duró mucho el tiempo casi tempestuoso ni la alarman-te agresividad de las olas. Sobrevinieron nuevos días de bonanza mientras el convoy se acercaba a los parajes en que debía redoblarse la vigilancia de los centinelas en cada embarcación y la actividad de esos insomnes ángeles guardianes que eran los destroyers y corbetas en constante movilización circulatoria, con sus aparatos detectores alerta.

Hubo días de una calma perfecta, tan deliciosamente balsámica, que uno se sentía como invadido por el deseo de no separarse más de ese ambiente marino; de quedarse hasta el fin de sus días confinado en la placidez austera de una nave, al margen de ese otro oleaje de la vida de tierra firme, más

áspero y amargo que éste de los océanos infinitos. A ciertas horas el barco todo parecía recogerse en una silenciosa beatitud, sólo acompañada a manera de subrayado por el golpeteo isócrono de las máquinas y las lánguidas músicas que llegaban de lejos borrosamente captadas por el receptor de la radio, sobre el fondo rítmico de la monótona sinfonía del mar. Y uno casi comprendía al viejo aquel, que de tarde en tarde aparecía sobre cubierta, con su gorrito negro y sus pantalones azules, que desde hace cincuenta años viaja constantemente, y no desciende a tierra ni una sola vez durante toda la travesía, pues prefiere su confraternidad con el buque y su permanente cuidado de algún detalle de su mecanismo interior, a la comunicación con los hombres, hasta el punto de que ya no habla un idioma inteligible, sino una lengua propia que pocos alcanzan a descifrar. Su aspecto de hombre normal, vigoroso y sano, con sus 75 años —o más— sobre las robustas espaldas, y su fisonomía placentera, da la impresión de que no es un amargado de la vida, sino un hombre que se siente muy feliz con el género de existencia que voluntariamente ha elegido.

* * *

Una mañana, al salir de nuestro camarote, descubrimos en la lejanía el contorno montañoso de las Islas Canarias. La que tuvimos más cerca y nos acompañó más largo rato con la azulada presencia de sus cumbres fué Lanzarote, por cuyo costado pasamos a una distancia de treinta y cinco o cuarenta kilómetros. En la invariable sucesión de aquellas horas de andar y andar por solitarias extensiones, esa presencia de un pedazo de tierra alzándose sobre las olas para saludarnos con el prestigio un tanto legendario de las Islas Afortunadas, ponía una nota de novedad y de interés, que poco a poco se fué apagando en la infinitud de la distancia al continuar de la marcha de la nave que al transportar el medio día las perdía por completo de vista.

Ninguna novedad digna de mención surgió en nuestro camino. Y así cruzamos por la altura de Casablanca. La cercanía del Mediterráneo vuelve más azules las aguas del mar. Tornamos a encontrarnos en medio de una quietud líquida sorprendente. Se diría que navegamos por un río de los nuestros, si no fuese que el azul de las ondas es a cada instante más

profundo. Ese trecho de Casablanca a Gibraltar es en realidad peligroso. Nos aproximamos a las puertas del Mediterráneo y por allí andan los submarinos al acecho de los convoyes que pasan. El nuestro es relativamente pequeño. Los hay de cien barcos, y el nuestro, a esta altura, no excede de veintidós. La gente de los barcos comienza a revelar seria preocupación. Con frecuencia suenan pitadas que se transmiten de vapor a vapor, partiendo de la nave capitana, la cual a su vez ha recibido aviso telegráfico de los destroyers, para ordenar cambios de dirección en la marcha, de modo que se ve virar a las embarcaciones y andar un largo rato en sentido contrario al recorrido. Eso se debe a que los aparatos detectores de sonidos "sub-acqua" han captado algún ruido sospechoso; y el cambio de ruta tiende a despistar al alevoso submarino, si lo hay, convenciéndolo de que el convoy se aleja, para luego retomar el camino y continuar la marcha en la dirección apropiada si el riesgo ha desaparecido por el momento.

En esos dos o tres últimos días antes de llegar al estrecho, hubo día en que no menos de siete veces sonaron las tales pitadas y los barcos debieron repetir cada vez un trecho de lo andado, con lo cual se demoraba la marcha y la preocupación de las tripulaciones aumentaba. Fué particularmente dramática la víspera de nuestro arribo a Gibraltar. De mañana y de tarde se habían venido produciendo las alarmas. Y fué esa noche cuando tuve ocasión de apreciar la admirable reserva de solidaridad humana que reside en el corazón de muchos de estos hombres sencillos, sin instrucción ni cultura, pero agueridos en una milicia de las vicisitudes del mundo que los va templando para las circunstancias más difíciles y les otorga el sentido de la confraternidad generosa en el momento mismo en que las gentes de toda condición suelen sentirse más egoístas. El cocinero, aquel viejo de 78 años, del que algo dije ya en otra correspondencia, consecuente con su manera habitual de ser, bondadosa y cordial para con todos sus camaradas, a fin de contentar a los muchachos y distraerlos, elaboró exquisitos bizcochos que él mismo repartía con animación contagiosa y todos comían bromeando y agradeciéndole el obsequio.

Yo no sé que pueda darse una lección más elocuente de elevación sobre las circunstancias, que la que esa noche nos daba ese buen viejo mostrando, sin proponérselo y de modo tan espontáneamente sencillo, su grandeza de alma. Porque el

alma humana es así: para revelar su grandeza no necesita ademanes solemnes ni aparatosidad retumbante. De pronto, nos anonada irguiéndose naturalmente ante nosotros en el modestísimo gesto de un anciano cocinero que simplemente elabora bizcochos mientras todos en torno de él piensan acaso en la muerte probable...

No se crea —eso no— que la preocupación del momento pasase de otra cosa que de una más firme tensión general en el cumplimiento de los deberes de cada uno, sin asomo de nerviosidad ni de inquietud. Sólo se traducía en la mayor precisión y energía de las órdenes; en la multiplicidad de las precauciones; en el aire más circunspecto de algunos, y nada más. Si acaso en el género de las conversaciones en las cabinas de algunos tripulantes, durante la noche, o en algún corrillo de cubierta en horas de la tarde, en que se recordaban ciertos episodios de anteriores viajes, por ejemplo, aquél de un navío brasileño colocado detrás mismo de este buque en un convoy, hacía cosa de un año, y que fuera herido por el torpedero de un submarino justo en el centro de la nave, de modo tal que se partió en dos y se sumergió en pocos minutos, doblado hacia abajo como un libro que se cierra, sin que fuese posible hacer nada por salvar a la tripulación totalmente desaparecida entre la penumbra del crepúsculo. Iba a la cola del convoy y los barcos que le precedían no podían detenerse intentando salvar esos naufragos, que por lo demás, debieron haber parecido de inmediato tragados por las revueltas olas de la borrasca.

Narraciones como ésa daban pábulo, naturalmente, a las cabilaciones, que además azuzaban, como puñetazos en el aire, las roncas pitadas de los vapores transmitiéndose, de tanto en tanto, una orden para virar casi en redondo, cuyo significado todos habíamos concluido por conocer.

En la mañana del último día se dispuso que todo el mundo tuviese los salvavidas prontos sobre las camas, y poco antes de mediodía sonaron las tres pitadas de alarma, que felizmente sólo tuvieron por objeto realizar una práctica más de salvamento, con el consiguiente descolgarse de los botes y de las escalas de cuerda en el menor tiempo posible.

Marzo 15 de 1944.

EL MEDITERRANEO ¡HELO AQUI!

Esa misma mañana el convoy se había dividido. Casi todo él, con excepción de nuestro barco, el petrolero y dos destructores, se dirigió hacia Inglaterra, mientras nosotros doblábamos hacia el estrecho. Todavía esa tarde la aparición de un barco misterioso en la línea del horizonte suscitó cierta alarma, dando lugar a que uno de los destroyers saliese en su reconocimiento, pues suele ocurrir que los submarinos se valgan de buques mercantes, de apariencia absolutamente inofensiva pero que les prestan el servicio de anunciarles por dónde anda un convoy.

En la madrugada del próximo día volvimos a ver el África. Sus montañas aparecieron ante la proa de las naves, y dejándolas de lado enfilamos hacia el pasadizo de Gibraltar, a tiempo que se nos presentaba, envuelto en la niebla del alba, con una vaga corporeidad fantasmal, el peñón epónimo, a cuya vista comprendimos que ya no teníamos más nada que temer.

A su costado veíamos también las costas montañosas de España. La lentitud de la marcha se acentúa, en tanto que de los flancos del peñón, que iba surgiendo a cada instante más claro sobre el fondo del cielo y del mar, como un alto relieve trazado en los aires por el cincel fantástico de la mañana — con sus farolas y sus torreones y sus casitas empotradas entre las rocas— nos hablaba una lucesita relampagueante, que parecía desvanecerse por minutos en la creciente claridad matinal.

¡Ya el agua del Mediterráneo quebraba dulcemente en el tajamar de nuestras proas el impulso rítmico de sus olas, bajo un cielo diáfano donde la luz del sol resbalaba bruñendo las nubes en el horizonte y flotando en la atmósfera como un espíritu visible! Cruzando el estrecho —callejuela líquida entre dos continentes— sentimos la emoción de penetrar por primera vez en el ínclito mar greco-latino, el más ilustre de la Tierra. Hubiéramos querido poder hundir nuestras manos en el agua azul de sus ondas y bañar con ella nuestra frente para bautizarnos con el latido geográfico de las antiguas eda-

des en que las naves de Ulises y de Eneas asociaban el Mediterráneo a su preclara inmortalidad de héroes cantados por Homero y Virgilio. Hubiera sido, sin duda, anacrónico ese ritualismo teatral un poco trasnochado, toda vez que eso ocurría en presencia de una montaña erizada de cañones modernos, de larguísimo alcance, uno de los cuales veíamos tendido en la cumbre mirando hacia el África, y en momentos en que pasaban ya por nuestro lado poderosos cruceros, y un submarino británico emergía del fondo del mar para continuar su marcha flotando en la superficie con su extraño aspecto de cocodrilo mecánico.

* * *

Ya abarcábamos con la mirada todo el paisaje. A nuestra derecha el formidable peñón, una imponente montaña que se eleva en rápido ascenso desde el estrecho y que por uno de sus costados aparece cortada a pico, levantando un murallón natural de piedra hasta las nubes, tan perpendicular y liso que se diría el muro gigante de un frontón construido por la naturaleza para que jugasen a la pelota los titanes que quisieron un día en un rapto de sublime audacia escalar el Olimpo.

Allá, arriba de todo, la niebla impide ver la cúspide. Esta montaña es tan orgullosa, que se envuelve en lo alto con su propia nube, es decir, con el vaho de su propio aliento. Parecería que consciente de su poderío desafía al cielo fabricándose una nube para su uso particular, que no pide prestada al firmamento, sino que la hace brotar de sus poros y con ella se envuelve la frente como con un turbante. Es, en efecto, vapor formado por las capas de aire en contacto con la piedra y la vegetación de la montaña lo que se acumula en la altura para ponerle al peñón el casquete de una nube a ciertas horas del día.

Conforme nos acercamos al peñón en nuestro despacioso avance por una de sus laderas vamos percibiendo el compacto caserío de la población albergada en la base y en la falda de esa extraña construcción geológica puesta en la extremidad de un continente como un enorme vigía para avizorar las rutas del Atlántico. Se ven los frentes de muchas casas de varios pisos, con sus columnatas en los balcones y sus pórticos en los pisos bajos. Más arriba, construcciones militares, con sus rasgos de castillos medioevales y algún viejo torreón semiderruido, del

tiempo de los moros. Y algunos senderos serpenteando hasta la cumbre, dando la impresión por su verticalidad, de que quien se arriesgue por ellos rodará irremisiblemente hacia abajo para no detenerse sino en el agua.

Del otro lado del morro se curva la tierra española, con sus montañas armoniosas y amables, de graciosa conformación, a cuyo pie se ve la población de Algeciras, y más hacia el centro de la ensenada, cuyo extremo saliente ocupa el peñón, San Roque, y detrás mismo del peñón, La Línea. El puerto de Gibraltar, que no es pequeño, se agranda notablemente en toda la extensión de esa bahía, puesta a disposición de las autoridades británicas mediante un convenio con las españolas. Hay allí, frente mismo a Gibraltar, en su puerto, en su inmenso dique y en las aguas españolas del amplísimo estuario, cientos de buques de todo calado y de toda índole. El nuestro debió anclar no lejos de la costa española, entre San Roque y La Línea, cuyas casas y cuarteles pintados de blanco veíamos claramente.

También hizo saltar nuestro corazón de gozo la cercanía de las tierras de España, donde vive un pueblo que sentimos carne de nuestra carne, cuyas vicisitudes —porque somos directa o indirectamente sus hijos— hemos sentido siempre como nuestras. Un pueblo que nos ha enseñado su idioma; que nos ha transmitido rasgos de su personalidad; que nos ha vinculado a su destino espiritual; y al cual amamos porque somos hijos de la América hispana, donde todo nos habla de él, donde tantos hombres nobles y sanos de ese pueblo viven a nuestro lado. No fué pequeña nuestra alegría cuando al atracar junto a nuestro buque un vaporcito del puerto, advertimos que tres o cuatro de sus tripulantes hablaban español. Nos pusimos al habla con ellos y supimos que eran andaluces, refugiados en Gibraltar desde el derrumbe de la República, porque eran republicanos, y nos narraban cómo, siendo españoles y estando a tan pocos metros de España, no podían pisar tierra española.

—¿Qué es aquello? —le preguntamos a un viejo andaluz de ojillos vivaces y rostro afilado como una navaja sevillana, señalándole con la mano un caserío de resplandeciente blancura tendido a lo largo de una avenida que daba a la ensenada.

—¿Aquello? Pues es La Línea.

—¿Y qué hay en La Línea?

—¿Qué quiere usted que haya? ¡Allí no hay más que hambre!

Y nos explicó que bajo el paternal régimen de Franco los niños se mueren de inanición, y todos los días van cuatro mil hombres y mujeres de La Línea a trabajar en la ciudad inglesa. Los que no consiguen autorización de las autoridades de una y otra parte para trasladarse a Gibraltar, quedan condenados a sufrir las mayores privaciones.

Un recurso de vida para muchos hombres consiste en navegar con sus botes por la bahía tratando de comerciar con los tripulantes de los barcos fondeados, a los que venden coñac y otras bebidas alcohólicas españolas a despecho de la vigilancia ejercida por el vaporcito de las autoridades británicas. A veces se les ve pescar en medio de la bahía, y levantar algunos peces en el extremo de sus aparejos a pesar del tráfico marítimo que a cada instante remueve las aguas del estuario.

Algunos de esos hombres nos pedían pan, que es en España un manjar casi desconocido.

Alguien le dijo a nuestro interlocutor, el marinero andaluz, que se hablaba de sustituir el Gobierno de Franco por una monarquía, añadiendo que acaso era lo que mejor podía convenirle a España.

—Tal vez —dijo nuestro hombre con displicencia—, pero falta ver que el pueblo español la quiera...

El hombre era un republicano convencido, que manifestaba su confianza en el Comité de Liberación organizado en México, y que respecto de Miaja, a quien alguno de nosotros citara durante nuestro diálogo, se expresó así:

—De ese ya no hablan más los diarios de Franco. Antes no hacían más que atacarlo atribuyéndole haberse quedado con varios millones de pesetas, pero como ahora nadie ignora en España que está más pobre que San Francisco, se han callado la boca...

* * *

De tarde vino a buscarnos un capitán muy cortés, que en nombre del Gobernador de Gibraltar nos ofreció alojamiento en su Palacio, si deseábamos ir a la ciudad, donde debíamos aguardar el avión que se nos destinaría para nuestro traslado. Agradecemos la delicada atención pero resolvimos no desembarcar hasta el día siguiente, dando tiempo a que se arreglaran algunos detalles relacionados con la conducción de los dos mil

y pico de kilos de equipaje y de carga que llevábamos con nosotros. No podíamos conformarnos con que sólo se nos permitiese conducir 400 kilos en el avión. Pedimos que, por lo menos, pudiésemos cargar mil kilos, decidiéndonos a dejar el resto para que, bajo la custodia del Departamento de Estado de los Estados Unidos se nos remitiese hasta donde fuera posible en un vapor.

Esa noche pudimos admirar desde el barco un espectáculo feérico, asombroso. Un millón de luces acribillaban el peñón. El caserío de la ciudad, con sus ventanas escalonadas en las faldas de la montaña, parecía clavetear con ardientes clavos de oro los flancos oscuros de la inmensa mole. Y de los extremos de la misma, en la cumbre, y del centro de su base, y del punto más alto de la maravillosa fortaleza, partían hacia todas direcciones los potentes chorros de luz de unos grandes faros giratorios cuyos proyectores trazaban avenidas de claridad meridiana en la planicie del firmamento, barriendo las estrellas, y en las sombras circundantes de la costa española, y más lejos aún, en las borradas siluetas de las montañas de Tánger, pero sobre todo en el puerto, a las plantas del peñón, y en la bahía toda, envolviendo a los buques en su resplandor de plata flúida para evidenciar los detalles de cada uno y hacerlo resaltar en las tinieblas como si lo depositara en ese instante sobre las aguas y le improvisase un día a cada barco para su propio uso en el mismo corazón de la noche. No había movimiento, por imperceptible que fuese, que no quedase registrado, en el espacio de la ensenada, por esos esclarecimientos deslumbrantes. No había lanchita ni barquichuelo que pudiera deslizarse sin ser visto bajo esos torrentes de claridad que pasaban como grandes soplos de luz de un lado al otro del estuario, o se remontaban hacia el cielo para apagar los astros y poner en fuga las nubes. Entretanto, las lanchas y vaporcitos del puerto no se daban punto de reposo en su misión de patrullar y vigilar, yendo y viniendo por entre las embarcaciones. De pronto nos sorprendió el estallido de una bomba, que hizo estremecer a nuestro buque como si la hubiesen hecho explotar bajo su casco. No tardamos en saber que se trataba de una simple precaución. Con ella se quiere prevenir el peligro de que, como antes ocurriera no pocas veces, llegasen desde costa española quienes acercándose en pequeños botes, y hasta parece que a nado, arrojasen bombas explosivas contra los cascos

de las naves. Los guardianes portuarios evitan esos atentados arrojando ellos, a cada instante, en diversos puntos, cerca de las naves, bombas destinadas a hacer volar a quienes anden ocupados en tales maniobras. De las cubiertas de los navíos los vigilantes nocturnos, que hacen guardia en ellos, tiran también bombas de esa clase o descargan contra el agua sus armas de fuego apenas creen percibir un ruido o un movimiento sospechoso. Toda la noche estuvo, pues, sembrada de estampidos, que de lejos o de cerca nos denunciaban el celo incómodo de los concienzudos guardianes. Así se cuida, en aguas de Gibraltar, la suerte de los barcos anclados al amparo del soberbio peñón.

* * *

Fué, por otra parte, para nosotros una noche de intensa melancolía. Nos tocaba separarnos de nuestros compañeros de navegación; de esa gente del buque donde veníamos viviendo desde hacía 35 días inolvidables. Y nos angustiaba el pensamiento de que a ellos les quedaba por hacer el trayecto más arriesgado de su viaje. De Gibraltar zarparían, en cuanto nosotros desembarcáramos, para un puerto de Italia, con seguridad Nápoles, acercándose así a las fauces terribles de la guerra. Cuando me despedí del Capitán —tan noble, cordial y sereno bajo su envoltura de hombre llano y sencillote— no pude menos de aludir al hecho de que nuestra separación se produjese dejándonos la inquietud de que comenzaba para ellos la etapa más peligrosa, mientras nosotros emprendíamos acaso la más segura:

—Es que mi profesión no es llegar a Moscú sano y salvo, como debe llegar usted, sino llegar adonde me manden a depositar la carga de mi buque —me dijo, riéndose.

Y agregó todavía:

—Si me pasa algo, mala suerte. ¡Es mi profesión!

Siguió así, tan campante, ocupándose alegremente de sus cosas, pero no sin dejarnos comprender que se separaba de nosotros con un poco de tristeza, porque nos habíamos hecho todos muy amigos.

Cuando nos despedimos de la oficialidad y de los marineros y conscriptos con quienes más nos habíamos relacionado, hallamos en todos una efusividad sincera que nos conmovió realmente. Y desde entonces he vuelto a pensar muy a menudo en ellos; en la suerte de esos hombres que el azar de las

circunstancias ha arrastrado hacia un destino para mí misterioso, pues acaso no logre saber nunca más qué ha sido de ellos o de una parte de ellos; qué ha sido de la nave; qué de su Capitán; qué de los oficiales; qué de aquel joven ingeniero de las máquinas, que al mes de casado debió embarcarse para esta travesía dejando en San Francisco una joven esposa bellísima, y en cuyo rostro de simpáticos rasgos varoniles se leía la amargura de esa separación y de ese alejamiento forzoso; qué de aquel "Segundo", alto y ágil como un atleta, con los brazos horriblemente tatuados, que imponía cierto temor con sus maneras impetuosas y la mirada de sus ojos de acero, pero que era verdaderamente un niño grande, a quien el alcohol, cuando arribábamos a puerto, súbitamente enfurecía, pero que estaba siempre pronto a compensar con un abrazo del corazón sus arrebatos fulminantes... Difícil es que llegue a entenderme de cómo salieron de la empresa de arribar a Nápoles el jugador de ajedrez, con la infaltable pipa entre los labios; y el culto letrado capitán que comandaba a los concriptos de la armada; y el primer ingeniero de las máquinas, aquel viejo lleno de bonhomía que ni saludaba casi, pero tenía siempre pronta en su rostro una dulce sonrisa para cualquier alusión amistosa: era su lenguaje; y aquel diablo de carpintero, que valía él solo, por su disposición para trabajar y su eficiencia, como todo un equipo, y andaba por todos lados seguido de Blaki, el perrito de Alaska, a quien quería como a un hijo; y aquel oficial de apellido Bertani, mejicano, muy correcto, que naturalmente hablaba muy bien el español y parecía —no estoy seguro— ser un poco trostkizta; y aquel cadete rubio y bromista, que nos ayudó como el mejor de los camaradas a arreglar nuestro complicado equipaje cuando tuvimos que dividirlo en dos remesas.

Nosotros rumbeamos hacia tierras lejanas, y ellos van hacia un cercano puerto rodeado de las peores asechanzas de la guerra marítima y aérea. Nuestros destinos se tienden en direcciones tan opuestas, que sólo por milagro volveremos a encontrarnos. He quedado ansioso de que nada les ocurra; y no quiero renunciar a la esperanza de verlos nuevamente algún día para revivir con ellos un instante siquiera de ese imprevisto y extraño pasaje de mi existencia que me parece un sueño del que no he despertado todavía.

Marzo 16 de 1944.

DESCUBRIMIENTO DEL PEÑON DE GIBRALTAR

Al día siguiente un vaporcito se acercó al barco para comunicarnos por medio de un megáfono que en la Administración Naval había una noticia para nosotros, la cual, recogida por telégrafo, no era otra que la autorización para embarcar mil kilos de carga en el avión, y el aviso de que se pasaría a buscarnos a las 4 de la tarde.

Con puntualidad inglesa llegaba a esa hora el Capitán Ayudante del Gobernador, y con él descendimos a tierra, alojándonos en "The Rock Hotel", emplazado en un sitio bastante alto de la montaña, con balcones y terrazas que miran hacia el puerto.

Poco después salíamos a poner algunos telegramas, expedir nuestra correspondencia en el Correo y a dar un rápido vistazo a la ciudad. El chófer que nos conducía en su taxi era natural del peñón y nos resultó curioso oírle decir en un castellano de la más castiza pronunciación española, que él no era español ni simpatizaba con los españoles. Tampoco era inglés ni simpatizaba con los ingleses. Al hombre le bastaba con sentirse y proclamarse, orgullosamente, "británico".

Terminada la operación de timbrar las cartas y de redactar un par de telegramas, nos echamos a recorrer las calles más importantes, en realidad una sola calle que se extiende haciendo curvas casi desde donde arranca la carretera que pasa ante el hotel hasta la explanada donde se detienen los autobuses en que a esa hora retornan a La Línea los hombres y mujeres — en mayor número mujeres —, llegados esa mañana desde tierra española a ganarse un jornal.

Esa es una calle que podríamos comparar a nuestra Sarandí por el ancho de sus calzadas y de sus aceras, en los sitios en que — y no son pocos — no han debido suprimirse para dejar espacio a la circulación de los vehículos. Allí se hallan todos los comercios de la ciudad, abundando las cervecerías, restaurantes, bares y café-cantantes, abarrotados de soldados y marineros casi todos ingleses y algunos americanos, de todas las armas. Había un llamado "Café Suizo", en cuyo interior, sobre un alto tablado central, sonaba una orquesta de la que

formaban parte dos o tres muchachas rubias, muy vistosas, que cantaban canciones francesas y alemanas. De un local muy espacioso, en cuya entrada se hallaban apostados dos guardianes de la policía, con sus gorras rojas, y que estaba exclusivamente destinado a los militares, nos llegaba la voz de una cantante que entonaba el "Ay, ay, ay", con un inconfundible acento mexicano. Eran muchos los locales por el estilo, en que un servicio femenino se abría paso entre las mesas ocupadas por militares de mar y tierra, de toda graduación. Una muchedumbre compacta, en la que predominaban los soldados y los marinos, pero de la que formábamos parte asimismo muchos civiles, iba y venía, hablando aquellos en inglés, pero oyéndose en boca de los civiles el idioma español, que los gibraltareños hablan con una agradable entonación andaluza.

* * *

Las otras calles son casi todas sumamente angostas, dando apenas paso al automóvil. No pocas son como toboganes de asfalto, con casas que apoyan sus muros traseros en la roca del peñón. Aquella es una ciudad cavada en el peñasco como un bajo relieve, al que forman marco gigantesco las piedras y los árboles escalonados hasta el cielo por encima de los tejados rojizos.

Su población habitual es de veinte mil almas. Fué evacuada al comienzo de la guerra, habiéndose remitido a Inglaterra las mujeres y los niños. Pero los ausentes han sido reemplazado con exceso por la afluencia de militares que, a ciertas horas, se desbordan por los sitios centrales.

A la hora de la oración en los cuarteles, casi toda la multitud de paseantes que se aglomera en esos sitios interrumpe su marcha para permanecer unos instantes en posición de saludo militar, juntando los talones y haciendo la venia con la mano derecha a la altura de la frente, como que casi todos eran soldados u oficiales, de mar o de tierra.

A las 9 de la noche suena una señal y toda la población queda a oscuras. Los negocios deben cerrarse y apagar sus luces. Pasadas las 11 nadie debe andar por las calles, so pena de ser reducido a prisión. Hasta los oficiales de más alta jerarquía se exponen a ser arrestados si infringen esa orden. Las dos horas que median entre la clausura obligatoria de los

negocios y la prohibición absoluta de andar por las calles es el tiempo que se considera necesario para hacer retornar a sus cuarteles o navíos a los marineros borrachos...

Esa noche cenamos en "The Rock Hotel" con dos ayudantes del Gobernador, el Capitán R. H. Redshaw y el Teniente Peter Morgan. El primero habla español con un ligero acento inglés. Es peruano de nacimiento, pero es hijo de padre inglés y vivió desde pequeño en Inglaterra. No olvida su patria de origen y desea tener la oportunidad de volverla a ver. Bien plantado, de alta estatura, llama la atención por la elegancia de sus maneras, y fué para nosotros de una cordialidad exquisita. Puede decirse que desde que llegamos a Gibraltar, y aún antes de que pisásemos tierra firme, se constituyó en nuestro ángel custodio, intercediendo para facilitarnos el trasbordo del equipaje, yendo a buscarnos con su lancha a nosotros y a nuestra carga para conducirnos a la ciudad; llevándonos en su auto para hacernos conocer las curiosidades del peñón; introduciéndonos en Palacio para que pudiésemos agradecer al Gobernador las atenciones oficiales prestadas y transportándonos al aeródromo; abreviando los trámites para que nos pusiésemos, vacunándonos, en las condiciones sanitarias de rigor; dando todas las órdenes personales necesarias para que pudiésemos partir cuanto antes, seguros de que nos seguiría la parte de equipaje que no podíamos llevar con nosotros. Y no alejándose del aeródromo hasta que ascendimos la escalera del avión. Nunca le agradeceremos bastante esa diligente amabilidad en la que nos parecía descubrir el estímulo de una solidaridad de americanos, propia de quien bajo las insignias del ejército británico, no olvidaba su Perú y nos miraba a nosotros, por ser uruguayos, un poco como compatriotas.

Su acompañante, el Teniente Morgan, que lo secundaba desde que llegamos a tierra en esas diligencias, es oriundo del País de Gales; no habla castellano, pero sí francés, correctamente, que aprendió en la Universidad de Oxford, donde leyó mucha literatura española. También él era de una afabilidad encantadora. Con ellos cenamos esa noche y estuvimos de animada charla en el comedor del hotel hasta pocos minutos antes de las once, la hora del "cubre-fuego" que debían observar dando el ejemplo, precisamente, por ser ayudantes del Gobernador.

A las 9 y media de la mañana siguiente ya habían vuelto a buscarnos para conducirnos en sus autos a explorar las curiosidades del peñón.

Ascendimos por los caminos que circundan la montaña, gozando de la belleza indescriptible de un paisaje de maravilla, viendo cómo de aquel suelo, en el fondo rocoso, brota una vegetación lujuriosa, en la que se destacan añosos árboles de gran altura y abundan las retamas cubiertas de flores amarillas, las madreselvas y muchas enredaderas no menos vistosas.

Los caminos, trazados en la roca, son como balcones hacia el abismo, sobre los cuales se eleva, con su verdor de bosque vivo, la gradería casi perpendicular de la montaña, en cuya cúspide la nube de su propia niebla flota desgarrada en largos girones de lechosa blancura. En algunos sitios nos detenemos para arrojar una mirada sobre el panorama y ver, allá abajo, a muchos cientos de metros, el caserío de la ciudad o el puerto poblado de embarcaciones de las más diversas nacionalidades.

El peñón es, todo él, hasta cierta altura, como una selva en escalinata, detenida en su ascensión por el suelo pedregoso de la cumbre donde la roca brilla, desnuda y estéril, a los rayos del sol matinal. En ciertos sitios resulta impenetrable, y las anfractuosidades de su costra geológica esconden celosamente curiosidades de la naturaleza que todavía ahora se descubren, como si recién el hombre se dedicara a explorarlo. Hace poco, en efecto, se descubrieron una inmensa gruta y un lago de agua potable que el peñón reservaba como magnífica sorpresa a sus exploradores.

Pero no menos sorprendente que la obra de la naturaleza es allí la del hombre, cuya mano ha labrado incesantemente la montaña para volverla accesible por todos lados, trazando carreteras audaces y levantando terraplenes y muros de contención admirables. Desde el balcón de una saliente pudimos ver la obra de ingeniería realizada para asegurar el aprovisionamiento de agua a la ciudad y a los numerosos cuarteles. Se ha construido sobre una de las laderas —una especie de inconmensurable faceta del peñasco— una vastísima explanada de acanaladas chapas de zinc, que se nos aparecía vista desde arriba, lisa y blanca como si fuese hecha de cemento. Por allí rueda el agua de las lluvias para ser recogida en el cangilón de un acueducto a la romana con sus altas columnas de piedra, que

conduce el líquido a los depósitos. Pero eso es nada al lado de las excavaciones llevadas a cabo para abrir el seno de la montaña y construir en el subsuelo toda una ciudad troglodítica y rupestre consagrada a los servicios del ejército y de la marina. Penetramos con el auto por un largo zaguán de tres metros de altura, cuyas paredes y cuyo techo de roca manaban agua. Descendimos a la entrada de extensas galerías iluminadas a luz eléctrica y visitamos algunas grandes salas confortables, con sus pisos de tabla o de baldosa, sus cielorrasos perfectos y sus paredes bien revocadas. Habían dormitorios para soldados, una amplia enfermería provista de todo lo indispensable, cuadras, depósitos, etc.

Se acercaba la hora de tomar el avión y debimos interrumpir nuestro paseo, sin haber visto sino una parte de lo mucho que puede ofrecer de interesante para el viajero una excursión por esa montaña perforada, de la cual brotan, en algunos lugares, los hocicos de hierro de los cañones.

Teníamos que pasar por el Palacio del Gobernador a saludar a S. E. y a agradecerle las atenciones dispensadas. Es ése un palacio de piedra y mármol construído en el siglo XVIII, de estilo sobrio y severo, con un hermoso jardín y un gran patio central, con claustro de mármol, cuyos muros decoran unos grandes cuadros de batalla, grafitos o frescos con figuras en tamaño natural que representan episodios de la guerra mantenida en suelo español por los ingleses contra Napoleón I. Uno de ellos, obra de un oficial inglés, actor en la batalla que pinta, no carece de cierto valor. Unas cuantas culebrinas de hierro de aquella época, sirven de adorno en los rincones.

El Gobernador, Sir Ralph Eastwood, me recibió en su despacho, sin ceremonias, hablando en inglés e intercalando algunas pocas palabras en francés, con ánimo sonriente. Le agradecí en mi nombre y en el de mi Gobierno las amabilidades de que nos hacía objeto y las facilidades que nos otorgaba para la prosecución de nuestro viaje.

Salimos, siempre acompañados por los ayudantes, para el aeródromo, que es también una obra notable de ingeniería, pues se ha construído ganándole terreno al mar, en el espacio que separa al peñón de la costa española, junto a la lengua de tierra que lo une a La Línea. Es un producto de la guerra mundial.

Cerca del aeródromo el Capitán, nos llamó la atención

sobre un vivac de carpas de campaña: allí acampan, nos dijo, dos compañías de soldados italianos, que habían sido prisioneros, y que han venido a trabajar en importantes obras de albañilería, prestando excelentes servicios.

El amable Capitán nos condujo al pabellón de sanidad y dispuso todo para que en pocos minutos se nos vacunase y se nos proveyese del certificado correspondiente, requisito sin el cual no puede viajar en los aviones que van al África.

En la pista se hallaban, pintados de colores claros, varios "spitfire" cargados de gloria guerrera, como prontos a pegar un salto de tigres para caer en el aire sobre el enemigo si aparece. Aeroplanos e hidroplanos de las más distintas formas y de los tamaños más diversos se movían en la kilométrica explanada: unos descendiendo a lo lejos, corrían por el piso de asfalto y describían una curva al final para quedarse parados donde debían; otros, aprestándose para salir, se abrían el costado a fin de recibir la carga de bultos y de hombres, y cuando estaban prontos, echaban a correr sobre sus ruedas de goma hasta que el impulso de los motores los separaba de la tierra.

Marzo 17 de 1944.

POR EL CIELO AFRICANO

Aguardamos poco el aeroplano, que procedía de Africa del Sur. Cargamos en él los mil kilos concedidos; y el resto de la carga quedó bajo la custodia de las autoridades y especialmente de nuestro buen amigo, para sernos enviado en seguida en un buque de guerra.

Una vez dentro del avión vimos que íbamos solamente nosotros cuatro como pasajeros. A excepción del sitio de nuestros asientos, todo el espacio lo ocupaba la carga, entre la cual en medio de numerosas bolsas de cuero y lona con correspondencia y encomiendas postales, iban nuestros baúles y valijas.

El viaje no era, por cierto, cómodo. Estos aviones militares llevan los asientos a lo largo de la cabina, y no son sino banquetas metálicas donde al cabo de poco tiempo uno siente que toda la trepidación del vuelo mecánico se localiza en las asentaderas y no se halla posición adecuada para evitar que el peso del cuerpo incida demasiado en aquella zona básica de nuestra humanidad. Una manta doblada remedia bastante ese inconveniente. Pero si usted, satisfecho con haber hallado cierta relativa solución a ese problema, pone a descansar sus espaldas arrimándolas al costado metálico del avión, no tarda en advertir que se está apoyando usted en un travesaño de hierro que amenaza seccionarle la espina dorsal. Y si para mejor reposar de sus fatigas echa usted hacia atrás la cabeza esperando reclinarla en una superficie lisa y bondadosa, da ingenuamente contra la dureza hostil de un tarugo de hierro que sobresale a la altura —sabiamente calculada— de su cráneo como con la intención de que no se duerma nadie a pesar del cansancio o del mareo.

Yo creía que eso era propio tan sólo de ese aeroplano nuestro, en el que para darnos cabida a nosotros se habrían improvisado cuatro asientos en un espacio robado a los bultos de carga. Pero después tuve ocasión de aprender que esos son los asientos de los aviones de transporte militar, lo mismo cuando conducen cuatro pasajeros como nosotros, que cuando dan cabida a veinte militares, con oficiales de alta graduación y todo.

Hemos de decirles que dábamos por bienvenidas esas incomodidades si ellas eran la condición para que pudiésemos viajar con la porción más importante de nuestro equipaje al lado nuestro. Aunque hubiesen sido mucho mayores nos hubiesen parecido de perlas. Nos sentíamos felices de marchar, fuese como fuera, al encuentro de nuestra meta, todavía —eso sí— tan endiabladamente lejana.

* * *

Es difícil ver por dónde se viaja desde las pequeñas aberturas de vidrio colocadas a nuestras espaldas. Cuando el avión no anda a demasiada altura algo logramos percibir —no obstante, la molestísima postura—, del paisaje sin cesar desplazado que parece verse como desde una rendija de las nubes.

Pasamos sobre las montañas del Marruecos español y sobre las del Marruecos francés. Vemos bastante de cerca las cumbres, por lo general rocosas y agrietadas. Dejamos abajo las nubes, de entre las cuales emergen algunas crestas de color gredoso. Aquéllas forman como un mar, y por momentos uno se engaña creyendo ver las olas y sus espumas, cuando sólo está viendo algún trozo de cielo azul en el horizonte y una multitud de nubes dispersas o aglomeradas en el espacio.

El Mediterráneo desaparece durante un rato. Reaparece cerca de Orán. El Africa inquietante, domesticada por la colonización francesa, desfila bajo nuestros ojos. Cuando el avión no se remonta excesivamente, observamos la tierra bien cultivada; descubrimos los montes frutales; las plantaciones simétricas, el damero de los plantíos de cereales, los parques ordenados, campiñas sometidas al acicalamiento de una agricultura prolija y sabia que se bate con el desierto y lo transfigura arrojando sobre él las mantas verdes y doradas de la civilización agrícola y las cadenas oscuras de los caminos hormigonados o asfaltados, de la civilización mercantil.

Orán quedaba allá abajo, a nuestra izquierda, mientras el aeroplano continuaba su marcha cadenciosa, que soportamos mejor de lo que suponíamos, siendo yo acaso, de los cuatro —dicho sea sin jactancia— el que menos sentía los efectos del viaje aéreo.

El Africa francesa se deslizaba bajo nuestro aeroplano mostrándonos como en un mapa de relieve el esplendor agrícola de

Argelia. Dando en algunas partes la impresión de que mantenían a raya el desierto, que al pie de las montañas se derramaba en médanos rojizos, veíanse granjas prósperas, que con el verdor de sus alamedas y el rojo de sus tejados escriben, en aquellas tierras redimidas a la esterilidad por el trabajo, una página reconfortante del esfuerzo victorioso del hombre. Más adelante, la fertilidad natural del suelo multiplicaba las quintas, los huertos, los parques, las grandes extensiones sembradas con su geometría plana de diversas tonalidades del color. El aprovechamiento agrícola del suelo se acentúa y las construcciones, de muy buen aspecto, surgen en número creciente conforme nos acercamos a una ciudad cuyos aledaños rurales vamos ya empujando hacia atrás en la tierra al impulso de nuestro avance por el cielo. Es Argel. Ha brotado entre y sobre una serranía de gruesas montañas en parte fértiles y en parte pedregosas, mirándose en las aguas del mar. Francia, la Francia Republicana rediviva está allí. Es la capital auténtica de Francia, frente a un París ocupado por los alemanes y a un Vichy donde tienen su asiento la "entrega" y la traición.

Descendimos en un aeródromo con inmensos hangares. Allí nos esperaba la sorpresa de que estuviere aguardándonos un funcionario del Gobierno de Francia Libre, el Segundo Jefe del Protocolo del Ministerio *d'Affaires Etrangères*, con su auto, para trasladarnos a un alojamiento oficial. Era el Barón d'Huart, quien nos dijo que no habiendo en los hoteles de la ciudad, casi todos ellos ocupados por las autoridades militares británicas y norteamericanas para las necesidades del ejército, sitio disponible, el Gobierno nos alojaba como huéspedes oficiales en una de las Villas de que dispone para fines de esa naturaleza, la Villa Granger, adonde nos condujo tras un recorrido de varios kilómetros.

Con una amabilidad muy espontánea nos dejó allí instalados como príncipes, teniendo para nuestro exclusivo uso un bello palacio con un personal de cuatro personas a nuestro permanente servicio. Nada faltaba allí. El confort, el lujo y el buen gusto se aliaban en una combinación impecable. El edificio era de estilo regional, que es una modalidad del árabe en la que abundan las coincidencias con el estilo colonial español, pero donde se conservan las torrecillas de cúpula puntiaguda, los arcos en ojiva y los dinteles curvos festonados,

pintados de rojo, azul y oro, resaltando sobre la blancura de las paredes enjalbegadas de un grueso revoque granuloso. En la planta baja, una sala escritorio, una sala de lectura, otra de recepción y un comedor espléndidamente amueblados, y en el piso alto dormitorios de gran lujo con magníficos cuartos de baño, a los que se ascendía por dos cómodas escaleras de caoba. Y por todas partes interesantes detalles decorativos de mucho sabor local: vasijas de cobre labrado, faroles de hierro con gruesos cristales, candelabros y arañas fabricados por artesanos de Argelia o de Marruecos, pequeñas carabelas y galeras del tiempo de los piratas musulmanes realizados en elegantes modelos por desconocidos y pacientes artistas berberiscos, lujosas vitrinas con collares de piedras marinas y puñales árabes con vainas de cuero labradas y pintadas.

Los dormitorios con muebles franceses modernos invitaban a no acostarse en ellos por temor de dañar la seda de los tapices y de los asientos de los sillones. A mí me tocó dormir en un lecho todo tapizado de seda azul, estilo María Antonieta (admito rectificaciones porque no entiendo mucho ni poco de estas cosas) como no he visto mejores en ninguna película americana. La primera noche soñé que éramos cuatro caminantes perdidos en los senderos de una selva, resignados a continuar como pudiesen su penoso camino, que después de haberse acostado al pie de un árbol, rendidos de cansancio y vencidos por el sueño, despiertan en un palacio encantado adonde los condujera un hada milagrosa.

¡No era para menos! A la incertidumbre de nuestra suerte, que invadió de inquietud nuestro ánimo cuando debimos abandonar el buque sin saber cómo proseguiríamos el viaje, ni por qué ruta ni en qué condiciones, sucedía el optimismo inspirado por esa solicitud de un Gobierno amigo, que nos tomaba de mano de las autoridades americanas e inglesas, para ponernos por unos días bajo su generoso amparo.

Descorrí las cortinas de terciopelo azul del amplio ventanal de nuestra estancia y me quedé extasiado ante un soberbio panorama imprevisto. El palacio encantado se alzaba sobre uno de los cerros que rodean a la ciudad, en una gran terraza desde donde se dominaba el caserío, gran parte de sus alrededores y el puerto, flanqueado por el alto murallón dentado e irregular de la sierra. Un bello jardín escalonado, con añosos cedros y decorativos cipreses, se tendía en semicírculo coro-

nando con una balaustrada la altísima barranca que formaba como un pedestal al palacio, a cuya puerta principal daba acceso una amplia escalinata de varias docenas de escalones.

A sus pies, a cierta distancia, serpenteaba la calle de asfalto por donde circulaban los tranvías de trolley, sin rieles, siempre atestados de pasajeros.

Se nos sirvió un desayuno en el que no faltaban por cierto naranjas y dátiles, los exquisitos, los estupendos dátiles frescos de Argelia. El *maitre* —un excelente argeliano típico—, nos trajo un álbum particular para que en él estampásemos nuestra firma. Pusimos la nuestra a continuación de la del doctor Benes, el ex Presidente de Checoslovaquia, a quien habíamos venido a suceder como huéspedes de la villa.

Ahora ¡a esperar que llegue desde Gibraltar el *destroyer* donde ha de venir nuestro equipaje! Pero, entretanto, a ponernos asimismo en contacto con la vida de Argel e internarnos en ella cuanto podamos, porque allí sentimos ya que vive y se agita, rejuvenecida, el alma inconfundible de Francia.

Marzo 18 de 1944.

ARGEL, METROPOLI DE FRANCIA LIBRE

Cuando nos acercábamos a la ciudad en el auto que nos conducía desde el aeródromo, veíamos flotar en el cielo, a mucha altura, los globos fijos de la defensa aérea. Parecían juguetes metálicos con el brillo plateado que adquirirían a los rayos del sol, e inmóviles en su formación de semicírculo por encima de las montañas, y como respondiendo a la curvatura de la ensenada sobre la cual se cernían.

Argel ha brotado como una inmensa flor entre las montañas. Muere o nace allí la cordillera del Atlas, que en tratándose de cordilleras nunca se sabe cuál es de ellas el principio y cuál el fin. Aquellas montañas que hemos venido observando con incómoda postura desde las mirillas del aeroplano, nos han seguido en nuestro viaje y aquí las volvemos a encontrar con su aire como de obstáculos opuestos por la naturaleza al desierto, que parecen rechazar enérgicamente con su sombra más allá de los valles amparados por ellas. Es el principal centro de población de toda una vasta región rica y próspera, con su bello puerto, sin duda pequeño para la cantidad de barcos que buscan sitio en sus restingas, a lo largo de sus malecones de piedra, donde ahora se recuestan varias potentes embarcaciones de guerra. Ofrece al viajero recién llegado, de entrada, el encanto de su condición eminentemente panorámica; la atracción poco común de su accidentada topografía. Cuando se la contempla, como pude hacerlo al llegar, desde las alturas de uno de sus alrededores alpestres, se recibe una impresión gratísima y los ojos no se cansan de descubrir por todos lados bellezas insuperables. Sólo Río de Janeiro, de las ciudades que conozco, puede considerarse agraciada por el don magnífico de panoramas y paisajes más seductores. Se asemeja un tanto en el decoro de las montañas abrazando el puerto y en la característica inefable de los sitios altos que dominan, entre palmeras, cedros y cipreses, toda la multitud de casas y calles, pudiendo compararse —por ejemplo—, el barrio de Le Biar —donde nos alojamos al principio—, con San Silvestre o Santa Teresa. Desde allí se advertía la importancia de su edificación moderna, de casas de 7 u 8 pisos por lo gene-

ral, que se encuentran hasta en los suburbios. Luego, al internarse en la ciudad, el visitante queda asombrado ante el trazado de sus calles centrales, muchas de las cuales son casi perpendiculares, construidas en vertical o poco menos, pues no son sino empinadísimas escalinatas de piedra o de portland, de cientos de escalones; y ante las innumerables notas de color local que ponen en ella los moros con sus trajes característicos y sus barrios inconfundibles.

* * *

Allí tenemos ya el Oriente, que con sus mezquitas mahometanas, sus ventanas con ajimez y sus árabes pintorescos, disputa el campo al Occidente, que ha llegado con sus adelantos materiales y su civilización moderna a elevar sus casas de muchos pisos frente a los minaretes sagrados y a cruzar con sus tranvías eléctricos y sus automóviles los barrios típicos de la ciudad antigua, de callejones estrechos y vericuetos laberínticos, donde la gente vive en la vía pública y las costumbres de los musulmanes permanecen intactas. Pero la ola de la vida actual ha sido tan vigorosa, que predomina la fisonomía europea en esa ciudad donde la tradición arábiga se bate en retirada y debe refugiarse en las zonas bajas, en la parte primitiva, de la época en que los piratas berberiscos cazaban hombres por las costas de África o en sus corsos por el Mediterráneo para su tráfico de carne humana y sustentaban con él su poderío, que allí sentaba sus reales.

Hay, pues, en ella el doble interés de una población europea bajo el cielo africano en la cual se hallan expresiones típicas de la vida tradicional mora. Reduciendo cada vez más el área de la ciudad arcaica hay una nueva y otra novísima. Amplias avenidas de varios kilómetros de extensión la atraviesan de punta a punta, recorridas por tranvías y autobuses con *troleys* sobre calzadas de asfalto o de piedra —que allí abunda—, muy bien trabajada en pequeños adoquines perfectamente colocados. Sus calles no son rectas y sus principales avenidas serpentean flanqueadas por una edificación muy pareja y compacta, de grandes y generalmente bellos edificios de siete pisos por lo común. Tiene una hermosa rambla portuaria, el Boulevard Carnot, con una rica balaustrada de hierro sobre el estuario y una sucesión de espléndidos palacios con

elevados pórticos de columnas de piedra. Construída en varios planos, para pasar de uno a otro ha sido necesario, como ya he dicho, tender escalinatas, que el transeúnte encuentra por todos lados obligándole a realizar una especie de alpinismo edilicio que sin duda contribuye mucho a desarrollar las pantorrillas de las mujeres, que las llevan al aire, naturalmente, si no son árabes, porque éstas no han renunciado aún a sus larguísimas polleras. Una de esas escalinatas, de dos ramales, conduce de la explanada de la Grand Poste —el Correo, un bello edificio de estilo morisco— a la plazuela donde se alza el monumento a los Muertos de la guerra anterior —imponente y severo— y aún continúa unos metros más para desembocar en una calle importante. Escalinata y monumento son de piedra arenisca, que se extrae de las altas barrancas que rodean el casco de la ciudad, y se le ve recortada en trozos como enormes panes alineados en algunos sitios de los alrededores, al borde de los caminos, en forma de murallas, para ser cargados en los carros y camiones, conforme la van extrayendo de las canteras centenares de obreros cotidianamente ocupados en esa labor, a los cuales se les ve negrear como hormigas sobre el fondo blanco de las laderas excavadas. Esa es, por lo menos, una escalinata de reposada oblicuidad. Otras hay, en cambio, tan verticales y de tantos escalones que uno se asombra de ver descender y subir por ellas a hombres y mujeres, a veces con criaturas en los brazos. Con las sayas cortas que suelen usar las mujeres (cuando no son árabes, repito), ocurre a menudo que el paseante encuentra un aliciente para hacerle menos difícil la ascensión, en la contemplación de bellas piernas femeninas —por lo general sin medias, pues las de seda sólo pueden llevarlas algunas extranjeras privilegiadas—, cuyas líneas escultóricas logran amenizar sin duda el más penoso de los viajes. Ellas no hacen melindres, y si tienen que subir, suben resueltamente, con toda naturalidad, que al fin y al cabo no muestran más que una bañista de cualquier playa, ni nadie pierde su tiempo en contemplar un espectáculo que se ha vuelto vulgar, por repetido.

En la multitud que llena las calles, que forma colas interminables en las paradas de los ómnibus o se agolpa en los andenes construídos en las calzadas para tomar los tranvías eléctricos, verdaderos convoyes cuyos vagones se abren por la mitad, abundan los uniformes militares. A los soldados in-

gleses, americanos, hindúes, australianos, canadienses, polacos, checos, etc., se agregan aquí los soldados del ejército de Francia Libre, entre los cuales no son pocos los movilizados de la población. También se ven los vistosos uniformes de las tropas moras. Se les ve, sobre todo, en las puertas de los palacios oficiales donde soldados de negra tez, calzados con largas botas de cuero amarillo y vestidos con pantalones y blusas rojas y amplias capas blancas, hacen guardia a pie o a caballo. Muchísimas muchachas lucen traje militar. Las hay británicas, yanquis, francesas. Estas se distinguen por su elegante uniforme azul, habiendo substituído el *kepi* o el *poli* de las inglesas y de las americanas, que no pocas llevan con verdadera gracia, por un sombrero blanco también azul oscuro que tiene algo de tricornio, y con el cual se tocan poniendo de relieve el innato *chic* de las francesas. Ese numeroso personal femenino de los servicios auxiliares y de la cruz roja, constituye el aspecto amable de la preparación militar que aquí asume proporciones de ocupación general por el ejército, el cual —como es lógico—, ha invadido todos los lugares y llena hasta los intersticios de la urbe con su presencia múltiple. Esta es una posición muy estratégica para las operaciones de los ejércitos aliados, y aquí los comandos reúnen elementos considerables, sin duda para próximos desarrollos bélicos. Aquí, sobre todo, Francia Libre se entrega a su colaboración en la guerra común y al mismo tiempo a su tarea de reconstruir el poderío militar propio, que le hace falta para reconquistar con sus soldados el territorio de la metrópoli ocupado por los nazis.

* * *

Esta es *l'autre France* —muy “otra” por cierto, frente a la de Vichy—, que los acontecimientos erigen en metrópoli cívica, porque en ella se instala el alma libre de la nación, la cual, bajo el signo sangriento de la guerra, se encuentra a sí misma en el territorio de sus florecientes colonias. Los franceses que aquí están asumiendo la representación de Francia, luchando por ella, por su libertad y por sus sagrados principios tradicionales de república y democracia, no se sienten en tierra extraña; ni los argelinos, que junto a ellos viven sintiéndose franceses gracias a una identificación y solidaridad de que ahora no quedan excluídos los musulmanes, experimen-

tan otra preocupación política y nacional que la de verse a cubierto de la amenaza de una invasión o de una victoria alemana.

Yo he tratado de descubrir entre la población signos de hostilidad o aversión entre los moros y descendientes de moros, que se hacían en sus típicos barrios o circulan en gran número por algunas calles, y los franceses o descendientes de franceses. O entre los argelinos de sangre europea y los argelinos de sangre africana, rivalidades y recelos.

Yo he creído encontrar en todas partes, por debajo de las diferencias de costumbres y de trajes, una verdadera unidad de espíritu nacional que se manifiesta especialmente en el hecho de que todos, hasta los moros, hablan francés o intentan hablarlo. Las diferencias de religión cavan más hondo en las separaciones, pero por encima de ellas el argelino se siente orgulloso de su patria africana, que es, al mismo tiempo, una patria francesa.

Desde luego, estos árabes argelinos no son, como otros que hallaremos más adelante, de tez demasiado oscura. No son, precisamente, de raza caucásica, pero ni por los rasgos de su fisonomía ni por el color de su tez se diferencian mayormente de un meridional europeo o de un americano del sud. En cuanto a indumentaria, los hombres se tocan con turbante o con el blanco albornoz, pero cada vez son menos y ya no son relativamente muchos los que usan túnica o saya, la cual, por otra parte, se lleva ya con chaquetas o chalecos europeos. Las mujeres se visten de blanco con mantas y sayas largas y se cubren el rostro con una tela blanca, no dejando al descubierto sino los ojos. Parecen fantasmas andando por las calles en contraste con los trajes de colores que predominan en la multitud vestida a la moda occidental. Las túnicas de las mujeres pobres semejan simples salidas de baño, generalmente raídas y sucias; pero se ven mujeres árabes de buena posición que lucen vestidos de riquísima seda, de una blancura impecable, y antifaces con bordes de suntuosas puntillas.

Los ojos, asomando entre la celosía que les forma el manto caído sobre la frente y el antifaz alzado casi hasta el nacimiento de la nariz, relucen con un prestigio oriental inquietante, que ellas, cuando son jóvenes, acrecientan rasgándolos y subrayándolos con negro de humo o acaso recurriendo —a estas horas—, a los auxilios occidentales del rimel. No faltan las

que llevan su coquetería hasta saber entreabrir, como al descuido, su manto, para dar la ilusión de secretas revelaciones, no mostrando fugazmente sino una bata muy ceñida a un busto que, eso sí, por lo general justifica bien la rápida expectativa creada por el gesto descubridor. *Voilà tout!* Pero esas pobres mujeres musulmanas que ponen hoy una nota de interesante exotismo en su propia ciudad natal, occidentalizada en sus tres cuartas partes, marcan la existencia de capas de la población que viven bastante al margen de las exigencias de la higiene moderna, en *quartiers* a los que el viajero penetra siempre con cierta impresión de malestar. Hemos visto, sin embargo, cómo a través de las generaciones se produce la evolución de ese tradicionalismo costumbrista, que perdura sobre todo en los estratos bajos de la población indígena, hacia la europeización de las costumbres. No es raro encontrar en una misma familia la anciana vestida a la usanza mora y los hijos y las hijas, hombres o mujeres jóvenes, vestidos a la europea, mientras los nietos, chicos o chicas de corta edad, andan en bicicleta y lucen camisas de sport y trajes de estilo americano.

En los parajes céntricos, por las avenidas bien edificadas que le dan aspectos de gran ciudad europea, se recibe a menudo la impresión agradable de cruzarse con mujeres elegantes, de un *chic* nada común, probablemente parisienses refugiadas. Las aceras de la avenida de L'Isly, de la avenida Michelet, y alguna otra, no menos anchas que nuestra 18 de Julio, hormiguan a todas horas de una multitud en la que llegan a ser obsesión de los ojos los uniformes militares. De pronto, a ciertas horas, aparecen pelotones de soldados en formación que van en busca de su comida llevando en la mano su escudilla y su jarra de metal. Soldados de todas las armas y de todas las razas se juntan allí. Desde los rubios londinenses a los negros de Somalia; desde los yanquis a los australianos; desde los polacos a los yugoeslavos; desde los franceses de Europa a los árabes de Argelia o de Túnez, todos se juntan en ese desfile interminable, en ese ir y venir de las calles de una ciudad invadida en oleadas sucesivas por muchos miles de extranjeros movilizados para la guerra.

Por el volumen de su edificación creo que en tiempos normales su población no baja de 800 mil habitantes; pero en la actualidad no debe haber allí menos de un millón y pico de almas.

Por debajo de ese cosmopolitismo militar adventicio, hay otro civil permanente. No son pocos los españoles y los italianos que al lado de los franceses han echado raíces en este suelo, hasta el punto de que cualquier conductor de autos que se respete se considera obligado a hablar, además de su francés argelino, un poco de la lengua del Dante y otro poco de la lengua de Cervantes. Hemos hallado varios españoles. Uno, un chófer de apellido Rodríguez, jugador aficionado de fútbol, conocía las glorias del fútbol uruguayo. Otro, un comerciante bilbaíno establecido desde hacía treinta años en Argel, algo nos informó de la mentalidad de la población con respecto a los prejuicios nacionalistas, que son la plaga espiritual del viejo mundo. Se mostraba quejoso de que entre los argelinos —no ya entre los franceses metropolitanos trasladados a Argelia—, existiesen prevenciones contra los extranjeros.

“Los españoles —nos decía—, no somos considerados por esta gente.” Y agregaba: “Cuando en Argelia hacía falta el concurso de los extranjeros, éramos bien mirados por todos; pero una vez que no fuimos más necesarios y nuestro número creció mientras las oportunidades de trabajo comenzaron a faltar, nos vimos objeto de prevenciones y malquerencia por parte de la población indígena más ignorante, que entiende que nosotros comemos su pan.”

Así nos comunicaba sus tribulaciones ese buen hombre cuyos hijos eran argelinos y sentía la nostalgia de su patria, pero no podía tornar a ella porque los suyos amaban esta tierra en la que él se sentía irremediamente extranjero. Se le iluminaba el rostro de satisfacción cuando nos oía decir que en el Río de la Plata y especialmente en el Uruguay, los españoles gozan del respeto y las simpatías de todos y que no existen prejuicios de nacionalidad ni de raza.

Sin duda había en sus quejas mucha exageración, pero con todo ellas nos ponían ante ese problema de las mentalidades xenófobas que en el Uruguay casi no conocemos y que en Europa coloca el fusil en manos de los pueblos para combatir a otros pueblos.

¡Cuando se advierten los abismos de fanatismo hereditario que en estos países separan a los hombres de una misma ciudad y hasta de una misma calle, uno no puede menos de felicitarlo de haber nacido en América!

Recorriendo Argel debimos asombrarnos de la importancia de su actividad comercial, que las dificultades creadas por la guerra han reducido momentáneamente, pero que se patentiza en los grandes establecimientos mercantiles de los barrios centrales. Hay unos *magasins* enormes donde no se puede dar un paso, tal es el gentío que circula entre los *stands* de las diversas mercaderías que allí se expenden. Una sucursal del *Bon Marché* de París, lujosamente instalada, una vastísima "Les galeries de France" y otras tiendas y bazares por el estilo, rivalizan con nuestro London - París o con el Gath y Chaves porteño, pero se notan los efectos de la escasez de artículos, muchos de los cuales, por ejemplo el jabón, se hallan racionados y no pueden comprarse sin la correspondiente autorización oficial.

En realidad faltan muchas cosas en esos establecimientos que, sin embargo, el público invade como en un asalto permanente. En todas las calles se ven locales cerrados a causa de la falta de mercancías, que ha obligado a clausurar los negocios. La guerra, que en ciertos aspectos estrangula la ciudad, en otros aspectos la reanima y congestiona, proporcionándole una agitación de feria constante con esas corrientes vivas de refugiados y de militares que van de un lado para otro por sus calles sinuosas, llenan sus *brasseries* y desbordan en sus cines, en cuyas puertas se forman colas larguísimas, y abruman sus tranvías y ómnibus, que viajan espantosamente cargados a todas horas. En los taxis es difícil viajar porque se les reserva para el traslado de enfermos y para los fines de utilidad oficial, debiéndoseles solicitar en la Prefectura, indicando el tiempo por el cual se les necesita, pues sin su previo permiso los taxis no conducen a nadie.

En materia de alimentación la escasez es extrema. Por falta de azúcar y por las necesidades de no despilfarrar la harina, todas las confiterías han debido cerrar sus puertas; no se encuentra una ni para remedio en toda la ciudad. Quedan, como muestras, los locales de algunas con sus lujosas instalaciones, pero vacías en absoluto de todo artículo para vender. En los cafés o *brasseries* el café y el té lo sirven con sacarina líquida, como sucedáneo del azúcar, siendo —naturalmente— el "café" de achicoria o de cualquier cosa, y el té una infusión más o menos apropiada de hojas sustitutivas. En los restaurantes sirven invariablemente una taza de caldo con

una cucharada de arroz, un plato de lengua con arvejas o cualquier porción parecida de carne con lentejas, una naranja de postre, y tres tajaditas de pan negro por persona; y cobran por ese menú 60 francos, que son casi 2.50 de nuestra moneda. El vino es relativamente barato, y además excelente, lo que no deja de constituir una apreciable compensación.

A las 9 de la noche se produce el *black-out*; los cines y teatros funcionan, sin embargo, hasta las 11 y media. El cubre fuego no impide que por las calles céntricas circulen los peatones y algunos vehículos; y no deja de ser curioso el aspecto nocturno de esas calles en que los transeúntes deben tener cuidado de no tropezarse. Todas las casas cierran sus puertas, vidrieras y ventanas; en las calles sólo algunos faroles a media luz, recubiertas por arriba y con los vidrios pintados de azul, iluminan un poco la calzada. Como sombras de aquellarre pasan las personas por las aceras y el cuadro adquiere contornos de fantasmagoría.

Así vimos Argel por su lado exterior, es decir, por los rasgos de su fisonomía material, soportando las vicisitudes de esta hora trágica del mundo, ella, en cuyo puerto hoy se ven los cascos de algunos barcos hundidos y que además recibió algunas visitas de los aviones alemanes. Precisamente 15 días antes de llegar nosotros sus defensas aéreas y sus aviones rechazaron una escuadrilla de 65 aparatos nazis que intentaron bombardear el puerto.

Marzo 22 de 1944.

¡ALTO! ¡QUIEN VIVE? ¡FRANCIA!

En cuanto nos pusimos en contacto con esas dificultades de su existencia colectiva, no pudimos dormir tranquilos en nuestro lujoso lecho de la Villa Granger ni sentarnos a gusto ante su mesa abundante y delicadamente servida. Nos faltó tiempo para solicitar de la Legación Americana el servicio de conseguir hospedaje en uno de los hoteles que ella controla en la ciudad, con fines de guerra, y para manifestarle al Ministerio *d'Affaires Etrangères* nuestro deseo de no continuar gravitando sobre la generosa hospitalidad del Gobierno de Francia Libre.

Obtuvimos así que después de cuatro días de permanencia en esa villa, lujosa residencia privada que el Gobierno utiliza para casos como el de nuestra presencia, se nos proporcionase alojamiento en un hotel central. Estábamos allí sintiendo latir bajo nuestra mano —para decirlo con la célebre frase del tribuno— el corazón de Francia, desgarrado por la tragedia; y no queríamos ser en aquel gran campamento atareado, en aquel enorme vivac donde se juntaban las actividades guerreras de tres ejércitos con la agitación pacífica de los reconstructores de la República, también ellos combatientes de una fecunda batalla civil, parásitos de honor en el organismo oficial de la nación renaciente. Llevábamos con nosotros el espíritu democrático del Uruguay, que siente como suyos los dolores de Francia y vive en su corazón la historia, pasada y presente, del pueblo francés. En su nombre agradecíamos el honroso agasajo, pero no podíamos aceptarlo sino impuesto por la fuerza de las circunstancias. Así se lo dijimos a Mr. Massigli, en audiencia que nos concedió. El Ministro es un hombre delgado, de elevada estatura, que debe andar por los cincuenta años de edad. Sumamente afable y cordial, encontró palabras muy corteses para felicitarse de recibir al representante diplomático del primer país sudamericano que reconoció al Comité de Liberación. Se mostró extrañado de que el Uruguay no hubiese enviado, a semejanza de otras repúblicas americanas, un cónsul o un encargado de negocios a Argel. Y cuando fuí a retirarme, para no robarle demasiados minutos de su tiempo

precioso, me retuvo para que le explicara la situación argentina.

Por mi parte, no dejé de expresarle, en nombre de mi Gobierno y en el mío propio, el debido reconocimiento por sus atenciones y mi entusiasmo por la obra magnífica que el Comité de Liberación estaba realizando. Le dije cuán profunda era mi emoción al encontrarme allí con la Francia inmortal, viva en espíritu, reincorporada tras el golpe tremendo de la derrota, pronta a reanudar su camino glorioso, con un vigor renovado. Y agregué que deseaba cooperar con una suma —desgraciadamente modestísima—, no pudiendo hacer otra cosa, a los esfuerzos por la liberación nacional. El Ministro me indicó que podía depositar esa suma en el fondo de Defensa y tuvo el comedimiento de tomar de mis manos el cheque para hacerlo llegar a su destino.

Tuve ocasión de acercarme todavía más al alma en pie de la Francia combatiente.

El primer sábado de nuestra estada en Argel era el 18 de marzo, aniversario de la Comuna de París. Dos actos se celebraron simultáneamente en la mañana del domingo siguiente para conmemorar aquel acontecimiento de tan alta significación popular en la historia francesa contemporánea.

Uno de ellos tuvo lugar en el teatro Majestic, organizado por el partido Comunista. "Para ayudar —decían los carteles—, a glorificar el París de la Resistencia, venid a conmemorar el París de la Commune, epopeya de la lucha contra el enemigo y la traición."

Era, en efecto, una oportunidad señalada para relacionar el presente con el pasado en las vicisitudes dolorosas de la gran nación infortunada. El 18 de marzo de 1871 el pueblo de París movilizó en gran parte en los cuadros de la Guardia Nacional, indignado por la capitulación vergonzosa con el invasor —el victorioso ejército prusiano de Moltke, que imponía invencible la política de Bismarck— y desconfiado del gobierno de Thiers, que intentó quitarle los cañones, se adueñó del gobierno de la ciudad y puso sus poderes en manos de la Commune, representada por una Asamblea que fué expresión genuina de la voluntad popular, donde el espíritu del proletariado francés naturalmente predominó con sus inquietudes y su generosas aspiraciones. Tomó resoluciones cuyo acierto puede ser discutido, pero a las que no puede negárseles

elevada inspiración. Hasta la misma demolición de la columna Vendome —que quiso ser presentada como un acto de torpe vandalismo—, no fué sino un gesto de noble simbolismo contra la glorificación de la guerra de conquistas. El voto de los guardias nacionales en favor de Garibaldi para que fuera su general en jefe, evidenciaba la amplitud de los sentimientos de fraternidad para con todos los pueblos de la tierra en esos insurgentes. La Commune se mostró ingenuamente respetuosa de la propiedad y no tocó ni un centésimo de las cajas de los bancos, lo que no impidió, por cierto, que el Gobierno de Versalles —entonces hubo también un gobierno de Versalles—, la ahogara en sangre acusando a sus hombres de bandoleros.

Su conmemoración en las actuales circunstancias adquiere por fuerza un sentido de exaltación oportuna de las energías morales y de las sanas orientaciones espirituales que deben salvar a Francia levantándola sobre su postración de la hora aciaga de su inconcebible infortunio.

El solo hecho de que en una ciudad francesa —que es hoy la verdadera capital política de Francia—, se pudiera conmemorar públicamente la Commune, llenaba de regocijo el corazón de un demócrata que se siente lacerado por el espectáculo de aquella otra Francia en que los Pétain y los Laval se ponen a los pies de los nazis y borran con mano servil el glorioso lema en que la palabra Libertad resplandece.

Efectuóse el mitin del Majestic bajo la presidencia de André Marty, diputado de París, miembro del Comité Ejecutivo del citado partido, desarrollándose un programa de concierto, con cantantes, orquesta y un film de guerra soviético. El diputado por el Sena, M. Etienne Fajon, pronunció un discurso en el que dijo que “el París de 1871 aceptó el combate por una Francia independiente y libre, en el que 30 mil patriotas sucumbieron. París lucha de nuevo, agregó. Los de la resistencia son los dignos émulos de aquellos de la Commune. Ellos tienen el mismo ardor, el mismo amor, la misma intrepidez. Si en el 71 París luchaba solo, en 1944 toda la Francia está con París. Y la Francia surgirá victoriosa de esta lucha contra el enemigo y los saboteadores de nuestra nación. Más adelante dijo que no es posible dejar de comparar la derrota de 1870 con la de junio de 1940. Ellas obedecen a las mismas causas: la acción de esas coaliciones de intereses y de privilegios tan justamente denunciados por el General De Gaulle. Pero, hoy

día, los franceses en su inmensa mayoría desean evitar la guerra civil.”

* * *

El otro acto llevóse a cabo en la sala Pierre-Bordes, organizado por la Liga de los Derechos del Hombre, con participación de oradores de diversos partidos de izquierda. El local es espacioso, de forma circular, con no menos de mil sillones y capacidad para algunos cientos de personas en pie. Ocupaban el escenario delegados de numerosas instituciones, entre ellos un garibaldino. Pude oír tres de los oradores que desfilaron por esa tribuna. Ya había hablado M. Henri Laugier, Rector de la Universidad de Argel, M. Marc Rucart, radical, del partido de Herriot y Deladier, ex Ministro de Justicia, se hallaba en el uso de la palabra cuando llegamos a ocupar un sitio entre el público, que aunque numeroso, no llenaba por completo el salón. Es un orador elegante, que maneja la voz con inflexiones teatrales y alcanza momentos de cálida elocuencia. Trasmitió el puesto, entre aplausos, a M. Moquet —diputado comunista de París—, que se gasta una barba a la manera de Carlos Marx, y que no es, precisamente, un gran orador aunque se expresa con claridad y sin dificultades. El contenido y la forma de su arenga —una insistente exhortación a constituir la unión nacional contra el nazi-fascismo—, no difería mucho de los que caracterizan los discursos de nuestros comunistas. Las mismas fórmulas verbales, el mismo modo de decir las cosas, los mismos clisés, los mismos lugares comunes de expresión y de pensamiento. Se hacía aplaudir por el público complaciente, sobre todo cuando evocaba a Rusia, que es en todas partes el infalible recurso para provocar ovaciones. Cerró la serie de oradores el socialista André Philip, Comisario de Estado, a quien ansiaba conocer personalmente y escuchar. Tampoco André Philip, un hombre alto y corpulento, que aparenta no haber pasado mucho de los 40 años, es un verdadero orador. No deja de adoptar en la tribuna una posición desmañada, de hombre que no quiere declamar sino persuadir, y no prodiga los ademanes ni cambia casi la postura del cuerpo en todo el curso de su disertación. Es algo monótono en la emisión de su voz y en la cadencia de la frase, pero de tanto en tanto obtiene, sin proponérselo, felices efectos oratorios con sólo poner más calor y energía en lo que dice

y desplegando el considerable volumen de su voz más bien gruesa. Su discurso, que parecía tener escrito, aunque no lo leía sino a trechos, y como si solamente lo tuviera a su alcance para no apartarse de él demasiado, fué una pieza muy seria con caracteres y proyecciones de programa de gobierno para la reconstrucción. *La Dépêche Algérienne*, uno de los órganos más calificados de la prensa, dijo al día siguiente de ese discurso, que había sido un verdadero programa de futuro, no solamente para la Liga, sino para todos los franceses.

“Todos nuestros pensamientos —declaró el orador—, van hacia la lucha que sostenemos, el combate por la liberación. ¿Pero debemos reservar para más tarde el examen de los problemas de organización? Yo no lo creo. Desde luego, a causa de la experiencia de 1914, cuando, por no haber sabido prevenir, se ganó la guerra pero se perdió la paz. Además, esta guerra no es como la precedente, un conflicto de naciones. Ella es una oposición entre clases sociales, entre puntos de vista, entre maneras de pensar; es una guerra civil internacional. Ella debe ser la última de las grandes guerras de religión.”

Más adelante dijo: “Dos peligros amenazan el conjunto de las naciones unidas: el realismo de pacotilla y el odio destructor. El primero consiste, cuando la victoria se acerca, en ensayar comprar la victoria por combinaciones más que por sacrificios. Consiste en negociar con esos grupos que han puesto a Hitler y a Mussolini en el poder. Existe también el peligro inverso, que nos amenaza a nosotros los franceses. Después que se ha sufrido tanto y se han presenciado tantos crímenes, sentir contra el opresor un odio tal que conduzca a devolver golpe por golpe, a aplicar las mismas leyes, el volverse hitleriano por antihitlerismo, parecería natural. También de esto es necesario cuidarnos.”

A continuación definió los grandes principios: “Igualdad, laicismo, condenación del racismo. De esos principios se desprenden las libertades políticas y económicas. Si nosotros queremos mañana crear una República viva y efectiva es necesario que ella tenga un espíritu republicano. Mucha gente ha conservado un espíritu monárquico o absolutista, en el sentido de que cada uno creía que él solo poseía la verdad, y que así él podía atacar a todos aquellos que no participaban de sus opiniones; y de ahí un desinteresarse por parte de la “élite”. Si nosotros queremos evitar eso es necesario partir del respeto del

otro en tanto que el otro luce de buena fe. Ningún hombre, por grande que sea, posee jamás la verdad, pero cada uno de nosotros puede llegar a ser poseído por la verdad. Será necesaria mañana una justa tolerancia entre los que tienen una misma fe republicana y consideran al opositor como un amigo cuyas críticas nos ayudan y son útiles para la construcción de nuestra obra.”

Se ocupó después del problema de la reorganización de la administración pública y del espíritu de que deben sentirse imbuídos los funcionarios, abogando porque desapareciesen las dificultades opuestas a los hombres humildes del pueblo, para la gestión de sus asuntos, por los funcionarios incapaces de comprender que como servidores leales de la República han de actuar en todo instante con sentido inequívocamente democrático.

Muchas más cosas de interés dijo, pero no puedo extenderme más en esta sintética reseña. Al terminar el acto me acerqué a felicitarlo dándome a conocer como un militante de sus mismas ideas en el Uruguay.

* * *

El lunes me puse en contacto con la redacción de *Fraternité*, el órgano periodístico del Partido Socialista, cuyo director político es Vicente Auriol, miembro de la Asamblea Consultiva, que como se recordará fué Ministro de Finanzas en el Gobierno del Frente Popular presidido por León Blum. Fué conducido, a requerimiento de M. Auriol a la Asamblea Consultiva por una redactora del periódico, cuyo esposo es oficial del ejército de la Francia Combatiente y se hallaba entonces en Norte América por razones de su servicio. La Asamblea Consultiva tiene su sede en un amplio y modernísimo edificio del Boulevard Carnot. La vastísima sala de recepción de los delegados, luce en sus muros bellos frescos con asuntos locales, debidos casi todos a un par de pintores argelianos realmente notables por el vigor del dibujo, la audacia de la composición y la fuerza armoniosa del colorido.

Allí mantuve una larga conversación con el amigo de León Blum, que se hallaba atareado en la confección del proyecto sobre la organización administrativa de Francia para el día siguiente de la reconquista, como miembro de la Comisión redactora. De ella formaba parte, asimismo, el Prof. Hauriou,

el tratadista de derecho administrativo y constitucional tan conocido en nuestra Facultad de Derecho. En la discusión de ese proyecto, que salió a las sesiones públicas el día siguiente, tocó en él participación destacada a nuestro amigo, con quien departimos sobre diversos asuntos relacionados con la suerte de Francia, con el porvenir de los pueblos y con la situación del socialismo internacional.

* * *

Todo ello ocurría bajo la reconfortante impresión que se había adueñado de todos los ánimos a causa de las declaraciones formuladas ante la Asamblea Consultiva por el Presidente del Comité Francés de Liberación Nacional, General De Gaulle, la tarde del sábado.

Desgraciadamente, como recién habíamos llegado la tarde del viernes, no me enteré a tiempo de que se realizaría el sábado esa sesión, y me perdí la oportunidad preciosa de ser espectador de ese acontecimiento memorable. El General De Gaulle dió lectura de su comunicación sobre la política exterior e interior del Gobierno. Su discurso, que leí en los diarios, fué en realidad una obra maestra de la oratoria política. Admirablemente sintético, de forma elegante y de una rara precisión de pensamiento, tocó en poco espacio, con acierto, todos los puntos del vasto plan a que respondía. "La situación de Francia, las causas que la han producido, las consecuencias a prever para el futuro, tales son los antecedentes de hecho que sirven de base a la política por la cual el Gobierno entiende conducir al país hacia su salud, su liberación y su renovación. Yo quisiera exponer hoy ante ustedes las condiciones y los fines de esta política desde los siguientes puntos de vista: de la guerra en sí misma, de la liberación del país, de nuestras relaciones exteriores; en fin, del porvenir de Francia." Ese exordio trazaba a su exposición un programa de considerables proporciones que, sin embargo, agotó en una alocución de tres cuartos de hora.

"Cuando en medio del tumulto de la guerra —añadió—, se trata de decidir qué es necesario hacer para inclinar la balanza del conflicto, los hombres que llevan la carga de dirigir el esfuerzo nacional deben, cualesquiera que sean sus dolores y sus

ardores, considerar las frías y duras realidades sobre las cuales se construye la acción. Una nación que como la nuestra juega su vida, no admite de parte de sus jefes ni la debilidad ni la ilusión."

Tal era el introito de ese discurso que me excusaré de reseñar y comentar aquí, porque ya lo conocen, sin duda, por la información telegráfica, al menos en su contenido esencial, los lectores de estas correspondencias. Sólo quiero destacar aquel pasaje en que declaró, refiriéndose a la orientación del porvenir, lo que a continuación transcribo:

"El término de la misión del Gobierno provisorio de la República está marcado por la fecha misma en que la soberanía nacional habrá podido hacerse escuchar. Desde ese momento, el juego de nuestras instituciones, interrumpido por la fuerza mayor de la invasión y de la usurpación, reanudará su curso legítimo y los poderes de hecho de los que hemos asumido la carga para dirigir el esfuerzo nacional en la guerra y para asegurar la liberación del soberano, quiero decir del pueblo cautivo, cesarán inmediatamente de tener su justificación. El fondo y la forma definitivos de la sociedad francesa de mañana no son del resorte del Gobierno provisorio ni de ninguna asamblea que no proceda de elecciones libres, directas, generales, efectuadas en las condiciones suficientes de estabilidad y de necesidad nacional." (*Grandes aplausos*).

"Pero si los acontecimientos fuerzan a Francia a esperar para poder libremente decidir de sí misma, un inmenso trabajo de los espíritus se cumple entre sus hijos. Por encima de sus dolores, sus angustias, su combate, los franceses miran hacia el futuro. Se desprende de lo que ellos expresan muy alto o muy bajo, una suerte de orientación común donde parece ya posible discernir las grandes líneas de nuestra renovación. Es la democracia renovada en sus órganos y, sobre todo, en su práctica, que nuestro pueblo reclama con su voz. Para responderle, el régimen nuevo deberá comportar una representación elegida por todos los hombres y todas las mujeres de entre nosotros, ciñéndose a un funcionamiento político y legislativo muy diferente de aquel que concluyó por paralizar el parlamento de la III^a República."

Y casi en seguida agregaba: "*La democracia francesa deberá ser una democracia social*, es decir, asegurando orgánicamente a cada uno el derecho y la libertad de su trabajo, ga-

rantizando la dignidad y la seguridad de todos, en un sistema económico trazado con vistas a la valoración de los recursos nacionales y de ninguna manera al provecho de los intereses particulares, donde las grandes fuentes de la riqueza común pertenecerán a la nación y donde la dirección y el control del Estado se ejercerán con el concurso regular de los que trabajan y de los que emprenden. En fin, los altos valores intelectuales y morales de los cuales dependen los resortes profundos y el brillo del país, deberán ser puestos a colaborar directamente con los poderes públicos. Un tal régimen político, social y económico —añadió—, deberá ser conjugado con una organización internacional de las relaciones de toda naturaleza entre todas las naciones."

Cuando terminó de hablar, la sesión fué suspendida durante tres cuartos de hora a fin de que los diversos grupos parlamentarios se reuniesen para deliberar. Vueltos los delegados a la sala se pronunciaron varios oradores, en representación de cada grupo. Rucart, por los radical-socialistas; Claudius, por los independientes de la Resistencia; Cassin, en nombre de la mayoría de la Resistencia; Hauriour, en nombre también del grupo de la Resistencia; Evrard, en nombre de los socialistas; Biloux, en nombre de los comunistas; Antier, por los delegados del centro. Todos se manifestaron complacidos con las declaraciones del Presidente del Comité Francés de Liberación Nacional.

Y fué a continuación votada por unanimidad una orden del día de confianza cuyos términos eran los siguientes: "La Asamblea, después de haber escuchado la exposición del General De Gaulle sobre la política del Gobierno, considerando que los principios enunciados confirman la profunda identidad de vistas entre el Gobierno, la Asamblea y el Pueblo Francés, tiene confianza en el Gobierno y le asegura su concurso absoluto para la aplicación del programa trazado por su Presidente."

* * *

También ocurrió en esos días un hecho de trascendental importancia: la abrogación por el C. F. L. N. del "Código del Indigenado". Ese Código era el conjunto de leyes de excepción, decretos gubernamentales, circulares prefecturales que se

habían venido acumulando desde decenas de años y que bajo el pretexto de salvaguardar la soberanía francesa limitaban los derechos de los musulmanes. Desde tiempo atrás se había denunciado que esa legislación de desigualdad tendía, sobre todo, a perpetuar los privilegios del feudalismo algeriano, europeo y musulmán. Se les privaba a los musulmanes de derechos que no se le discutían a los franceses. Por ejemplo: no podían ser secretarios de un sindicato obrero ni de un partido político. Algunas medidas eran propias de la Edad Media, como las sanciones colectivas que alcanzaban a toda la población de un aduar, o como la prohibición de leer en un café moro un diario, aunque fuese el órgano oficial francés, en un grupo de más de tres musulmanes. Además de las funciones de autoridad en el ejército y en la armada les estaban vedadas las funciones de director de diario, gerente de café, etc. Aún los musulmanes que se naturalizaban franceses quedaban en inferioridad de condiciones con respecto a los franceses de origen. Carecían del derecho de participar en la adjudicación de lotes de colonización, no podían ser alcaldes, aunque hubieran sido por azar regularmente elegidos, y no se veían exentos de las molestias casi vejatorias impuestas a los viajeros musulmanes, aun cuando fuesen a reintegrarse a su hogar en la metrópoli.

Una de las primeras preocupaciones del Comité de Liberación fué poner fin a ese estado de cosas. Bajo su gobierno, cambió la actitud de las autoridades con respecto a los árabes. Y el decreto dictado el 7 de marzo del corriente año pone en práctica los tres primeros puntos de un programa de doce que fué anunciado el año anterior. El segundo punto suprime todas las disposiciones de excepción aplicadas a los franceses musulmanes.

El General Catroux, Gobernador de Argelia, comentando esa decisión, ha subrayado la repercusión de la misma en el terreno electoral. De 50 a 60 mil musulmanes serán admitidos a votar con los franceses no musulmanes y como el código electoral musulmán excluía los trabajadores y los pobres, las cifras de electores se elevará de 200.000 a 1.600.000. Pero la importancia de esta reforma, como decía un periodista, no reside tanto en ese otorgamiento de un derecho electoral poco utilizable por el momento, como en el hecho de que todos los musulmanes poseen ahora los mismos derechos y libertades que los franceses y son sometidos a los mismos deberes. Uno de

los mensajes de reconocimiento enviados al Comité por los pobladores musulmanes —los del Aduar Zemala—, señalaba bien el sentido y proyecciones de esa medida: “Esas reformas, decía, cimentan para siempre la adhesión de los franceses musulmanes a la patria común, la Francia, por la liberación de la cual intensificamos con una alegría reconocida todos nuestros esfuerzos tanto sobre el plano militar como sobre el plano económico.”

No podrán, pues, presenciarse aquellas exclusiones odiosas que antes de la guerra impedían a los musulmanes la entrada en algunos hoteles, cafés, restaurantes, etc., y aún la instalación en ciertas localidades de los cines; ni se repetirá la irritante medida tomada durante el período del Gobierno de Vichy por el alcalde de una comuna de los alrededores de Argel, que prohibía a los musulmanes tomar baños de mar y hasta tener simple acceso a la playa.

Un progreso legal y moral de incalculables proyecciones representaba, pues, la reforma. Puede decirse que Francia se limpiaba así de un borrón de ignominia, reintegrándose de una plumada a los principios jurídicos de dignidad humana que forman parte inseparable de su verdadero genio nacional.

* * *

Quise visitar al General De Gaulle y obtuve de él una audiencia. Desgraciadamente nos tocó partir por avión la mañana misma del día en cuya tarde habría de recibirme, y debí dejarle una carta a M. D'Huart disculpándole y pidiéndole hiciese saber al General mi imprevista partida.

Por la misma razón me vi privado de ver a M. Ledoux, quien representa en Argel a los franceses libres del Uruguay, y quien me había hablado por teléfono para combinar nuestro encuentro.

Quedó también suspendido un almuerzo con que se había empeñado en obsequiarme el Ministro *d'Affaires Etrangères*, para hacerme conocer algunos otros miembros del Gobierno.

En las condiciones en que venimos realizando nuestro viaje, dependemos de un anuncio que nos sorprende en cualquier instante, sin darnos más que unas pocas horas para prepararnos. Esa noche habíamos ido a cenar a un restaurante central

(los hoteles no dan de comer debido a las dificultades del racionamiento) y cuando retornábamos tras un largo paseo a pie por las calles oscurecidas, la portería nos entregó un mensaje: era el aviso de que a las 6 de la mañana debíamos tomar un autobús para trasladarnos al aeródromo, de donde saldría a las 7 y media el avión en que se nos había reservado sitio para nosotros y 120 kilos de equipaje, entre los cuatro.

Saludamos a la ciudad entre las brumas de la madrugada, y partimos en dirección a El Cairo sin poder traer con nosotros sino unas pocas valijas. El resto del equipaje —unos 2 mil kilos (baúles, cajones de libros, cajones de muestras industriales y de elementos imprescindibles para nuestra travesía o para nuestra instalación en Rusia)—, quedábase allí, confiado a la diligencia y buena voluntad de las autoridades americanas y británicas, en cuyas manos están todos los hilos de las comunicaciones aéreas, marítimas y terrestres, por explicable necesidad de la guerra, y en las cuales hemos encontrado —dicho sea en honor de la verdad—, las mejores disposiciones y la más cortés atención.

En la Legación Americana de Argel hallamos a Mr. Chapin como Encargado de Negocios, y tuvo amables recuerdos para nosotros de los tiempos en que ocupó un cargo importante en la Embajada de Montevideo. No conseguimos, sin embargo, que se nos concediese en el avión capacidad, por lo menos, para los 700 kilos que se nos permitió traer desde Gibraltar. Algo nos tranquilizó al respecto el hecho de que hayamos podido, gracias a una deferencia de la Comandancia británica que controla el puerto, dejar bien acondicionados el total de nuestros bultos, los que habíamos traído con nosotros y los que se nos remitieron en un destroyer inglés.

Comprendemos ahora cuán difícil es atravesar, en los días que corren, el mundo de uno a otro hemisferio, con semejante impedimenta. Haber logrado arrimarla a las costas del Africa oriental es ya una hazaña que sólo ha sido posible mediante los buenos oficios de nuestros amigos de la Embajada Americana de Montevideo, cuya virtud ejecutiva naturalmente se debilita a medida que se interponen mayores distancias y se vuelven más intrincados los obstáculos que hoy existen, sobre todo por estas regiones, para las comunicaciones y transportes.

Abriendo el pecho a la esperanza, subimos al aeroplano en compañía de 16 oficiales de mar y tierra, casi todos britá-

nicos, entre ellos, una oficiala. Ocupamos nuestro sitio en una de las dos largas banquetas longitudinales. Nos abrochamos el ancho cinturón de cuero que nos evitará un porrazo si se producen tropezones o bruscas detenciones del aparato, y sentimos cómo nos vamos desprendiendo de la tierra entre las ráfagas frescas del aire de una mañana de cielo diáfano que nos envuelve y nos cubre como un fanal.

Adiós ¡África Francesa! Mejor dicho: ¡Adiós Francia!

Marzo 24 de 1944.



AQUELLA NOCHE EN ARGEL

Entre los episodios de nuestro viaje ninguno logrará quedársenos más grabado en la mente que el de aquella madrugada, mejor, aquella noche en Argel, pues la ciudad aún se hallaba envuelta en sombras bajo las precauciones del oscurecimiento.

Habíamos hallado, cuando retornamos al hotel, un aviso lacónico en que se nos comunicaba que a la hora 6 de la mañana siguiente debíamos tomar un ómnibus que partiría de las cercanías del establecimiento con rumbo al aeródromo —situado a no menos de cinco leguas del centro—, pues nuestro avión saldría a las 7 y media.

Casi no dormimos, dominados por la nerviosidad y el temor de no despertarnos a tiempo. A las 5, después de escritas algunas cartas de despedida, ya estábamos ante el mostrador de la administración arreglando nuestra cuenta con el único empleado que se hallaba en funciones. Como no había a esa hora cargadores, debimos salir nosotros en busca del ómnibus, cuya ubicación exacta ignorábamos —ya que no había nadie a esa hora en el hotel que pudiese informarnos—, cargando con nuestros bártulos. No eran, por cierto, pocas las valijas que debíamos conducir hasta el vehículo.

Con una de ellas en cada mano y alguna más bajo cada brazo partimos, descendiendo una rampa, en busca del ómnibus creyendo poder dar con él a pocos metros del hotel. No le hallamos en las cercanías. Supusimos que pudiese estar en una estación de autobuses no lejana, de la que teníamos noticias; y bajando y subiendo escalones —esas interminables escalinatas de piedra que en Argel salvan los desniveles poniendo en comunicación las diversas plantas de la ciudad, extendida sobre las faldas de una serranía—, echamos a andar por las calles extrañas, que no sabíamos a ciencia cierta a dónde conducían. Nos enredamos entre las rieles de una vía férrea en las inmediaciones de una estación de ferrocarril; caminamos desalados hasta un kiosco ligeramente iluminado que nos hizo forjar la ilusión de que allí daríamos con lo que buscábamos; ascendimos por otras escaleras; las bajamos luego; tiramos hacia la derecha; y hacia la izquierda. Nada. ¡Nada!

Vimos, al fin, pasar un ómnibus. ¿Sería ése? No, no era. Pero averiguamos dónde estaba la estación de los autobuses. Tal vez allí...

Había que recorrer un trayecto no pequeño. Pero había que hacerlo, a pie, naturalmente.

Debe recordarse que en Argel no se pueden obtener taxis en la calle, y menos a esas horas. Los taxis deben pedirse a la Prefectura expresando el objeto y el tiempo por el cual se solicitan.

Con las valijas a cuestras, echando los bofes, dirigimos el paso en desordenada marcha, que dejaba a los menos ágiles rezagados entre las sombras, hacia el sitio indicado.

Allí nos aguardaba una nueva desilusión. Los ómnibus que de allí salían no iban al aeródromo, sino a un pueblo cercano.

No nos quedaba sino volver al hotel, y solicitar desde allí un taxi a la Prefectura.

Reemprendimos el retorno, también de prisa porque el tiempo pasaba y las 7 se aproximaban mientras nosotros nos demorábamos en esas empeñosas e inútiles andanzas.

La nerviosidad del momento; la ansiedad de arribar a tiempo; el temor de perder el aeroplano, quedando mal ante las autoridades británicas que tan gentilmente nos lo proporcionaban, ponían alas en nuestros pies.

De no ser así, veinte veces hubiésemos caído sobre el pavimento de piedra exhaustos y rendidos bajo el peso de las valijas y por la fatiga de la marcha afanosa. No sé de dónde sacaba yo fuerzas para no detenerme a descansar sentándome en un cordón de las aceras o en un escalón de aquellas escaleras que debíamos ascender y descender como en una pesadilla.

No sé qué energías insospechadas encontré en mis músculos para no quedar atrás y no acobardarme ante ningún nuevo esfuerzo.

El hecho es que arribamos al hotel, y aún tuvimos la suerte de que la Prefectura nos enviase sin mucha tardanza un automóvil.

—¿Se anima a ponernos en el aeródromo antes de las 7 y media? —pregunté al chófer.

—Haré lo posible.

Exhalamos en un suspiro de alivio el poco aliento que nos quedaba.

Cargamos los bultos en el coche; nos acomodamos los cuatro en él, y a través de la ciudad que ya comenzaba a llenarse de ruido y movimiento por la animación del día, partimos a escape a juntarnos con el avión.

Llegamos bien. Todavía faltaban diez minutos para las 7 y media, cuando nos hacíamos presentes en la oficina de recepción.

Se procedió al pesaje de nuestros bultos que fueron luego cargados, con muchos otros, en un camión para ser trasladados hasta los aviones (iban saliendo para distintos destinos, uno cada cinco o diez minutos).

Allí volvimos a encontrar el prisionero italiano —un napolitano simpático que ya había manipulado nuestro equipaje en Argel—, a quien se le empleaba para estas funciones, y que nos estrechó efusivamente la mano despidiéndose de nosotros cuando tuvo que volverse al campamento, después de cambiarnos algunas frases de cordial saludo.

Pero nosotros, recién emprendimos el vuelo a las 10.

Marzo 30 de 1944.



HACIA LAS RIBERAS DEL NILO

Formando parte de una expedición militar —como cuatro soldados más—, salimos de Argel en un avión británico. Una comunicación en francés de la *Office of the British Representative with the French Committee of National Liberation* nos había llegado como ya he dicho, concebida en los siguientes corteses términos:

"Mon cher Ministre: J'ai l'honneur de vous envoyer sous ce pli les tickets d'avion por votre voyage au Caire, ainsi que les autorisations du voyage. Vous et les trois membres de votre cabinet etes autorisés a apporter avec vous 75 livres (soit 30 kilos) de bagage chacun." Y en letra manuscrita se agregaba: "Quiera usted creer, mi querido Ministro, en mis sentimientos más distinguidos. -- *Duncanon.*"

Esas breves líneas encerraban, en su amabilidad perfecta, el esquema del drama que nos haría vivir en El Cairo el engorroso problema del equipaje.

Los pasajeros del avión, distribuidos —mitad y mitad—, en las banquetas longitudinales, que dejan un estrecho pasadizo en el medio, tratan de adaptarse lo mejor que pueden a las incomodidades de ese asiento cuyas características he descrito en otras correspondencias.

Volamos tres horas y media sin apartarnos casi de la costa, sin poder observar la tierra sobre la cual volábamos más que por momentos fugaces, en forzada postura, desde la pequeña ventanilla colocada a nuestras espaldas. Logramos, sin embargo, arrojar algunas miradas hacia abajo que nos permitieron comprender que a poco andar, terminaba la topografía montañosa de Argel y sus alrededores, y comenzaba —en cuanto dejábamos atrás a Túnez, allá sobre la costa lejana, y las fronteras de Argel—, la planicie absoluta del desierto con sus olas inmóviles de arena. Algún oasis veíamos, con sus casitas y sus palmeras, y así llegamos —después de cuatro horas de vuelo—, a un punto en que había un aeródromo al cual descendimos.

* * *

Era Castel Benito, un paraje de Trípoli donde Mussolini iba a aislarse algunas veces —según se nos dijo—, y que parece una prueba gráfica de la megalomanía del duce, pues allí sólo él, con una fantasía comparable a la de Don Quijote —que le hacía tomar las ventas por castillos—, o a la de Tartarín —que todo lo veía agrandado por un fantástico vidrio de aumento—, podía llamar *castel* a la pobre casucha de ladrillos revestida de un revoque rosáceo que, algo deteriorada por algunos impactos de artillería, constituye con el pequeño aeródromo el único vestigio visible de la dominación italiana en ese paraje. Todo lo demás que ahora existe —no mucho, por cierto—, fué construido por los ingleses desde que ocuparon la región. Estos han mejorado el aeródromo y han construido algunos caminos de asfalto en torno del localcito del restaurante, que se alza al costado del pequeño castillo, todos cuyos títulos a la pomposa denominación se reducen a una simple pieza alta que sobresale en una de las esquinas del modesto edificio probablemente con ilusas pretensiones de torre. Hay también —eso sí—, una especie de parque plantado en una tierra arenosa, de árboles poco desarrollados y de hojas de un verde opaco, sucio del polvo del desierto.

Allí, en una amplia carpa de un vivac británico permanente, levantado en medio de ese parque, almorzamos servidos por prisioneros italianos. El menú lo componían un plato de sopa y otro de lengua en conserva —tal vez de un frigorífico montevideano—, que comimos con gusto y apetito.

* * *

Vueltos al avión, reanudamos el viaje por otras cuatro horas. Volábamos sobre Trípoli y recorríamos uno de los más famosos teatros de la guerra actual. Aquellas llanuras arenosas habían sido la ardua pista de desconcertantes operaciones de avance y retroceso que mantuvieron la ansiosa expectativa del mundo durante los días del duelo apasionante entre las fuerzas del eje y las de Gran Bretaña. Estábamos en pleno escenario de las espectaculares maniobras de Rommel y de la firme eficiencia del África-korp, que concluyó arrojándolo del continente negro conjuntamente con lo que quedaba del imperio colonial italiano. Sobre la árida extensión del desierto veníamos viendo desde que nos acercábamos a Castel Benito, avio-

nes y camiones destrozados, mejor dicho, cadáveres de unos y otros, cuyas osamentas de hierro permanecen aún abandonadas sobre el terreno de la lucha, atestiguando que por allí pasaron, más terribles que el *simún*, las ráfagas destructoras de la contienda.

Y, a propósito, un oficial inglés me narró la última lección del desierto en materia de ciencia bélica.

El desierto ha sometido a las armas modernas de esta guerra terriblemente mecánica a una dura experiencia. Es un implacable desgastador de metales y de mecanismos. Es, al mismo tiempo, un azote múltiple para el hombre. Llevar, pues, la guerra a sus dominios áridos y ardientes es echarse encima el más siniestro de los enemigos.

Las columnas motorizadas tuvieron en él una pista confinada sobre la cual corrían, de pronto en una dirección, de pronto en la dirección contraria. Se enfrentaron allí, sobre todo, los poderíos mecánicos rivales.

Los alemanes habían fabricado tanques en que resolvieron con acierto el problema de impedir que los hombres pereciesen achicharrados o enloquecidos por el calor dentro de esas fortalezas volantes cuyas chapas de hierro el sol del desierto caldea hasta volverlas igníferas.

Encontraron la manera de proveer de aire fresco a los hombres dentro de aquellos hornos hirvientes, con lo cual aseguraban una mejor dirección de los tanques y preservaban el estado físico de sus tripulaciones.

Pero no habían conseguido evitar que el desierto con sus arenas voladoras y cortantes, que son como polvo de esmeril mezclado con salitre, corroyesen en poco tiempo el metal de las máquinas y dejasen inservibles los motores.

Los hombres, pues, se salvaban, pero las máquinas perecían. De ahí el enorme tendal de ellas que los ejércitos dejaban sobre el campo, abandonadas más que por la acción destructora de los cañones enemigos, por la tenacidad mordiente y corrosiva de ese ogro sediento.

Los ingleses, que no habían podido vencer al desierto en su feroz acometida contra el hombre, a quien estrangula con la sed y quema vivo en las hornallas trashumantes con el concurso exasperado de su sol de bochorno, lograron en cambio defender las máquinas de los dientes del monstruo.

Y así quedaron, frente a frente, los dos sistemas: el de los

tanques propicios al hombre —que era, por extraña paradoja, el sistema alemán, el nazi— y el de los tanques que preservaban la vida de los motores, que eran los británicos y americanos.

Los alemanes pudieron disponer así de más hombres, pero no podían reponer en suficiente número las máquinas, dada la proporción en que se inutilizaban. Los británicos pudieron disponer de menos hombres, en relación, pero conservaban más sus máquinas. Y al fin, en ese curioso duelo, la máquina prevaleció sobre el hombre. Venció el bando que tuvo mayor número de máquinas en buen estado.

Esa fué una áspera lección del desierto. No creo que se pueda extraer de ella la consecuencia de que la máquina vale más que el hombre; ni la de que máquinas sin hombres pueden más que hombres sin máquinas.

También allí las mejores máquinas vencieron porque estaban servidas por los mejores hombres. Mejores, desde luego, porque resistieron cuanto fué necesario, el calor inaguantable, y porque los animaba el sentido de una causa justa que ponía en sus corazones energías milagrosas para maniobrar con las mejores máquinas.

Y en definitiva, también allí se probó que lo que no debe ser, a la larga no es...

* * *

En marcha hacia Tobruk podíamos descubrir fugazmente algunos aeródromos y centros aeronáuticos importantísimos, construídos por los ingleses entre los arenales, algunos con cientos de máquinas volantes en perfecta alineación en el campo, todo ello en la inmensa latitud del desierto, que cruzan asimismo algunas carreteras donde circulan vehículos a motor, atravesando larguísimas distancias.

En los contornos de Tobruk fué donde vimos mayor cantidad de aquellos restos allí esparcidos como elocuentes desechos mecánicos que dejó melancólicamente abandonados la candente vorágine de la refriega.

Hicimos alto nuevamente en el aeródromo de Tobruk. En este centro militar pernoctamos. Comimos en un comedor para aviadores, donde fuimos agasajados por el comandante del puesto y me tocó compartir la mesa con dos capitanes de ma-

rina británicos, que viajaban con nosotros. Antes de comer tuve que aceptar una amable invitación de un grupo de oficiales para que bebiese cerveza con ellos en el bar, y allí sentado en un banco alto ante el mostrador, rodeado por media docena de mozos cordiales, pude responder a sus preguntas y hasta interesarlos con el relato bilingüe —mitad inglés, mitad francés— del episodio del "Graff Spee" en el puerto de Montevideo y de la batalla naval de Punta del Este. Era evidente que el nombre de Montevideo había quedado desde entonces grabado en la memoria de todos ellos, aunque alguno conocía también un poco nuestra ciudad por haber llegado hasta ella en gira marítima. Terminada la cena fuimos conducidos al pabellón dormitorio del personal de aviación, donde quedamos instalados en uno de los compartimientos de cuatro camas, que son de hierro, muy sobrias, de una sobriedad espartana, pues sólo hay en ellas sobre los travesaños un colchoncito delgado como una oblea y encima de éste un par de burdas frazadas militares. Estas hacen las veces de sábanas, y entre ellas nos metimos tan campantes. Son bastante abrigadas y dormimos a pierna suelta. A las 5 de la mañana ya estábamos en pie, para acudir al comedor a desayunarnos. Debíamos adaptarnos a la disciplina que allí rige, y no nos costó hacerlo porque en realidad todo el mundo era atento con nosotros, especialmente el oficial que tenía esa noche el cometido de cuidar de la comida y alojamiento de los pasajeros de los aviones.

* * *

El hielo se había roto entre los pasajeros del avión, y entre nosotros y los que teníamos enfrente se entablaron relaciones amables. Ello contribuyó, junto con algunas lecturas, a amenizarnos el viaje de cuatro horas y media hacia la capital de Egipto.

A las once de la mañana arribamos a esta ciudad. En el aeródromo, donde evolucionaban dos enormes fortalezas volantes americanas, con su cubierta exterior de resplandeciente aluminio, nadie nos esperaba. No dejó de darnos mala espina esa ausencia de todo aviso, que denunciaba poca diligencia a nuestro respecto de parte de los funcionarios de la Embajada Americana en Argel, a cuya buena voluntad dejamos confiado casi todo nuestro equipaje, o de parte de las autoridades britá-

nicas que nos habían proporcionado la oportunidad de trasladarnos. Felizmente conseguí ponerme en seguida en comunicación por teléfono con la Legación de los EE. UU. en Egipto, y uno de sus secretarios dispuso inmediatamente que se nos proporcionara un medio de transporte militar, para nosotros y nuestras valijas, y él mismo nos hizo reservar dos piezas en el Sheppard's Hotel, que es uno de los más famosos del mundo, suntuosamente decorado y alhajado al gusto oriental, con todas las concesiones necesarias a las modas actuales para que no falten el confort y los servicios de los mejores establecimientos modernos de su género, aunque desde este punto de vista no se iguale a los hoteles de primera categoría de Estados Unidos y del Río de la Plata. Es de advertirse que sólo allí podíamos en realidad alojarnos (hubiéramos deseado uno más modesto y menos animado), porque casi todos los demás hoteles se hallan ocupados, como en Argel, por las autoridades militares de Inglaterra y Estados Unidos.

Y allí, precisamente, habríamos de recibir la más grande sorpresa, hasta ahora, de nuestro viaje: el director de ese hotel vino a nuestro encuentro alborozado, abriéndonos los brazos y hablando en español: ¡es uruguayo!

* * *

Una vez más se cumplía aquello de que los uruguayos somos pocos pero se nos encuentra en todas partes.

Es Antonio Foerster, que desde hace 23 años falta de nuestro país, donde nació y donde hace dos años falleció su padre, el ingeniero Foerster, inglés, nacionalizado uruguayo, que muchos de los lectores de esta correspondencia habrán conocido porque era persona muy relacionada en Montevideo. Tenía 10 años —debe andar ahora por los 33—, cuando se fué a Suiza, donde aprendió a administrar hoteles, y eso le valió ocupar en éste el puesto de Director, cuya responsabilidad se comprende con sólo saber que es éste un establecimiento donde trabajan 400 personas.

Nunca había visto un uruguayo en Egipto ¡y de pronto le caían cuatro! Se puso en forma cordialísima a nuestra disposición, y tuve que enfadarme para impedir que nos banqueteara casi diariamente en el lujoso restaurante típico del hotel, con absoluto desprendimiento.

Es un hombre culto, amante de la música y de la arqueología. En su departamento del hotel, donde tiene una magnífica ortofónica y una buena radio y donde atesora asimismo espléndidas fotografías, así como una rica bibliografía ilustrada de las curiosidades históricas de este país, sobre todo de Luxor, Karnak y de Menfis, nos ha hecho escuchar en sus discos música de Beethoven, de Bach, de Grieg y de Chopin, por quien siente predilección; y nos ha mostrado algunos números de la revista de Turismo en el Uruguay, que conserva como oro en polvo. Desea ardientemente volver a su patria de origen. Ama al Uruguay y habla con emoción de Montevideo, del que tiene buenos recuerdos de su niñez; y se trasluce en sus palabras la tristeza de no haber podido ir antes, cuando aún vivía su padre. Da la impresión, oyéndole, de que desearía ir a reintegrarse a su ciudad natal con unción religiosa, como un hijo pródigo para caer de rodillas en cuanto llegue a sus playas y besar sus piedras como si fuesen las piedras sagradas de uno de estos templos musulmanes. . . . El mejor regalo con que pudimos obsequiarle fué hacerle escuchar el pericón nacional, el Himno patrio y un "Triste" de Fabini, ejecutados en el piano de una sala puesta a nuestra exclusiva disposición, por nuestro secretario Jaunarena.

Es un espíritu fino y delicado. Atiende su cargo con una infatigable actividad, aunque no se le oye nunca, porque da sus órdenes o hace sus indicaciones con imperturbable serenidad y sin la más mínima destemplanza de palabra o de gesto. Es un buen capitán en su puente de comando de esta gran nave ruidosa, con sus enormes salones del piso bajo siempre concurridos y a ciertas horas atestados de gente cuyos pasos se apagan en las suntuosas alfombras, pero cuyas voces forman en torno de las mesitas distribuidas por todas partes una garrulidad que a ratos sólo interrumpen los acordes de una orquesta presidida por el inmenso piano de cola de la gran sala central, en octágono, de gusto entre otomano y egipcio, que tiende asimismo a reproducir vagamente el interior de una mezquita, con su cúpula, sus preciosos vitrales moriscos iluminados en los ajimeces y sus arañas de hierro, pero que ofrece además al público amplísimos divanes orientales arrimados a las paredes, cubiertos de tapices de colores. Por el hall, de estilo egipcio, con sus gruesas columnas que fingen ser de alabastro rosado, con basamento circular de granito pulido y capiteles foliados,

pintados de verde y oro, inspirado en los templos de Luxor, y que nos evoca, naturalmente, los escenarios de la "Aída", circula un mundo heterogéneo, entre el que los uniformes militares de todas las armas hacen presente la realidad trágica de la guerra, que llegó hasta las puertas mismas de esta urbe y le dejó el resabio de las precauciones nocturnas contra las luces ciudadanas. Por ese hall desfilan todas las noches numerosas parejas en traje de gala, que acuden al comedor del *dancing*. Sobre esa marea constante vigila, con su actividad silenciosa, el único uruguayo residente en El Cairo. Podría escribirse un largo capítulo a su respecto, trazando su interesante fisonomía espiritual, denunciada en los rasgos físicos de su persona enjuta, de mediana estatura tirando a alta, de facciones correctas, con sus ojos claros, que miran francamente y como abiertos a una contemplación sin reticencias, que no disimula un dejo de espontánea curiosidad en las pupilas celestes. Su cabello, algo ralo, tiende a rubio, acusando, como su tez y sus ojos, su ascendencia sajona.

He ahí, a rasgos imperfectos de torpe mano, su retrato, que he querido presentar a mis lectores como la estampa de un uruguayo inteligente y laborioso que en este mundo extraño y difícil del oriente ha sabido labrarse una posición por muchos envidiada, desde la que contribuye, en este medio lejano, a cimentar, en su esfera, el buen nombre de su pueblo.

* * *

A esa sorpresa siguió otra no menos agradable. Avisado por el Director, vino a visitarnos a poco de nuestro arribo el Cónsul General del Uruguay en Egipto. Confieso que no tenía idea de que hubiera Cónsul uruguayo en este país. No dejó, pues, de sorprendernos, la presencia en tal carácter del señor Alfredo Assir, que desempeña ese cargo desde hace muchísimos años, algo así como 16.

El Consulado se halla instalado en una de las calles más transitadas y en uno de los parajes más céntricos de la ciudad. Sobre su puerta lucen los escudos del Uruguay y Cuba. En el despacho del Cónsul, sobre su mesa de trabajo, se ve un retrato de Terra con banda presidencial. Era el último retrato de presidente del Uruguay que le había llegado, y allí permanecía a la espera de otra efigie presidencial para sustituirlo.

Advertí, no sin extrañeza, que el Consulado uruguayo se mantiene fiel a ciertas costumbres tradicionales en la vida consular de este país. El conserje, que en ciertas ocasiones sube al auto y se sienta junto al chófer, luce además de un escudo uruguayo en la manga de su espléndido traje egipcio (amplias bombachas mamelucas de color azul y una chaqueta recamada de lujosos adornos bordados con hilos de plata, amén del con-sabido fez rojo) un espadín al cinto. Sigue siendo, por su aspecto, el genízaro que la ley concedía a los cónsules para que representasen la autoridad y el orden en los tiempos no lejanos, por cierto, en que ellos actuaban como jueces en los asuntos patrimoniales de los nacionales del país por ellos representados, aplicando la ley extranjera, y administrando justicia hasta en los casos penales, al menos para decidir en qué cárcel (las había para egipcios y para europeos) serían reclusos. Continúa la autorización acordada a los cónsules para que se den el lujo de tener un portero con espada. Esto en Egipto no choca ni llama la atención de nadie, aún tratándose del Consulado de un país tan moderno como el nuestro, porque aquí la tradición reina en todos los órdenes, y se vive en culto permanente a ella. Cuando las exigencias ineludibles del progreso imponen apartarse de los hábitos caducos, se busca la manera de que algo de ellos quede y perdure siquiera sea en una simple forma externa o en una reproducción aparente y simbólica.

Los cónsules, en aquellos tiempos, eran personajes de importancia en la vida jurídica y judicial de Egipto. El nuestro tuvo ocasión de realizar enlaces, aplicando la ley española o uruguayo; de proceder a declaratorias de herederos y poner en posesión de herencias o de realizar particiones conyugales de acuerdo con la ley de los países a los cuales servía; de intervenir en algún asunto de carácter penal acerca de uruguayos que, como tripulantes de algún barco griego, habían llegado hasta aquí antes de la guerra.

Abril 2 de 1944.

¡ESTAMOS EN EGIPTO!

El hecho es que nos hallamos en El Cairo.

La cinta del film que venimos viviendo refleja ahora las aguas y las palmeras del Nilo; las cúpulas y los minaretes de las mezquitas de la Citadela y de Almet Ibn Tulum; las Pirámides y la Esfinge...

Hasta aquí hemos llegado un poco aturridos, como si la cabina del avión hubiese sido un fumadero de opio, y nosotros hubiéramos soñado andar extraviados por zonas de la fantasía y del delirio para despertarnos, de pronto, en medio de estas ilusorias regiones del misterioso oriente, que nos parecen, hoy más que nunca, en nuestras circunstancias, el verdadero *regno delle favole*.

Aquella lucha entre el Oriente y el Occidente, que en Argel veíamos decidida en favor del Occidente, aquí presenta al Oriente dominador e irreductible, sin que ello quiera decir que el progreso se haya estacionado, sino que se realiza, más que por cauces occidentales, bajo moldes orientales. Aquí se respira el alma de los siglos pretéritos. En este ambiente palpitan, agitando el aire de la eternidad, en los negros mantos de numerosas mujeres del pueblo (que nos recuerdan inevitablemente las viudas líricas de la "Corte de Faraón") y en las enormes sotanas típicas de los nativos que recorren las calles barriéndolas como banderas abatidas, las sombras de las edades muertas, a semejanza de las alas oscuras de esos cuervos y águilas en permanente vuelo circulatorio por el cielo de estas ciudades africanas.

El cuervo es el pájaro ciudadano del África. Ya lo había visto en Freetown, girando sobre los barcos anclados en la rada y sobre la ciudad misma, con sus alas rígidamente extendidas y su solemne planeo sesgado. Volví a verlo en Argel, cruzando en lentos vuelos giratorios por encima de los cerros de El Biar, y descendiendo a los valles en persecución de sus presas. Aquí en El Cairo constituyen una obsesión de los ojos en el cielo sereno, pero aquí comparten el dominio del espacio con las águilas, que en número considerable giran también sobre nuestras cabezas, remontándose a muchísima altura para

luego descender en círculos decrecientes hasta las torres, los árboles o los balcones. Aquí mismo, en el jardín del hotel, donde se alzan unas palmeras centenarias y unas encinas colosales, puedo presenciar todas las mañanas las disputas de las águilas con los cuervos en su persecución de los indefensos pajarillos. Los hay allí a millares, y por eso acuden en cantidad esas aves de rapiña que caen rápidas como rayos sobre los pájaros menores y se los devoran. Cuando un cuervo atrapa la inermes presa, suele acudir el águila, de pico menos acerado y largo, pero de garras más poderosas, y ahuyenta al raptor para quedarse ella con las víctimas, que cambian así de garras, pero no de suerte. El cuervo no ofrece combate. Suelta su presa en cuanto el águila se le viene encima; y parte en busca de otra víctima. Este jardín es un verdadero campo de Agramante, en que esas aves carnívoras se dan opíparos banquetes, siendo inexplicable cómo los pajarillos continúan poblando la copa de sus árboles. Hay también palomas domésticas corpulentas, de un tamaño excepcional, que campean inestorbadas, pues no son manjar para aquellos sanguinarios asaltantes del aire.

Y bien, esos cuervos de alas aterciopeladas en los extremos, y esas águilas de color terroso, andan a todas horas describiendo sus giros por el aire de esta urbe, que los respeta como en algunas ciudades costeras del Brasil se respeta al negro *urú*.

* * *

El Cairo es indescriptible. Así como no creo posible contar el número de sus habitantes, tampoco me parece adaptable a las limitaciones gráficas de una descripción. Es el África, la Europa y el Asia reunidas en una síntesis de edades, de razas, de culturas, de pueblos, de costumbres y de religiones. En sus calles se mezclan las indumentarias más dispares, especialmente ahora que la conjunción de los ejércitos arroja sobre las vías públicas oleadas de uniformes que hacen alternar en la multitud trashumante el rojo fez de los nativos con el poli del soldado inglés y americano; el pollerón volandero y sucio de los *fellahs* de la calle, con el pollerín variopinto y primoroso de los *hidgländers*; el blanco turbante de los beduinos con la gorra kaki o azul de los oficiales de tierra y mar de los ejércitos aliados. Porque lo primero que se advierte al llegar, después de haber admirado desde el auto la belleza de las viejas

mezquitas esparcidas por todo el trayecto desde el aeródromo al hotel; la anchura de algunas avenidas modernas y la riqueza de su edificación de muchos pisos en los barrios centrales, es que se halla ocupada militarmente, pues cruzan innumerables los camiones y los *jeeps* militares de Gran Bretaña y los Estados Unidos, y se ven los hoteles y posadas repletos de militares; y por las aceras de cada diez personas que pasan siete llevan uniforme. Hombres y mujeres con uniforme militar van y vienen, en proporción más elevada aún que en Argel.

Y, sin embargo, el Egipto no está en guerra. Se mantiene neutral, pero desde que las tropas del eje invadieron un pedazo del suelo egipcio, cuando llegaron al Alamein, alemanes e italianos fueron concentrados y sus propiedades confiscadas. No hubo, para ello, declaración de guerra. Del mismo modo que las naciones del eje atacaban a los países sin previa declaración de guerra y sin previo anuncio, el Egipto, con mucho más derecho, una vez que se vio atropellado en su soberanía por el avance de las tropas de Rommel, adoptó sus medidas sin inútiles preámbulos. Pero no colabora en el esfuerzo bélico de los aliados ni se considera en estado de guerra. Permanece al margen de la contienda, después de haber tenido el acero nazi-fascista a punto de clavársele en los riñones. Pero presta a la causa de los aliados —eso sí—, incalculables servicios, permitiéndoles hacer de sus ciudades, de sus puertos, de todo su territorio, un colosal punto de apoyo y un vasto campo de maniobras para concentrar reservas, organizar expediciones, irradiar contingentes para Persia, para Rusia, para las otras zonas del África, para el Asia toda, especialmente para la India y la China, y en estos momentos, sobre todo, para el frente europeo y las costas de Italia. Eso explica la formidable concentración militar que aquí se realiza y nos envuelve en el impulso y la trepidación de los preparativos bélicos, haciendo de nosotros partículas perdidas entre el engranaje de una tremenda máquina sabiamente montada, cuyas ruedas y volantes giran con precisión matemática en el seno mismo de este mundo frívolo, despreocupado, sólo afanado por el negocio, la especulación, el sensualismo grosero y el refinamiento espiritual de estas Babilonias contemporáneas.

Es chocante, sin duda, el espectáculo del contraste que aquí se ofrece entre la tragedia exterior, cuyos autores van y vienen, entran y salen de las casas donde nos alojamos, donde

comemos o donde nos divertimos, y la apariencia de feria constante para la disipación y el lujo —en medio, por otra parte, de una miseria popular afligente— y que en el ambiente de estos hoteles de moda se vuelve verdadera feria de vanidades. No es raro ver entrar, en un local rebosante de gente alegre y bullanguera, que mata su tiempo bebiendo licores caros (aquí nada es ahora barato) militares jóvenes, a veces casi adolescentes, con muletas y una pierna de menos. Entre el signo mismo de los uniformes guerreros ellos acentúan la evocación del drama doloroso que en otras partes estalla en catástrofes inenarrables, en horrendas hecatombes, en desventuras infinitas.

Ese drama aquí sólo nos roza con estas repercusiones punzantes, que no logran arrancarnos de la insensibilidad en que nos sume el bullicio diabólico de esta urbe, sacudida por la epilepsia de un tráfico complicado de tranvías eléctricos con varios coches acoplados, de autos, camiones y carruajes tirados por uno o dos caballos —las volantas de antaño entre nosotros, con los mateos porteños, pero tocados de fez— y enloquecida de dancings (los hay por cientos), de cabarets, de bares, de cafés ruidosos y restaurantes con música. La misma algarabía de los hombres del pueblo que pasan hablando a gritos por las aceras con su lenguaje gutural, llena de ruido la ciudad a ciertas horas; y hay momentos en que uno necesita refugiarse en algún lado para escapar a esa balumba aturdidosa que parece la nube de sonido en que una humanidad inconsciente se esfuerza en cubrir, desde sus rincones pacíficos, los ayes de los moribundos en los campos de batalla y los gritos de desesperación de las poblaciones arrasadas por el desenfundado vendaval de la guerra.

Abril 4 de 1944.

PARIS DE ORIENTE

Esto es, sin duda, el París de Oriente. El París —claro está—, de antes de la guerra. Su población, ¿a cuánto asciende? Difícil saberlo. Todo cálculo fracasa en estas ciudades que conservan, con todas sus características, los populosos barrios musulmanes, inaccesibles a todo censo, recuento y estadística, espesos hormigueros humanos de estrechas callejuelas en que los transeúntes se apretujan y los vecinos viven en los pequeños portales de sus sórdidas habitaciones o en cuchitriles donde instalan sus negocios y ejercen sus variados oficios. Imposible saber cuántas personas se juntan en cada una de esas casas viejísimas, oscuras y sucias, donde sólo se refugian de noche los habitantes para echarse a dormir, probablemente en el suelo, aplastando las correderas y los escarabajos. De día y hasta de noche, hasta que no les llega la hora de dormir, esa gente vive en la calle. Todo lo hace en ella. Los que no pueden ganarse la vida en su propio cuartel, salen a recorrer la ciudad y a esparcirse por todas sus arterias, contribuyendo a intensificar el tráfico de las aceras y la aglomeración de los tranvías. Puede opinarse que con menos población que otras ciudades da, por ello, la impresión de ser más populosa. Pero debe asimismo pensarse que en cada barrio árabe de estos viven muchas más personas, dentro de un área determinada, que en cualquier ciudad europea o americana. No se conocen datos oficiales ciertos. Alguien me ha asegurado que El Cairo tenía antes de la guerra un millón de habitantes, y ahora tiene dos. Ese aumento de un millón iría a cargo de la afluencia de militares y de la instalación de los servicios auxiliares de alimentación y cruz roja aquí reunidos a causa de la permanencia de tantos soldados y oficiales, y de la constante circulación de efectivos que llegan y se van. Me parece exagerada la cifra de un millón atribuida al crecimiento demográfico de El Cairo por obra de la guerra. Pero a juzgar por el aspecto y las proporciones de su edificación en zonas muy extensas de la ciudad, con sus gigantescos edificios de renta, construídos en solares, a veces tan grandes como dos manzanas de las nuestras y aun más, dejando entre sus cuerpos o entre casa y casa,

pasadizos públicos que a menudo no son sino callejones; teniendo en cuenta la existencia de infinidad de barrios arcaicos, de gran extensión algunos de ellos, cuyas callejas tortuosas hierven de una multitud innumerable; tomando nota de la enloquecedora densidad del tráfico en los puntos céntricos y de la animación reinante en casi todas las calles y en todos los locales públicos de diversión o de recreo, así como en sus mercados, en sus *magasins*, en sus cafés; viendo, sobre todo, cómo a la hora del cierre de los comercios por el *black-out* se forman en algunas avenidas desfiles impresionantes y arrolladores de público, uno debe admitir que no menos de dos millones y pico constituyen la actual población de esta metrópoli.

Sea como fuere, en esta ciudad que fué siempre de turismo —una de las mayores industrias del Egipto es el turismo—, hay actualmente una población flotante que no debe bajar de medio millón, formada casi exclusivamente de militares. Ella desborda de los hoteles y pensiones y proporciona clientela fácil y dispendiosa a toda clase de comercios. Estos militares que tienen en sus bolsillos dólares americanos o libras inglesas y que pasan por aquí como impacientes de vaciarlos de un dinero que, acaso, dentro de pocos días no les servirá para nada, si les toca perder en los azares de la guerra, para siempre, la ocasión de gastarlo, han desatado el desenfreno de la especulación y de la explotación mercantil. Pagan lo que les piden. Lo que les agrada lo compran sin regatear. Han hecho subir los precios a alturas inverosímiles. Nada falta en El Cairo. Todo abunda, pero todo está caro. Las cosas que antes de la guerra se compraban por un piastre —una moneda equivalente a diez centésimos de nuestro peso—, ahora valen cinco piastrés. En las calles, en los puestos, en las esquinas, en los mercados, se ven montones de naranjas espléndidas. Nunca ha habido tanta abundancia de fruta en El Cairo como en estos días. Pero nunca ha sido, tampoco, tan cara la fruta, porque el comerciante sabe que, sea cual fuere el precio que pida por ella, concluirá por venderla. Las baratijas de los bazares, los artículos característicos del país, los dijes y figuras de marfil, los platos de bronce labrados, los collares de piedras egipcias, los anillos de escarabajo, todo eso que antes se compraba por muy poco dinero y de ellos podían llevarse las valijas llenas los turistas sin inquietantes desembolsos, hoy se han vuelto artículos prohibidos para los bolsillos modestos, y la adquisición

de uno solo de esos objetos plantea al viajero normal todo un problema financiero.

Si el encarecimiento se redujese a esa clase de artículos no habría de qué lamentarse. Lo malo es que el encarecimiento alcanza a todos los planos del comercio. Y la ropa ha elevado sus precios para el rico y para el pobre; y hasta el pan cayó en la órbita de la especulación en la forma más despiadada, pues se descubrió una maniobra de adulteración de las harinas que las autoridades reprimieron con medidas severas.

La especulación comercial asume tales extremos que el Ministro de Comercio e Industria ha lanzado con fecha 7 de abril una advertencia cuyos términos no concebiríamos en un país como el nuestro. Helos aquí: "En el mismo período del año anterior, la marea de encarecimiento de los precios ha aumentado considerablemente. El público se lamenta amargamente de la situación y nosotros hemos asimismo aconsejado a los comerciantes ser más indulgentes para con sus ciudadanos y contentarse con los gruesos beneficios que la guerra les ha reservado. Pero los más codiciosos de entre ellos no han escuchado nuestra recomendación y continuaron realizando beneficios deshonestos en detrimento del pueblo. Así hemos sido obligados a limitar los beneficios sobre ciertos productos de primera necesidad, a fin de proteger al público de un peligro terrible. Entretanto los comerciantes comenzaron a pedir socorro, a lamentarse, a protestar y a dirigir petición sobre petición. Después ellos reflexionaron y decidieron reducirse a los productos no tarifados o no contemplados por la declaración máxima de beneficios. Ellos aumentaron los precios de sus productos de una manera exagerada aprovechando la estación estival. El Ministro de Comercio —que tiene el poder de poner término a las maniobras de los codiciosos—, llama la atención de los comerciantes sobre la necesidad de cesar de expoliar a los consumidores y les pide reduzcan el precio de sus productos. Les acuerda un plazo de diez días comenzando a partir de hoy para conformarse a este consejo. En el curso de este período ellos deberán enviar al Ministerio un informe detallando las medidas que han tomado. Si esos comerciantes continúan chupando la sangre del pueblo el Ministerio anuncia que ha preparado medidas radicales y excepcionales que los obligarán a la moderación. Que ellos no se lamenten, pues sus lamentaciones quedarán sin eco."

Muchos pobres comen, cuando comen, en la calle, siempre pululante de mendigos, en especial de mujeres con niños en brazos o de la mano, y de muchachuelos fantásticamente sucios, que constantemente piden algo. Como si esto no bastase, la industria local del turismo ha desarrollado una forma de parasitismo mendicante que consiste en la nube de pretendidos guías y cicerones que se pegan al viajero en cualquier sitio en donde acuda en tren de turista o de simple curioso y no lo largan sino después de haberle extraído con reclamos insistentes por lo menos un piastre a pretexto de los inútiles y fastidiosos servicios prestados, que nadie les solicitó.

Asombran las cantidades de cosas para comer que se venden en las calles de El Cairo. Millares de vendedores instalan sus carritos en las esquinas, en las plazas, en los bordes de las aceras, ofreciendo montañas de dátiles, de chícharos muy amarillos hervidos, con los que llenan cucuruchos de papel de diversos tamaños. O pasan con sus canastos de cacahuets salados y tostados a la moda oriental, que suelen servirse con los aperitivos, o con armatostes rodantes de cristales que en su interior conducen platos calientes de arroz, de porotos y de otras legumbres, que los hombres del pueblo y los chicuelos harapientos comen, por no sé cuántos centésimos de piastre, empleando las manos a guisa de cubierto. No faltan los vendedores y vendedoras de roscas, de buñuelos, de pan árabe, de bizcochos turcos y de refrescos, éstos con su indumentaria característica, su blusa de blancos encajes y su blanco turbante, y su magnífica y enorme garrafa con largo pico de cristal y metal, donde el líquido de color brilla como una joya, terciada en el pecho para poder inclinarla sobre el vaso que el vendedor extrae del cinto de cobre y se detiene a lavar con el agua de un bellissimo frasco que parece de plata, con elegante asa de oro, y reanuda luego su marcha, haciendo sonar a cada paso con una sola mano un par de platillos como crótalos de oro. Es una figura que hemos contemplado en las ilustraciones de los cuentos de *Las Mil y una Noches* y que, entre aquella multitud de mujeres egipcias con sus negros islanes, y de nativos cubiertos con sus ropones de color, de ricos casimires, sus vistosos echarpes de seda y sus gorros regionales, (viéndose de tanto en tanto, además, algún beduino típico con la albura de sus albornoces flotantes), nos transporta al mundo de nuestras lecturas infantiles que aquí encontramos

ahora desplegado como una lámina viviente ante el deslumbramiento un tanto ingenuo de nuestros ojos.

Pero el encanto suele romperse en el choque con una desagradable realidad cuando nuestros ojos de occidentales no pueden menos de advertir que tantas notas de color y tantos rasgos de carácter pictórico, se prenden a nuestra fantasía en medio de una pavorosa carencia de toda noción higiénica, pues a nuestro lado andan rodando por las baldosas de las aceras, que nunca se lavan (y además aquí no llueve casi nunca), chiquillos con la cara mugrienta y las ropas reducidas a un montón de trapos imposibles; y los vendedores, a veces esos mismos chiquillos de ojos enfermos —casi enceguecidos por las lagañas y los efectos de la conjuntivitis o del tracoma, que aquí abunda—, manosean implacablemente su mercancía, sus bizcochitos, sus buñuelos, sus fríjoles, sus dátiles, como si fuese indispensable para la realización del negocio que el comprador adquiera previamente la absoluta certeza de que se le vende el artículo suficientemente aderezado por el continuo sobeo de esos dedos pringosos de sudor y de mugre.

* * *

Sanear una ciudad como ésta, volverla salubre al abrigo de toda infección y epidemia es obra ¡verdaderamente faraónica! Si se ha logrado extirpar la malaria, que castiga al resto del país, y no cunde más el tifus ni hace estragos visibles la viruela, es sin duda porque la purificación de las aguas corrientes que alimentan a esta población es perfecta y porque el esfuerzo sanitario de las autoridades en algunos respectos debe ser colosal. Acaso sea ello también un milagro del Nilo —el padre del Egipto—, que ofrece un agua abundante y de fácil adaptación a las exigencias científicas para volverla absolutamente potable. El agua de El Cairo es buena. Se la bebe y se la puede beber con confianza. Si así no fuera, ¿qué sería de esta población, con esa su desaprensión tradicional horrorosa en materia de higiene?

Lo malo es que, sin duda por ser tan buena, no se hace de ella el uso necesario. Se la emplea muy poco. Debería encontrarse la manera de que cayese a chorros por todos lados; de que bañase permanentemente la urbe, y con preferencia estas zonas populares y pobres; de que brotase en columnas vivas,

alegres y rumorosas en infinidad de fuentes, como de verdaderos alfaguares, de innumerables grifos y llegase a todas las casas, a las más humildes, a los tugurios, en una nueva forma de la bendición salvadora del río-dios del Egipto...

No es empresa fácil, por cierto, poner al Cairo en mejores condiciones de salubridad. Los siglos pesan como una montaña de granito sobre esta realidad presente, y es forzoso remover toda esa pesadumbre para reformar un poco casas, barrios y hombres.

Llueve muy poco: las casas carecen de aljibes, esas cisternas que sólo llena el agua pluvial, aquí muy rara en todo el transcurso del año. No son comunes tampoco los manantiales. Los conductos de agua corriente no existen en millares de habitaciones construídas hace doscientos o trescientos años. El agua, para mucha gente es poco asequible. Esa es la tragedia de El Cairo. Esa es la causa real de su suciedad, que nos impresiona desagradablemente a quienes traemos costumbres de higiene aprendida de los americanos del Norte, que son quienes más y con más eficacia se han empeñado en hacer de la civilización moderna un problema de higiene corporal y en darle un sentido de limpieza física, no desprovisto de cierto alcance moral.

Aquí el agua se distribuye por los barrios árabes —en cuyas casas antiquísimas faltan cañerías y servicios sanitarios— en grandes cubas o pipas conducidas sobre dos ruedas y tiradas por un jamelgo. El carro se detiene en la calle y de él extraen el agua, llenando una gran bolsa de cuero, una especie de enorme "bota" que se echan al hombro, los encargados de hacerla llegar hasta las mansiones.

Sería una profunda revolución pacífica, altamente beneficiosa para estos pobres pobladores de las zonas agarenas, y para toda la ciudad y el país, la que socializase y popularizase el agua. Habría, tal vez, que extender las funciones civilizadoras del Nilo sagrado. Habría que dedicar nuevos y grandes reservorios de su agua preciosa para la fecundación de los campos, a este servicio de higienización que habría de comenzar por la multiplicación de las fuentes públicas para las necesidades del pueblo, de los baños gratuitos, para concluir con la implantación en todas las casas de servicios de higiene a base de muchísima agua.

No soy yo, seguramente, el primero que ha pensado aquí

en esa revolución. Muchos han de ser los que se hallan empeñados en modificar ese estado de cosas. Las autoridades, el Gobierno, estudian sin duda el problema, que por cierto no ignoran. Cuando logren resolverlo, veremos resplandecer en El Cairo, libre de las nubes y sombras de estos aspectos dolorosos de sus condiciones sociales, la maravillosa cultura arábiga; y el prestigio del árabe del pueblo bajo habrá acrecido a los ojos del mundo hasta igualar el de aquellos antepasados suyos de los fabulosos tiempos de Shehrazada, que esparcieron por todo el orbe las maravillas de su genio artístico y de su fino espíritu creador.

La cuestión social de Oriente y del mundo se halla en el fondo de ese problema, que sin duda aguarda, como tantos otros, un impulso de transformación histórica sólo posible con el concurso consciente de los más directamente afectados por el mal.

Abril 8 de 1944.



RADIOGRAFIA DE UN MUNDO DE LEYENDA

Faltan baños públicos; y si es común tener que andar por las aceras esquivando a los peones de los negocios en tren de apartar de sus puertas la basura con escobas que levantan nubes de polvo mortífero, es en cambio muy raro ver que alguien riegue antes de barrer o baldee el piso de sus casas o el pedazo de calle que corresponde a su comercio. Hay edificios públicos espléndidos —la Biblioteca Nacional es uno de ellos— con escalinatas de mármol que son una valiosa obra de arte arquitectónico, donde desde la entrada se advierte que allí el agua no suele adoptarse como elemento de higienización y el aseo no es precisamente uno de sus frequentadores. Y no hay casi uno de esos chicuelos que por millares pululan en las plazas y en las calles y sobre todo en los endiablados vericuetos de las zonas populares, que no despierte el deseo vehemente de que alguien se tome la molestia heroica de sumergirlos desnudos en un baño que los libre de las infinitas capas de suciedad que se vienen acumulando, desde el día de su nacimiento, sobre su piel.

Y no sólo los chicuelos... Aquí se ven las figuras humanas más trágicamente sucias que pueda concebir la imaginación. Tal un pobre andrajoso, de indefinible edad, el adula arquetipo, que sentado en una vereda contra una viejísima pared, remendaba botines destrozados. Aquí están los más espantables ciegos del mundo. Aquí se dan cita los más lamentables Jobs de todo el Oriente, como si se hubiesen trasladado con su muladar y todo. Es como para echar a correr, si no fuese que un sentido de solidaridad humana nos clava los pies en el suelo y nos obliga a pensar cómo es posible que tanta miseria, tanta suciedad y tanto dolor se concentren en una criatura que es nuestro semejante, y no haya para ella sino este desamparo de una urbe que pasa con todo el peso y el brillo de su deslumbrante grandeza, como el carro de ciertas deidades terribles, por sobre el cuerpo de sus fieles. ¿De dónde vienen, de dónde son, de dónde salen? No lo sé a ciencia cierta, pero allí están esos huecos lúgubres de esas casas que pretenden ser viviendas; y no puede ser sino de ahí de donde salen y allí

han de volver, a tirarse en camastros indescritibles o en dura loza de piedra para seguir arrastrando al día siguiente el horror de su cruz. ¿Y los niños? No puede haber en parte alguna nada que supere en trágica expresión, la de algunas caritas de niños que aquí se ven a horcajadas en los hombros de sus madres —pobrísimas mujeres del pueblo—, cubriéndose la cabecita con un trapo desgarrado para que la luz del día no les hiera la vista de sus ojitos enfermos, ya casi engegucidos por la conjuntivitis. En un tranvía de esos que se llenan hasta el tope y en que los viajeros pueden cargar de todo: canastos de fruta, de verdura, de pescado y que a veces se dividen en compartimientos de distinta clase —primera y segunda—, yo vi a uno de esos desdichados angelitos cogido de la mano de su madre en un rincón del coche. ¡Qué drama horrendo palpitaba allí en la impotencia resignada de esa madre infeliz, que acaso en su ignorancia o en su miseria nada podía hacer por la curación de su hijo, y en la inconsciente desgracia de ese parvulillo que se esforzaba en ver y tenía ya estereotipado en la comisura de los labios un constante rictus de dolor y de llanto... En silencio los dos, madre e hijo, iban como sombras hacia un destino miserable. Eso era todo...

Es aquí impresionante el número de gente del pueblo que ha perdido un ojo, cuando no los dos, a causa de aquellas enfermedades. Su difusión se ve favorecida por la falta de higiene. Cuando uno se interna en esos animadísimos barrios árabes —tan llenos de interés, con sus permanentes ferias al aire libre—, no deja de preguntarse cómo ha de poder combatirse una epidemia en esos sitios... Todo parece conspirar allí contra la salud de una población. En sus pequeños negocios, contiguos unos a los otros todo a lo largo de las calles estrechas, se halla por lo general instalada toda la familia del comerciante, en condiciones, eso sí, de atender a la clientela; pero en condiciones asimismo del más evidente desaseo. En sus casas de varios pisos, la carencia de patios interiores obliga por lo común a colgar las ropas lavadas en los balcones. En las calles, por donde transitan los carros de dos ruedas arrastrados por un pequeño burrito, conduciendo verduras o transportando personas (suelen verse carros de esos, compuestos de dos ruedas y una larga plataforma angosta, con una docena o poco menos de personas encima) y por donde circulan asimismo majaditas de corderos blancos o marrones, cuya lana pintan con

anilina roja o azul sus vendedores para adornarlos, o chivas raquíticas cuya leche se vende, y por donde aún pasan, si hay lugar para ello, las volantas de alquiler tiradas por dos caballos, se juntan los excrementos de los animales con toda clase de residuos. Y de un lado y otro, están los puestos en que se venden comestibles, que el público toma con su mano y el vendedor alcanza sin más auxilio que el de sus propios dedos. Y el polvo se acumula y el viento lo sopla sobre lo que se come o se bebe, y nadie parece reparar en que aquello es peligrosamente malsano.

Además, las moscas. La primavera llega como traída por las alas de las moscas. Unas moscas obstinadas, tozudas, insistentes, que se dejan tocar con la mano antes de separarse de la piel del cuello, de la frente, de las mejillas, de la calva, como si estuviesen dispuestas a acampar indefinidamente en nosotros. Vuelven una y mil veces al sitio de donde se las ahuyenta. Lo siguen a uno como instaladas definitivamente en la órbita de nuestros movimientos. Se vuelve así necesario adquirir un plumerillo —aquí todo el mundo usa—, para andar con él por las calles, colgado de la muñeca.

Se asegura que son inofensivas. Que son de otra clase las que transmiten ciertas enfermedades. Menos mal. De cualquier modo, estas moscas concluyen por crearnos hasta en nuestros paseos la inquietud científica de una compañía sospechosa.

Pero lo que ocurre en los cafés frecuentados por los musulmanes merece capítulo aparte.

* * *

El café árabe y turco es el ilustre ascendiente de ese insustituible café español que nosotros los latinoamericanos heredamos sin beneficio de inventario, pero que cuadraba tan bien con nuestro temperamento que hicimos de él, como en España, una institución nacional. Los sajones tienen el club. Los latinos tenemos el café. Este es para nosotros un club democrático, donde nos pasamos horas enteras sin beber más que una taza de café o de cualquier cosa, que suele no ser sino el pretexto para sentarnos ante una mesa, en rueda de amigos, y charlar y discurrir y discutir y aprender y enseñar, si algo podemos y hace falta. No cabe decir aquí todo lo que corresponde del café desde el punto de vista de su influencia sobre la manera de formarse la opinión pública en los países latinos.

Debo ceñirme a explicarles a ustedes lo que es un café árabe, tal como existen en El Cairo.

Su aspecto no difiere del de uno de los nuestros. Los hay que son amplios salones, con numerosas mesas y grandes espejos; los hay pequeños. Unos más lujosos que los otros o más grandes, según los lugares y el género de clientela que recluten. Por lo general con mobiliario viejo y poco atrayente. En los más típicamente árabes se ve a sus parroquianos instalados con evidente ánimo de permanencia por largas horas del día y de la noche. Y cada parroquiano tiene junto a su silla, en el suelo, el *narguile*, cuya boquilla de caña o de hueso, al extremo de un tubo de goma forrada, mantiene entre sus labios. Sobre la boca del *narguile*, en un platillo de metal, arde entre cenizas un montón de tabaco, cuya nicotina atraviesa el recipiente de agua instalado en el cuello del aparato, mientras el humo asciende por el caño a la boca del fumador. Se ve allí también, la pipa árabe, de pie, cuya larga caña sale directamente del recipiente del tabaco. La policía suele inspeccionar esas pipas para evitar que se fume opio mezclado con el tabaco.

Esos fumadores, ocupados en su operación de fumar, hablan poco. El *narguile* casi los enmudece. Lo contrario de los cigarrillos y el puro, que fuman con preferencia los españoles y sus descendientes, y que deja suficientemente libre la boca para hablar cuanto se quiera y hasta se vuelven en ella un estímulo para seguir hablando. Cuando los árabes y los turcos fuman en estos cafés —en que la gente pasa también el tiempo jugando a un juego de fichas redondas que deslizan para arriba o para abajo dentro de una especie de caja alargada, en combinación con unos dados que arrojan antes de cada movimiento de las fichas—, no dicen una palabra. Permanecen silenciosos. Aquello parece un ritual solemne.

Pero... El *pero* del *narguile* es que, como nuestro mate criollo, desafía a la higiene con el arma —que puede ser mortal—, de la bombilla... Es más higiénico en sí, por cuanto el fumador puede disponer de su propio aparato sin hacerlo circular entre sus amigos como circula el mate en las ruedas de las casas criollas. Pero en estos cafés el *narguile* pertenece a la colectividad, se halla al servicio del público, y la bombilla que acaba de ser usada por uno pasa a serlo por otro. No creo que cada uno traiga en el bolsillo su propia bombilla, lo que sería muy ágil. Ni que se la someta en cada caso a una

seria maniobra de purificación. Por lo demás, es sin duda muy pintoresco el cuadro que presentan estos hombres con sus trajes típicos, congregados en un local, fumando esas grandes pipas en silencio, mientras una radio o un gramófono hace oír cantos y músicas árabes de ritmo persistente.

* * *

Entretanto, dejando un poco de lado estos modos externos de la vida, estos aspectos de la realidad física del desconcertante conglomerado humano que es la población de esta metrópoli, se notan aquí muy marcadas las diferencias de clase, las diferencias de raza y las diferencias de religión.

El cosmopolitismo en América funde los pueblos, borra las diferencias étnicas, acerca los espíritus, reconcilia las religiones. Sobre nuestro continente soplan vientos históricos de renovación que disipan las miasmas de los prejuicios raciales y de las rivalidades nacionales y propician la confraternización espiritual futura en el abrazo que confunde las sangres para la creación de una raza nueva, surgida con la cooperación de todas. Aquí, en cambio, el cosmopolitismo exacerba las preocupaciones y los odios hereditarios. Coloca frente a frente, en precario espacio, los enconos y rivalidades transmitidos de generación en generación. Los hombres de distinta procedencia, de distinta nacionalidad, de distinta raza, de distinto idioma, de distintas creencias, quedan mirándose con aversión y no aciertan a encontrar el punto que los una e iguala, sino que sólo ven, y exageran, el que los diferencia y separa. Debe haber una influencia del ambiente histórico que determina esa posición de los ánimos.

El Islam tiene aquí sus banderas desplegadas sobre todo contra el Cristianismo, en el fondo de las mentalidades fanáticas; y el Cristianismo se desquita llenándose de prevenciones contra el judaísmo; y éste a su vez choca con el mahometismo de los árabes y el catolicismo de los sirios o de los europeos. Entre los fanáticos de una y otra fe se guardan recíproca antipatía. Europa, África, Asia, América y Oceanía no se juntan aquí para abrazarse y hermanarse, como en nuestras ciudades americanas, sino para mirarse como extrañas, descubriéndose sus defectos.

El árabe no ama al extranjero; y extranjero es para él

quien no habla su lengua y no comparte su religión. Suele ver en él un ser que cuando tiene dinero desprecia al árabe humilde y vive contra las leyes del Corán, y cuando no lo tiene, trata de obtenerlo compitiendo con el árabe en el trabajo o explotándolo en todo género de empresas equívocas.

El extranjero se llena de prevenciones contra el árabe, que proceden sobre todo de los prejuicios religiosos. Si uno oye a los cristianos —aquí los hay de todos los cismas y de todos los ritos: ortodoxos griegos, católicos romanos, luteranos, evangelistas, etc.—, los árabes, obedientes a las enseñanzas de Mahoma, están siempre prontos a perjudicar, a estafar, a robar, a los que no pertenecen a su credo...

No sé lo que los árabes dicen de los cristianos, de los judíos, de los budistas, entre los cuales no gozan de buen concepto. La verdad es que ellos tienen su leyenda negra. Pero yo he tratado de conocerlos sin dejarme impresionar por preconceptos. En todos los restaurantes el servicio es en su mayoría "árabe" —es decir, en realidad, de indígenas musulmanes de tez más o menos oscura, según provengan de los límites con el Sudán o de las regiones del centro o del norte— y no conozco servicio más correcto, prudente, atento y respetuoso. También lo es el personal interno de los hoteles, a excepción de las camareras que suelen ser de diversas nacionalidades extranjeras; y si se debe tener cuidado de los raspas que llegan de afuera —que suelen no ser árabes ni egipcios, precisamente—, puede por lo general confiarse en los empleados de la casa.

En la calle, los vendedores de diarios, todos ellos árabes, cada vez que les he dado por equivocación una moneda de dos piastres en vez de uno (se confunden muy fácilmente), me han atajado para devolverme el vuelto. En los tranvías, los guardas, generalmente árabes, me han dado siempre el cambio justo, a pesar de comprender que podían engañarme impunemente por mi ignorancia del precio de los pasajes y mi poco conocimiento del valor de las numerosas monedas de vellón, escritas en árabe.

Esos pobres árabes se mostraron conmigo, hasta ahora, perfectamente honrados. Y puedo añadir que en los numerosos viajes que he hecho en tranvía (si no se viaja en tranvía o en ómnibus no se puede penetrar en las capas profundas de su población ni verla vivir en el afán de sus habitantes más

activos) soportando apretones tremendos, nunca noté que nadie haya intentado, entre esos millares de "peligrosos árabes" con los cuales debía ponerme a la fuerza en contacto, aprovechar de los apretujones para meterme las manos en los bolsillos. Puedo asegurar que en los tranvías de Montevideo y de Buenos Aires se corre muchísimo más riesgo de ser víctima de los raspabolsas y de los descuidistas que aquí, en las aglomeraciones de estos árabes de tan mala reputación.

El caso es tanto más demostrativo de que se exagera mucho cuando se envuelve a sectores enteros de una población en ese mal concepto, generalizando los vicios personales, que no son propios de ningún pueblo determinado, sino que son las taras de los individuos de mal vivir, que se encuentran en todas las latitudes y son ciudadanos de todas las ciudades, de oriente y de occidente, del sur y del norte...

Y conste que estos árabes tendrían más razón que muchos otros plebeyos del mundo para dedicarse a obtener con violación de las leyes lo que no se les concede legalmente. Porque hay aquí muchos millares, cientos de miles de personas, sin duda millones, que en un país donde existen fortunas colosales y la gente derrocha el dinero con fausto verdaderamente oriental, padecen hambre en medio de la abundancia de todos y sobrellevan una existencia tal de miseria, de abyección y de atraso, que cuesta imaginarla.

Los hombres que cosechan el algodón, la gran riqueza del Egipto, con cuyo cultivo se amasan fortunas fabulosas, ganan 7 piastres por día (70 centésimos de nuestra moneda). El Ministerio de Asuntos Sociales, en un reciente informe, se ocupaba de la situación del *fellah*, como aquí se llama al proletario, clase que representa en Egipto, según ese informe, los dos tercios de la población. Hay, pues, casi 14 millones de *fellahs* urbanos y rurales, obreros y braceros de la ciudad o del campo, trabajadores agrícolas asalariados, pequeños productores de la tierra, etc. Una legislación provisoria, de guerra, ha tratado de ampararlos. Ha fijado un jornal mínimo de 7 piastres para los asalariados de las tareas agrícolas. "Pero no basta —dice el informe—, dar 7 piastres por día al *fellah*; es necesario munirlo de productos de base correspondiente a ese salario. La Administración del *Fellah* (equivalente a nuestra Oficina Nacional de Trabajo), estudia por eso otros proyectos "eminenteemente constructivos." Ella va a proceder a la

confección de un pan popular, rico en vitaminas; ella va a prever, por la organización de cooperativas, a las necesidades de tejidos populares para las familias campesinas, etc." Ahora bien, con la carestía actual de la vida esos 7 piastres representarían en el Uruguay un salario real de 30 centésimos. ¡Con 30 centésimos de nuestra moneda deben vivir hombres, muchos de ellos con hijos pequeños, en momentos en que el dinero circula con inusitada abundancia y la existencia de las clases ricas se vuelve más rumbosa y disipada que nunca!

Porque lo trágico de la situación actual del proletariado del Egipto. —especialmente de los jornaleros y braceros—, es que por su ignorancia y su carencia de instintos de organización gremial, no han logrado ninguna mejora de sus salarios, mientras todo el mundo mejoraba su situación y ganaba dinero. Los funcionarios públicos —que padecían los efectos de la carestía—, vieron sus sueldos aumentados por el reciente Presupuesto; los intermediarios hacen su agosto entregándose al desenfreno del agio y la especulación; los industriales, rodeados de defensas proteccionistas, realizan también negocios extraordinarios; los propietarios han visto aumentar el valor de las tierras y de las casas; los negocios se han intensificado en forma nunca igualada; los bancos despliegan una actividad fructífera de excepción. Este país, en medio de la guerra mundial, se ha constituido en una jauja de la especulación mercantil, bancaria y bursátil. Sus mayores negocios descansan en la continuación de la catástrofe, hasta el punto de que cuando llegan noticias de la guerra muy favorables a las armas aliadas, permitiendo prever un notable acortamiento de la tempestad bélica, algunos títulos bajan varios puntos en la Bolsa.

En el informe presentado el 30 de marzo a la Asamblea General de "The Bank of Egypt", de Alejandría, se lee lo siguiente:

"Los gastos hechos en Egipto por los ejércitos aliados han sido muy importantes. Como, por otra parte, las exportaciones y las importaciones han sido estrictamente reglamentadas y limitadas (excepto el algodón), la circulación fiduciaria se ha vuelto considerable; los precios de los productos agrícolas y de las tierras alcanzan niveles muy elevados; la situación económica rural muy próspera ha determinado, para nuestros créditos importantísimos reembolsos anticipados."

Sólo los obreros han continuado ganando sus viejos salarios, y especialmente la mano de obra nativa ha quedado sometida a sus remuneraciones modestísimas de todos los tiempos.

Alguien me decía:

“—Esta pobre gente proletaria del país no protesta ni se rebela ante ese estado de cosas, no sabe hallar para su desastrosa situación ningún remedio. Carece de instinto de clase y de hábitos de organización gremial. Si le suben los precios no acierta a reclamar más altas remuneraciones. Entonces se limita a tomar, con su propia mano, algo de lo que le hace falta... Se vuelve de menos confianza para el patrón. Eso es todo.”

Es, como se ve, una versión de la “leyenda negra” del árabe de Egipto, que invita a la meditación a los estadistas, legisladores y sociólogos de este país.

Abril 11 de 1944.



DE LA EPIDERMIS AL ESPIRITU

Las diferencias de color que se advierten en el cutis de la población obedecen a las corrientes diversas de este cosmopolitismo donde se juntan, casi sin mezclarse, tantas procedencias geográficas y raciales. Los blancos proceden de europeos orientales, turcos y circasianos, o de europeos occidentales, especialmente de griegos, de franceses, de españoles; o de sirios, de libaneses y de judíos de Palestina; los de tez oscura son agarenos descendientes de los árabes de Arabia o del Sahara, que en las fronteras con el Sudán y Abisinia se cruzan con etíopes. Por eso hay aquí tantos matices del negro, desde el azabache sudanés al moreno claro del meridional europeo africanizado. Los más oscuros no tienen, sin embargo, de la raza negra ni las facciones ni las motas ni el pigmento. Es frecuente hallar egipcios que parecen estatuas de ébano con rasgos fisonómicos correctísimos, como si fuesen ejemplares de la raza caucásica pintados. Se ven entre las mujeres tipos de innegable belleza, en los que resaltan siempre los grandes ojos rasgados, de una extraña luminosidad.

También esas características epidérmicas pueden ser referidas a circunstancias menos superficiales. La identidad de matices de la piel determina, como signo de origen étnico común, acercamiento y solidaridad naturales; pero el elemento religioso separa lo que las epidermis acercan y no logra unir lo que las epidermis separan. En efecto, todos los árabes se sienten ligados por el Corán, y por el Corán se acercan a los turcos; pero esta conjunción religiosa no impide que los turcos, que dominaron siete siglos al Egipto, se consideren superiores a los árabes y gocen aquí de un especial prestigio y preeminencia sociales de grandes señores, descendientes de antiguos magnates otomanos. En cambio los coptos, egipcios autóctonos, que son cristianos, no se identifican con los árabes ni con los turcos, que son musulmanes. Y su cristianismo no les sirve para aproximarse espiritualmente a los sirios, cristianos también, ni a los europeos, entre los cuales, por otra parte, el cisma de oriente con su iglesia ortodoxa, provoca recelos, que también surgen entre los católicos romanos y los protestantes. Y la analo-

gía semítica de árabes y judíos no consigue hermanarlos, pero en cambio logran apartarlos sus religiones, pues el árabe fanático del islamismo mira con prevención al creyente de Israel, y el creyente fanático de Israel, con quien además no simpatizan los cristianos, se siente prevenido contra unos y otros.

No hay probablemente sitio en el mundo donde mejor pueda aprenderse la función de las religiones y las iglesias como factores activos de disgregación, de rivalidad humana y de estancamiento social. No aludo al problema filosófico de la creencia religiosa en sí, ni me cuesta admitir que la religión —“el opio del pueblo”—, cumple en la vida espiritual de los hombres algún fin benéfico, a semejanza del propio opio que los médicos recetan a los enfermos en las inyecciones de morfina para que el dolor no los mate. Me refiero a esta funesta influencia de las creencias dogmáticas, que abren abismos entre los hombres y les impiden unirse para el propio bien, que no los unen por encima de diferencias sociales y económicas, es decir, no los hermanan en los planos fundamentales de su vida.

Todo el progreso de la fraternidad humana debe realizarse aquí a pesar de la religión. Todos los adelantos sociales, económicos y políticos, deben llevarse a cabo removiendo obstáculos opuestos por la religión. En ella o en su iglesia toman pie o encuentran apoyo todos los privilegios y todas las injusticias, aún contrariando el sentido de sus máximas morales, porque siempre han marchado aparte los principios morales de una religión y su acción ritualista en la mentalidad de los creyentes, por lo mismo que aunque las religiones y sus sacerdotes lo nieguen, una cosa es la moral y otra la religión.

Una prueba de ello la tenemos en la situación legal de la mujer. Es del Corán aquel versículo que dice: “No castigarás a la mujer ni siquiera con una flor.”

Pero es de acuerdo a la religión musulmana que aquí el hombre casado ejerce sobre su mujer una autoridad casi omnimoda. La ley autoriza al hombre a casarse con tres mujeres. Y puede divorciarse de ellas con solo pronunciar una palabra de repudio, sin mayores explicaciones.

Se está en trámite de reformar la ley y se concedería a las mujeres el derecho de pedir ellas también el divorcio en caso de adulterio del esposo. Pero la desigualdad permanece, desde que para las pobres mujeres sólo existe una sola oportunidad

de experiencias de amor legítimo, mientras que a los hombres se les conceden tres oportunidades. . . Si además de tener tres mujeres legítimamente el hombre comete adulterio, ¿qué puede hacer la ley sino dar a sus mujeres el derecho de libertarse?

La reforma levanta resistencia, con todo, porque ataca normas tradicionales que por serlo cuentan con el amparo de la religión. “Harás lo que tus padres. . .”

* * *

El progreso occidental entra por aquí en el Oriente, a través y a favor del intenso cosmopolitismo de El Cairo, como un río impetuoso en el océano, cambiando en un trecho el color y el sabor de las aguas; pero sin conseguir quitarle al mar su fisonomía y su fuerza, ni librarse él mismo de la absorción de la enorme masa líquida a la cual en definitiva se suma.

Eso es lo que confiere tanto carácter a esta urbe, en la cual el occidental puede conocer y penetrar el Oriente sin salir casi de sus zonas centrales, tan europeizadas en los principales aspectos, y aún dentro de ellas mismas pese a esa ola creciente de cultura latina y sajona que se manifiesta en la difusión de las lenguas francesa e inglesa —que casi todo el mundo, bien o mal, poco o mucho, habla— y en la cantidad de diarios en francés y en inglés que circulan y se vocean (por lo menos cuatro y dos, respectivamente); en la existencia de una Universidad francesa, otra británica y otra americana, además de la egipcia; en los modos actuales de la vida y costumbres de sus clases cultas y en la forma de pensamiento y de expresión de sus círculos ilustrados.

Porque aun en esas zonas espiritualmente occidentalizadas el Oriente turco o árabe, musulmán o budista, semita o indotánico, ejerce una constante acción de presencia en la gravitación de las creencias religiosas, en la fidelidad a ciertas modas tradicionales, en las modalidades psicológicas características.

Aquí, por ser la capital del país, el centro humano más importante y el verdadero vórtice que atrae las corrientes cosmopolitas, es donde la batalla entre el occidentalismo y el orientalismo se libra con más encarnizamiento.

Hay quienes quieren llevar el Egipto hacia occidente; hay quienes quieren arrastrarlo más todavía hacia el Oriente; y hay, finalmente, quienes quieren que el Egipto permanezca en

el Egipto, con su personalidad de pueblo dotado de rasgos propios, que no debe perder, y que colocado en la intersección de dos mundos, el occidental y el oriental, puede aspirar a beneficiarse de lo mejor de cada uno de ellos, desechando lo peor de uno y otro.

Debía, por fuerza, entablarse en su seno esa lucha. No en vano le correspondió el trascendental destino de abrir la puerta geográfica para que el Mediterráneo se pusiese en contacto con el mar Rojo y entrambos se transformasen así en un corredor para comunicar el Atlántico con el Océano Índico, lo que estrechó en el abrazo de los mares a cuatro continentes.

El Canal de Suez erigió al Egipto en una nación acercadora de mundos. El Jedive Ismail Pachá, que prestó su apoyo a Fernando de Lessep para que con soberbia maestría llevase a cabo el sueño genial de su maestro Saint Simón, legó una frase que a menudo recuerdan quienes se enorgullecen de los progresos occidentales del Egipto moderno: "*Notre pays n'est pas Afrique; nous faisons partie de l'Europe.*"

* * *

Ese Jedive fué una especie de Pedro el Grande de Rusia, con la diferencia de que éste importó la civilización europea a un pueblo sumido en una barbarie casi primitiva; mientras que Ismail Pachá se esforzaba en incorporar a Europa un pueblo cargado de historia, con tradiciones seculares moldeadas en una cultura cuyas proyecciones eternas gravitaban sobre su espíritu con el peso y la sombra alucinante de monumentos portentosos.

Pero ese mismo Jedive enamorado de la cultura europea no era sino, al menos nominalmente, un virrey del Sultán de Turquía, la máxima personificación recalitrante del Oriente otomano.

Bien es verdad que sesenta años antes otro Jedive, Mohamed Aly, había alcanzado su emancipación. Mohamed Aly fué el que, para deshacerse de los mamelucos, los genízaros de la guarnición de la ciudad que aquí representaban la dominación del Sultán y la hacían evidente y efectiva (esa dominación, con los jedives mamelucos turcomanes, circasianos y otomanos, comprendida la dinastía del propio Mohamed Aly (1805), se extendió a través de sus diversos grados de efecti-

vidad desde el año 1250 a 1914, seis siglos y medio), los hizo fusilar el año 1811, en la Citadel. Fué un fusilamiento en masa. En la Citadel (la ciudadela), se muestran al turista las tumbas de los mamelucos. También se señala el sitio por donde se arrojó, a caballo, desde el adarve de la fortaleza, pegando un salto de 25 metros, un mameluco para librarse de la ejecución, muriendo el caballo pero salvándose él, a quien se le perdonó la vida.

El recuerdo de esos mamelucos se enlaza al de la expedición francesa de 1798, cuando Napoleón I los derrotó en las Pirámides, puso sitio a la ciudad y la rindió al cabo de dos días, tras varios cañonazos dirigidos contra alguna mezquita. Los historiadores contemporáneos del Egipto están contestes en que con esta expedición comienza el Egipto moderno. "Ella ha marcado, escribía hace poco el Dr. Mandour en el *Misri*, el principio de la etapa en que el Egipto salía de su aislamiento para entrar en el concierto de las naciones de occidente. Así ella abría sus ventanas hacia el mundo exterior. El despertar del movimiento nacional debía producirse después de la partida de la expedición."

Y bien, el Jedive Ismail Pachá no creyó incompatible su vinculación protocolar al Gran Turco, con sus propios gustos europeos; y sintió el afán de conducir su pueblo a Europa, a la civilización de Europa, para que el África de los franceses, que comenzaba aún Alejandro Dumas en Los Pirineos, terminase en los bordes de la tierra sagrada que el Nilo redime de la implacable esterilidad del desierto.

Pronunció su frase en ocasión de las fiestas organizadas para celebrar la inauguración del Canal, a la que concurrieron casi todos los soberanos del mundo y para la cual hizo construir, en pocos días, un palacio que habría de servir de residencia a la Emperatriz Eugenia, la esposa de Napoleón III, y edificar asimismo el teatro de la Opera —que se asemeja un poco, no siendo tan bello, a nuestro Solís—, donde se estrenó al efecto, con un entusiasmo indescriptible, la "Aída" de Verdi. Eso ocurría un año antes de que estallase en Europa la guerra del 70 entre Francia y Alemania.

Su fervor progresista transformó al Egipto. Echó sobre las espaldas de las generaciones una deuda formidable, que aún pesa en las finanzas del país, pero acrecentó su prestigio en el mundo y lo llenó de realizaciones perdurables. El Canal de

Suez, estupenda obra pública y utilísimo alarde de ingeniería fué, en cierto modo, la pirámide de Cheops, de ese Jedive que supo comprender las nuevas necesidades de la historia, y apartar por un instante sus ojos de las tumbas de los antepasados para avizorar, impaciente los caminos del porvenir.

Tal vez se puso en pugna con el espíritu de la religión a que rinde culto su pueblo. Los devotos de las tradiciones orientales no pudieron, probablemente, compartir su entusiasmo sincero por la europeización de Egipto. Sacarlo de Africa para llevarlo a Europa era renegar demasiado del Asia. Era alejarlo de la cuna del islamismo y divorciarlo del propio Islam. Todo el orientalismo se sintió afectado por esa política de modernización, que los franceses e ingleses —claro está—, financiaban. El mundo debía marchar, impulsado por la inesquivable vocación del destino humano, abriéndose las rutas para su viaje incesante; y no era posible que el Egipto se sustrajese a las inexorables leyes de la historia. El Jedive quiso ser de su tiempo.

* * *

Pero en Egipto no se puede ser de su tiempo sin recordar asimismo que el pasado no pasa para quienes han echado las raíces de su espíritu, como anclas, en el mar muerto de las tradiciones y los dogmas religiosos. Por eso los egipcios actuales no renuncian a seguir tocándose con el fez de sus mayores. Y si bien los más evolucionados visten a la europea, salvo a veces ese detalle "capital" de la indumentaria, los tradicionalistas se visten con una especie de guardapolvos o redingotes largos como sotanas y se ponen en la cabeza ya el fez, ya unas especies de solideo o unos turbantes árabes, con lo cual parecen evocar la túnica y a veces también el albornoz de los pobladores del desierto. Simples detalles de vestimenta, se dirá, que sólo interesan desde el punto de vista de un estudio gráfico de las modas del traje.

Sin embargo, sería craso error suponer que no hay detrás de esas exterioridades más o menos pintorescas, posiciones de espíritu y tipos de mentalidades. Un casquete, una bufanda, una corbata, un chaleco, pueden ser las banderas de una revolución; o la insignia y la enseña de un movimiento político e ideológico. Por algo un decreto real impone a todos los funcionarios públicos del país andar siempre cubiertos con el

fez. Y en el Parlamentõ nacional, a una de cuyas sesiones asistí, sólo muy pocos diputados ocupaban sus sitios con la cabeza descubierta demostrando con ello haberse emancipado de los hábitos externos de la tradición. La inmensa mayoría lucía el fez, que no se sacan sino por razones de comodidad, y unos cuantos ostentaban esos ropajes con algo de aljuba morisca, y esos turbantes a que ya me he referido.

Uno de los secretarios de la Cámara, que gentilmente me explicaba en correctísimo francés el cuadro parlamentario que se desarrollaba ante mis ojos, me dijo que esos eran, casi todos, representantes del Alto Egipto, la parte más rural y atrasada del país, y que sus trajes no eran árabes, precisamente, sino una derivación creada por los nativos de esa y otras regiones con la cual pretendían hallarse más cómodos que con cualquier otra forma de indumentaria.

Abril 14 de 1944.



LA MODERNIZACION DEL EGIPTO O UN EGIPTO QUE NACE

Puede parecer paradójico hablar, como de cosa actual, del nacimiento de un país donde por todos lados y no sólo desde lo alto de las pirámides, nos contemplan los siglos. Pero se asiste, es evidente, al surgimiento de un Egipto parteado por la civilización occidental y que se va incorporando con trabajo de entre las imponentes sombras históricas que pueblan su suelo y proyectan en pleno día sobre él la gravitación inevitable de sus muertos. Ese mismo Parlamento, pese a la corona real que brilla por encima de la mesa de su Presidente, es un signo de vida nueva en el plano político y legislativo de la antigua nación.

Los debates son allí, naturalmente, en árabe, que es el idioma oficial. Es frecuente que los oradores —que pueden ocupar, cuando informan o pronuncian discursos largos, una tribuna colocada bajo la mesa de la Presidencia—, se expresen en el árabe clásico. Pero están facultados para hablar también en árabe vulgar, que algunos diputados prefieren por ser la lengua del pueblo o la única en que logran expresarse. Entonces sus discursos son traducidos y publicados en el diario de sesiones en la lengua oficial.

Aparte del idioma y de esos distintos elementos de la indumentaria, aquello es una Cámara europea o americana. La sala de sesiones, con capacidad para trescientos y pico de diputados, es semicircular como la nuestra, hallándose dispuestos los bancos de los representantes, constituídos por largos asientos comunes, en escalonado anfiteatro. Hay una galería alta para la barra, y otra baja para los invitados especiales, donde se nos ubicó, sentándose a nuestro lado el amable secretario de la referencia. Sólo se entra por tarjeta. En el primer banco a la derecha del Presidente toman asiento los ministros. Ese es el sector del partido del Gobierno. La oposición ocupa los sitios de la izquierda. La derecha y el centro lo ocupa también, casi por completo, el partido gobernante. Todo ocurre allí, en apariencia, más o menos como en cualquier parlamento demo-

crático del mundo. En éste, tras la mesa, en el sitio en que nuestra Cámara de Representantes luce aquel cuadro histórico que trata de reproducir un episodio de la epopeya artiguista, se ve una corona real dorada sobre un fondo de tapices azules. Todos los tapices de las paredes, las alfombras y los asientos, son de color turquí, y las maderas de un color caoba oscuro. El techo en forma de cúpula poco pronunciada, con un *plafond* de cristales, está enyesado en blanco, y la sala resulta así muy clara.

El Presidente no emplea campanilla. Para dirigir los debates la sustituye dando golpes con el cabo de un lápiz sobre la mesa; pero delante de él hay una gran campana metálica para sofocar los tumultos, que no tuvo ocasión de emplear durante el momento, animado pero tranquilo, de nuestra presencia. Y eso que hay una especie de hora previa en que los diputados pueden formular observaciones al acta taquigráfica de la sesión anterior, que tienen impresa en el boletín de la Cámara, sobre sus pupitres. Ellos se ponen en pie y desde su sitio hablan dirigiéndose al Presidente, con el cual dialogan, pues éste responde dando explicaciones sobre las omisiones o los cambios anotados, y cuando la discusión se vuelve muy engorrosa porque el diputado insiste porfiadamente en sus críticas o protesta con tosudez, unos golpes enérgicos del lápiz sobre la mesa y la indicación verbal de que el asunto está concluido, cortan la palabra al reclamante. Pero si éste no quiere acatar, el Presidente somete la cuestión a la Cámara, la cual decide. Por lo menos cuatro diputados entablaron esa tarde su demanda a la Presidencia, y no era por cierto envidiable el trabajo de ésta para convencer a cada uno de los contrincantes, que no cejaban, enzarzándose en diálogos vivaces en que se veía a los diputados a veces abrir los brazos declamatoriamente, encarándose con el Presidente que los enfrentaba con gesto de energía y frases contundentes sin declamación y sin perder un solo instante la serenidad.

Pero aquello no absorbió demasiado tiempo. Probablemente entre nosotros un espacio previo de esa índole —que allí no tiene límite reglamentario—, no dejaría comenzar el orden del día sino a la madrugada.

La Cámara entró a tratar los asuntos de su citación en forma ordenada. A los oradores se les dejaba hablar sin interrupciones. Los ministros aludidos o los miembros informan-

tes —se discutieron los presupuestos de los ministerios de Comercio y de Instrucción Pública—, hacían desde sus bancas, poniéndose en pie, breves respuestas. Eso es todo lo que pude ver en un día poco agitado en que no se debatían asuntos de fondo. El gran debate sobre la política general del Gobierno con relación a todo el presupuesto, y a los diversos presupuestos ministeriales, ya se había efectuado en anteriores semanas. Pero lo que vi me dió una impresión de cultura política formal, de corte europeo.

* * *

¿Hasta qué punto es ése, en lo esencial, un cuerpo representativo del pueblo? He aquí la ardua pregunta... El amable secretario me dió datos precisos sobre las elecciones. Según ellos, el cuerpo electoral no baja de cuatro millones. Existen numerosos partidos con denominaciones que por sí solas no indican ninguna tendencia ideológica. El del Gobierno se denomina Wafd (delegado) y arrastra los dos tercios del electorado. En cuanto a la libertad del voto me dijo que era absoluta, aunque estaba, eso sí, en algunas partes, muy extendida la compra del voto. Había quienes se gastaban fortunas para alcanzar una banca de diputado, y en el Alto Egipto, donde predominan formas feudales de la propiedad de la tierra, había quienes tenían siempre asegurada la elección por el voto de miles de hombres que económicamente dependían de ellos dentro de esos arcaicos sistemas de explotación. Hay allí una especie de feudalismo electoral, derivado del otro.

El secretario, un egipcio de pura cepa, por más que hablaba un francés impecable, podía enterarme de esos vicios de su régimen electoral, seguro de que ningún americano del sur —y acaso también del norte—, puede tomarlos como especialidades exclusivas de esta democracia de Oriente...

Una particularidad me hizo conocer en relación con la conducta de los diputados. Estos, cuando la discusión se declara libre, pueden expresar sus ideas en discrepancia con las de otro diputado de su partido y aun con las que su propio partido haya proclamado sobre el punto en debate. Pero si no media esa declaración, no le está permitida tal desviación de la disciplina partidaria, y en caso de rebeldía consciente el partido puede exigirle la renuncia. Es una fórmula que da efectividad al principio del mandato imperativo partidario, haciendo una

concesión, que puede ser frecuente, a la independencia, o mejor, discrepancia de las opiniones personales. Nuestros partidos se manejan con disposiciones internas para autorizar o impedir esas desarmonías, pero siempre al margen de la ley.

Ese Parlamento es ya una innegable expresión política de modernismo en un país donde aún existen restos de una arcaica sumisión a otras soberanías en materia de aplicación de las leyes civiles y penales a los habitantes del territorio. Allí se afirma la voluntad de gobernarse por sí mismo, que corresponde en los hechos a la independencia política alcanzada en principio.

* * *

Los últimos restos de aquellas limitaciones a la propia soberanía impuestas en beneficio de soberanías extrañas, son las llamadas "capitulaciones", en cuya virtud los nacionales de cada país con autoridades reconocidas en Egipto, son juzgados de acuerdo con las leyes de su nación de origen y pueden reclamar, para el fallo de sus litigios civiles y la solución de sus problemas patrimoniales, la aplicación de los estatutos legales extranjeros, reservando la ley egipcia para los egipcianos.

El verdadero origen de las "capitulaciones" no es, sin embargo, una exigencia del intervencionismo europeo, sino una consecuencia de la norma tradicional musulmana que confundía la ley religiosa con la ley civil y no admitía más código que el propio Corán. Los musulmanes no podían ni querían aplicar a los cristianos o infieles, en general, la ley del Corán, de la que quedaban al margen. En tal virtud hubo que crear ese régimen judicial y jurídico que permitía la aplicación de sus respectivas leyes a los que no podían ser juzgados ni regidos por los preceptos de aquel libro sagrado para los fieles de Mahoma.

Después se separaron las jurisdicciones religiosa y civil. En Egipto se implantó un Código Civil inspirado en el Código italiano, así como en Turquía uno casi copiado del Código suizo. Ese Código rige para los nacionales, pero no todavía del todo para los extranjeros, que pueden acogerse al régimen de las capitulaciones.

Cortando una de las más transitadas avenidas de esta ciudad se alza, a poca distancia de nuestro hotel, un gran edificio

de severas líneas de templo griego. Un extenso frontispicio rectangular y un atrio de gruesas pilastras de piedra, sobre una amplia escalinata, lo imponen a las miradas de la población. Es la sede del Tribunal Mixto. Ese es el Tribunal ante el cual acuden los litigantes extranjeros. Hay allí jueces que aplican los diversos códigos y resuelven los conflictos. Cuando los cónsules podían fallar, sus fallos debían ser refrendados por el Tribunal Mixto. Ante él actúan abogados de las más diversas nacionalidades. Y bien: ese régimen terminará dentro de algún tiempo. El Tribunal Mixto será suprimido el año 1949 para que sólo se aplique, en todos los órdenes, la ley de este país. El Egipto entrará así al pleno dominio jurídico, en lo civil y penal, de su soberanía.

Un tratado de 1935, propiciado por Gran Bretaña, dispuso que cesase en el plazo que terminará de aquí cinco años esa anomalía anacrónica. Pero no faltan extranjeros que experimenten el temor de que desaparezca con ese Tribunal una garantía de imparcialidad para los que no son nativos o árabes. . . . Puede ser una preocupación como las otras. Si no lo fuese, habría que lamentar que los prejuicios y los sentimientos de un falso nacionalismo o de un fanatismo religioso realizasen también en ese terreno su obra funesta. Pero, ¿cómo negarle al Egipto el derecho de aplicar su ley sin tan anómalas concesiones a las soberanías extrañas, como esas que se suprimen?

Desgraciadamente hay aquí una corriente nacionalista peligrosa. Hay quienes se esfuerzan en desvirtuar los principios de la soberanía y los sentimientos y aspiraciones de independencia nacional, transformándolos en reivindicaciones xenófobas y exagerándolos hasta volverlos incompatibles con la convivencia armónica de los extranjeros y los nacionales. Se predica —no felizmente por los órganos de mayor circulación e influencia— un nacionalismo musulmán que halaga las peores inclinaciones del fanatismo árabe.

Algo tiene que ver con esa prédica el odio al inglés, que se cultiva en las bajas capas de la población, y el germanofilia que se descubre en muchas gentes de las clases altas. Es tranquilizador, con todo, que gobierne un partido que no siente aversión por los británicos y no se deja influir por el nazi-fascismo.

Abril 16 de 1944.

EL NILO, EL DESIERTO, LA ESFINGE Y LAS PIRAMIDES

Lo que es el Nilo para Egipto se colige desde el flotante observatorio del avión, cuando uno llega a El Cairo atravesando un trozo del desierto y viendo cómo los canales del inclito río rescatan, cual brazos milagrosos, a la esterilidad de las arenas, extensas zonas del país. Y más y mejor se comprende la misión providencial del río fecundante, que arrastra un limo precioso para esparcirlo en sus avenidas periódicas sobre vastas zonas del territorio egipcio, con un ademán que parece de castigo y es, en cambio, de bendición, cuando se observa que el desierto acompaña al Egipto y lo rodea y lo estrecha y lo penetra y sólo retrocede, y permanece impávido contemplando con la mirada blanca de sus reseca arenas el milagro de la tierra fértil, ante la presencia de aquel extraño y fluvial ángel de la guardia, cuya larga espada retorcida se extiende fulgurante sobre el seno de su criatura para protegerla. Porque, como tantas veces se ha dicho, el Egipto es hijo del Nilo. Y aquí, en El Cairo, es acaso donde mejor se puede apreciar y seguir de cerca esa lucha del Nilo con el desierto; esa batalla silenciosa del genio tutelar de la ondulante espada líquida y el agazapado dragón que tiene dunas por pelambre y el Simún por aliento.

Porque el desierto se acerca amenazante a la ciudad. Basta llegar a las Pirámides por la ancha ruta perfecta, sin una curva, que hizo construir —siempre en ocasión de la inauguración del Canal de Suez— el jedive Ismail Pachá, para verlo, tras un viaje de media hora en automóvil desde el hotel, con toda su misteriosa e inquietante grandeza arrojando su arena dura y caliza, hecha de polvo de alabastro, sobre los umbrales de los chalets que se aventuran a perderle el respeto alzándose irreverentes y frívolos casi a la sombra misma de las tumbas de los Faraones. ¿Qué lo detiene ahí, si no la tierra formada con el lodo del Nilo, que a pocos kilómetros, extinguido del todo el hervor bullicioso de sus cataratas, se desliza sereno bajo los puentes de la ciudad y extiende como desperezándose sus

brazos, y hasta envía en auxilio de los terrenos rellenados con lodo algún canalcito de su agua celeste?

Ahí están frente a frente los dos rivales. El desierto se repliega en torno de los solemnes monumentos de piedra, que se dirían brotados, como una compensación, de su vientre infecundo en lugar de los bosques con pájaros que le faltan. Allí se le ve perderse a lo lejos, levantándose en el espinazo alargado de alguna alta colina de arena, para llevar después el rígido oleaje de sus médanos hacia las lejanías del continente, dejando muy atrás, envuelta en su aire eterno de meditación, a la Esfinge, que es el símbolo de piedra del desierto, la petrificación misma de su alma terrible y enigmática.

Atormentado, sediento, árido, amenazador, formidable, se arroja en silencio o jadeando con el tibio resuello latigüeante de sus vientos traidores, sobre las extensiones adonde el Nilo no puede hacer llegar su espada protectora. Pero allí donde ésta brilla; allí donde ella extiende el fulgor húmedo de su tajante acero líquido, el dragón taimado de pálida piel de arena se detiene vencido. En vano trata de estirarse prolongando hacia aquí o allá sus garras de médanos. En vano acerca sus serranías opacas, como si hinchase el lomo en actitud de dar un salto sobre el valle desafiante. En vano abre sus fauces candentes para despedir las llamaradas invisibles de su aliento mortífero. Nada puede contra el río sagrado, que allí se halla vigilante en el hueco de su valle apacible, siempre pronto a prodigar sus esfuerzos de atleta tranquilo y calmoso en defensa de su protegido, para coimarlo de dones con sólo levantar, de tanto en tanto un poco, y dejarla caer, su espada poderosa.

* * *

Comienza el río a sacar poco a poco el pecho para inundar las tierras que fecunda. En las cercanías de la ciudad, a cuyo costado oeste se extiende corriendo de sur a norte, y en todo el trecho en que las obras de ingeniería han puesto sus riberas a cubierto de los desbordes, la creciente de las aguas se nota por la altura a que van quedando, con relación a las riberas, las características embarcaciones enfiladas en una y otra banda, verdaderas habitaciones flotantes construídas sobre balsas por lo general, pero también a menudo con cascos aptos para la navegación, velas y máquinas, a manera de grandes

yates o de barcos fluviales de pasajeros. Muchas de esas casas flotantes son sedes de clubes; otras son refugios veraniegos de familias pudientes; otros son yates de paseo, entre los cuales se destaca por su belleza y su tamaño el del rey, arrimado a un lujoso embarcadero especial defendido por verjas y portones en los cuales hacen guardia soldados egipcios. Más alejados de los puentes principales están los más modestos, que suelen ser habitaciones familiares permanentes y son, con sus balcones mirando al río, grandes casillas cuadradas de techo de zinc. Todos ellos descansan, pintados de blanco, o entoldados de blanco, sobre las plácidas ondas del río caudaloso y sereno, que surcan constantemente con sus quillas de proa levantada y sus altas velas típicas, elegantes barcas que no son sino hermanas humildes de aquella suntuosa en que Cleopatra paseaba bajo la luna sus amores con Marco Antonio.

Cuando el río crece todas ellas suben hasta quedar al nivel de las hermosas avenidas asfaltadas y arboladas que la ciudad ha puesto a sus márgenes; cuando baja, todas ellas descienden al costado de las barrancas descubiertas.

En ese tranquilo movimiento queda registrado para el habitante de El Cairo el acontecimiento natural de mayor trascendencia para la suerte económica y social del país; la cópula del padre Nilo en la madre Tierra del valle bajo el cielo de Egipto, a que el desierto asiste con la sorda y ciega desesperación de su sed de milenios.

La ciudad adora en el Nilo. Ningún espejo mejor para reflejar sus minaretes, sus cúpulas, sus torres, sus palacios antiguos y modernos, sus palmeras, sus robles centenarios. Ningún paseo puede superar, en el encanto infinito de las perspectivas fluviales y de la dulce placidez del ambiente, al que se hace recorriendo esas avenidas costeras, donde se alzan residencias privadas que son bellos palacios entre parques deliciosos, y cruzando los puentes que unen a El Cairo con las islas de Gezira o de Roda o con Giza, sobre todo el de los Leones, tendido sobre un brazo del Nilo y al cual le sigue para cruzar el cauce principal del río, un puente que como el de nuestro Santa Lucía, se abre en el centro para dar paso a las barcas que llegan cargadas de algodón, de arroz, de maíz, de legumbres, de frutas. . .

Uno de los espectáculos naturales que se muestran al extranjero en un claro de luna en el Nilo, en una de estas noches

de la primavera en que el cielo, sin una sola nube, con la diafanidad cristalina de esta atmósfera seca, exhibe el centelleo intenso de sus constelaciones mientras la luna, alzándose detrás de las palmeras, riela sobre las aguas casi inmóviles y parece pulirlas con su polvo de plata para que reflejen, apenas temblorosas, la sombra de los árboles y las luces de las orillas. El Nilo se blanquea de luna entre sus verdes costas, y el viajero sueña con seguirlo en su viaje de ensueño por entre campos poblados de leyenda y ruinas famosas en ciudades que encerraron en sus remotos tiempos de esplendor toda la riqueza y la belleza que los hombres eran capaces de crear.

El Cairo está orgulloso de él y ha sabido aprovecharlo como elemento y motivo de embellecimiento edilicio. Lo ha cruzado con soberbios puentes. Ha puesto en sus costados barrios estupendos, entre los cuales figura el de las legaciones y embajadas diplomáticas; ha trazado a su vera, en alguna zona que es ya de los suburbios, una curiosa calle de encinas gigantes que forman, junto al pasaje vulgar de los tranvías urbanos, una especie de selva simétrica en que nos parece vamos a ver surgir de pronto, colgado de las lianas, al mismísimo Tarzán. Ha construido en sus bordes jardines moros en los que reaparecen los patios de la Alhambra, y ha evocado entre el sortilegio de las esbeltas palmeras seculares el recuerdo de los pensiles de Semíramis, cuyo nombre ha dado, por otra parte, al más moderno y lujoso de sus hoteles, que abre las infinitas ventanas de sus múltiples pisos hacia el río y que hoy se halla ocupado por las autoridades británicas.

Y no sólo belleza para sus paseos y paisajes, y fertilidad para sus huertas y jardines; también le proporciona generosamente el agua que consume, recogida a bastantes kilómetros de aquí, en un paraje apropiado.

* * *

Para tener una idea en sinopsis de lo que el Nilo significa para Egipto como elemento fundamental de su vida y fuente de inagotable subsistencia para su población, nada mejor que visitar el museo del Ministerio de Agricultura. Es ésa una de las dos exposiciones agrícolas de que El Cairo puede enorgullecerse. La más pequeña —es decir, la menos grande—, ocupa una vasta extensión a la terminación del puente de los

Leones, donde se alzan hermosos pabellones y tiene su sede, asimismo, en verdaderos palacios, la Sociedad Real de Agricultura. Esta no es permanente. Sólo se realiza una o dos veces al año. El museo permanente, más alejado, surge en medio de un parque magnífico donde se hallan instaladas algunas oficinas del Ministerio citado y donde el museo dispone de dos grandes pabellones de dos pisos, contruidos a todo costo, con pavimentos de lujosos mosaicos, columnas de piedra en los *halls* amplísimos y monumentales escaleras de mármol, amén de ventanales y claraboyas que dejan penetrar la luz a raudales en los innumerables salones.

Una copia de piedra de la estatua del Nilo de Miguel Angel, que figura en la galería del Vaticano, obsequio de un papa, ocupa el centro del vestíbulo de la sección especialmente dedicada al río poderoso. Allí se puede ver, en mapas de relieve, en fotografías, en gráficas, en cuadros, en reproducciones perfectas, en ejemplares y modelos, todo cuanto pertenece a la existencia del río y todo cuanto se halla en sus aguas y en sus riberas. Allí se ve cómo cruza su corriente todo el territorio de sur a norte y cómo el limo de sus aguas es el don del cielo y de la tierra que deja en el valle como regalo generoso al retirarse después de cada inundación. Allí se ve cómo el ingenio del hombre ha sabido someter esa condición magnánima del río a un sistema científico de aprovechamiento, que evita cuando y donde conviene la inundación y retiene el agua, con su barro fecundante, cuando el río se retira para servir permanentemente la mayor extensión posible de los campos de Egipto. Muchos millones de libras se han invertido en la adquisición de diques y reservorios de agua. El más famoso, inaugurado hace cuarenta años, fué el construido en la primera de sus cataratas, la de Assuam, la cual tiene 102 metros de altura. Es asimismo notable, por sus dimensiones y su costo, la presa de Dairout —la Barrage de Dairout—, de más reciente construcción, y muy admirada por todos los entendidos del mundo.

Allí se ve cómo se trae el agua del río en canales y se la distribuye también en caños desde los reservorios para el regadío de las sementeras y plantaciones. Pero allí se ve, sobre todo, que la agricultura egipcia, la más importante fuente de riqueza del país, nace del Nilo y de él se alimenta, y que toda la existencia de la nación depende de su agricultura. Tri-

go, maíz, arroz, caña de azúcar, sésamo, habas, cebada, legumbres, naranjas, bananas, frutillas, níscolas, dátiles, se dan en abundancia en esas zonas fértiles. Su consumo interno se satisface con esa producción generalmente copiosa. Pero la suerte económica de Egipto descansa especialmente en el algodón. Trece millones de toneladas de algodón exporta por año. Y con eso mantiene el equilibrio de su balanza de pagos y sobre eso cuenta para disponer de divisas con que pagar sus deudas externas, y con eso se amasan fortunas fabulosas, y con ello realizan pingües negocios algunas empresas como la de Misr Spinny and Weaving Company —Mehalla el Kobra—, cuyas asombrosas instalaciones para la industrialización del textil pueden admirarse en una maqueta de dicha exposición.

Este museo es en realidad de primer orden. En cierto sentido, más que la exhibición de la agricultura es la de todo el trabajo de la producción económica de Egipto. La vida y costumbres de los campesinos y del pueblo de las aldeas y aun de las ciudades se refleja ahí, y hasta un cuadro muy bien logrado de figuras de cera nos muestra los muebles, los trajes, los utensilios, los usos y los hábitos de esta gente en el seno de sus reuniones familiares, señalándose las diferencias de su condición social en la indumentaria de cada uno y en lo que cada uno está haciendo. La fauna y la flora en sus relaciones con la agricultura ocupan un sitio importantísimo de la exposición, pareciéndome extraordinaria y de altísimo valor, entre otras, la colección de mariposas, como asimismo la de pájaros disecados. Muy instructiva e interesante es la colección de modelos, en pequeño tamaño, de los arados usados en todas las épocas por todos los pueblos de la tierra. También se entera uno con interés de que aquí se halla muy extendida la cría de la paloma, habiéndolas de todas las familias y abundando los ejemplares de gran tamaño. Los árabes construyen en sus granjas casas de barro para palomas, donde pueden tener cabida hasta 30 mil yuntas. Se hace mucho consumo de la carne de pichón, pero además se aprecia en las palomas la riqueza que añaden al suelo con su guano abundante.

No menos interesantes son las secciones destinadas a los búfalos, con sus largos cuernos echados hacia atrás y su piel lustrosa, que se transforma en gamuza; a los camellos de diversas clases, a los burritos indígenas y a los caballos, que los hay de pura raza árabe y numerosos derivados. Todos los

ejemplares son en tamaño reducido, pero perfectamente realizados. Los arreos, los atalajes, los aperos, se ven allí, eso sí, en su tamaño natural, de los más diversos tipos nacionales. Pero también se ven, aunque sólo se les muestre por incidencia, las casas de los campesinos de paredes de barro y a veces techadas solamente con montones sueltos de paja de algodón. Esas casas son, sin duda, las ascendientes del rancho de nuestros criollos.

Yo vi hace muchos años en Estados Unidos algunos museos de agricultura de primer orden; especialmente algunos notables de arboricultura (entre paréntesis: aquí, donde se exhibe la flora desde el tiempo de los faraones no se ha dado bastante importancia a la arboricultura actual del Egipto) pero no creo que ninguno pudiera igualarse a éste desde el punto de vista de la riqueza, aparte del interés histórico.

Lo que se ha gastado en ese museo nos demuestra que la nación concede a la agricultura un puesto prominente en el conjunto de sus preocupaciones y que se ha hecho de ella la industria madre, cuya grandeza y desarrollo se identifican con el prestigio nacional, que vive estrechamente ligado a sus progresos y a su expansión. El Estado exhibe en estas muestras espléndidas una gloria viva de la nación; acaso el aspecto de su existencia más consustanciado con la grandeza positiva de Egipto. Enseña con orgullo las fases y las características de su producción agrícola; que permite exportar algodón, arroz y azúcar, además de proveer de alimento a su pueblo. Se han gastado muchos miles de libras en ese museo y en la exposición real; y el visitante, entre las grandes enseñanzas que recoge para su ilustración sobre las cosas de este país, no puede descartar la que se desprende del amargo contraste entre el cuidado y la atención prestados a la industria en sí, como conjunto de actividades útiles, y la miseria en que vive la inmensa mayoría de los hombres que son abnegados agentes directos de esas actividades.

* * *

Hay que dejar atrás el Nilo para ir desde El Cairo a las Pirámides. Estas se hallan en Giza. Son, acaso, la más célebre atracción de turismo del mundo. No hay quien, si no es del todo inculto, no tenga alguna idea de lo que son esos enormes sarcófagos de piedra, que millones de fotografías han di-

vulgado por el planeta. El turista se acerca a ellas montado en el camello, el no menos célebre "navío del desierto", que puede alquilar, por pocos piastres, para una jira de dos horas junto al Mena House Hotel (el sitio en que Churchill, Roosevelt y Chang Kai-Sek celebraron el año pasado una de sus más trascendentales conferencias), o en uno de esos pequeños burritos forzudos que en la ciudad y sus alrededores se ven arrasando largos carros —una plataforma de tablas sobre dos ruedas—, donde se hacinan hasta dos o tres docenas de personas, para trasladarse a puntos distantes. No pocos —sobre todo soldados—, recorren a pie el vasto perímetro en que se hallan las tres mayores y algunas más pequeñas, la Esfinge y varias tumbas cuyas entradas monumentales han puesto al descubierto las excavaciones arqueológicas. Hay quienes se trepan como gatos sobre la pirámide de Cheops —la más grande—, para llegar hasta la misma cumbre tras una ascensión de 137 metros, para la cual han debido tomar como escalones los salientes de las piedras de un metro de espesor que forman las paredes y se apoyan unas sobre otras con perfecta regularidad, sin argamasa ni cemento que las ligue. Otros se conforman con llegar a un agujero abierto en un costado, a unos quince o veinte metros del suelo, para mirar al interior, muy oscuro, de donde se extrajeron las momias allí inhumadas. A las otras pirámides no se sube.

Es una impresión difícil de definir —sin duda consternadora—, la que se recibe en presencia de esos monumentos colosales cuyo imponente marco es el desierto. Cuando me acerqué a ellas por primera vez me tocó apreciar el extraño influjo que se desprende de esas milenarias construcciones en los momentos en que el paisaje se ensombrece con las penumbras del crepúsculo y el inquietante soplo del desierto llega hasta nosotros doblemente cortante por la fuerza de sus rachas, tan pronto tibias como tan pronto frías, y la llovizna de duras y filosas piedrecillas que nos arroja al rostro. Se diría que el mismo desierto se asoma por ellas a darnos su advertencia de muerte.

Un poco más allá, la Esfinge, apoyando sobre un basamento de cobalto sus garras enormes, se enfrenta a la grisácea extensión y mira con sus ojos inmóviles a la distancia como intentando penetrar el secreto de aquella vasta soledad que allí comienza o allí muere, arrastrando a través de los horizontes

el pavoroso misterio que constituye su alma tremenda. Nuestro ánimo se sobrecoge al pensar que esas arenas que huella nuestra planta, son las mismas de aquel enigmático desierto líbico donde alguna vez se perdieron sin dejar el más mínimo rastro, ejércitos de 50 mil hombres. Ese es, en efecto, el mismo monstruo silencioso e impávido que, 500 años antes de Jesucristo, se tragaba con sus fauces eternamente resacas las hordas armadas de Cambises, sin que quedase un solo soldado para explicar cómo pudo ocurrir esa catástrofe. Confieso que me hallé de pronto, apartado de mis compañeros, sólo entre esas piedras evocativas y aquellas dunas misteriosas que son mortaja de ilustres ciudades desaparecidas. Es un extremo de aquella misma sábana de arena la que allí rodea esas tumbas, y parece una profanación a los antiguos dioses del Egipto, aquella carretera que conduce hasta pocos metros de las Pirámides, los automóviles de los turistas.

Abril 18 de 1944.



GRANDEZA Y MISERIA. LAS MEZQUITAS, LOS PALACIOS Y LOS TUGURIOS

La mayor riqueza de arte de la ciudad misma son sus templos. Los hay de las más variadas religiones, desde las iglesias semiderruidas de los egipcios cristianos (coptos) que pueden verse en el viejo Cairo —y que evocan los tiempos de las prédicas de San Marcos, de la conversión de Constantino y de las persecuciones sobrevinidas cuando la conquista por los árabes—, hasta las iglesias griegas ortodoxas y la baptisteriana y la catedral católica de San José, y las sinagogas, pasando, naturalmente, por las mezquitas, que se cuentan por cientos. Estas constituyen la más notable curiosidad arquitectónica de esta urbe y son, hasta las más pobres, de una innegable belleza. El genio artístico de los árabes se concentra y culmina en estos templos otomanos labrados en piedra, que parece haber adquirido bajo el cincel de los habilísimos artesanos ductilidad de metal laborable y blandura de leño. Surgen por todos lados. Hasta en el mismo barrio europeo se las encuentra con toda su antigüedad venerable imponiéndose con la elegancia de sus líneas, la gracia eterna de sus minaretes y sus cúpulas y el calado paciente y sutil de sus hierros, de sus mármoles y de sus maderas. El positivismo del progreso con sus exigencias materiales las ha sorprendido en algunos sitios y las ha adaptado a las exigencias vulgares de la vida mercantil, echando abajo su torre para no dejar en pie sino el cuerpo de la mezquita, que aparece transformado en local de negocio, con sus muros inconfundibles alzándose por encima de las casitas de ladrillo construídas dentro mismo de lo que fuera el recinto de las oraciones. Otras veces sólo el minarete ha permanecido en pie.

En la Citadel se juntan en área relativamente reducida una media docena de ellas a cual más hermosa. Para visitarlas hay que cumplir con la ley ritual quitándose a la entrada los zapatos. Hay una, sin embargo, donde la exigencia, no sé si porque la mezquita se halla en vías de restauración o porque se ha querido conciliar el mandato religioso con el buen cultivo del turismo, se reduce a colocarse por encima de los botines unos zapatones de badana, que se alquilan por un piastre

a la entrada del templo. Calzado con ellos me interné en la que hiciera construir el sultán Hassán, una de las más grandes y típicas, cuyos altísimos muros reciben al visitante en un vestíbulo imponente, del cual se pasa por unos corredores a un inmenso patio sin techo, que ostenta en lo alto de las paredes como adorno grabado en la piedra una aleya, un versículo del Corán, que abarca los cuatro muros extendido en una franja de más de un metro de ancho. Cerca de la entrada está la fuente para las abluciones con su surtidor en el centro y su caño circular de plomo, de donde parten cañillas de bronce sobre una canaleta de piedra para recoger el agua que dejan caer los fieles al cumplir con el precepto higiénico religioso. Luego se penetra a la sala donde se hallan el facistol, para apoyar el libro sagrado durante la ceremonia, y el púlpito con su larga escalera, también de piedra, para las prédicas. Pendien de lo alto las cadenas dispuestas en círculo para colgar de ellas las redondas lámparas de cristal que se encienden en las ocasiones del rito. Una cúpula de 30 metros de altura corona esa nave solemne, dando la impresión de ser mucho más alta todavía. El interior de la cúpula es afacetado y se halla recubierto de arabescos valiosísimos que la acción del tiempo ha deteriorado desvaneciéndole los colores, pero ahora se están reconstruyendo para volver a su estado primitivo esa suntuosa y delicada decoración. Los trozos ya restaurados asombran por la armoniosa vivacidad de los tintes y la artística complicación del afiligranado dibujo inciso en la piedra y pintado con derroche de oro sobre fondos azules y rojos. Allí, también bajo la cúpula, hacia el fondo, rodeada de una sencilla verja, está la tumba de Hassán, cubierta por una simple lápida.

A su costado surge la mezquita de Al Rifai, en cuyos muros quedó incrustada una bala de los cañones que Napoleón I dirigió cuando se acercó a la ciudad después de derrotar a los mamelucos en las Pirámides. Es inolvidable y única la vista de la Citadel con las siluetas de sus mezquitas en la base y sus murallas en lo alto, y más en lo alto aún, dentro del recinto mismo de la fortaleza, y como colofón magnífico de todo ese conjunto, la mezquita de alabastro amarillo mandada construir por Mohamed Alí y que se asemeja a la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla. Esta es la más moderna, pues data del año 1867. Las hay que datan del año 876, como la de Ahmed Ibn Tulum, hermosísima.

Pasando por algunas calles céntricas puede el viajero ver desde las ventanas, parte del interior de algunas mezquitas con las colgantes lámparas encendidas, sus paredes sin altares pero en cambio recamadas de bellísimos dibujos y versículos del Corán trazados por el cincel en el mármol o el alabastro y con los fieles de rodillas sobre las esteras de paja que cubren las lozas del suelo, levantando los brazos y abatiendo la frente hasta el polvo en el transporte de sus preces conmovedoras. En el balcón más alto de los minaretes tres veces al día hace su aparición el almuedano para entonar el almuecín con que en lengua árabe exhorta a los creyentes a recibir con alma pura el don del nuevo día, y luego los convoca al promediar la jornada para el recogimiento en el seno del hogar y al ponerse el sol para prepararlos a gozar del descanso de la noche, libres de malas tentaciones y de impuros pensamientos. Tan anacrónico resulta el ritual en medio de la ruidosa inquietud de una urbe contemporánea, que cuando por azar el paseante descubre allá en lo alto al sacerdote musulmán que cumple con la regla eclesiástica, suele no acertar con el sentido y el objeto de su presencia en aquel sitio en esos instantes, porque no llega hasta la calle el sonido de sus palabras y la ceremonia ritual queda como perdida entre la indiferencia del tráfico y la balumba circundante.

* * *

Pero no son solamente dignos de admiración en esta ciudad que cuenta más de mil años, los templos musulmanes, sino también algunos edificios modernos, como el palacio del príncipe heredero, el tío del rey Faruk I, que fué regente antes de la mayoría de edad del actual rey y que lo sucederá en el trono si éste no tiene hijos varones. La Universidad egipcia ocupa, por su parte, un gran palacio, y son notables asimismo en su estilo árabe la Estación del Ferrocarril, la Biblioteca nacional y el Museo árabe, estos dos formando parte de una sola manzana. El gran Museo Nacional —cerrado desde el comienzo de la guerra—, que encierra tantos tesoros arqueológicos, entre ellos la tumba de Tutankamón, se halla instalado en un edificio que recuerda el del Museo de Historia Natural de Nueva York. El nuevo hospital egipcio impresiona también desde afuera muy favorablemente.

La riqueza de esta ciudad en palacios es incalculable. Sólo

en verjas y portones de bronce y hierro labrado hay aquí fortunas extraordinarias. Los parques públicos están rodeados de verjas costosísimas, que cubren a veces distancias de kilómetros. Las quintas, los chalets, lucen rejas admirables. A cada paso, en plena ciudad, mismo en los edificios modernos, se pueden admirar portones que cuestan un dineral, por lo general artísticamente trabajados, porque aquí existe una mano de obra barata, muy experta y con raro sentido artístico para trabajos de bronce, cobre, hierro y metales. ¡Es de imaginarse lo que habrían hecho con tantas toneladas de hierro y bronce los alemanes si hubieran logrado llegar a El Cairo, como se lo proponían!

Ahora sí, que el contraste de luces y sombras, de riqueza y pobreza que aquí asume caracteres tan pronunciados tiene en los planos de la arquitectura su más expresiva representación. Así, frente mismo al grandioso palacio del príncipe regente, un castillo rodeado de un alto muro que cerca un jardín de un par de hectáreas, se observa, apenas separado por la amplia avenida y una explanada, acaso abierta para alejar el feo espectáculo de la magnífica mansión, un grupo de viejíssimas viviendas árabes de paredes de barro, destartaladas, casi sin techo, cuyos interiores horrendamente pobres se ven desde la calle y donde tienen su morada familias cargadas de chicuelos, esos mismos chicuelos que corretean por las calles y piden limosna y se echan a dormir, de noche, sobre las baldosas de las aceras.

La vivienda de los pobres son en todo Egipto horrosas. Estas son los restos carcomidos de habitaciones edificadas hace cientos de años en la ciudad. Ellas bastan para demostrar que hay aquí una población, la más numerosa, que vive en sus casas ajena a los progresos, al confort, a las exigencias más elementales de la existencia contemporánea en los centros civilizados. En el campo, la vivienda del *fellah* que se puede ver no lejos de la urbe, a los costados de la misma carretera lujosa que lleva a las Pirámides es, si cabe, más sumaria todavía que el rancho de nuestros paisanos miserables. Ya he dicho que esa casa árabe es la ascendiente de ese rancho. Este parece haber nacido de ella, que no en balde algunas gotas de sangre árabe llegaron a través de la colonización española a las venas de nuestros gauchos. Son bajitas, de muros de barro y de techo plano. Sólo en el techo se diferencian de los ranchos. El de

estas viviendas —que son en realidad “taperas”—, se reduce a una capa de paja extendida sobre tirantes horizontales de madera, alfajías o troncos de palmeras o ramas de otros árboles. Como llueve muy poco, el techo parece más bien un resguardo para el sol que para el agua. Dentro de esas viviendas, fuera del camastro para dormir, y algunas alfombras o trapos viejos para sentarse, nada; porque para comer no necesitan mesa ni bancos; y el vestido no les impone mayores cuidados.

Así viven los trabajadores de la tierra en este campo egipcio lleno de sugerencias, por donde se ven cruzar, cargando graciosamente cántaros o canastos en la cabeza, mujeres del pueblo, campesinas jóvenes y viejas, con ajorcas de plata o de acero en los tobillos, vestidas de negro sayal, como si guardasen eterno luto por sus muertos o quisieran ser gratas al alma de sus antepasados rodeando de telas oscuras el fulgor de sus miradas o las arrugas de sus rostros. ¡Qué extraña impresión causan esas pobres mujeres enlutadas que van y vienen por los caminos, a veces con andar airoso y una cierta elegancia instintiva en sus movimientos y en las líneas veladas por la negra tela que las cubre desde la cabeza a los pies!

En el cielo, los cuervos de alas oscuras evolucionando sin descanso; en la tierra, estas otras alas sombrías. . . No hace falta más para sentir que ésta es la tierra de los muertos.

Abril 20 de 1944.

EL DESPERTAR DE EGIPTO

El Egipto —en que la muerte ha encontrado las más perdurables formas para prolongarse en la vida—, quiere ser, además de esa tierra de los muertos, que dijera Michelet, una tierra para los vivos.

Uno de los más bellos monumentos públicos del Cairo es la estatua que simbolizando el despertar de Egipto, decora la plaza de la grandiosa Estación del Ferrocarril. Al costado de la Esfinge, una recia figura de mujer, de larga veste talar y tocada a la usanza faraónica, personifica la nación, que de pie y dominante, con la mirada fija en el horizonte, se yergue dueña de sus destinos.

Pero una nación no es enteramente dueña de sus destinos mientras no resuelve los problemas internos que más profundamente se refieren a la existencia de su pueblo y a la formación de su conciencia colectiva. Y en ese sentido Egipto es todavía un país agobiado por penosas dificultades. En cuanto a su independencia en el campo de las relaciones políticas exteriores, ya hemos visto que ha realizado, en principio al menos, el sueño patriótico de quienes lo querían y lo reclamaban regido por un gobierno propio y autónomo. El Estado es ahora nacional y nada hay en él que legal y ostensiblemente revele la sumisión a una determinada potencia. Gran Bretaña ha suprimido el delegado que personificaba la realidad de su protectorado, y en la Constitución aprobada por ella —postrer vestigio protocolizado de aquella situación de dependencia—, el país se gobierna con sus hombres en las formas de una monarquía constitucional y de un gobierno semiparlamentario, al menos en teoría.

Sólo queda aún —pero como signo de la intervención europea no solamente inglesa, en la vida institucional de Egipto, y cuyo origen he explicado ya—, el régimen judicial de las “capitulaciones”, que tiene sus días contados, pues deberá concluir el año 1949 de acuerdo con lo estipulado en un convenio internacional. Ese régimen permite que haya tres categorías de abogados: los que sólo pueden actuar en el Tribunal Mixto, que no han estudiado en la Universidad egipcia y

no tienen título nacional; los que pueden actuar en los dos tribunales, por conocer las leyes de otro u otros países y ser titulados de la citada Universidad; y los que actúan en los tribunales nacionales solamente. En realidad sólo hay una Universidad que expida títulos válidos para el ejercicio de las profesiones liberales: la Universidad Nacional de Egipto. Las otras: la francesa (Escuela Francesa de Derecho); la Americana; la Británica; no son universidades, aunque así suele denominárseles, sino escuelas de estudios medios, y en algunas materias, superiores, que dan diplomas pero no títulos profesionales. La que se llama Universidad Arabe es una escuela eclesiástica para la enseñanza de la religión de Mahoma y la preparación del sacerdocio islámico.

La independencia política de la nación fué alcanzada a raíz de la guerra anterior, cuando Egipto, tras una intensa campaña encabezada por Saad Zaghloul, una fuerte personalidad de líder civil, fundador del partido Wafd —que actualmente gobierna—, se hizo presente en las discusiones del Tratado de Versalles, consiguiendo se le reconociese la autonomía. Ese movimiento en pro de la autonomía del país fué una campaña directamente conducida contra el poderío de Gran Bretaña, pues reclamaba la cesación del protectorado inglés. Sus primeros propagandistas debieron librar rudas batallas y hasta sufrir prisión y persecuciones, porque la campaña asumía en algunos casos contornos violentos ante la resistencia opuesta, al principio, a la creciente aspiración popular por las autoridades extranjeras y las fuerzas nacionales sometidas a éstas. En esa fragua se forjó el prestigio de Saad Zaghloul, político de vigorosa intelectualidad y firme carácter, cuya estatua se eleva sobre un altísimo pedestal de granito rosa pulido, a la entrada del Puente del Castillo (el de los leones) sobre el Nilo.

Y cuando en el Tratado de Versalles la nación vió reconocidos sus derechos, el partido político que se había erigido en gran órgano colectivo del anhelo público de independencia, que él había inculcado en las masas, se encontró dueño de un enorme caudal de popularidad. La energía y consecuencia con que sus hombres habían enfrentado el poderío inglés les valió la confianza y la adhesión del pueblo. Su nombre, Wafd, quiere decir "delegado". Se proclamaba, más que un partido o una fracción, una delegación del país entero para hacer triun-

far la causa de la independencia.

Habiendo sido el factor decisivo de la liberación, habría de ser asimismo contrario a las tendencias fascistas y nazis que penetraron en las esferas oficiales —las que rodeaban al rey Fuad I, y después a la Regencia— y aun influyeron, según algunos, sobre el propio rey actual, Faruk I, en los comienzos de su reinado.

Cuando estalló la presente conflagración el Gobierno se hallaba en manos de reaccionarios, entre los cuales la influencia del fascismo italiano predominaba, y se dejaban sentir también, naturalmente, las simpatías germanófilas. Eso significaba para la causa aliada un peligro gravísimo. El Canal de Suez y la misma posición del territorio de Egipto con relación a todo el Oriente Africano, al Oriente Medio y aun al Extremo Oriente, son de vitalísima importancia para la conducción de una guerra como la actual. Gran Bretaña, al renunciar a su protectorado, se había reservado el derecho —mediante un tratado que constituye una afirmación protocolar de la soberanía reconocida—, de contar en tiempo de guerra con la ayuda de esta nación, en forma de autorización para utilizar su territorio como asiento y para tránsito de sus ejércitos.

Se comprende la suerte que correría esta autorización si el Gobierno de Egipto se dejaba influir por la presión italiana y alemana en contra de las potencias democráticas. Surgieron algunas dificultades. El Gobierno inglés pidió al Rey cambiase el Ministerio. Pero el Rey no se mostraba resuelto a desprenderse de sus ministros. Y se dice (aquí recojo una versión oral que circula entre los que se pretenden al tanto de lo que ocurre en los entretelones de la política interna), que entonces una noche llegaron hasta el palacio real algunos camiones cargados de soldados británicos, descendieron de ellos varios altos jefes, y le impusieron al rey dictase el decreto de la renovación de los ministros del Consejo y la designación de un nuevo ministerio compuesto por hombres del partido Wafd, que había combatido tanto a los británicos, pero en el cual confiaban éstos ahora porque no podían dudar de la firmeza de sus convicciones antifascistas y antinazis. Era una solución popular —el pueblo reclamaba el gobierno de ese partido—, impuesta *manu militari* por necesidades de la guerra y para concluir, en momentos difíciles, con las intrigas germanófilas de Palacio.

No es posible —claro está—, dejar de ver el aspecto desagradable de esa solución. El procedimiento empleado (si llegó a emplearse) para cortar el nudo nazi-fascista que se había formado entre las bambalinas palaciegas no es, por cierto, de los que pueden registrarse en un manual de buenas costumbres para la perfecta democracia. No es un "modelo a seguir." Pero tampoco era tranquilizadora y plausible la permanencia en el Gobierno de hombres repudiados por el pueblo, que conspiraban contra el destino de sus incipientes y de sus futuras libertades, entregados como estaban a la influencia del fascismo italiano y alemán. Convocado el pueblo a elecciones éstas dieron al actual partido gobernante una mayoría aplastadora sobre todos los demás. Alcanzó los dos tercios de votos; y tuvo, pues, consigo, los dos tercios del Parlamento. Su jefe actual es Mustafá Nahas Pachá, que goza de una popularidad innegable como lo reconocen hasta sus más ardientes adversarios, que la atribuyen a la ignorancia y atraso de las masas.

Repito que sobre la existencia de aquel procedimiento compulsivo sólo circulan rumores, pues nada de ello quedó consignado en las crónicas periodísticas ni creo que exista documentación alguna para comprobarlo. Hay, por otra parte, en la política de este país, una zona que se mantiene siempre en la penumbra o en la sombra, al margen de toda publicidad, y ello —que suele ser propio de los regímenes monárquicos donde los reyes intervienen en el gobierno—, da, como se comprende, lugar a una crónica o historia al menudeo, hecha a base de "díceses" en los que cada cual pone de su parte una dosis de invención de su fantasía personal.

A cargo de esa misma historia conversada —cuyas afirmaciones se remiten a fuentes de información fuera del alcance de nuestras comprobaciones—, queda el "chisme" o "potin" que circula en los comentarios orales de la actualidad política (repito que nada de ello puede hallarse en los diarios) de que el rey no mira con buenos ojos la popularidad de su Primer Ministro, de la que se sentiría un tanto o demasiado celoso. Como no comparte sus orientaciones en materia política y social, desearía cambiarlo para evitar que crezca excesivamente, a favor del poder, su influencia sobre las masas. Transaría —me dice una persona muy allegada a los hombres de gobierno—, con otra personalidad de su partido dueña de menos ascendiente popular. Pero el Primer Ministro, Nahás Pachá,

es Presidente del Wafd y Presidente vitalicio. Las prácticas del partido, y no sé si su carta orgánica, establecen que su presidente debe ser el que ocupe el cargo político más alto. No puede, pues, cambiarse al Primer Ministro sin cambiar todo el gabinete para ponerlo en manos de un partido distinto.

En los días en que escribo estas líneas —la segunda quincena de abril—, han recrudecido los rumores de una crisis política originada por el desagrado del rey, que se acentuó ante el presupuesto recientemente aprobado y algunos proyectos de ley que tienden a obtener recursos para los 70 millones de libras de gasto a que asciende ese presupuesto, aumentando los impuestos sobre los bienes inmobiliarios y las rentas en general, y gravando con un impuesto adicional progresivo las extensiones territoriales, lo cual provoca la oposición irritada de los grandes terratenientes. La tormenta se ha desencadenado en forma de una ofensiva a fondo contra el gobierno por parte de los reaccionarios de toda laya que alientan y azuzan al rey.

* * *

No sólo se reclama la renuncia de los ministros sino que asimismo se quiere presionar al rey para que, interpretando los anhelos de la parte más reaccionaria de la intelectualidad egipcia, imponga la renuncia del rector de la Universidad Nacional, que lo es el gran escritor Taha Hussein, un ciego de mucho talento y vastísima erudición, autor de una Historia de Mahoma, que ya antes le había valido los ataques furibundos de los fanáticos, y hasta una especie de boicot social por parte de mucha gente que se había sentido herida en sus preocupaciones religiosas por algunos datos y comentarios de ese libro notable. Ahora se agrega a ese motivo de desagrado para ciertos espíritus, la posición que adoptó ante el debatido presupuesto reciente, que defendió en algunos artículos de diario por el sentido de justicia social que le encontraba. Se ha vuelto, él también, persona poco grata para los grandes dueños de la fortuna y para el monarca que estaría, según parece, con ellos y que —dicho sea de paso—, es inteligente y maniobra con habilidad.

Mi informante más serio —uno de los más distinguidos abogados del país—, me ha enterado de que el monarca ha recrudecido en su empeño de revocar el mandato de sus mi-

nistros (contra el deseo de las autoridades británicas), tratando de aprovechar una nueva incidencia. Se trata de que habría venido a El Cairo un comité pro independencia de Marruecos, o sea, de devolución de todo Marruecos a los moros, y habiendo pedido al Primer Ministro hiciese llegar a manos de los gobiernos de Gran Bretaña, Francia Libre y Estados Unidos, una nota explicativa de sus aspiraciones, le dió trámite sin pronunciarse sobre la nota ni hacerse responsable de ella. Esta no obtuvo respuesta; pero el rey habría procurado sacar partido de ese hecho para acusar al Primer Ministro de realizar una gestión de esa índole sin previa consulta con el monarca. Contaba con hallar a los británicos menos dispuestos a simpatizar con el partido Wafd, pero parece que Churchill hizo saber al rey que no convenía a la causa aliada promover en Egipto en estos instantes un disturbio de su política interna con quién sabe qué repercusiones. El rey ha respondido haciendo protesta de lealtad a la causa de los británicos y asegurando que el cambio de Ministerio no producirá ninguna conmoción en el país. Eso quiere decir que no renuncia a su intento de echar abajo al Gobierno, y luego disolver las cámaras si éstas no acatan el nuevo gobierno. Y acaso prescindir más adelante del Parlamento —como hizo su padre en ocasión parecida—, si las elecciones son favorables al partido depuesto...

La situación del Ministerio se vuelve así cada día más precaria. El rey —siempre según las conversaciones que se oyen en ciertos círculos (aquí en el Shepheard's Hotel se dan cita todos los "conversadores" políticos nacionales y extranjeros de más alto toerno, y en torno de las mesitas de su salón Isis se teje la tela de todos los infundios y de todos los comentarios de actualidad)—, ha movilizado su guardia compuesta por unos cientos de hombres que en parte tiene permanentemente alojados en las dependencias del propio palacio real, el cual ocupa en el corazón de la ciudad un vasto perímetro, y de los cuales se ven algunos montando guardia a caballo con una lanza, dentro de unas especies de hornacinas huecas que se alzan a ambos lados del portón del enverjado magnífico. Se agrega que duerme en el cuartel de la guardia, sin duda para evitar sorpresas nocturnas como la de aquel relato cuya veracidad no garantizo... Y se murmura algo mucho más grave aún en estos círculos del chismorreo irres-

ponsable: que el rey cuenta en su resistencia a los deseos ingleses con un cierto apoyo de las autoridades estadounidenses. ¡Es para agarrarse la cabeza!

Entretanto lo que parece del todo cierto es que la política de este país resulta la cosa más complicada del mundo. La soberanía sufre, sin duda, algunos eclipses, ya por la intervención de la influencia británica que sigue siendo muy grande, ya por la ingerencia real que se apoya en ciertas facultades constitucionales, como esa de nombrar y revocar los ministros y la de disolver las cámaras, que suelen desembocar en situaciones ilegales en cuanto el pueblo lleva al Parlamento mayorías que no son del agrado del monarca.

* * *

Egipto vive, pues, en constante ilegalidad con breves intervalos de normalidad institucional. Esas intrigas de arriba tienen como fondo el estado de atraso de las grandes multitudes del pueblo, que carece de conciencia política, si bien posee cierto instinto, como de conservación, que lo lleva a rodear a quienes —pese a todas sus faltas y errores—, son para él una promesa de mejoramiento y de dignificación progresiva. Para congraciarse con las masas nativas casi todos los partidos cultivan demagógicamente el "arabismo". Así el Wafd, con Mustafá Nahás Pachá a la cabeza, halaga los sentimientos musulmanes y los ministros (uno de los cuales proyecta construir una mezquita con capacidad para 100.000 personas), observan ostensiblemente las prácticas religiosas islámicas, frecuentando las mezquitas, con lo cual entusiasman a los árabes de cuyas reivindicaciones y aspiraciones ese partido se proclama gran portavoz. Por eso el Primer Ministro no pudo negarse a transmitir a los gobiernos aliados la nota del Comité Pro-Independencia de Marruecos; y si el rey no aprobó ese gesto de su ministro, sería —siempre a estar a los rumores privados—, porque él mismo aspira al Califato en todo el Oriente Medio, y no desea ver a Mustafá Nahás Pachá ganar demasiado terreno en las simpatías de los árabes, que son aquí 15 millones en una población permanente de 17 millones y pico. Si su Ministro no hubiese dado trámite a la nota —agregan los comentaristas mal pensados—, él habría explotado la negativa para indisponer a su Ministro con la población musulmana.

El atraso político de esas masas se puso de manifiesto con motivo de esa jira en que Mustafá Nahás recibía en todas partes delirantes aclamaciones. Un noticiario cinematográfico me permitió hacerme una idea de lo que fué esa jira. En todos los sitios adonde llegaban los visitantes, se organizaban repartos de víveres, de ropas y hasta de dinero, que el cine reproduce mostrando al Primer Ministro en actitud de entregar por propia mano a mujeres y hombres misérrimas piezas de ropa o tarros y paquetes de arroz, de harina, de frijoles, de cebollas o repartiendo billetes. Se ve así a las multitudes famélicas aclamar al visitante con un sentido de agradecimiento por esas dádivas efímeras y espectaculares que poco tiene que ver con el sentido cívico de una adhesión consciente y desinteresada a su obra o a sus ideas de gobernante. Lo indudable es que a esos procedimientos recurren los partidos que pueden hacerlo para no quedar al margen de la popularidad, y llevando ventaja el que dispone de más medios para hacer los repartos más grandes. . . . Cuesta, pues, reprochar a este que gobierna ahora, prácticas sin las cuales sus adversarios, que también las aplican, no tardarían en quitarle la base de popularidad en que se apoya. Un analfabetismo del 80 por ciento entre esa población y una miseria espantosa, explican el auge de esas costumbres que en otras partes se tienen por reñidas con la dignidad cívica del pueblo.

En el Uruguay no nos hemos librado aún de esos medios de captación de la voluntad de cierto electorado. Y no puede haberse olvidado que en las últimas elecciones hubo candidatos que se gastaron muchos miles de pesos en la compra directa del voto por dinero y en repartos "filantrópicos" para asegurarse la afluencia del público y su entusiasmo cívico en las asambleas. Pero no hay hombre público realmente popular que no sienta el pudor de ciertas exhibiciones, y no sé quién sería ahora capaz, entre nuestros políticos de alguna jerarquía, de realizar por sí mismo repartos para cosechar aclamaciones y documentarlos gráficamente en cintas de biógrafo. Aquí, con otra sensibilidad menos afinada, una gran figura política —de verdadero prestigio—, emplea esos medios sin el más mínimo recato, complaciéndose en ellos y en su divulgación gráfica, convencido de que no hace sino demostrarle a su pueblo, en forma práctica y legítima, sus simpatías y su solidaridad.

* * *

Todo ello define un estado general de atasco político en medio del cual tienen que ir surgiendo y arraigándose, a duras penas, las formas democráticas, aun muy incipientes.

El protectorado británico hizo, por lo visto, muy poco por la educación política de este pueblo y por la regularización democrática de sus costumbres. Prefirió legarle, cuando llegó el momento de entregarlo a la responsabilidad de regirse por sí mismo, una Constitución que prohíbe "combatir los fundamentos del régimen social vigente" para que no pueda haber partidos que se denominen socialistas o comunistas (hay, sin embargo, quienes se proclaman socialistas como el diputado Zoheir Sabry, dentro de partidos personales), lo que no impide que los diarios del partido gobernante afirmen, textualmente, que "el Wafd proclama los principios de la democracia socialista", y que uno de ellos, "La Bourse Egyptienne" escriba artículos titulados "El Wafd es socialista".

Para lo que sirve esa disposición constitucional es para que cuando se quiere perseguir a alguien y encarcelarlo por sus opiniones o actitudes de cualquier género, se le acuse de propagar el comunismo o de atacar el régimen capitalista.

Y ahora mismo, el espectáculo que da la influencia británica gravitando decisivamente sobre la vida política interna de este país con mengua evidente de su soberanía, no es por cierto nada edificante para la consolidación de la democracia como realidad efectiva y no como simple enunciado nacional sin contenido ni substancia. Así se vigorizan las tendencias autocráticas, que ya tienen en la institución monárquica un punto de arranque peligroso.

Lo que debemos esperar —eso sí—, es que ese contralor británico sea tan sólo una *ratio* de la guerra, un mal impuesto por las exigencias bélicas con el que se evitan males mayores, pues es seguro que con la guerra terminará esa *capiti diminutio* que aquí todo el mundo reconoce en privado, pero de la que nadie habla públicamente. Los antecedentes cercanos permiten confiar en que esa intervención inglesa no sea sino un transitorio recurso estratégico.

* * *

Pero si del punto de vista de la educación política del Egipto la acción británica no ha sido beneficiosa, creo que a

la influencia británica debe atribuirse un progreso moral apreciable en el terreno de las rivalidades religiosas. Inglaterra ha traído al Egipto, para oponer a los fanatismos religiosos de Oriente, su espíritu de tolerancia, gracias al cual se ha llegado a una convivencia tranquila de todas las iglesias en medio de este gran cosmopolitismo religioso que es una de las características salientes de esta metrópoli. Ya he hecho referencia a la considerable cantidad de credos que aquí se han reunido y al número excepcional de templos de todas las creencias que aquí se han alzado. Dije de las separaciones espirituales que la rivalidad de esas creencias determina entre estas legiones de fieles y devotos que aquí viven con una permanente adhesión oficiante a las más diversas religiones. Ahora debo advertir que, felizmente, ese cúmulo de prevenciones que el fanatismo religioso enciende en los espíritus para erigirse en uno de los mayores obstáculos a la perfecta amalgama espiritual de esta población, no es incompatible con una libertad de cultos que se ejerce al amparo de una tolerancia de hecho digna de ser anotada.

Aquí todas las iglesias practican con entera libertad sus ritos, realizan sus ceremonias, hacen sus procesiones, solemnizan sus festividades. Los fieles otomanos que llenan las mezquitas no parecen sentirse molestos por la presencia a poca distancia de una iglesia cristiana ortodoxa o de un templo evangélico o de una catedral católica o de una sinagoga en pleno funcionamiento. Cada colectividad observa sus fiestas. Los mahometanos descansan los viernes; los cristianos los domingos; los judíos los sábados. . . Los comercios cuyos patronos son devotos de Mahoma y cumplen con el Corán, cierran el día viernes, y tengo para mí que muchos de ellos cierran también el domingo, porque el descanso dominical en los comercios y fábricas parece casi absoluto, casi sin más excepción que las que rigen, por la índole de los establecimientos, en todas partes donde la ley impone el cierre en ese día. Algunos cierran los sábados. Las oficinas públicas están abiertas los domingos pero cierran el viernes, porque para ellas rige la costumbre islámica. Eso produce bastante confusión al extranjero, pero la gente de aquí está acostumbrada y no experimenta la necesidad de modificar esas prácticas.

Lo mismo ocurre en cuanto a ciertas grandes festividades. La Navidad o pascua mahometana, el aniversario del natalicio

de Mahoma, se festeja en el mes de marzo con solemnes ceremonias en las mezquitas y fabricación de ciertos dulces y objetos de circunstancia. No molestan a nadie los actos religiosos a que se entregan con tal motivo los árabes. Ni estos se molestan porque el día de ramos anden los cristianos de las diversas sectas con las palmas benditas o con los cirios adornados; o festejen su pascua con ceremonias especiales y manjares simbólicos. O porque se festeje en las sinagogas y casas de los israelitas la pascua judía.

La tolerancia sajona ha creado este ambiente de respeto mutuo entre los creyentes de las diversas religiones, sea cual fuere el sentimiento que alientan los unos para con los otros en el fondo de su corazón si en él anidan las víboras del fanatismo supersticioso.

Pero hay un plano de la vida colectiva en que yo he podido comprobar cómo las diferencias y hostilidades que las religiones imponen, ceden ante la fuerza de acercamiento de la comunidad de suerte económica y social, en el fondo mismo de los corazones sencillos. Yo he visto, visitando el ghetto —se llama así a un barrio judío en el que voluntariamente se han venido agrupando familias pobres hebreas—, que las sinagogas atraían a los árabes, que sin dejar de ser musulmanes se acercan a los judíos que allí tienen instaladas escuelas y obras de mejoramiento social, y mientras reciben los beneficios consiguientes, prestan a su vez, en cuanto pueden, ayuda a los judíos y hasta colaboran con ellos en el cuidado de sus templos.

Entre esos musulmanes y esos judíos la diferencia de religión no se traduce en rivalidad y malquerencia, como suele ocurrir en las clases altas o en las menos humildes; ni puede contrarrestar el sano impulso instintivo de solidaridad y confraternización creado entre hombres, mujeres y niños de la misma condición social por la identidad de las vicisitudes y de las penurias económicas. El *proletarios del mundo: ¡uníos!*, resulta allí una exhortación instintivamente cumplida por encima del llamamiento de las religiones a dividir las gentes por creencias y a considerarlas según el dios que veneran.

Abril 22 de 1944.

EL ALMA Y EL CUERPO DE UNA NACION

Existe una cuestión muy interesante cuyo estudio no puede intentarse en simples correspondencias periodísticas por un extranjero que se halla de paso y no conoce siquiera el idioma nacional del país: la del pan-arabismo, que en ciertos aspectos se confunde con la del pan-islamismo, si no se trata en el fondo de dos denominaciones para una sola cosa verdadera.

Creo, sin embargo, que el pan-islamismo tiende sobre todo a la confederación de las naciones sobre la base de un mismo credo religioso, mientras que el pan-arabismo se apoya en la comunidad arábiga como elemento constitutivo de una nacionalidad espiritual superior a las divisiones de las fronteras políticas.

Pero por la definición que del pan-arabismo hacen algunos de sus propagandistas, parecería que su programa no es otro que el de llevar a cabo la unión de los árabes, no solamente en cuanto árabes, sino en cuanto hombres de una misma fe. Un noble del Irak, que estuvo en El Cairo con motivo de la preparación de un Congreso de la Unión Árabe, Sayed Gawad Zahir el Islam, le expresaba a un diario lo siguiente: "Soy partidario de que se amplíen los límites de esta Unión Árabe para hacer una Unión Islámica en razón del gran número de musulmanes que se hallan en el mundo. Ese número se eleva a 200 millones en Irán, en las Indias, en China, en Turquía, en Afganistán y otras partes. Todos están unidos a los países árabes por los lazos de un mismo fin y de una misma fe."

Refiriéndose a ese mismo Congreso los diarios daban la siguiente noticia: "Los medios oficiales interesados en El Cairo, en Bagdad, en El Riad, en Siria y en El Líbano, estudian activamente la cuestión de la unión árabe. Después de las numerosas consultas que tuvieron lugar en El Cairo entre los representantes de los países medio-orientales y S. E. Mustafá Nahás Pachá, después de los *pourparlers* de El Riad y de Damasco, habíase decidido que un Congreso general reuniría todos los delegados árabes en torno de una misma mesa como ya había ocurrido en Bloudan y en Londres en 1938."

Es fácil prever las proyecciones de una federación de países unidos por el mismo culto: el del Corán, como base de una comunión de otra índole para fines de extensión y prestigio de la influencia otomana sobre muchas naciones de Asia y de Africa y muchos millones de hombres. Esa alianza o sociedad de las naciones árabes levanta la bandera de un nacionalismo ampliado, religioso y político. Late en el seno de ese movimiento un conjunto de aspiraciones que las potencias europeas harían muy mal en no tomar en cuenta. Y no se debe descartar que con esa unión se persigue un fin político de defensa contra las inversiones de la intervención europea en el campo de los derechos del árabe y de la soberanía de los países poblados y gobernados por ellos.

Ese movimiento es, probablemente, la expresión depurada, ordenada, civilizada, de una serie de sentimientos oscuros de las poblaciones indígenas, de una especie de estado de ánimo colectivo que a menudo se traduce entre las ignorantes masas musulmanas en reacciones contra el progreso y contra la razón de los demás. A este estado de ánimo, que intereses inconfesables se encargan asimismo de explotar y exacerbar en ciertas ocasiones, se deben las dificultades con que han debido chocar los propósitos de reconstruir en Palestina la patria judía. Y las dificultades surgidas en torno a la aplicación del famoso Libro Blanco Británico, que vino a derogar provisoriamente disposiciones del protocolo Balfour para conformar a los árabes opuestos a la inmigración judía en tierra hebrea, son sin duda obra de las incitaciones de quienes cultivan y enconan el fanatismo musulmán.

Los disturbios provocados en Palestina por los judíos extremistas del sionismo, rebelados contra las autoridades británicas a causa de ese Libro Blanco, hicieron el juego de esos sentimientos xenófobos que se enancan en ese movimiento que creará no pocas dificultades futuras, si las potencias europeas se empeñan en no reconocer lo que tiene de legítima la aspiración de estos pueblos a gobernarse solos. Pero el movimiento puede resultar peligroso para el progreso de estas zonas del mundo, si no se halla la manera de canalizarlo en las normas de una política internacional de espíritu lealmente internacionalista, y si las naciones europeas no ceden el paso a soluciones de solidaridad internacional verdadera, que permitan la con-

vivencia de los extranjeros con los nativos sin la sombra de poderes extraños y sin el recelo de los árabes.

Por el momento aparece como un acto inspirado en legítimos afanes de apoyo mutuo. Véase lo que a su respecto dice el diario *Balagh*:

"El Egipto ha sido el primero en llamar a la unión árabe. El fin es uno; el principio, es la libertad y la igualdad perfectas para todos. Ningún país —y el Egipto menos que ninguno— tiene la intención de reservarse un sitio de privilegio en la unión proyectada. Nuestro fin es garantizar el interés de todos esos países, no el hacer aprovechar a uno en detrimento del otro."

Todos los partidos de Egipto acompañan ese movimiento. El Wafd, el partido del gobierno, que puede decirse lo encabeza desde el poder, concilia sus tendencias de democracia social, como hemos visto, con la necesidad política de sostener las aspiraciones islámicas aunque, eso sí, armonizándolas con su espíritu de tolerancia y su respeto para los extranjeros, como corresponde a un partido progresista y de ideas liberales.

* * *

El es, por la mentalidad, las orientaciones y la condición social de sus dirigentes, un partido de clase media, con tendencias de justicia social e inquietudes obreristas. Podríamos compararlo con algún partido de los nuestros. También tenemos allí partidos que, como éste, hacen del sector social de los funcionarios públicos uno de sus principales puntos de apoyo y no renuncian a ningún medio demagógico para contar con la adhesión de las grandes masas populares. Interrumpiendo el paralelo (que puede inducir a errores de apreciación por las diferencias de medio histórico) cabe decir que con este partido gobernante está la parte más evolucionada de la clase media de este país, y que se bate decididamente contra las oligarquías fundiarias, capitalista y financiera, tratando de extraer de sus privilegios recursos para llevar a cabo su programa de medidas favorables a la suerte de los desposeídos.

Uno de sus más trascendentales actos de gobierno ha sido el nuevo presupuesto, del que ya he hablado, y que como he dicho desencadenó batallas parlamentarias y periodísticas. Para dar una idea de las tendencias sociales que inspiran esa nueva ley de gastos y del espíritu con que se la combatía, baste decir que la mayor oposición fué suscitada por las planillas del Mi-

nisterio de Instrucción Pública, que venían aumentadas en varios miles de libras, con gran alarma de los opositores para quienes resultaba inadmisibile que se pretendiese implantar, como el ministro de Instrucción Pública lo propone, la enseñanza primaria gratuita. Los más intensos fuegos de artillería fueron concentrados en esos combates contra dicho ministro, acaso el hombre más capaz del gobierno, cuyo propósito de invertir mucho dinero en reducir el analfabetismo pareció por lo gravoso una locura a los conservadores, que no creen conveniente, por otra parte, sacar al pueblo de su ignorancia.

Nadie se opuso en cambio ni en la Cámara de Diputados ni en el Senado (un cuerpo donde hay un tercio de miembros designados por el rey) al aumento de los sueldos de toda la administración pública, que resultaban reducidos por la extraordinaria carestía general. Tal vez pudo haberse abogado por una limitación del número de funcionarios. Y algunas voces se alzaron en ese sentido, pero no creo que haya en Egipto fuerza política alguna que pueda reducir el número de empleados públicos a lo realmente necesario para las necesidades de la administración. Y no solamente en Egipto...

En cuanto a la honestidad de estos gobernantes circulan entre los enemigos de la situación versiones envenenadas. Hay quienes aseguran que los ministros se enriquecen con las concesiones de terrenos (el Estado posee extensiones de tierra pública, que llega a sus manos sobre todo en las regiones donde se realizan trabajos de fecundación o de rellenamiento con el lodo del Nilo) y con las prerrogativas que conceden a los negociantes. Hasta se dice que el rey quisiera llevar a estos ministros ante los tribunales. Pero los partidarios del gobierno afirman que no hay tal cosa. Alguna persona, que parece imparcial, opina que sólo podría acusárseles, cuando mucho, de pequeños favoritismos por razones políticas, cosa que en un país como éste no pasa de ser *peccata minuta* y que quienes en realidad se enriquecían negociando a costa del Estado o recibiendo coimas eran los gobernantes anteriores.

En la prensa no se traslucen ataques de ese género, al menos en los diarios de mayor circulación. Es, por lo general, una prensa escrita con altura y serenidad. Hay, como ya lo he dicho, tres o cuatro diarios escritos en francés: *Courrier Egyptien*, *Patrie*, *Bourse Egyptienne*, etcétera, cuya información telegráfica es insignificante en relación con la de nuestros diarios,

pero en los cuales se debaten los problemas políticos, sociales, económicos y morales de actualidad, en forma clara y concisa. Es inútil buscar en ellos la más mínima alusión a esos sucesos políticos de entretelones —platos de la cocina política cotidiana— que son la comidilla de todos los círculos entregados al comentario anónimo.

* * *

Es en esos círculos, más que en los diarios, donde suele hallarse la explicación de ciertas bruscas oscilaciones y caídas de la Bolsa de valores.

A ese respecto se viven momentos inquietantes. Muchos jugadores de Bolsa, en estos días están perdiendo lo que han venido ganando en meses de euforia bursátil, cuando el auge de los negocios y la abundancia de dinero procuraban clientela a toda clase de títulos y acciones.

Y a propósito: la abundancia de dinero, que se expresa en una emisión circulante excepcional y en las sumas colosales de las inversiones y de los depósitos bancarios, ha producido un inflacionismo exorbitante cuya sensible manifestación es el alza nunca vista de todos los precios. Tantos cientos de miles de soldados gastando sus dólares y sus libras inglesas en el Egipto; tantas compras importantes de algodón y otros productos nacionales realizadas por las potencias democráticas en guerra, son factores formidables de abundancia de numerario. El precio de todas las cosas se multiplica como por ensalmo. Crece con ritmo galopante, que sólo pueden seguir los que tienen mucho dinero para gastar. La situación de la inmensa mayoría de la población, particularmente la población indígena, se vuelve aterradora. Se discuten los medios para combatir con eficacia la carestía. Un profesor de finanzas —discípulo de Aftalión— ha dado una conferencia sosteniendo que el único remedio efectivo consiste en aumentar los impuestos. Rechaza el recurso de un empréstito. Su razonamiento es muy simple. Si los precios suben porque superabunda el dinero, el Estado debe disminuir la capacidad de compra de los tenedores de dinero quitándoselo por medio del impuesto. Si el aumento de las rentas es la causa de la carestía, el remedio indicado consiste en reducir las rentas mediante la acción fiscal. Lo que se debe buscar entonces es la forma de impuesto que realmente paguen los tenedores de di-

nero sin hacer incidir el gravamen sobre los que apenas tienen lo necesario para comer. Se inclina por un impuesto general a la renta. No explica cómo se podría cobrar ese impuesto a los soldados y oficiales extranjeros, y aunque se le hubiese ocurrido proponer una intervención en el cambio de su moneda, dólares o libras, por la moneda egipcia, de tal modo que el gobierno se les quedase con un alto porcentaje de su paga (y habría que ver si Gran Bretaña y Estados Unidos lo tolerarían) siempre cabría advertirle que si el encarecimiento resulta de una desproporción entre el numerario disponible y las mercaderías ofertadas, tampoco es mal camino aumentar en lo posible la oferta de las mercaderías produciéndolas en mayor cantidad.

Por esto se proyecta ahora un empréstito con el doble fin de fomentar la producción y de reducir las disponibilidades de los ricos, que adquirirían títulos de deuda a cambio de sumas de dinero que ahora contribuyen a la inflación; pero también se advierte que el rico que adquiere títulos de deuda no hace sino cambiar de sitio a sus recursos, echando mano de sus depósitos bancarios, que entran a la circulación a través de las inversiones del empréstito o de los títulos de deuda pública. Se responde que el empréstito puede invertirse fuera del país adquiriendo cosas necesarias. Y aún sería mejor si se diese la seguridad de emplearlo con eficacia en la multiplicación de productos nacionales.

El problema es complejo y para resolverlo se reúne precisamente en estos días en esta ciudad una conferencia financiera y monetaria en la que se hallan representados catorce países del Oriente Medio.

“La conferencia —dice un diario— estudiará la lucha contra la inflación, causa directa de la vida cara. Se ocupará asimismo de los impuestos directos e indirectos, de los empréstitos, de la política financiera y de otras cuestiones.”

La preside lord Moyne, ministro británico en Oriente Medio.

También se discute en estos días si la libra egipcia debe o no mantenerse vinculada a la libra inglesa. Alguien habló en el Senado de la conveniencia de desvincularla, apartando a Egipto del bloque de la esterlina, del área de la libra británica. Se teme que al final de la guerra los aliados, para no verse obligados a pagar sumas exorbitantes, desvaloricen sus divisas defendiendo su oro. No se ve cómo podrían evitarlo los que se

desvinculan de la libra o del dólar. Además, para un país como Egipto salir del bloque de la esterlina sería en estos momentos una aventura arriesgadísima.

Entretanto el estado de miseria en que se debate la inmensa mayoría del pueblo alcanza extremos horribles. Lo que ha ocurrido con la malaria en el Alto Egipto, hizo correr por todo el país un estremecimiento de angustia y la nación entera pareció despertar de su sueño de grandeza y de olvido en medio de una realidad espantosa. Una epidemia de esa enfermedad ocasionó 200.000 víctimas. Hombres, mujeres, niños, morían como moscas y la única causa de las proporciones del estrago era simplemente el grado de desnutrición y debilidad en que se hallan las poblaciones campesinas de esa zona, donde la tierra se trabaja con los medios más primitivos y se labra con arados de madera. Los organismos no podían resistir la fiebre y a los primeros ataques del mal, la gente moría sin remedio. Las autoridades sanitarias nada podían con sus medicamentos. El médico llegaba siempre tarde para evitar una muerte que sobrevinía como efecto de una deficiencia vital que ya no estaba en sus manos corregir.

Hombres que ganan tres piastres por día (treinta centésimos de nuestra moneda) cuando trabajan y sólo pueden hacerlo algunos meses al año, ¿cómo habrían de mantenerse y mantener a su mujer y a sus hijos en forma de soportar los embates de la malaria? En ese medio ésta encontraba un campo de acción tan favorable, que en pocos días se produjo esa catástrofe equivalente a un terremoto o a una inundación colosal. Hubo un momento de unánime consternación pública. La miseria, profunda y permanente en el pueblo egipcio, arrojaba así, de un golpe, su sombra aterradora sobre el esplendor de aquella prosperidad transitoria que derramaba sus dones imprevistos en las manos de los dueños de la fortuna, de los capitalistas, de los terratenientes, de los profesionales, de los comerciantes en general, pero no de los humildes productores del campo, de los fellahs, de los desdichados braceros indígenas que suman millones y morían allí, sobre la tierra, como segados por la metralla.

Abril 24 de 1944.

EL MUNDO ANTIGUO TAMBIEN MARCHA

Donde más se enfrentan aquí las corrientes tradicionalistas con las corrientes renovadoras es en torno a la situación de la mujer.

Se ven muchas mujeres con su negra veste, compuesta de un manto que les cubre la cabeza y de unas sayas que le llegan casi hasta los pies; con sus ajorcas en los tobillos, si son pobres mujeres del pueblo calzadas con sandalias; y sus velos negros cubriéndoles el rostro. Además, con un adorno en forma de tubito dorado que en algunas es de metal, probablemente de oro y en otras simplemente de cartón amarillo, que cuelga sobre la frente y descansa en el arranque de la nariz, en un sitio que queda al descubierto entre el manto de la cabeza y el tupido velo facial colocado debajo de los ojos.

Esa es una costumbre que se conserva como resabio de los tiempos en que la mujer iba al matrimonio completamente tapada, sin que el novio le hubiese visto nunca el rostro. Los enlaces los concertaban los padres de las chicas con el galán o con los padres del galán. Recién en la noche de la boda la novia se mostraba al esposo.

Parece que la tradición quería que la esposa preguntara al esposo:

—¿Quieres que te me muestre?

Y ante la afirmación del hombre ella se despojaba de sus velos para que él le contemplase por primera vez la cara.

¡Es de imaginarse qué sorpresas recibirían los pobres novios en esos tiempos!

Una conseja vulgar narra que a menudo el marido, después de ver el rostro de su mujer, exclamaba:

—¡Muéstrate a todo el mundo menos a mí!

Iniciado en tal forma el matrimonio no podía ser sino una cárcel para la mujer. Agréguese que el Corán autoriza la poligamia y la ley egipcia permite casarse —como ya hemos visto— hasta con tres mujeres.

Signos de esclavitud y de harén son esas ajorcas y ese adorno frontal. Y esos recuerdos materiales de costumbres no abolidas del todo conciben con el criterio que aún prima en muchas

mentalidades respecto de las relaciones sexuales y de la posición de la mujer en el matrimonio y fuera de él.

En esta zona superior de la vida egipcia en que el Occidente, sobre todo Europa —y al decir Europa se dice especialmente Francia, Inglaterra, Italia y España— impone sus moldes, sus modos y sus formas de pensamiento y de existencia, la mujer se ha liberado de esas cadenas arcaicas, y si la niña de las clases altas se complace en imitar a las *girls* yanquis con sus maneras desenvueltas y su libertad de movimientos y de acción, la mujer de las clases inferiores, europea o europeizada por su contacto con las otras, no se viste de negro permanente ni cubre sus facciones con velos que a veces envuelven toda la cabeza.

Ellas viven y trabajan como en las sociedades más modernas, y la ley debe ir reconociéndoles derechos que las acercan cada vez más a la condición civil de los hombres. Pero se libran contiendas enconadas entre los partidarios de las nuevas formas legales y los apegados a las formas preríticas.

Un episodio reciente ha venido a plantear el debate sobre los derechos de la mujer a propósito de un proyecto para permitirle ejercer la profesión de abogado. En una encuesta del *Akhe Sa'an* el doctor Mansour Fakmy, secretario general de la Academia de Lengua Árabe, director de la Biblioteca Nacional y presidente de la Asociación de la Juventud Musulmana, expresa el criterio conservador con que hasta en las esferas intelectuales mucha gente encara aquí esos problemas.

“Estoy persuadido —dice— de que la política ideal para este país debe ser edificada sobre una sola base: la religión. Nosotros estamos a punto de emancipar a la mujer. Todos nosotros —comprendidos los otros pueblos árabes— hemos sido atacados por la disolución de las costumbres. Nuestra aspiración ha descendido al punto de querer vivir no importa cómo, ganar su vida por no importa qué medio, legal o no, y adoptar costumbres que nos son tan extrañas como nocivas. Todo ello ha sido desencadenado por el hecho de que hemos olvidado nuestra religión, nuestras tradiciones y nuestra historia. Somos un pueblo disoluto. Y ¿quién es responsable de esta disolución? La mujer. . . Ella ha olvidado su pudor y su feminidad. . .”

En esa misma encuesta una mujer, Hode Hanen, responde:

“Pienso en gran parte como Mansour Fakmy. No y mil veces no. No me agrada la mujer a la *garçonne* pero estímulo

a la mujer cultivada. Puesto que la cultura masculina de la mujer es otra cosa.”

En esa encuesta Mohamed Zaki Abdel Kader, se pronuncia así:

“Después de todo, los diputados han hecho bien: que la mujer egipcia busque su oportunidad en el recinto de los tribunales. Pueblo y gobierno están perplejos en cuanto a los problemas concernientes a la mujer. Tan pronto le acordamos la libertad como tan pronto le privamos de ella. Habiéndole abierto las puertas de la Universidad les hemos permitido, desde luego, instruirse, pero no explotar sus conocimientos. Hoy en día la autorizamos a hacer tal trabajo y le prohibimos tal otro. Llegará un tiempo en que todas las fortalezas que todavía defendemos le serán abiertas. La regla que rige nuestras existencias es en nuestros días la libertad, tanto para los hombres como para las mujeres. La evolución que preside nuestra vida intelectual y económica es la misma que nos impone acordar todos los derechos a la mujer. Los conservadores se lamentarán. Pero en el fondo de cada mujer existe un profundo llamamiento que la conducirá hacia su hogar.”

Hay un partido feminista, pero las mujeres carecen todavía de derechos políticos. En estos días un diario interrogaba al ministro Ahmad Maher sobre la participación de la mujer en las elecciones parlamentarias, reivindicación que se agita. He aquí su contestación:

“La mujer egipcia ha contribuido en parte apreciable al acrecentamiento de la riqueza nacional. Por lo demás, el renacimiento femenino ha dado grandes pasos en el curso de los últimos años. Pero el derecho a la mujer a participar en las elecciones o a entrar en el Parlamento no debe ser fijado sino después de un estudio profundo que comporte estadísticas e investigaciones numerosas y variadas. Sería, pues, prematuro hacer por el momento un anuncio especial a este respecto, pero no veo inconveniente en declarar desde ahora que nada se opone a la entrada de las mujeres al seno de los consejos municipales y locales.”

A través de esas opiniones y datos se ve cómo el nuevo Egipto se abre camino en medio de las fuerzas espirituales y materiales que se empeñan en perpetuar todas las adherencias al pasado, sin excluir las más anacrónicas. El progreso de las costumbres y de las ideas se resuelve siempre en una nueva di-

ferenciación de las zonas europeizantes —abiertas a los vientos de afuera—, y de las orientalistas, aferradas a sus tradiciones. Como naturalmente se produce una zona intermedia que recibe las influencias del pasado y las del futuro al mismo tiempo, hay al fin para todos los gustos. Todo ello, eso sí, como ya lo he consignado, bajo el común denominador de un carácter nacional inconfundible, porque la ascendencia árabe y turca se impone, más o menos filtrada por las capas de influencia hebrea, griega, romana, francesa, que precedieron a las corrientes occidentales sajonas.

Esa mezcla de tipos étnicos y de modelos culturales no siempre entra en los viejos moldes egipcianos para hacerlos saltar en pedazos, sino que a menudo se acomoda hasta cierto punto dentro de ellos. Surgen algunos ejemplares de psicología complicada. Alguien me decía:

“Cuando un árabe lleva todavía la camisa fuera de los pantalones, no es de cuidado, porque es un hombre del que se puede saber quién es, cómo es y lo que quiere. Basta leer el Corán para interpretarlo. Pero cuando es de los que ya se colocan la camisa dentro de los pantalones, usted no puede interpretarlo.”

Tengo para mí que ese juicio acusa una mentalidad occidental prevenida, no precisamente contra el árabe —lo que es malo— sino contra el progreso y la evolución del árabe, lo que es mucho peor.

* * *

Y ahora, todavía, una visita a dos grandes y muy diversas expresiones de las riquezas de esta urbe. No debemos olvidarnos del Jardín Zoológico, no sólo por la colección riquísima de animales que allí se exhiben en forma apropiada, sino además por la belleza del parque en que esa variada fauna universal tiene su asiento, en medio de la más brillante y típica flora del Egipto.

En los días que corren probablemente sólo el Jardín Zoológico de Nueva York puede competir con éste. Ocupa muchas hectáreas y se necesitan varias horas para recorrerlo y ver lo que contiene en sus innumerables secciones.

La arboleda del parque es bellísima, y hay en él un exponente de riqueza y de arte que me parece único en el mundo: el mosaico de los anchos caminos construido con pequeñas pie-

dras rectangulares de alabastro pulido, de distintos colores, dispuestas en dibujos que simulan flores o trazan adornos del más exquisito gusto, sin que en toda la vasta extensión —y se trata de muchos miles de metros de camino— se repita una sola figura central de los grandes círculos diseñados, uno a continuación del otro, todo a lo largo de ese raro tapiz. Vimos a uno de los artífices que construyen esa maravilla en el acto de reparar un trozo de camino deteriorado. Era un árabe, que acaso ganaba unos pocos piastres por su labor, pero que revelaba una destreza insuperable.

No puede pedirse más suntuoso y artístico decoro para un jardín. Ese mosaico hace el efecto de una alfombra, que no la hay más graciosamente dibujada en los salones más fastuosos del Oriente.

Hablemos ahora del Bazar, nombre del mercado de Oriente. Así se llama a un barrio donde se han reunido millares de comercios de todos esos artículos que integran el catálogo de los bazares, pero donde se encuentran, sobre todo, los tapices auténticos de Esmirna, de Bagdad, de Damasco, de Persia, de toda la Arabia; las telas inimitables de la India y de las mujeres de Egipto; los trabajos en madera de los artífices locales, y los primores en oro, plata y cobre que realizan estos hábiles bordadores de metal que aquí abundan y se les ve cincelando sus piezas en presencia del público. Alhajas con las más valiosas piedras venden allí, en cuchitriles pobrísimos, donde sólo hay sitio para la enorme caja de hierro que las encierra, comerciantes armenios. Capitales enormes se reúnen en esos tugurios. No faltan, por cierto, los establecimientos en que se entra con desconfianza por lo sórdido de la presencia externa; pero que por dentro se revelan al cliente como casas importantísimas, en cuya estantería se acumulan fortunas en mercaderías de crecido valor.

Allí se pueden apreciar las características de este comercio oriental en que el vendedor pide siempre por su mercancía un precio exagerado, para concluir rebajándolo a la mitad o a la tercera parte si el comprador avisado regatea a su vez y no larga su dinero a las primeras de cambio. No se puede ir a esos sitios sino acompañado por una persona del país, porque a los extranjeros tratan de esquilmarlos lo más posible.

En angostas y tortuosas callejuelas se hallan instalados, unos a continuación de otros, esos comercios donde van a bus-

car los primorosos objetos de Oriente y las auténticas antigüedades de Egipto los turistas con dinero, pero donde también pueden surtirse de toda clase de chucherías y avalorios —que a veces simulan ser del país y suelen provenir de Europa y hasta de Norte América— los que no quieren gastar mucho.

Se saca de la visita al Bazar una verdadera visión de Oriente, que perdura en la mente por el efecto de esa mezcla, tan oriental, de sordidez y fastuosidad; de riqueza y pobreza; de joyas espléndidas presentadas en un hacinamiento desconcertante de cosas de valor y de cosas que no tienen valor alguno. Con lo que se amontona en los estantes, en el suelo y en los mostradores de uno de esos pequeños negocios de ordinarias instalaciones, se puede surtir a uno de los más deslumbrantes bazares de cualquier país del mundo.

También allí asoma un mundo que nos depara a cada instante sorpresas e inquietudes, por más que en casi todos sus aspectos no nos enseña nada de él que ya no conociésemos por las lecturas, y a menudo no hacemos entonces sino reconocer en la realidad de la vida lo que antes nos fuera presentado por el conjuro de los libros.

Con esa impresión retornamos, huyendo del calor sofocante que en estos días —fines de abril— es ya insoportable en las calles después de las diez de la mañana, a este concurrido Shepheard's Hotel que con su apariencia de templo faraónico por el lado del hall, con sus imágenes del Ibis sagrado en los muros, y la consagración de su sala principal a la diosa Isis, nos invita en vano a sumergirnos en una atmósfera de evocaciones históricas y legendarias.

El teléfono me anuncia a poco de llegar que el equipaje —¡loada sea Isis!— ha llegado a Port Saïd y mañana lo tendremos en El Cairo traído por un camión. Ha viajado en destroyer desde Argel. Aguardándolo hemos estado aquí más de un mes. Aún habrá que hacerlo llegar hasta Teherán y de Teherán a Moscú. Tengo la sensación de que lo vengo trayendo sobre las espaldas y deberé llevarlos sobre mis espaldas a Rusia...

Por lo pronto, yo volaré hacia Teherán mientras el equipaje, en convoy de camiones militares, sigue viaje por tierra.

¡Que el Nilo, la Esfinge y las Pirámides sean propicios a los viajeros que se van!

Abril 25 de 1944.

AL PARTIR

Intercalo un pasaje de experiencia diplomática. Asistí a la recepción que un sábado por la tarde dió en su casa particular el ministro de los Estados Unidos, Mr. Kirf, con motivo de su próxima partida para Italia, adonde irá a integrar el Comité Internacional. Lo había visitado en la Legación al llegar y allí no salía de su asombro cuando le dije que venía arrastrando un equipaje de 2.600 kilos, de los cuales más de 600 había podido conducirlos en avión de Gibraltar a Argel (gracias a la intervención providencial de aquel ayudante del gobernador que por ser peruano veía en nosotros compatriotas continentales) y se mostraba pesimista cuando le formulaba mi pretensión de marchar con todo eso en pocos días para Rusia, pues esa impedimenta venía ya en viaje a Port Saïd, de donde la Embajada inglesa me prometía traerla a El Cairo para remitirla en camiones militares a Teherán.

—Yo debo partir a Italia —me dijo— llevando solamente veinticinco kilos de bagaje.

El hecho es que puso a mi entera disposición para ese efecto a uno de sus secretarios, Mr. Espy, que ya nos había facilitado medios de transporte cuando llegamos al aeródromo de El Cairo, y me invitó a concurrir con mi secretario a esa fiesta. La casa del ministro es uno de esos regios palacetes del barrio más lujoso de la ciudad, y allí se hallaban reunidas variascientos de personas, entre las que pude volver a saludar al embajador de Inglaterra, Mr. Ference Shone, que también, pese a las gravísimas y pesadas responsabilidades de su cargo en Egipto había encontrado tiempo cuando lo visité en su despacho de la Embajada, para complacerse en el relato de mi viaje, acosándome a preguntas sobre infinidad de detalles de la curiosa travesía. En su Embajada, por otra parte, el primer secretario, Mr. Watson, que ha estado en Montevideo, ha sido uno de los grandes factores para la realización de nuestros propósitos. Nos ha prestado servicios inolvidables.

En esa fiesta saludé asimismo nuevamente al embajador de la U. R. S. S. quien nos presentó a su esposa, una mujer muy atrayente, acaso la más agradable de las que allí se habían

congregado. El es un hombre que no parece haber llegado a los cincuenta, sencillo y jovial. Su inelegancia exterior, que no creo sea estudiada sino propia de un hombre que ni aun en la diplomacia quiere perder su tiempo cuidando los detalles de la indumentaria, contrasta con la sobria pero perfecta elegancia de su esposa.

Y a propósito de ese embajador, circula en las conversaciones del Shepheard's Hotel una anécdota cuya veracidad parece discutible, pero que *si non e vera e ben trovata*. Se cuenta que apenas llegado dió una recepción en su Embajada; y que una vez que el comedor fué desalojado por la concurrencia oficial, hizo pasar a los choferes y a la servidumbre para que participasen de los mismos manjares y bebidas en el mismo sitio donde unos momentos antes habían sido agasajados sus amos.

Eso en Egipto (tengo para mí que en nuestro país no hubiera escandalizado a nadie) produjo una revolución en el mundo de la diplomacia y de la alta sociedad. Hubo quienes interpretaron como una ofensa esa igualdad de tratamiento con sus criados. Otros pensaban, sin duda, en el alcance subversivo de se gesto democrático. Y parece que Mr. Shone —el embajador inglés, que es hombre de "mucha cancha", como decimos nosotros— encontró la manera de informar al embajador ruso de que no convenía promover una conmoción de esa índole por motivos semejantes. Pero no sé si habrá renunciado la Embajada de la U. R. S. S. a esa nueva costumbre, que tan mal resultaba a los aristócratas de acá.

Siempre a propósito de la Embajada rusa, cabe añadir en este relato otro hecho interesante, y de éste sí puedo garantizar la realidad. El secretario de la Embajada es musulmán. Ha cursado en la aquí llamada Universidad Árabe los estudios religiosos para officiar como predicador del Corán. Concorre a las prácticas eclesiásticas y se le ve en las mezquitas cuando las grandes ceremonias. En un país donde nada mantenía tanto a los árabes apartados del comunismo como la convicción de que el comunismo rechaza al islamismo y es incompatible con el Corán —sobre todo por aquello de que "la religión es el opio de los pueblos"— la presencia de ese funcionario diplomático constituye la más eficaz demostración objetiva dirigida a los árabes de que se puede ser comunista y devoto de Mahoma... Es sin duda diabólicamente hábil esa prueba de la

evolución operada últimamente en los soviets con respecto al problema de las religiones.

* * *

Y ahora otro "potin" de los corrillos del salón de Ibis del Shepheard's Hotel. Pertenece a los entretelones de la historia de la guerra en el frente africano. Algún día se sabrá si es o no leyenda esa que da intervención al amor en una de las páginas más sorprendentes de esa historia que aquí debía por fuerza rodearse de una atmósfera de invención y de fantasía.

Se sabe que el avance alemán hacia el lado de Egipto fué tan audaz y amenazador que las tropas de Hitler llegaron, hollando territorio africano, al Alamein, a no muchos kilómetros de El Cairo. ¿Cómo pudieron avanzar tanto sin que el ejército inglés consiguiera atajarle el paso sino después de tan peligrosa penetración? ¿Se quiso atraparlos allí y se les dejó avanzar a propósito? ¿Eran muy inferiores las fuerzas británicas y no lograban, sino cuando recibían grandes refuerzos, contener el empuje de los invasores? ¿Hubo incapacidad o impericia militar en el comando inglés?...

La explicación de las conversaciones reservadas del salón de Ibis recorren el velo del misterio con las manos de rosa de una leyenda oriental. Parece un cuento más de *Las Mil y Una Noches*.

Erase que se era... Un general británico cayó en las redes de una belleza egipcia, una de esas extrañas bellezas de El Cairo, enigmáticas y perturbadoras, que parecen encerrar entre sus largas pestañas los más hondos secretos de la vida y de la muerte. Ella era germanófila, nazi de corazón, o acaso instrumento a sueldo de los nazis. Es lo que la leyenda no aclara, sin duda para no desgarrar su propio encanto misterioso y poético. El era todavía joven, y se sintió dominado hasta el más completo olvido de sí mismo y de sus deberes por la pasión que aquellos ojos encendieron como un vino diabólico en sus venas. Marte se rindió a Venus cayendo a sus pies como embriagado por un filtro mágico. Y aquella vampiresa oriental lo arrastró, con esa fría crueldad de las mujeres que emplean el amor como celada e instrumento para realizar sus planes, al suicidio moral absoluto, a la traición que deshonra para siempre y no puede ser perdonada. Lo retuvo en sus brazos sumiéndolo en un mar de

delicias, que más funestas que las de Capua para Aníbal, lo arrojaron al ludibrio de los suyos y al desprecio de los enemigos. Lo cegó con la venda de sus encantos y le ató la voluntad y las manos con lazos de seda que no osaba romper. Y cuando debió haber desplegado toda su actividad y multiplicar sus órdenes, permaneció inmóvil e indiferente ante las manobras del enemigo. No adoptó las disposiciones del caso. Su ánimo estaba muerto entre los brazos de aquella dulce enemiga para todo lo que fuese amarla y obedecerla. La leyenda no dice cuál ha sido su fin. . . . Acaso es uno de los mil misterios de esta guerra cuyos velos la historia tal vez un día deberá descubrir mientras esta diosa Ibis del salón egipcio sigue envolviéndose imperturbable en los suyos.

* * *

Quise despedirme, con los ojos, de esta extraña ciudad donde permanecí 35 días. Salí a mirar otra vez más el calado primoroso de los muros de las mezquitas y de los balcones de sus minaretes; las inmensas puertas labradas; los versículos del Corán escritos en el mármol, el granito o el alabastro, con una belleza caligráfica que hace de la escritura un arte sutil y de cada palabra un adorno gráfico exquisito; los fieles sentados en la entrada o arrodillados en el alto recinto de paredes altísimas sobre las esteras de paja. Salí a internarme en sus calles, angostas las unas hasta no dar paso sino a los peatones o cuando mucho a los carros tirados por un burrito, anchas las otras como las avenidas de las más modernas ciudades. Preferí los sitios en que había de encontrar las manifestaciones típicas de una vida diferente a la nuestra. Busqué las calles por donde suelen cruzar, entre un desfile de tablas rodantes cargadas de hombres y mujeres del pueblo, ellos con sus ropones claros, ellas como enlutadas con sus mantos negros, algunos pacientes camellos que llevan cogidos del cabestro sus conductores; y aquellos donde podía hallar los barberos callejeros que afeitaban, sentados a la turca, a sus clientes igualmente sentados en el suelo; o donde hallaría esos talleres al aire libre en que se fabrican y reforman los fez, empleando unas como campanas de bronce con dos mangos horizontales, puestas a calentar sobre una especie de mostrador de hierro con hornallas. Volví a gozarme en la comprobación de que los letreros árabes son

siempre artísticos por sí mismos, y contrastan con la rigidez y frialdad gráfica de los letreros de las casas europeas, hasta el punto de resultar a veces desagradable ver al lado una simple leyenda comercial, escrita con esos rasgos pictóricos de la caligrafía árabe — con la que cualquier artesano realiza encantadores esquicios literales — un letrero en francés o en inglés, con las insípidas letras latinas que llamamos “de molde.”

Quise extasiarme otra vez más en la contemplación de las aguas y de las riberas del Nilo; llegué en el crepúsculo hasta la isla de Gezira, pasando por el Castle-point y paseándome por la rambla que costea el río, entre elegantes palmeras de rara corpulencia, algunas de las cuales crecen en grupos de tres y cuatro que obstruyen las veredas, habiéndose tenido para con ellas un inteligente respeto edilicio. La gente afluía a las embarcaciones y casas flotantes instaladas en las márgenes del río y algunos *cabarets* y *dancings* con elevadas terrazas se llenaban de público. A poco empezaban a resplandecer con la iluminación de sus mil lamparillas y se encendían las luces de los grandes barcos anclados que se reflejaban en las quietas aguas tiñéndolas con temblorosas franjas de oro. Y entretanto una media luna de plata traía al paisaje, inmovilizándose en la altura sobre las copas de las palmeras, el complemento clásico de las noches del Nilo, de cuya placidez y dulzura se hacen lenguas los habitantes de El Cairo. Todo el cielo se aclaraba con la blancura del signo del Islam y parecía remontarse para que no lo rozaran las hojas de las palmeras gigantes, mientras el río se deslizaba lentamente entre los árboles de sus costas en un éxtasis silencioso como si sintiese el encantamiento de la mirada lunar. Aquel paisaje estaba lleno de alma. En algún rincón de sus orillas, en que los juncos se amontonan, pudo haber sido donde la hija del Faraón encontró un canasto con el pequeño Moisés. Y uno sigue con los ojos la trayectoria de ese “camino andante” que corre dulcemente entre sauces y palmeras viniendo de ofrecer a lo lejos, en las entrañas mismas de su fértil valle, bienamado de Isis, cuevas profundas a los cocodrilos.

Esa noche, desde el balcón de mi pieza del hotel, alzando los ojos al firmamento para despedirme de las estrellas de aquel cielo cuya tersura metálica no es sino un homenaje de la atmósfera a los astros, quedé sorprendido por un espectáculo de fantasmagoría. Todas las noches, después de aplicado el *black-*

out, que deja la ciudad entera envuelta en la penumbra de sus faroles azules, cruzan el espacio las movibles carreteras luminosas de los reflectores en procura de descubrir el pasaje de algún avión. Esa noche, en el momento de dirigir mis ojos al firmamento, pasaba muy alto uno, que descubierto por los rayos de un reflector no tardó en atraer los de todos los reflectores, que desde los cuatro puntos cardinales y desde muchos sitios barren todas las noches con sus pantallazos las sombras de la altura, desalojando las estrellas. No menos de siete u ocho caminos de luz trepaban por el cielo hasta el aeroplano, que parecía una estrella de la cual irradiasen enormes rayos de plata, anchas cintas estiradas desde el cenit hacia el horizonte. El aparato parecía fijo en un punto. En realidad avanzaba sobre una ruta clara, y todos esos caminos lo seguían partiendo de todas las direcciones; y eran como larguísimas lanzas que se juntaban en él para clavarlo en el espacio.

Si hubiera sido un avión peligroso, quedaba así localizado para que el fuego de los cañones antiaéreos terminase pronto con él. No lo era, y todo aquello no pasó de un interesante entretenimiento para los ojos.

* * *

A las 7 partimos. El auto que nos lleva al aeródromo nos hace pasar por los alrededores de Heliópolis, una ciudad residencial que se alza a unos cinco o seis kilómetros del centro de El Cairo, en el sitio en que señoreaba hace miles de siglos la primera capital de Egipto, La Ciudad del Sol, de la que sólo quedan actualmente como todo rastro tres obeliscos, uno de los cuales se encuentra en la plaza de esta nueva y hermosa ciudad, otro en un muelle del Támesis, en Londres y el otro en el Parque Central de Nueva York.

También Heliópolis es una demostración de la riqueza de Egipto. Toda ella está espléndidamente edificada. Su calle principal luce, en toda su extensión, edificios de cuatro o cinco pisos de estilo regional con elevados pórticos de enormes pilas-tras o columnas con basamentos y capiteles de granito pulido azul o granate. Saliendo de esa calle, en la que hay comercios, se ven por todos lados palacios de lujo y magnificencia, sobresaliendo entre ellos el del fundador de la población, un potentado que inició la compañía por acciones que trazó la ciudad y

construyó la mayor parte de la misma de acuerdo con un plan orgánico.

Es la última visión que nos llevamos del Cairo y sus contornos. Una ciudad espléndida, flamante, en el lugar de una ciudad desaparecida. El Egipto nuevo enterrando al viejo bajo el peso y el brillo de otras pirámides: ciudades donde muchedumbres inmensas sostienen sobre sus espaldas, entre el lodo y la sombra, la cúspide de mármol que brilla como un diamante al sol.

Abril 28 de 1944.



LA PALESTINA QUE NO HE VISTO

Estuve a punto de ir a Palestina. Disponía de pocos días para ir, porque no quería alejarme mucho tiempo de El Cairo en la incierta esperanza de que nuestro equipaje llegaría de un momento a otro y en el deseo de partir para Teherán apenas llegase. Pero cuando me decidí a ir no había sitio en los aviones hasta después de una semana, y el viaje en tren me llevaba demasiado tiempo para el que yo podía invertir en mi recorrida a vuelo de pájaro. Tampoco estaba disponible un auto que suele contratarse para cubrir el trayecto de El Cairo a Gafa.

Debí, pues, renunciar a ese proyecto, pese a las instancias y empeños de varios amigos de Palestina que me facilitaban, dentro de lo posible, el traslado. No pierdo las esperanzas de ver más adelante la interesante experiencia social que allí se realiza en nombre de la restauración de la patria judía, que fué teatro en estos días como lo dijera en otra crónica, de algunos disturbios, felizmente sin consecuencia.

Pero si no pude ir pude en cambio conversar largamente con personalidades que aquí desempeñan cargos oficiales en representación de la administración hebrea de Palestina, y con algunos jóvenes enrolados en el ejército judío que lucha junto con los de las potencias aliadas, y de los cuales hay varios miles en la capital de Egipto.

No voy a reproducir punto por punto cuanto me dijeron ellos sobre la obra que allí se lleva a cabo. Es conocida y sólo podría alcanzar interés una apreciación personal en base a la observación directa de los hechos. Pero puedo sí permitirme recoger aquí la afirmación por ellos en toda forma reiterada de que allí se está construyendo una sociedad socialista. Las orientaciones del partido Paul Sion Socialista y las del Bound Socialista en materia de organización social predominan en la faz constructiva de esa obra, en el seno de una agrupación humana constituída principalmente por trabajadores organizados cuyos sindicatos y cooperativas imprimen su sello y dan el carácter a esa constitución social. La tierra de producción, adquirida por el fondo nacional pro-Palestina y perteneciente al Fondo Agrario Hebreo, se usa en forma colectiva, salvo pocas

excepciones. Se ha declarado propiedad del Estado judío, principio que no resisten los hebreos de ninguna tendencia porque viene de los textos sagrados y de la tradición bíblica, y mientras sólo hay una pequeña porción entregada a la explotación individual, casi toda se explota en forma colectivista absoluta o en forma colectivista atenuada. La primera excluye en absoluto la propiedad privada, no sólo de la tierra sino de los útiles, de los animales, de las habitaciones y de los productos. Todo se pone en común. Cada uno recibe su parte alícuota. Las mujeres también trabajan, naturalmente. Durante el día las mujeres que han debido trabajar fuera de sus casas confían sus hijos pequeños a cuidadoras colectivas, instaladas debidamente en locales adecuados, que se los devuelven a la madre cuando ésta retorna a su hogar. La otra forma es menos comunista. Cada trabajador de la tierra puede ser dueño, en propiedad, de un espacio para una pequeña huerta propia y de alguna vaca o animal de tiro y de una vivienda. Y como entra en la asociación con un capital en tierra o en útiles o en dinero, retira de los productos una parte correspondiente a ese capital y a su propio trabajo. En uno u otro caso el principio cooperativo que rige para casi todo el comercio de los artículos de consumo, sobre la base de las cooperativas obreras relacionadas con los sindicatos de la producción, preside el desenvolvimiento del grupo y regula las relaciones económicas entre sus componentes.

De lo que se ha hecho en materia de aprovechamiento del suelo algo pude apreciar por mis propios ojos en nuestro viaje de El Cairo a Teherán. El avión desciende en Lydda, que queda a pocos kilómetros de Jerusalén. Allí se ven ya en torno al aeródromo los agricultores hebreos trabajando una tierra "fabricada", elaborada por ellos sobre el pedregullo y la arena del desierto. Se me ha narrado cómo trayendo desde los valles lejanos la tierra fértil, en canastos y bolsas, a lomo de burritos o a hombros de hombre, se han recubierto los cerros de piedra, en toda Palestina, de una capa de humus en la que los judíos cultivan sus naranjos —que producen para la exportación— sus árboles maderables y sus legumbres. Un instituto científico estudia las condiciones del suelo, de la atmósfera y de la luz solar en cada zona e indica cuáles deben ser allí las plantaciones preferidas.

* * *

Surge así una nación de un millón y medio de habitantes, de

los cuales un millón son árabes y medio millón judíos. Debe advertirse que la población aumentó considerablemente desde que Bran Bretaña a raíz de la guerra anterior, empezó a ejercer su mandato de acuerdo con el Protocolo Balfour, más que por la afluencia de judíos, por la afluencia de árabes. Las mejores condiciones de vida, los más altos salarios que se empezaron a pagar por toda clase de servicios en las ciudades y en los campos de la Palestina, obraron como fuerza centrípeta entre la población árabe circundante.

Las relaciones entre los musulmanes y los judíos pueden ser excelentes si se las deja libradas a la tendencia natural y espontánea de unos y otros, pues los israelitas no rechazan a los árabes ni les niegan las ventajas del medio social organizado por ellos, sino que comprenden la conveniencia de hacerlos participar de los progresos y las mejoras generales; y los árabes proletarios no tienen motivo para hostilizar a los judíos, que han traído el adelanto a la región y el mejoramiento a sus condiciones de vida. Pero es fácil inducir a esos pobres árabes ignorantes y supersticiosos a adoptar actitudes agresivas contra los hombres de pueblos distintos que no juran por Mahoma.

No faltan intereses oscuros que se encarguen de azuzarlos y son sabidos los incidentes y choques que se han producido entre la población árabe y la población judía de Palestina. El panislamismo que quiere reservar para los musulmanes la Palestina puede servir, en algunos casos, de pantalla para el interés de los terratenientes y capitalistas de esas zonas, que no ven con buenos ojos la presencia de una administración y de una gente que han venido a traer "el mal ejemplo" de un *standard* de vida más elevado y de salarios menos bajos de los que el árabe estaba acostumbrado a ganar. Los campos y las villas de los alrededores se despoblaban de árabes que acudían a la Palestina, y eso constituía un perjuicio para los terratenientes de esos sitios. Esa es, sin duda, la causa profunda de muchos de esos choques y de toda esa política que tiende a detener la inmigración judía amenazando con revueltas y sublevaciones de los árabes, para conseguir que Gran Bretaña, ante el temor de las dificultades que crearía a la causa aliada en todo Oriente el descontento de millones de fanáticos del Islam, ponga límite a esa inmigración por tiempo indeterminado.

* * *

Entretanto los problemas que esa situación plantea a los israelitas son de tal índole que mueven a pensar si no sería el caso de buscar otro camino para la reconstrucción de una patria territorial y política hebrea. Sé que toco un punto muy delicado. Tocarlos es como poner el dedo en un botón eléctrico que desencadenase la movilización de muchas fuerzas contrarias en el campo de las discusiones de una cuestión compleja, que promueve controversias apasionadas. Porque cuando se agitó al fin de la guerra anterior la idea —acariciada desde siglos— de hacer resurgir en Palestina el país judío y se obtuvo que Inglaterra amparase ese propósito, ya se habían tenido en cuenta todas las objeciones posibles y se había discutido mucho sobre la mejor solución del problema de dotar a la nacionalidad judía de un territorio nacional. Ya había habido una tentativa simpática —la del barón Hirsch en la Argentina— para reunir a los elementos de esa nacionalidad en un país determinado, bajo garantías especiales. También en Rusia el gobierno soviético fundó una administración autónoma para los judíos, reservándoles una extensión de su inmenso territorio.

No habían prosperado esas iniciativas. Las colonias del barón Hirsch sólo sirvieron para demostrar que los judíos también podían ser chacareros, pero si permitieron a Gerchunoff escribir sobre los gauchos-judíos, no pasaron de ser un factor de inmigración judía (bien encaminada desde el punto de vista de su ocupación) a la República Argentina. Tampoco atrajo la región autónoma soviéticoisraelita de Birobidján a los judíos que no estaban en Rusia; y aún a los de Rusia misma los atrajo en pequeña proporción. Parecía pues remover una cuestión superada venir a hablarles a los pioneros de la nueva Palestina de buscar otra salida al atolladero creado por la existencia permanente de ese obstáculo, visible o latente, de la hostilidad musulmana.

La idea de ubicar en Palestina la patria de los judíos tiene en su favor que esa tierra es la que posee, para el espíritu de los creyentes, la virtud mística de un llamamiento sagrado, y hay fanáticos de la tradición que no conciben la solución de la cuestión judía sino a base de un restablecimiento del pueblo hebreo en la tierra de Israel. Hubiera sido dividir las fuerzas del movimiento por la reconquista de una patria territorial si se dejaba al margen del mismo a los que, por sentimiento reli-

gioso, quieren que la Palestina, con toda su historia y sus recuerdos del pasado judío, vuelva a ser el hogar del pueblo hebreo. Por eso predominó la aspiración de instalar en el viejo solar histórico la patria nueva, a cuya construcción se vienen dedicando desde hace 23 años hombres de todas las tendencias, pero entre los cuales se ha vuelto preponderante la acción del partido sionista socialista y obrero, cuya influencia se traduce en formas sociales de trabajo y de vida que pueden servir de modelo a todos los países del mundo.

Pero esa obra admirable y penosa de construcción de un nuevo hogar sionista debe llevarse a cabo entre las contrariedades creadas por la hostilidad de los indígenas musulmanes puestos, de buena o de mala fe, al servicio de una constante campaña de ataque a los judíos, y entre las mismas condiciones naturales de un medio geológico cuya pobreza impone, para su cultivo y aprovechamiento, sacrificios ingentes. El suelo agrícola tiene que ser casi creado por la mano del hombre, y cuando éste ha logrado mediante esfuerzos formidables y estudios pacientes hacerle rendir una compensación a tantos afanes, la aversión islámica viene a disputar a esos creadores el derecho de formarse allí el ambiente social que necesitan para vivir de acuerdo con sus exigencias materiales y sus aspiraciones espirituales.

—¿No sería mejor —les decía yo a algunos de esos apóstoles prácticos del Paulsionismo— dejar a la Palestina como una simple patria espiritual, bajo la garantía del mandato británico, que asegura la tolerancia religiosa para que los israelitas puedan practicar allí sus ritos, y el respeto a las personas para ponerlas a cubierto de agresiones y depredaciones, y buscar en otro lado, donde no existan aquellos inconvenientes, un territorio para alzar en él la patria política hebrea?

No les decía —claro está—, nada nuevo. No han faltado quienes, obediendo a diversas tendencias, hayan propuesto renunciar al sueño de una Palestina judía (de los judíos y para sus necesidades políticas y religiosas) para buscar otra solución. Los que tienen las manos puestas en la obra abnegada de forjar allí en Palestina un hogar hebreo y han realizado una construcción social de la que se sienten orgullosos, no pueden aceptar fácilmente la idea de que no sea allí donde hayan de congregarse los judíos dispersos en el mundo por el soplo de las más despiadadas persecuciones. Pero de boca de un ameri-

cano del sur, que saben exento de prejuicios religiosos o étnicos y admirador sincero de las virtudes de ese pueblo y de sus esfuerzos por levantar su tienda nacional, las objeciones a sus puntos de vista no les resultaban sospechosas y podían discutirlas serenamente.

* * *

Yo me basaba en el hecho de que al cabo de 23 años sólo medio millón de judíos se hallan congregados en ese sitio, para quedar en una minoría de la mitad frente a la población árabe, que crece por virtud de la obra judía, pero que cuanto más crece más alarmante se vuelve para la estabilidad de esa obra, porque no puede desconocerse que la propaganda de un islamismo expansivo o de un estrecho nacionalismo árabe continúa inquietando el espíritu de esa población.

Ellos —mis amigos— tienen confianza en las virtudes de su obra y creen que no tardarán en vencer las prevenciones de los árabes, sea cual fuere la intensidad de las propagandas anti-judías que entre ellos quieran difundirse. Los hechos de la vida económica y social tienen siempre en su favor la eficiencia de las lecciones de cosas y concluirán por sobreponerse a todas las propagandas como elemento de convicción propicio a la tranquilización de los musulmanes que conviven con los israelitas.

Pero, entretanto, esa desproporción numérica representa una seria dificultad para que al término del mandato británico se entregue ese pequeño territorio a la administración judía como un bien nacional propio, y no a los árabes, que como siempre ocurre, alegan derechos de ocupación real frente a los derechos históricos de preocupación alegados por los hebreos.

La inmigración judía se ve limitada por disposiciones injustas, pero aunque no existiesen esas disposiciones, ¿crecería esa inmigración en proporción considerable? No lo creo. La gran masa de judíos que viven en Estados Unidos, en Europa, en América del Sur, no se sienten atraídos por la existencia en Palestina, donde hay, es cierto, una ciudad moderna con grandes adelantos, pero donde se vive demasiado en la entraña del Oriente musulmán, al que no se acostumbran nunca los occidentales.

Habría que obtener un territorio en Sud América o en Norte América, donde se reconociese la soberanía hebrea. En

mi opinión las circunstancias actuales otorgan oportunidad al propósito de buscar otro pedazo de tierra menos rodeado de tantos motivos de inquietud para los judíos, como Palestina.

Es un problema para el próximo Comité de la Paz o para la nueva Sociedad de las Naciones. El mundo civilizado debe a los judíos una reparación. Han sido víctimas de los más feroces desbordes de la barbarie y no han recibido amparo de ningún país, a excepción de Suecia, pues todos los demás cerraron sus puertas a los que fugaban y sólo pagando su entrada a precio de oro se les ha dejado refugiarse en el seno de la civilización. La futura Sociedad de las Naciones no podría desoír el llamamiento que se le dirigiera para que, en vistas de las contrariedades con que choca el sueño de la patria en Palestina, se acordase a los judíos, para instalar en él un gobierno autónomo, un territorio bien situado en un continente tan despoblado como el nuestro, aunque se le abonase al país que lo concediera, una indemnización pecuniaria.

No se me ocultan las fallas de mi solución. El egoísmo territorial de los países es muy fuerte y no es fácil obtener ese territorio en zonas cercanas de la civilización y con acceso corriente, aun pagándolo. Desde ese punto de vista la solución palestiniiana, si Gran Bretaña cumple lo prometido, es más factible. Pero no sería la primera vez que pedazos de territorio cambiasen de soberanía mediante un simple contrato pacífico entre Estados soberanos. Rusia vendió Alaska a Estados Unidos. El Brasil, la Argentina, México —pongo por ejemplo— podrían vender o ceder algún pedazo del suyo para ese fin, mediante un acuerdo con la Sociedad de las Naciones.

Entretanto la patria judía, pese a todos los contratiempos, está en marcha...

* * *

Su concurso a la guerra, como aliada de las potencias en lucha contra Hitler y sus cómplices, afirma su existencia y su voluntad de vivir.

Hay un ejército de 20 mil hombres, casi todo el cual está en el frente o concentrado entre las reservas para el frente. Aquí en El Cairo se ven muchos soldados y oficiales judíos, con sus uniformes parecidos a los del ejército inglés o americano. Hay también muchas mujeres militares. Cerca de cuatro mil, y tienen su cuartel en la Citadel.

Allí tuve ocasión de verlas instaladas en las amplísimas cuadras e inmensos patios de aquella vetusta fortaleza que es en realidad un excelente alojamiento para soldados. Cabe allí, probablemente, un ejército de diez mil hombres, con toda comodidad.

Fué con motivo de una velada de arte que la gran actriz dramática hebrea, Hanna Rovina, brindaba a los soldados judíos. Se me invitó a concurrir a ese acto, que tuvo lugar en una sala de techo altísimo donde se había levantado un escenario y en la que había capacidad para ochocientos espectadores sentados. Para llegar hasta allí hubo que trepar en automóvil por una larga rampa y penetrar por una enorme puerta cuyas colosales hojas de hierro tenían no menos de quince centímetros de espesor.

Luego hubo que atravesar varios patios embaldosados de piedra, con muros almenados de mucha altura, y de tanto en tanto, indicando el camino, muchachas con uniforme militar alumbraban con sus linternas eléctricas o con faroles, porque aquello era un laberinto de corredores y plazas de cuartel y mil veces nos hubiéramos metidos en cuadras y salas que no eran aquella en que se realizaba el espectáculo. Pero todo estaba muy bien organizado y los camiones cargados de soldados penetraban bajo las arcadas de los anchos corredores y cruzaban los patios, mientras no pocos peatones, que habíamos dejado el taxi en la puerta de acceso, éramos conducidos por las gentiles guías que hacían, en cierto modo, los honores de casa.

Cuando llegué, el salón estaba ya casi completo. Se me ubicó amablemente en primera fila, junto a algunas personalidades del Sionismo que patrocinaban la fiesta, y se aguardó a que llegase el jefe británico de la Citadel. Se le había reservado un sitio muy cercano al mío, y cuando ví que daba comienzo el acto sin que apareciese ningún jefe supuse que había dado aviso de que no podía venir y se comenzaba sin él. El sitio reservado para el jefe de la fortaleza lo ocupaba una dama joven y bonita. Una oficiala, pues vestía traje militar. No adivinaba su grado, porque soy poco conocedor de las insignias que en estos uniformes de guerra indican la jerarquía. No tardé en enterarme —con la consiguiente sorpresa— de que el coronel que esperábamos era ése: la más bella mujer, se dice, del ejército británico, hija de un lord, que ascendió a tan alto cargo, sin duda favorecida por esas dos circunstancias, pero que po-

see, según unánimes referencias, méritos propios e innegable capacidad para desempeñarse. Con su cigarrillo en la boca y sus grandes ojos claros representaba allí, en aquel pedazo de Palestina trasplantado al Egipto, el visto bueno del Imperio Británico...

* * *

El programa se inició con un par de brevísimos discursos, uno en hebreo y otro en inglés, explicando y agradeciendo el obsequio que la ilustre actriz Rovina venía a hacer esa noche a los soldados allí reunidos, prosiguiendo una jira que con igual motivo realiza por todos los sitios donde se hallan acampadas las unidades del ejército judío.

Luego apareció ella en el escenario, siendo saludada por el público reverente. Es ya una mujer algo entrada en años, pero que conserva intactos los mejores rasgos de su belleza. Vestida de negro, con una saya cuyos artísticos pliegues descendiendo hasta los pies y una bata que dejaba al descubierto su cuello blanco, de líneas estatuarias, y que con sus mangas perdidas daba soltura a los brazos marmóreos florecidos de unas manos dignas de la Gioconda, su sola presencia hacía pasar por el espíritu un soplo de emoción.

Al aparecer sobre las tablas el más profundo silencio estalló en la sala como si se hubiese desprendido, a manera de una sombra irreal, de la actitud de sus manos cruzadas en el pecho. La máscara de la tragedia parece impresa en su rostro de facciones finas y armoniosas. La natural expresión de su mirada y de su boca tiene por sí sola una como muda entonación, si puede decirse, de amargura patética.

No necesita hablar ni accionar para que el drama viva con ella y para que nos llegue desde sus labios sellados y sus ojos severos. Habla y su voz se expande con sonoridades emotivas. Tan pronto es dulce, tierna y acariciadora, tan pronto alegre como sonido de cristal cantarino, tan pronto metálica como de campana de bronce. Y pasa con sabias transiciones, sin esfuerzo, del acento de la ternura femenina al de la entonación viril, en que su voz adquiere robustez y masculinidad sin desentonar desagradablemente en el conjunto de su persona, sino por el contrario, armonizando con ella en la sencilla austeridad de su figura clásica y la entraña fuerte y dolorosa de su arte. Hay en éste una mezcla constante de dolor y delicadeza.

Posee una fuerza contenida y una fineza esencial que no degenera nunca en amaneramiento.

Sus movimientos no son nunca excesivos. Gusta de la actitud hierática y del plasticismo estatuario, pero entre esas formas estáticas hace arder el fuego de su corazón en las piras profundas del patetismo para que resplandezca en sus ojos, en sus expresiones faciales, en los acentos de su voz poderosa y en el juego elocuente y medido de sus manos espirituales.

Llena la escena con su sola presencia estilizada y las vibraciones más íntimas de su temperamento. Pero cuando es preciso, se pasea por ella con la agitación de un alma atormentada, y se multiplica en la acción encarándose con personajes invisibles, y diversifica su monólogo dialogando, no con el público, sino con otras *dramatis-personæ*, y desenvuelve y desencadena ella sola todo el proceso y la tempestad del drama. A veces canta, con una voz bien timbrada, de afinación perfecta, y canta con un arte exquisito, de actriz dramática que no quiere actuar como cantante. Se descubre que no ignora los secretos de una buena escuela de canto, pero los emplea no para lucirse como cantante sino para no deslucir como recitadora.

Le oímos así el *Cantar de los Cantares*, en cuya versión hace alternar unos pocos versículos recitados con pasajes de melodioso canto. Yo no entendía las palabras de sus monólogos, pero ni un solo instante dejé de estar pendiente, como el público todo, de sus gestos, de sus acentos, de sus actitudes, de los recursos de su arte, para expresar los más encontrados sentimientos y de la vida anímica de sus manos, tal vez un poco grandes, como las de la misma Gioconda, pero bellas y elegantemente expresivas.

Muchas cosas hay en su arte que me hacían recordar el arte de la "divina" Duse. Desde esa particularidad de llevar impresa la máscara del drama en el rostro, hasta ese aleteo bien regido y conciso de las manos. Y la fina sobriedad de recursos de la Duse parecía por momentos transmitida a esta actriz que no siendo de seguro tan complicada y ardientemente femenina en su arte de penetraciones psicológicas, como aquélla lo era, tiene en cambio una reciedumbre varonil para ciertos momentos de su repertorio realista, que en vano hubiéramos buscado en el temperamento de la heroína de "Il Fuoco."

Formada en la moderna escuela dramática rusa, su naturalidad no se confunde nunca con el simple desenfado ni su

exaltación raya nunca en lo declamatorio ni menos en lo cursi. A ratos, se diría una sacerdotiza que pone en sus palabras el acento bíblico de los grandes profetas, sin que ello sea realmente una sugestión de la lengua en que se expresa.

* * *

Al final se cantó el himno hebreo, coreado por el público en pie. Es un canto cuya melodía de corte litúrgico se impone desde los primeros compases por su aire solemne, pero esa noche, entonado por cientos de voces en las que se notaba aún el estremecimiento de las emociones producidas por la recitación magistral, adquiriría una fuerza expresiva verdaderamente conmovedora.

Cuando nos retirábamos, la persona que nos hacía de cicerone —un funcionario administrativo del ejército de Palestina— nos llamó la atención sobre el hecho de que el hebreo puro, el clásico, el de Salomón, de Moisés y de los grandes profetas, que parecía una lengua muerta, haya resurgido en esa sociedad nueva donde el alma israelita se encuentra a sí misma. Vale la pena detenerse a explicar ese aspecto filológico de la reconstrucción sionista. Las autoridades judías se propusieron restaurar la lengua madre, la de los viejos textos, que se había venido corrompiendo, gastando y desplazando por obra de diversas degeneraciones y parecía para siempre relegada a los recintos cerrados de la cultura erudita. Pocos judíos la hablaban. Muchos hablaban el idish —en la Europa Central, sobre todo—; no pocos el español, los sefarditas, que guardan una fidelidad de siglos, asombrosa y laudable, a la lengua de Cervantes, que siguen conservando con amor, quinientos años después de haber sido arrojados sus mayores de España . . .

A Palestina llegaron sobre todo los de regiones en que los judíos hablaban hebreo. Pero era un hebreo muy impuro. Los dirigentes de Palestina opinaron que convenía esforzarse en educar a las nuevas generaciones en el empleo y cultivo de un idioma nacional puro, enseñándoles el buen hebreo originario, el tradicional, el de las más grandes e inmortales expresiones literarias de la raza. Aprendiéndolo adquirirían ese acervo cultural que constituye la más alta gloria del pueblo de Israel.

Lo declararon idioma oficial y se dedicaron a enseñarlo con ahinco en sus escuelas, a las que concurren más de sesenta

mil niños. Los periódicos se escriben en ese idioma. Toda la literatura impresa en Palestina revive el idioma glorioso. Este vuelve a florecer, lozano y animado de una nueva vida, en los labios de los niños judíos. No está prohibido hablar y escribir en idish, y no son pocos quienes no habiendo aprendido otro idioma lo emplean, naturalmente. Pero no hay periódicos sino en hebreo, porque no habría clientela bastante para órganos judíos escritos en esa lengua impura.

El canto que escuché esa noche era el himno de la resurrección de una patria y de su lengua de siglos. Con esa herramienta espiritual forjada y templada por el genio formidable que se expresó en la Biblia, labran los israelitas de hoy, en el viejo solar de la raza, la imagen de la patria nueva; y la gravan a fuego en el corazón de las generaciones de ahora. Es un himno que se oye una vez y no se olvida más.

Abril 30 de 1944.



SOBRE EL ASIA VOLAMOS

El viaje en avión desde El Cairo a Teherán dura doce horas, con una estación en el aeródromo de Lydda, cercano a Jerusalém, y otra en Abannia, la región donde se supone hayan querido ubicar las Sagradas Escrituras el paraíso terrenal. Nada hallamos allí que pudiese explicar esa preferencia del Antiguo Testamento, como no sea el intenso calor reinante, sobrado justificativo del nudismo integral de nuestros desventurados padres Adán y Eva.

Hemos abandonado el Africa y venimos volando por el cielo de Asia.

América, Africa, Europa, Africa otra vez, Asia ahora... He ahí la trayectoria de este viaje en que enhebramos continentes con las proas de los barcos y de los aviones.

Hasta ahí, nada de interés en la travesía. Se vuela sobre zonas en que el desierto levanta todavía sus mesetas de arena y en que los tableros de vegetación que aquí y allá aparecen o los oasis que surgen con sus montoncitos de casas y palmeras, parecen náufragos perdidos en un océano de tierra rojiza y reseca. Así hasta Bagdad; pero desde ahí en adelante el avión comienza a perder la serena normalidad de su ritmo. Se hunde de pronto en un pozo de aire, para ascender, dando cabezadas, a alturas que van *in crescendo*, porque ya estamos sobre las estribaciones de las montañas del Irak.

El aeroplano deja debajo las nubes y se remonta pasando sobre cimas rocosas que dibujan un paisaje lunar. Se ven como coliseos romanos derruidos y murallones circulares, que podrían ser los bordes de cráteres de diámetro colosal de legendarios volcanes apagados. Las montañas crecen en altura, y el aparato asciende, asciende siempre. Ya hace horas que hemos dejado atrás el Mar Rojo y ya cruzamos las tierras de Palestina. Ya vamos acercándonos al límite oriental del Irak, apartándonos de Bagdad, que quedó a un costado de nuestra ruta. El motor zumba con rabia en los espacios remotos, machacando los oídos y se vuelve poco agradable la impresión de la altura, que produce cierto desasosiego y obliga a cerrar los ojos

en procura del sueño para no caer en las molestias gástricas del mareo.

Más de un par de horas se prolonga esa desazón con alternativas. De las montañas del Irak pasamos a las del Irán, el mismo sistema de montañas rocosas que atraviesa los dos territorios. A once mil metros vamos surcando la atmósfera. Yo había leído y oído horrores de este trayecto aéreo. En esta época del año no se sentía calor a tanta altura, ciertamente, pero tampoco frío agudo. No eché de menos una toma de oxígeno químico, que otros necesitaron. Lo innegable es que pese a todas las molestias físicas, hay momentos en que el espíritu no puede menos de quedar arrobado en presencia del más sublime espectáculo que puede imaginarse, si el viajero, sobreponiéndose a la debilidad del organismo, contempla el pasaje del aparato sobre las cimas de la cordillera iraniana.

¿Saben ustedes lo que es mirar desde la ventanilla del aeroplano y ver debajo un mar, un verdadero mar de fantásticas olas de tierra y de piedra, muy juntos entre sí, de dimensiones gigantescas, que parecen encrespadas en su inmovilidad geológica con crestas y picachos desafiantes al cielo, y dando a veces la impresión de que alguno se dispara sólo hacia los astros, como si fuese el airón de espuma rígida de una marejada de rocas que revienta en lo azul? Se piensa que si hubiese que aterrizar por una falla del motor no sería posible hacerlo. Durante mucho tiempo se vuela sobre esa aglomeración de montañas, entre las que el hueco de los valles es como una rendija por la que no parece fácil introducir un avión para hacerlo llegar hasta una superficie plana.

El cuadro es de una belleza tan grandiosa que se dan por compensadas todas las incomodidades del viaje. Un sol radiante ilumina todo aquel tumulto de cumbres y, ¡oh maravilla!, en las más altas se entretiene detenido por las franjas especulares de las torrenceras heladas. Sobre el fondo azulado rojizo o pardo de las cúspides se extienden grandes manchas blancas, que a menudo se corren en bandas sinuosas hacia las laderas, en la parte superior de los picos. A veces son como pinceladas que decoran la cima sobre el fondo oscuro de la tierra pedregosa; se dirían rasgos caligráficos trazados allá arriba con tinta blanca por algún dios gentil desocupado.

Pasamos cerca de esos espejos de una blancura lechosa, que el sol hace centellear aquí y allá en salpicaduras metálicas. A

veces un picacho más alto que los demás obliga al pájaro de acero a esforzarse en una nueva ascensión o a torcer el vuelo para deslizarse a su lado rozando casi sus nieves eternas.

Y al acercarnos a la ciudad de Teherán el panorama cambia de aspecto, pero siempre dentro de una magnificencia sorprendente. El mar de cumbres se abre en el centro y el valle verde aparece rodeado por montes de diversas coloraciones. Las hay de roca viva, en cuyos peñascos la luz solar, que comienza a atenuarse con las veladuras del crepúsculo, se desgarran en chispazos; las hay cubiertas por lo menos hasta cerca de la cúspide de verde vegetación; las hay de color rojo oscuro, casi marrón, y hay finalmente, sobresaliendo del conjunto como una nota extraña, un picacho claro, probablemente de esquisto grisáceo o extractos marmóreos, más alto que la generalidad, y de una forma casi perfecta de pirámide. Es una pirámide natural probablemente veinte veces más grandes que la de Cheops. En algunas cimas las nieves perennes resplandecen. Y al pie de esas montañas abate, por fin, su vuelo el avión para que nosotros nos hallemos en la capital de Irán, la antigua Persia, donde nos tocaría permanecer pocos días.

* * *

Llegamos a las seis y media de la tarde y en el automóvil de la compañía de aviación empezamos a buscar alojamiento en los hoteles de la ciudad. En ninguno había pieza disponible. Felizmente, el empleado de uno de esos hoteles nos indicó que nos dirigiéramos a una localidad cercana donde hay hoteles para turistas, y habló por teléfono a uno de ellos, en el que había sitio para nosotros. La tal localidad resultó hallarse a unos seis o siete kilómetros del centro de Teherán, y el hotel adonde arribamos era uno de los más lujosos, el Darband Hotel, en que nos instalamos contentos de haber dado con uno que finalmente nos acogiera.

A la mañana siguiente nos hicimos presentes en la Embajada rusa, en que por ausencia del embajador hay un encargado de negocios, y donde fuimos amablemente acogidos. El encargado de negocios nos dijo que si al llegar la tarde anterior hubiésemos ido a la Embajada, tal vez esa mañana misma podríamos haber partido para Moscú, pues pocas horas antes había salido un avión ruso. Nos tocó, pues, esperar unos pocos

días, durante los cuales pudimos apreciar la amable diligencia del cónsul general de la U. R. S. S. y de su secretario, en el empeño de arreglarlo todo para nuestra inmediata partida.

Teherán es una ciudad de edificación baja, sumamente extendida a la manera de nuestras ciudades americanas. Se nos dice que tiene actualmente 350 mil habitantes. Carece de tranvías pero dispone de algunas líneas de pequeños y antiguos ómnibus. Sus calles son muy anchas. La carretera que nos conduce al hotel arranca del corazón de la ciudad y es en realidad una avenida cuya calzada de perfecto hormigonado tiene en casi toda su extensión no menos de veinte metros de ancho, con aceras a ambos costados. Se estrecha más allá del pueblecito de Tadrish, porque desde allí se vuelve camino pavimentado de piedra apisonada, que penetra en la montaña. Hay algunos buenos edificios y su plaza central, muy espaciosa, ostenta un gran monumento ecuestre con la figura del ex rey, padre del actual, en traje militar a la europea. El monumento ocupa un área longitudinal muy grande en el centro de la plaza, porque la estatua ecuestre de bronce con su alto basamento de granito y las cuatro figuras de guerreros persas que rodean la del rey en actitud de presentar armas, se eleva entre dos enormes tazones de fuente, que podrían servir de piletas de natación, pues sólo ofrecen a la vista los inmensos espejos de agua con los bordes de piedra de las grandes piscinas.

Ese monumento fué erigido en vida de esa Shá que no ha muerto aún, pues se halla paseando su destierro por África del Sur (1).

Ese rey fué obligado a abdicar en favor de su hijo, el año 1941, por las potencias en guerra contra Alemania, debido a sus marcadas tendencias germanófilas. Los nazis tenían en él un aliado. La influencia alemana sobre su espíritu era muy grande. Hasta en el estilo de algunos edificios oficiales construídos en su época se nota esa influencia; y lo mismo en los hoteles de verano que hizo edificar en muchos sitios bien escogidos, y en la ornamentación de los jardines que los rodean. Esos hoteles pertenecen a una compañía de la cual parece que ese rey era, y seguirá siéndolo probablemente, el principal accionista.

Para obligarlo a abdicar hubo que rodear el palacio real de tropas y se produjo con la guardia un breve tiroteo, del que fe-

(1) Falleció pocos meses después de escrito esto.

lizmente no resultaron víctimas. Gran Bretaña, Estados Unidos y la U. R. S. S. tuvieron que adoptar esa drástica medida de precaución porque el Irán se halla situado en posición muy estratégica, pues su territorio está separado tan sólo por una lengua del Mar Caspio de la región petrolífera de Bakú y además confina con Turquía, cuya política internacional ante el conflicto era la de un nadador entre dos aguas.

La presencia de un foco de influencia nazi en ese punto no podía menos de ser inquietante y peligrosa para esas tres potencias, que también allí tuvieron que cortar el nudo gordiano a la manera de Alejandro.

El rey depuesto era progresista a su modo. Embelleció la ciudad con edificios como el de Correos y Telégrafos, la dotó de amplias avenidas y la rodeó de hermosos paseos sobre las montañas y al pie de las mismas, con grandes hoteles y jardines encantadores. Pero dió preferencia a esas obras de ornato o de mejoramiento exterior sobre la obra, que hace falta, de proveerla de servicios tan esenciales como el del agua pura y de tranvías o cómodos autobuses. Se ve que tenía debilidad por las obras de "prestigio" y decoro externo, a las que sacrificaba las otras. En eso, acaso, se notaba también la psicología nazi de ese monarca.

* * *

A la vista de tanta agua reunida en los tazones de la fuente en una plaza céntrica, no pude menos de advertir el contraste con la ciudad de donde veníamos, El Cairo, donde a pesar de la proximidad del Nilo no se ve en sus plazas, y apenas en alguno que otro de sus jardines privados, una fuente de las que mane el agua en torrencial abundancia. Aquí el agua es un regalo copioso de las montañas. Corre por las acequias a los bordes de la calzada y adorna en fuentes de todo tamaño y de toda forma los jardines, los patios, los vestíbulos, hasta de las mansiones modestas. Es el lujo de Teherán. Como está trazada en calles muy anchas y todas pavimentadas de hormigón o de adoquines de granito, porque la piedra abunda todavía más que el agua, y llueve a menudo para lavarla a favor de las pendientes de su topografía, la ciudad es bastante limpia. Además, sus calles centrales son barridas de madrugada —pudimos verlo cuando íbamos al aeródromo, a menos de las cinco de la mañana— con largos escobillones de ramas secas.

Podrá gozar de perfectas condiciones de salubridad el día en que esa agua que brota de los senos de piedra de sus montañas sea recogida en las alturas en depósitos apropiados, filtrada y conducida en cañerías para su distribución en las casas o para ser puesta al alcance de quien la necesite para beber. Porque si Teherán no es saludable, si en ella el tifus es endémico, si la disentería y los desarreglos gastrointestinales ocasionan estragos entre su población, es porque el agua que el pueblo bebe, es esa misma que desciende rumorosa por las vertientes de las montañas y se precipita en cascadas e inunda las acequias, y por ellas va pasando a lo largo de las calles, donde recoge basuras y desperdicios y se junta en algunos rincones con los residuos domiciliarios, y de ahí la toma mucha parte del pueblo para llenar sus cántaros y apagar su sed.

Tal vez bastaría un acueducto a la romana, que trajese intacta el agua de las cumbres a la boca de los sedientos.

En nuestro hotel no había, felizmente, motivo para preocuparse. El agua para beber provenía de una surgente cuya veta profunda corría entre las rocas desde los pechos mismos de la sierra, en cuyas faldas nos hallábamos maravillados. Ah, sí, maravillados. Vivíamos a los pies de un picacho encanecido de nieve. El camino que pasaba ante el hotel, al cual se arriba subiendo planos escalonados unidos por escalinatas de piedra, llega rodeando la montaña hasta cierto punto y hasta cierta altura partiéndola, casi hasta la cumbre. El paseo es encantador. No dejé de hacerlo una sola mañana de las cuatro primaverales que allí quedamos. El camino asciende con una acera a un costado, que ciñe los altos muros de las villas tras los cuales la montaña se empina, retenida a grandes trechos por paredones de contención, y con una baranda de madera en la otra manó, para impedir a los viajeros despeñarse hacia el torrente mayor que viene cayendo desde lejos. El rumor de ese torrente que salta en numerosas pequeñas cataratas, y de otros mil menores que surcan por todos lados las rugosidades del suelo, desprendiéndose desde lo alto y estrellándose contra las piedras, envuelve en su canto permanente la localidad; y uno lo oye a todas horas, en todas partes, como la voz amiga de la montaña que arrulla nuestro sueño o acompaña nuestro paso adonde quiera que vayamos. Al otro lado del torrente, sobre el cual se han tendido de trecho en trecho pequeños puentes, se ven los cuidados jardines de no pocos ricos palacetes y bonitos

cottages, que se escalonan en las laderas y entre los cuales se destaca por sus proporciones el Darband Hotel.

El camino llega a un punto en que el viajero se ve rodeado por la montaña, en el centro de un inmenso semicírculo de elevados muros inexpugnables constituídos por los peñascos de la serranía, y cuyos bordes allá, muy arriba de nuestra cabeza, parecen pronto a desgarrar las nubes con sus rocas abruptas, algunas de las cuales dan la impresión de hallarse a punto de desprenderse para precipitarse rodando hacia abajo.

En seguida el camino hace un recodo y otro espectáculo nos detiene soplándonos el asombro en los ojos. Mientras a nuestros pies, al borde de la senda que se ha vuelto camino, el torrente se hunde en su cauce de roca revolcándose con un ruidoso atropellarse de espumas, en lo alto vemos saltar el grueso chorro vertical que se arroja, casi desde el casquete mismo de las nieves resplandecientes, en una cascada cuya voz parece resumir la de todos los pequeños saltos diseminados, hijos suyos, y la de aquella corriente menos perpendicular, horizontal a trechos, que se desliza y descende cantando bajo las alcántaras o murmurando en las acequias.

Cruzando por algunos de esos puentes y trepando por senderos que van circundando la redondez de los montes, puede internarse uno en villorrios interesantísimos enclavados en la montaña, donde viven los naturales del país con sus costumbres propias y sus indumentarias características. De esos pequeños villorrios, diseminados por todas las arrugas y huecos de la cordillera, donde había huertos y jardinillos con su infaltable fuente, salían esas mujeres que veíamos pasar a todas horas cubiertas enteramente con un manto de colores claros, que se colocan sobre la cabeza y les cae casi hasta el suelo, y con el cual se tapan asimismo la cara dejando visibles solamente los ojos. Es una modalidad algo distinta de la usanza árabe que habíamos encontrado en algunas mujeres de Argel. Probablemente ésta es la forma más tradicional de taparse a dicha usanza. La túnica carece de mangas y no hace ninguna concesión a la moda actual de las sayas cortas. Debajo de la larga tela va el traje, que puede ser moderno —y algunas mujeres llevan pantalones largos— pero estas iranesas caminan envueltas en su liviano mantón desde la cabeza a las puntas de los zapatos. Se asemejan más, asimismo, a las figuras femeninas hebreas de los tiempos arcaicos. Entre los hombres de la ciu-

dad, donde abundan los uniformes militares —sobre todo los rusos, que tienen aquí una dotación importante— predominan los trajes a la europea, pero en los alrededores se ven los ropones turcos y arábigos, los más clásicamente árabes, las amplias sotanas de color de anchas mangas, y los turbantes blancos poniendo marco a cabezas que parecen escapadas de alguna estampa de *Las Mil y Una Noches*, con sus barbas renegridas en forma de herradura.

Estamos cerca de la "Arabia feliz." La influencia árabe y turca primero, y la influencia europea después, no han dejado aquí de la antigua Persia más que el uniforme de los viejos guerreros en un regimiento real, copiado de esos bajo relieves iraneses en que se ve a uno de esos soldados, de rizada cabeza, hundiendo su daga en el vientre de un león rampante erguido sobre las patas traseras. Y algunos leones alados en la decoración de los jardines, como sostenes de bancos, jarrones o faroles.

Una calle y un hotel llevan el nombre de Ferdussi, el gran poeta persa de la antigüedad, pero no hay aquí en la capital del Irán un templo, una ruina, un monolito, que recuerden el Zendavesta o a Zoroastro, o a Cambises, o a Ciro, o a Darío o a Xerjes. . . En otras ciudades de menos importancia quedan ruinas del pasado esplendor pérsico, o de la ocupación griega de Alejandro, sobre todo en Persépolis. Teherán no es una ciudad antigua.

La religión musulmana ha barrido con la religión del sol. Mahoma ha vencido a Zoroastro. El Corán al Zendavesta. Se ha retomado la más antigua denominación del país, la de Iran, pero el retorno al pasado se detuvo en Mahoma. . . Y en Mahoma permanece el espíritu religioso de este pueblo que hoy recibe el influjo creciente de la civilización europea.

Teherán, mayo 2 de 1944.

EN LA U. R. S. S. ¡AL FIN!

Cinco días permanecemos en la capital iranesa, donde los precios son, al menos para los turistas, extraordinariamente exorbitantes. El hotel —muy bien instalado, con excelentes dormitorios y buenos cuartos de baño, pero en el que la comida y el servicio eran muy deficientes— nos cobraba, en moneda iranesa, diez dólares por persona, por día. Pagábamos pues sesenta pesos de los nuestros diariamente porque uno de nosotros cuatro no había llegado aún, habiendo quedado retenido en El Cairo para preparar el envío desde allí del bendito equipaje. Un viaje en automóvil a la ciudad, de un cuarto de hora, nos costaba dos libras o sea quince pesos uruguayos. Por uno de ida y vuelta, en que debimos entretenernos alrededor de dos horas haciendo visitas a la Embajada Soviética, al Correo, a un Banco, etcétera, pagamos sesenta pesos de los nuestros. Un diario escrito en francés —también aquí se habla frecuentemente ese idioma, aunque mucho menos que en Egipto— de cuatro pequeñas páginas, se vende en la calle a dos reales iraneses: catorce centésimos de los nuestros.

Felizmente el empeño puesto por los funcionarios diplomáticos y consulares de la U. R. S. S. en abreviarnos la estada nos permitió salir antes de que se nos agotaran los recursos en esa máquina succionadora de dólares. Y el jueves 4 de mayo a las 4 y media de la mañana venía un automóvil del Intourist (la organización que nos vendió los pasajes para trasladarnos a Moscú) a buscarnos con el fin de conducirnos al aeródromo ruso.

Estamos ya, prácticamente, en Rusia. El aeródromo es casi un pedazo de la U. R. S. S. Los numerosos cazas americanos, prontos para emprender el vuelo hacia los frentes rusos, lucen en su costado la estrella roja de la U. R. S. S., cuya pintura parece fresca. Soldados rusos de aviación arrastran algunos aparatos de adiestramiento desde el interior de un hangar a la pista. Nosotros viajaremos en un aeroplano de la Intourist, que es la organización oficial soviética encargada de todo lo concerniente al transporte, traslado, alojamiento, etcétera, de los turistas. Subimos a él y a poco andar hemos transpuesto la frontera del Irán. Llegamos al mar Caspio y volando sobre

él penetramos en el Cáucaso. A las dos horas y media estamos en su capital, Bakú. Seguimos hacia tierra y la región de los pozos de petróleo se anuncia desde lejos con su bosque de torrecillas de hierro para la extracción del mineral líquido. Al principio parecen unos cuantos armazones metálicos diseminados. Conforme el avión desciende, el número de las torrecillas aumenta. Ya no son unas cuantas. Son decenas. Son cientos. . . . Muchas hectáreas de extensión en todas direcciones abarca ese bosque, en un punto cercano al mar, pero no precisamente en sus orillas. Son los famosos pozos de Bakú, por cuya posesión deliraban Hitler y sus mariscales. Para llegar hasta ellos y apoderarse entretanto de toda la zona del Cáucaso y de la Transcaucasia, lanzaron una de sus más espectaculares ofensivas, que en su desmesurada valoración de las propias fuerzas creyeron posible simultanear con la conquista de Stalingrado, fracasando en ambos intentos.

Si cada torrecilla indica la existencia de un pozo, se cuentan por centenares los que hay allí, aunque no todos, naturalmente, en producción constante, y acaso, algunos ya agotados.

En el aeródromo de Bakú descendimos. Pisamos tierra rusa. Ahora sí, nos hallamos, ¡finalmente!, en el territorio de la U. R. S. S. El tiempo es bueno; el sol resplandece; no sopla demasiado fuerte el viento y la temperatura es templada. Nos miramos a los rostros los camaradas de este viaje de tres meses y nos reímos de satisfacción. Ya ha terminado la hora de incertidumbre y de pesimismo sobre el día en que nos sería dado llegar a la U. R. S. S. Ya nos encontramos en ella. Colón, pisando tierra firme después de su partida del puerto de Palos, no sentía más alborozo que nosotros en ese momento, cuando leíamos sobre la puerta de un pabellón adonde nos condujeron, en letras del alfabeto ruso, la palabra Restaurante. Y no porque dijera "restaurante", precisamente, sino porque lo decía así, en ruso: *Pectopah*.

Una mujer joven y agradable nos sirvió, en una mesa bien tendida, huevos duros, pan blanco, manteca, caviar, unas tajadas de fiambre de cerdo, queso norteamericano y un par de vasos de té realmente delicioso, endulzado con terrones de buena azúcar refinada.

* * *

Hubo una larga espera antes de reiniciar la marcha. Falta-

ban algunos minutos para las once cuando reanudamos el vuelo. Reaparece bajo nuestros ojos el mar Caspio. Volamos después sobre el delta del Volga. Distinguimos los sitios por donde vamos pasando porque el aparato vuela a poca altura. Pero nos internamos ahora en la región de las nubes, y el avión, para no quedar envuelto en la niebla, debe elevarse por encima de ellas.

Me entretengo en contemplar el panorama móvil que se ofrece a mi vista y logra interesarme como el más curioso de los espectáculos. La imaginación de un Walt Disney hallaría en él mil motivos jugosos para una de sus más atrayentes fantasías. Unas nubes algodonosas, muy blancas, de una albura de plumones de cisne blanco o de nieve impoluta, cúmulos que el sol hacía brillar magníficamente, quedaban allá abajo, cerca del suelo, que por los intersticios de ese toldo atmosférico se veía en retazos, semejando a veces, por la sombra que ellas proyectaban sobre el campo, el agua azul y oscura de un lago en calma. Y entonces, si el viento las impulsaba suavemente en sentido contrario a nuestra marcha, ocurría algo estupendo. Era realmente la marcha de una flota fantástica deslizándose sobre aguas quietas, con inverosímiles cascos de nieve y arboladura y velámenes arbitrarios, de una immaculada blancura de alas de ángel. Naves de inconcebibles formas venían desde el fondo de los horizontes a desfilar bajo nosotros, empujándose a veces unas a las otras para no detenerse en su avance preciso, y a veces pasando algo separadas entre sí para que las de mayor desplazamiento acusasen en el ritmo de su andar una cadencia solemne con la cual, levantando y bajando sus enormes proas de algodón continuaban su marcha hacia los puertos misteriosos del cielo.

Cuando el viento cambia o deja de soplar, todo aquel mitin silencioso de enormes cúmulos se detiene. Ya no es más una flota surcando un mar tranquilo, sino una aglomeración compacta de inmensas masas de algodón o de espuma. Podría decirse —materializando los símiles— que una fuerza cósmica invisible se ha entretenido en batir millones de toneladas de claras de huevo o en sacar espuma a todo el jabón de la tierra, para formar ese reverso caprichoso del plafón de nubes tendido sobre los campos de esa zona, una parte de la fértil cuenca del Volga, que oculta a nuestras miradas.

Sobre esa sucesión infinita de redondas cúpulas de nieve,

que se juntan y aprietan en toda la extensión que abarcan los ojos, a mucha altura se estira, terso y límpido el cielo apenas rozado por algún estrato remoto, mientras un sol radiante cae sobre aquella techumbre de flúidos marfiles. Y entre uno y otro se desliza el avión surcando el espacio para de pronto verse sorprendido por una alteración inquietante. El viento sopla ahora y desbarata toda aquella construcción ingrátida de catedrales sin cimientos. Se produce una confusión indescriptible. Las nubes cambian de forma y se ven correr como unas ráfagas grises oscureciendo el cielo allá abajo. Hay una fuga desesperada. Unas grandes nubes ascienden. Se ve venir una de ellas, amenazadora, a la altura del avión, en sentido contrario, arrojándose contra él y envolviéndolo casi de improviso en su húmeda niebla. El aparato parece sentir el choque, pues se sacude un poco y levanta su proa, no tardando en superar la zona del tumulto.

Ha vuelto la calma. Hay menos nubes a ras del suelo, y como el campo no pierde a nuestros ojos sus tonos verdosos, las que andan por ahí, calmosas y pacíficas, semejan vistas desde el aeroplano un rebaño de monstruosos corderos, y a ratos una manada de incontables y gigantescos elefantes blancos. De pronto también esa manada se pone en movimiento, con lentitud perezosa. Pero ya no es más un tropel de elefantes ilusorios ni una majada de ovejas hiperbólicas. Ahora es una tropa de animales antediluvianos, con cabezas deformes y hocicos estrafalarios; con cuerpos rechonchos o desmesuradamente alargados. Avanza sin precipitación. Y sigue así por un buen rato, hasta que poco a poco se va transformando la tropa de sueltos megaterios y plesiosauros aéreos, todos de una albura candeal, en un ejército de apretadas filas a cuya cabeza avanzan otra vez los elefantes blancos, más gigantescos aún, blandiendo sus trompas irreales. Y detrás de ellos legiones de camellos y dromedarios albinos que se balancean como góndolas. Y se creería asistir a la resurrección en los aires de uno de aquellos antiguos ejércitos asiáticos que invadían comarcas abriéndose paso entre las filas de los enemigos con las patas formidables de los paquidermos.

Y de pronto, ya no es sobre la tierra por donde avanzan, sino sobre los aires, y entre los animales monstruosos surgen, como arreándolos, blancos ángeles con sus alas en forma de arpa colgándoles de las espaldas, o agitándolas dulcemente. El

espectáculo es variado, es algo así como un *ballet* de las nubes organizado para entretenimiento de un avión, que le pone música con su persistente zumbido.

Nuestra ruta se mantiene alejada de las famosas montañas del Cáucaso, que no vemos. Nos hubiera agradado reconocer en el macizo montañoso aquella montaña en que el Arca de Noé, según las leyendas bíblicas, se detuvo cuando el diluvio cesó; y aquella otra de la cual partieron los argonautas, encabezados por Jasón, en busca del Vello de Oro; pero sobre todo el monte donde fué encadenado Prometeo por haber robado el fuego del Olimpo, para brindárselo a los hombres, y desde el cual dialogaba trágicamente con las oceánidas.

No nos acercamos tampoco a Georgia, la tierra natal de Stalin, y no pudimos ver a Tiflis, con las grutas subterráneas de los trogloditas visitados por Ulises. Pero aquello que nosotros veíamos era la cuna de la raza blanca. El más puro tipo étnico de nuestra raza —la caucásica— procede de allí, y las mujeres más hermosas del mundo son, según proverbial opinión, las circasianas. No pudimos comprobarlo porque el avión no hizo ninguna escala en el largo trayecto desde Bakú al extremo noroeste de Stalingrado.

Pero ya no son las nubes las que llaman nuestra atención. Ahora estamos en presencia de una corriente de agua que viene serpenteando desde regiones lejanas, y que se ensancha y azula a medida que el aparato, en sitios donde las nubes no existen o no están tan abajo, se acerca a la tierra. Es el Volga. El Volga famoso, ante el cual nuestro corazón late con más fuerza. Si hay ríos sagrados en el mundo, ninguno lo es más que éste. Porque de sus riberas ha brotado aquella canción en que sus barqueros volcaban todo su dolor de esclavos para que sonase en el pecho de todos los hombres de la tierra como una incitación a la libertad, y porque sus ondas se han teñido de sangre en las más terribles batallas libradas por el pueblo ruso en defensa de sus propios destinos y de los destinos de la humanidad entera.

Precisamente habríamos de tener, casi en seguida, la inolvidable ocasión de ver, alzándose en una de sus orillas, la ciudad mártir por antonomasia, Stalingrado, la invicta, la inmortal Stalingrado. En la margen occidental se extiende con tal pujanza de crecimiento edilicio y demográfico, que uno cree estar viendo tres ciudades recostadas una a poca distancia de la

otra sobre el caudaloso río, y no son sino tres secciones de la misma Stalingrado, tres centros importantes de una misma población. Altas chimeneas y edificios de muchos pisos hablan de la importancia de esa ciudad donde grandes usinas humean; dicen que la actividad productiva ha comenzado a renacer entre los escombros y las ruinas.

El avión se aproxima a uno de esos núcleos de población y nos espanta el horror de tanto estrago como allí vemos en la desolación de bloques de casas desmanteladas, de paredes derruidas, de muros de los que sólo quedan los cimientos. Y eso que apenas vislumbramos una parte de la destrucción de que ha sido teatro y víctima esa ciudad gloriosa. En algunos sitios se amontonan en forma impresionante los esqueletos de hierro de camiones, vagones, aeroplanos, tanques. . . Junto a la línea del ferrocarril, en una estación central, el hacinamiento de vehículos destrozados describe por sí sólo el encarnizamiento de la lucha.

Nuestro aeroplano desciende en los alrededores, hacia el extremo noroeste de la ciudad, junto a lo que fuera una estación suburbana de la línea férrea, algo así como la estación Bella Vista para nuestro ferrocarril Central, con sus talleres y sus depósitos. Ese punto fué uno de los sitios en que más arreció la batalla. Hay allí algunos edificios en ruinas. Algunos se están reconstruyendo. En los rieles han quedado docenas de vagones deshechos. A un costado se hallan reunidos entre los puntales de un cobertizo desaparecido, seis enormes aviones alemanes deteriorados con toda su ferretería casi intacta, que no han podido escapar. Cerca hay varias casamatas y refugios de tierra semisubterráneos. Por todos lados, vestigios de los choques tremendos.

Unas campesinas acarrear baldes de cal para levantar una pared. En un vasto caserón, algo apartado de la línea férrea, se reúnen algunos militares, y vemos por allí mujeres atareadas, entre las cuales una aldeana vende, sentada al borde de un sendero, leche y algo de comer a los que pasan. El alma se encoge ante aquellas constancias de la contienda terrible, pensando en los ríos de sangre que han corrido por allí y en la desventura de tanta pobre gente que ha sido arrojada de improviso a esa hoguera o se ha visto de la noche a la mañana despojada de todo, de techo, de asilo y de sustento, por el vendaval implacable, y aún ha perdido la vida en el diluvio de

metralla y dinamita, o ha quedado mutilada, lisiada o destruada para siempre.

La señal de partida nos arranca de las dolorosas reflexiones. La vida sigue su curso, a pesar de todo. Nosotros continuamos nuestro camino y allí queda, como un monumento de terrible elocuencia, todo ese montón de escombros de una ciudad en cuyas calles se han jugado los destinos del mundo contemporáneo, como antes en Londres, como antes, todavía, en Dunkerque...

* * *

Ya se ponía el sol cuando reemprendimos la marcha. Volábamos sobre extensiones de tierra labrada probablemente con siembra de cereales. Nos parecían koljosos algunas chacras y cortijos con buenas construcciones rústicas y extensos sembrados de forma regular.

Perdíamos de vista el Volga, anchuroso y azulado.

Poco después se nos hacía presente, angosto y terso, el Moskova, el río que atraviesa Moscú. Y casi en seguida el caserío de la ciudad, a uno de cuyos aeródromos llegamos poco después de las 6.

Nos aguardaban, esplendidamente uniformados con sus levitones grises de dorados botones y sus gorras de tipo militar, el jefe del Protocolo, Fedor Malachkov y su secretario. También la Intourist estaba allí representada por dos muchachas elegantes que hablaban francés y español. Tras los saludos de práctica, un automóvil nos dejaba, mediante las atenciones e indicaciones de nuestras amables acompañantes, en el Hotel Nacional, donde se nos había reservado alojamiento.

El ministro del Uruguay en Moscú quedaba instalado en un buen departamento con una amplia sala escritorio severamente amueblada, de pesados y suntuosos muebles antiguos de estilo Renacimiento. Es un severo despacho ministerial de lujo. Las tres ventanas del departamento dan a un balcón que contornea la ochava del edificio, frente mismo a una inmensa explanada que puede considerarse el punto más céntrico de todo Moscú.

Desde esas ventanas veo, a la izquierda, un edificio moderno de catorce o quince pisos, que es el hotel para los miembros de los soviets, en cuya planta baja funcionan *magasins* y restaurantes recientemente reabiertos por la administración so-

viética. Enfrente, del otro lado de la explanada, otro edificio de grandes proporciones, arcaico, de ladrillos rojos y con torres de casquetes metálicos puntiagudos, con aire de castillo medioeval, y que es el local de un museo histórico actualmente clausurado a causa de la guerra. Hacia la derecha, calle por medio de ese edificio, veo el Kremlin, imponente con sus gruesas torres también de casquetes puntiagudos y sus muros almenados y todo su semblante un tanto sombrío de palacio imperial encerrado en una fortaleza sobre el cual flota el prestigio adusto de los siglos de historia que pesan sobre él. En el fondo de esa calle se ven las gradas de cemento de la Plaza Roja, tras las cuales se levanta, con sus líneas inconfundibles, el Mausoleo de Lenin.

Ante los cristales de esa ventana permanezco como clavado en el suelo hasta que las nieblas de la noche empañan los vidrios, y Moscú se va hundiendo en la oscuridad de la que intenta salvarse prendiendo en el aire, sobre la inquietud de sus anchas avenidas rumorosas, las luces amarillentas de sus faroles, puestos aún a la sordina —digámoslo así—, por las exigencias de la guerra.

Moscú, mayo 4 de 1944.

LA ODISEA QUE NO HUBIERA PODIDO NARRAR ULISES

Cuatro hombres tirando de una rastra cargada con 2.600 kilos de diversos efectos. Esa podía ser la imagen que nos representase a los cuatro componentes de la Legación del Uruguay ante la U. R. S. S. en marcha hacia su destino por entre los obstáculos que la guerra siembra en las rutas obligadas para su travesía.

Tirando de un cable. Ellos, en el extremo del mismo, lo gran a menudo pasar, y con ellos una punta del cable, por entre portalones estrechos, pero cuando llega la rastra ahí se queda atascada, obligando a los cuatro viajeros a detenerse. Es como si se hiciese deslizar un hilo por el ojo de una aguja hasta que llega un nudo, y éste ya no pasa.

Los viajeros vuelven desolados sus ojos hacia aquella catástrofe. Miran con desesperación aquel acompañante molesto, pero indispensable, que no pueden dejar abandonado en la vía. ¡Es enojoso! Cuando han logrado superar ellos una dificultad, y van ya cubriendo optimistas una etapa del viaje, dándose aires de triunfadores del destino y lanzándose con cierta arrogancia hacia adelante, con el cable todavía flojo que llevan atado de los tobillos, ¡zás!, un tirón de la sogá les advierte que la impedimenta se ha atravesado otra vez, y ellos deben inmovilizar, parados en seco, a menos que prefieran cortar el cable y continuar sin ella su itinerario.

* * *

Para marchar un largo trayecto cerca de ese equipaje, teniendo al alcance de nuestra vista y de nuestras manos, nos embarcamos en Montevideo para Buenos Aires, y de Buenos Aires nos fuimos en tren a Bahía Blanca, y en Bahía Blanca nos embarcamos en un vapor de carga norteamericano, donde navegamos treinta y cinco días. Pero no sin que antes en Bahía Blanca —pese a haber contratado los servicios de la empresa Villalonga, que cobra precios elevados— se violasen nuestras valijas y baúles en un depósito del ferrocarril.

En ese vapor, el "Joshua Hendy" —donde fuimos alojados gracias a la gentileza del embajador de Estados Unidos en el Uruguay, Mr. Dawson—, hubo que prepararle a nuestro acompañamiento, para mayor seguridad contra el peligro de sustracciones en los momentos de carga o descarga de las sentinas, un refugio especial: una casilla de tablas, con una puerta y su respectiva cerradura. La buena disposición del capitán Barry, un *gentleman* bajo la piel curtida de un lobo de mar, y la destreza del carpintero del barco, un tipo original e interesantísimo, con su carácter de artesano casi autónomo dentro de la embarcación, permitieron rodear nuestros baúles y cajones de las mayores garantías. ¿Qué llevamos en ellos? Ropa desde luego; toda la que necesita un ministro plenipotenciario; bastante ropa como para cuatro personas que han decidido ir a Rusia en calidad de diplomáticos y quedarse por lo menos dos años en ella, en época de guerra, cuando nada o muy poco habrá de poder hallarse en ese país. Libros, gran parte de la producción universitaria de estos últimos años. Libros del Ministerio de Ganadería y Agricultura; los que el Ministerio de Relaciones fleta para las legaciones, entre los cuales numerosos tomos de una colección de leyes y decretos; los códigos, etcétera. Libros de escritores amigos; músicas de nuestros compatriotas; libros míos para mi propia labor o para vestir con ellos mi despacho en la Legación en Moscú. Muestras industriales de algunas fábricas. Cajones de productos del Frigorífico Swift y de bebidas con que obsequiar a la gente, como es costumbre obligada en las fiestas o agasajos que parecen inevitables en las relaciones diplomáticas; de agua Salus, también, para nosotros, porque no sabíamos qué aguas encontraríamos en los sitios por donde cruzásemos.

La cosa marchó bien mientras íbamos en el barco. Pero un día arribamos a Gibraltar. Y aquí *incommincian le dolentti note*, que diría el Dante.

* * *

Debíamos abandonar la embarcación. Esta iba destinada a Italia, con su cargamento de trigo para Nápoles. Se apartaba de nuestra ruta para meterse en el torbellino de la contienda. Nos tocaba echar pie a tierra. La tarde de nuestro arribo vino a bordo, en una lancha del puerto, un ayudante del gobernador

a invitarnos a bajar y a brindarme alojamiento en el palacio de aquél. El ayudante hablaba correcto español con un levísimo acento inglés. Era el capitán R. H. Redshaw, peruano, hijo de inglés, y residente desde hacía años en Inglaterra, hasta el estallido de la conflagración. Fué una de las providencias que encontramos en nuestro viaje. Ya lo he dicho en otra parte: nos acordó una solidaridad fraternal, sin duda por sentirse compatriota continental nuestro, ya que conservaba muy vivo su amor al Perú y no ocultaba su origen peruano.

Agradecí el ofrecimiento del gobernador, pero no lo acepté. Como se me dijera que al día siguiente podíamos partir en avión para Argel, pero sólo con 400 kilos de carga le pedí —ya lo he relatado— que influyera para que se nos permitiese llevar mil kilos. A la mañana siguiente se nos hizo saber que podríamos llevar los mil kilos y que se vendría de tarde al buque a buscarnos, con equipaje y todo, para dejarnos en condiciones de salir al otro día. Así fué. El capitán Redshaw nos había hecho la "gauchada" de conseguirnos un avión para nosotros cuatro con los mil kilos de bagaje. El resto —1.600 kilos más— quedaría en Gibraltar para seguirnos por vía marítima en un *destroyer*: ¿Qué más podíamos pedir? No hemos de olvidar nunca los servicios que nos prestó ese amigo que conocimos de paso y de quien nos acordábamos con enternecimiento cada vez que chocábamos con alguna nueva contrariedad. . .

—¡Si estuviese aquí —decíamos— el capitán peruano!

El hecho es que llegamos a Argel y ahí tuvimos la evidencia de que aquel buen amigo no había olvidado nada que estuviera a su alcance para facilitarnos el camino. Las autoridades del Comité Nacional de Francia Libre estaban avisadas de nuestro arribo. ¿Por quién, sino por él? Y a los dos días de estar allí nosotros, llegaba el *destroyer*, tal como él nos prometiera.

Todo salía a pedir de boca. Pero en Argel se nos empezó a eclipsar la buena estrella.

El funcionario británico, Mr. Adis, que había quedado encargado del transporte de nuestro equipaje y de nuestro propio traslado, era poco visible. Más contacto pudimos tomar con los funcionarios de la Legación de Estados Unidos, donde había un encargado de negocios, Mr. Chapin, y un par de secretarios suyos muy amables, como él mismo, que trataron de servirnos lo mejor que pudieron. Pero los aviones y los bar-

cos que surcan los aires o las agua de África son británicos o se hallan controlados por los británicos. Mr. Adis era, por lo visto, el *factotum*. Y de él no pudimos obtener, pues no le vimos, sino los consagrados 25 kilos de carga por persona para el viaje por avión. Menos mal que conseguimos ubicar todo el resto en sitio seguro, en el puerto, bajo la custodia de las autoridades británicas, que nos otorgó cortésmente el Jefe de la comandancia militar inglesa.

Los funcionarios de la Legación de Estados Unidos quedaron encargados de hacernos remitir en un barco esa carga en cuanto saliésemos volando para El Cairo. En nuestro deseo vehemente de no prolongar nuestra permanencia en Argel y de acercarnos a las puertas de Rusia, cometimos la imprudencia de aceptar los cuatro sitios reservados por Mr. Adis en un avión, y que Mr. Duncanon puso con una carta muy cortés en nuestras manos, si así puede decirse, en vez de quedarse uno de nosotros a esperar y presenciar el embarque de aquellos bultos depositados en el puerto.

* * *

Cuando llegamos a El Cairo comprendimos nuestro error. No dudamos ni por un momento de la buena voluntad para servirnos de Mr. Chapin; de su secretario, Mr. Bride; de la Legación Americana, ni de Mr. Adis, de la Embajada británica. Estoy seguro de que no olvidaron ese depósito, verdadero presente griego, que quedaba en sus manos. Pero si hubiera estado allí, en Argel, un empleado de nuestra Legación visitándolos con frecuencia y colaborando con ellos en la búsqueda de soluciones para el problema de remitir esos bultos por mar, es casi seguro que nos habríamos ahorrado las dos terceras partes de la permanencia en Egipto.

Al salir de Argel muy de madrugada dejé una carta para el señor Bride, rogándole no descuidase nuestro asunto. Salimos con la espina de que aquel equipaje, allí fondeado, nos iba a frenar en la prosecución de nuestro vuelo. Los primeros días en El Cairo los pasamos acariciados por la suposición de que el equipaje estaba a punto de ser embarcado en el primer buque de guerra que rumbo para Alejandría o Port Said.

Pero pasó una semana y no recibíamos aviso —como quedara convenido— de que los bultos hubiesen salido para al-

guna parte. Quisimos creer que por razones obvias no se nos comunicaría la salida, sino la llegada a tal o cual punto. Inquietos, enviamos carta por avión y un telegrama. Recibimos respuesta de éste, firmado por Mr. Chapin, quien hacía referencias a nuestras líneas dejadas en Argel para su secretario, y nos manifestaba que el equipaje sería embarcado para Alejandría o para un puerto del Golfo Pérsico, dándonos aviso cuando se remitiese. Nos intranquilizó no obstante la incertidumbre sobre el punto de llegada, porque el desembarco de los bultos en un punto del Golfo Pérsico podía ocasionarnos algunas nuevas dificultades. Quedamos aguardando los acontecimientos. Volvieron a transcurrir días y días, y nada sabíamos del equipaje . . .

La Embajada americana envió un cable sin mayor resultado. De acuerdo con el secretario, Mr. Espy —un excelente funcionario que nos atendió con mucha deferencia desde que llegamos al aeródromo de El Cairo, haciendo poner a nuestra disposición un auto grande del servicio militar de Estados Unidos para nuestro traslado a la ciudad— acudimos a la Embajada británica. Envié a nuestro agregado comercial, quien fué atentamente recibido por el primer secretario, señor Watson, el cual desde ese instante se constituyó en un factor importantísimo para la solución de nuestro problema. Es un hombre joven, conoce el Uruguay, pues ha estado allí formando parte de la Embajada en Montevideo y nos sirvió con una diligencia y una afectuosidad poco comunes.

Se hizo cargo de la tarea de promover el transporte de nuestras cosas y envió un telegrama, del que aguardaba un efecto casi inmediato. Tampoco dió resultado. Argel ya no respondía a nuestras instancias. ¿Qué ocurría?

Estábamos a 6 de abril —hacia ya 13 días que habíamos llegado a El Cairo (el 24 de marzo)— y aún ni había comenzado a mobilizarse en el puerto de Argel aquella parte inerte, tan importante, de nuestra expedición. Fué entonces cuando dirigí a Mr. Chapin, el encargado de negocios de Estados Unidos en Argel, la siguiente nota:

“Le ruego disculpe mi insistencia. Me hallo en El Cairo desde hace 15 días —llegué el 24 de marzo— aguardando poder juntarme con mi equipaje para continuar el viaje de la Legación del Uruguay a Rusia. Pasan los días y no recibo ni siquiera noticia de que mis efectos se hayan embarcado ya en

Argel, donde permanecen desde el 19 de marzo. Mi situación se vuelve a tal punto difícil, ante la imposibilidad de ocupar mi puesto en Rusia, que ya resulta dramática.

“En manos de las autoridades americanas —que controlan el transporte aéreo, y de las británicas, que controlan el marítimo— está mi suerte. Si no pudiese solucionar dentro de algunos días mi problema, me veré en la necesidad de elevar renuncia de mi cargo haciéndole saber a mi gobierno que he fracasado en mi intento de llegar a la U. R. S. S. mediante la buena voluntad de esas autoridades.

“No sé, entonces, cómo lograré retornar, pero aunque tuviese que permanecer un año en Egipto, eso sería preferible a no poder trasladarme a Rusia con efectos indispensables para el desempeño de mi misión, en un tiempo prudencial.

“Desearía que usted se molestase en tratar de comprender lo delicado de mi situación. Y como lo sé buen amigo del Uruguay, y hombre de conciencia, no dudo que hará de su parte cuanto pueda para librarme de este *impasse* que aplaza indefinidamente la realización de unas gestiones diplomáticas que mi gobierno deseaba fuesen emprendidas a comienzos de abril.

“Vuelvo a pedirle mil perdones por la molestia que le ocasiono, siéndome grato ofrecerle mis servicios en Moscú, si logro gracias a usted llegar hasta allí, y saludarlo nuevamente con mi mas distinguida consideración.”

* * *

Siete días más tarde, el 13 de abril enviaba un informe al ministro de Relaciones Exteriores, que comenzaba así: “¡Todavía en El Cairo! Fué, sin duda, árdua hazaña atravesar el mundo, en los días que corren, de hemisferio a hemisferio, trayendo a rastras un equipaje de 2.600 kilos y lograr armarlo a las playas del Africa Oriental. Pero los obstáculos que se oponen al traslado de esa carga se van tornando a cada paso más intrincados y duros de vencer. Tengo la nítida sensación de que los excelentes oficios de nuestros buenos amigos de la Embajada americana de Montevideo pierden eficacia conforme se van interponiendo distancias mayores y se complican las dificultades para el transporte por cualquier vía a causa de las necesidades de la guerra. En Argel, donde fuimos tan agasaja-

dos por las autoridades francesas, y tan cortésmente atendidos por las americanas y británicas, experimentamos, sin embargo, con respecto a nuestro bagaje, una *panne*."

Ni aquella carta ni un nuevo telegrama del secretario de la Embajada británica parecieron dar en el blanco.

Pedí, por cable, al Ministerio, que tratase de interesar por medio de las Embajadas americana y británica de Montevideo, a las autoridades centrales de sus respectivos países para que impulsasen a las de Argel. Pero apenas me llegaba el acuse recibo de mi telegrama, anunciando que se hacían gestiones —y antes, por tanto, de que hubiese habido tiempo de poner en juego a los Departamentos de Estado— Mr. Watson recibió la noticia de que nuestros baúles y cajas habían partido con destino a Port Said. Telegrafíé en seguida a Montevideo diciéndole: "Bagajes ici", pues ya daba por cosa hecha que dentro de cuatro o cinco días estarían en ese puerto, que se halla de El Cairo a dos horas de ferrocarril.

Estábamos, entretanto, a 18 de abril. Transcurrieron 5, 6, 7 días; y el buque no arribaba a Port Said. Nuevas horas de impaciencia y temor por la suerte de nuestra carga. Pero una noticia vino nuevamente a tranquilizarme: ¡acababa de llegar a Port Said! Sólo quedaba ahora que el cónsul británico, a quien se le encomendó que los remitiese a El Cairo en un camión militar británico, lo despachase sin tardanza.

Solicitamos en vista de eso, tres sitios en un avión para Teherán. Tres solamente porque uno de los empleados de la Legación debía quedarse para guardar la remesa y ocuparse de su envío a Teherán, siempre en camión militar británico, y esta vez en convoy, como quedó convenido antes de nuestra partida.

* * *

Deseábamos estar en Moscú el 1º de mayo. No pudimos porque las preferencias para el avión que se nos habían otorgado para el 24 de abril nos fueron canceladas a último momento el mismo 24. ¡Necesidades de la guerra, ante las que sólo cabe inclinarse! Con todo, hice saber a Mr. Watson que si se corría el riesgo de que se me cancelasen las preferencias por segunda vez, deseaba se nos facilitase un avión para nosotros solamente, pagando lo que fuese necesario. El correctísimo funcionario británico me aseguró que tendría los puestos

irrevocables para el primer avión que partiera, que sería cuatro días después, es decir, el 28.

Y el 28, a los 35 días de nuestro arribo a El Cairo, salimos —el secretario Jaunarena, el *attaché* científico Cruz Goyenola y yo, rumbo a Teherán. Dejábamos al *attaché* comercial, a quien habíamos encomendado la tarea —por cierto diabólicamente engorrosa— de entenderse con lo concerniente a la movilización de la pesada impedimenta.

Dispuesto a llegar a Moscú cuanto antes, aunque ya no podía ser para el 1º de mayo, tras los días de indispensable detención de Teherán, donde debimos pasar 5, seguimos viaje sin noticias de la carga ni de su cuidador.

Seis días hacía que nos encontrábamos en la capital de la U. R. S. S. cuando un telegrama nos informaba que Elpern estaba en Teherán y los bultos venían en camino a la capital iranesa. Desde Moscú nos parecía verlos avanzar por las carreteras del Irán para acercarse a la frontera rusa...

Se nos dan aquí noticias poco tranquilizadoras sobre lo que podrá costarnos el traslado de esos 2.600 kilos en avión. Tal vez haya que fraccionar el envío, para que unos vengan por aire y otro por tierra a fin de reducir el costo del transporte.

Y también se nos dicen cosas alarmantes sobre la inseguridad de las cargas en los sitios donde intervienen los cargadores de Iran...

¡Sería fantástico que después de tanto tironear de esa carga, a través de los mares y de los continentes, con nuestros puños y con nuestras ansias, como otros tantos barqueros del Volga, en sentido figurado, que arrastraran su barca desde la tierra firme de sus afanes por un Volga que era el océano Atlántico y el Mediterráneo juntos, y además el cielo de toda África y parte de Asia, y aún de Europa, debiéramos quedarnos mirando desde Moscú como el nudo se atasca nueva y definitivamente en el cerrado puño del destino!

* * *

A Teherán llegó, en buen estado, ese embarazoso aditamento de nuestras personas y de nuestra Legación.

Pero no habría de poder salir sin algún otro contratiempo. Una parte vendría en avión; la otra por vía marítima, atra-

vesando el mar Caspio hasta Bakú, y por vía terrestre, en ferrocarril. Transcurridas más de tres semanas, que expusieron al empleado que allí se ocupaba del transporte a una de las fiebres transmitidas por los mosquitos, cuyas picaduras le produjeron una especie de sarampión felizmente pasajero, recibimos la noticia de que el hombre se embarcaba en un avión después de remitir 600 kilos por vía aérea y trayéndose consigo un par de baúles.

Llegó, en efecto, pero cuando esperaba encontrar aquí, en el aeródromo, depositados los 600 kilos a cuyo embarco en un aeroplano él mismo había asistido el día anterior, se encontró con que esa carga no se hallaba en Moscú.

Su consternación era evidente cuando tuvo que venir a informar de lo que ocurría, arrojando un jarro de agua helada sobre nuestro prematuro contento por ver, al fin, cercana la terminación de esa lucha entre nuestro equipaje y las circunstancias; de ese tironeo de nuestra ansiedad febril para arrastrar detrás de nuestros pasos esa pesada cola. ¿Qué había acontecido? Nunca logramos averiguarlo. Menos mal que a los dos días aquellos bultos aparecieron en el aeródromo de Moscú y que pocas semanas después arribaban a una estación ferroviaria de esta ciudad las dos toneladas restantes.

Con un enorme suspiro de alivio, nos dejamos caer sobre un sillón de nuestro despacho cuando tuvimos la absoluta certeza de que en un depósito de una estación de Moscú se hallaba a nuestra disposición ese terrible "acompañante".

* * *

En definitiva cuatro meses y medio duró el viaje de toda esa impedimenta. Cuando se mide la distancia recorrida por esos 2.600 kilos se ve que si es asombroso haber logrado, en plena guerra, a veces a contrapelo del tráfico bélico, ese cargamento, en sólo un poco más de cuatro meses, no menos asombroso es haberlo traído con un desembolso que no llega a los dos mil dólares. Todos se admiran aquí de que hayamos podido traer casi con nosotros, desde Montevideo, esa carga. Y de que hayamos obtenido su transporte por barcos de guerra. El embajador de Grecia me decía que él tiene su equipaje desde hace dos años en Capetown, y que no pudo conseguir que un barco de guerra de su propio país se lo trajese hasta un puerto

más cercano de África, como Casablanca o Dakar. ¡Y nosotros habíamos obtenido que un destroyer británico cargase con nuestro equipaje desde Gibraltar a Argel, aparte de haberse nos proporcionado un avión solamente para nosotros con mil kilos de nuestro bagaje; y luego conseguimos que otro barco de guerra trajese nuestros bultos a Port Said, y que desde Port Said a El Cairo y desde El Cairo a Teherán, camiones militares nos prestasen igual servicio!

Un diplomático inglés nos decía que el mismo Churchill no hubiese podido hacer mucho más.

* * *

¡Oh, Ulises! ¡Qué modesto parece ahora tu viaje famoso (el más famoso de los viajes porque sigue realizándose a través de los siglos), cuando se recorre tu ruta desde las alas de un avión, que elimina las distancias y no deja sitio en ellas para la demorada aventura de las Circes funestas y de las islas encantadas!

No por eso fué menos esforzada tu hazaña memorable, que puso a prueba en largas noches de espera hacendosa, la fidelidad de Penépole. Pero tu odisea no conoció el prosaísmo de esta aventura fatigosa de un equipaje que se arrastra por los mares y por la tierra y no puede remontar los aires, viniendo a ser así como un grillete atado a los pies de sus dueños, viajeros como él.

Tú —oh, prudente Ulises— no hubieras podido narrar una peripecia semejante. A ti te bastaban muchas menos cosas para andar por el mundo y por eso tu viaje fué el de un héroe amparado por los dioses; y hubo —¡loado sea Zeus!— un Homero para contarle eternamente, con la lira de Apolo.

Julio 15 de 1944.

A P E N D I C E

DOS TRASMISIONES RADIALES (Inaugurando una práctica diplomática)

18 de julio de 1944

Desde la capital de la U. R. S. S. tiendo mi espíritu hacia el pueblo del Uruguay, la patria lejana, en estas palabras que confío al éter con motivo del aniversario de la jura de nuestra primera Constitución.

Este breve monólogo tiene por fuerza que adquirir la significación de un abrazo para todos mis amigos y para todos los que de un modo o de otro se han acercado alguna vez a mi corazón.

Porque es la primera vez que puedo hacerme oír en mi patria desde que a principios de febrero nos embarcamos con rumbo a esta nación. He querido ponerme en contacto espiritual con todos ellos y con el pueblo todo del Uruguay, para el que estoy estudiando el interesante medio histórico donde vivo horas que a ratos me parecen quiméricas, y el gran experimento social que aquí se lleva a cabo mientras se hace frente —con serenidad formidable— a las exigencias terribles de la guerra.

Yo ya he hablado por la prensa, en un reportaje de la Agencia Reuter y en unas declaraciones para diarios hispanoamericanos, del admirable espectáculo moral que ofrece al mundo este pueblo de trabajadores (aquí todos trabajan) aguerrido, viril, sano, física y moralmente sano, que no rehuye los sacrificios impuestos por las circunstancias y no llora sus muertos sino en la intimidad de su corazón, sin interrumpir su vida normal, sin ponerse de luto, sin dejar de concurrir al taller o a la fábrica, ni al teatro y los parques, aunque cada madre, cada padre, cada hermano lleven su inquietud y su congoja por la muerte de alguno de los suyos y carguen con su drama interno, del que parecen sacar nuevas energías para la lucha y para la resistencia en vez de motivos para desanimarse.

Uno de los gobernantes, el comisario adjunto de asuntos

extranjeros, el famoso Maiski, el ex ministro de la U. R. S. S. en Inglaterra, me decía que desde hace tres años nada sabe de un hermano suyo, médico, que fué al frente a prestar sus servicios como tal, ignorándose si ha muerto o si está prisionero en algún campo de concentración nazi. Ese es el drama aquí de muchos millares de familias. Una tarde presenciamos en el cruce de unas calles algo apartadas del centro de la ciudad el cuadro desgarrador de unas mujeres, jóvenes y viejas, que se despedían de un grupo de soldados que se iban a la guerra y se desasían de los brazos de sus madres y hermanas para trepar en el camión que los aguardaba. El dolor y el llanto de aquellas mujeres en medio de la vida serena de esta enorme ciudad, que parece insensible a tales desgarramientos, se transfiguraba a los ojos de nuestra imaginación en una aureola de martirio que se cernía en el cielo primaveral sobre todas las casas de la urbe.

Bajo la gravitación de esas sombras este pueblo vive su vida con austeridad, afrontando sus más duros deberes sin jactancia y sin fanfarronería. Los militares que se ven por todos lados, abundando los que llevan el pecho constelado de medallas, no acusan la más mínima arrogancia ni el menor aire de superioridad. Se ve que son ciudadanos con uniforme, que no constituyen una clase aparte aunque gocen de ventajosas prerrogativas personales, y se pasean con sus novias o sus esposas o sus hermanas o sus hijas del brazo, y con ellas van a los teatros y a todas partes, dando la impresión de que el cuartel o el campamento no cambia las costumbres de su vida civil y familiar. Suelen ser de buen porte, vestidos con ropas de primera calidad y divisas vistosas, pero no son nunca rígidamente militares, sino civiles con traje militar, lo que no les impide marchar en las formaciones con movimientos insuperablemente isócronos, de los pies y de los brazos, demostrando una disciplina perfecta. Llama la atención el cuidado que ponen en hacerse la venia entre sí cuando se encuentran, sea cual fuere su respectiva graduación.

Pero no son, claro está, solamente los soldados y oficiales quienes rinden su tributo a la guerra.

Los obreros, que redoblan su esfuerzo en las fábricas de armamentos, de aviones, de tanques. . . Las mujeres, de toda edad, que ocupan los sitios que dejan en el trabajo los hombres para enrolarse en el ejército, y se las ve conducir y actuar de guardas en los tranvías y en los ómnibus, servir de porteros y

guardianes en el metro, o sea el magnífico tranvía eléctrico subterráneo, barrer las calles, afeitarse en las barberías, dirigir el tráfico, cuidar el orden en la vía pública, como policianas, trabajar, bajo mi balcón del hotel, en la colocación de los rieles del tranvía, cavando en la tierra el sitio para los durmientes, etcétera. Los campesinos, sobre todo las campesinas, que vienen a ocupar puestos vacíos en las fábricas o que en los campos y aún en los alrededores de las ciudades, en todo pedazo de tierra utilizable, multiplican sus empeños para que no falte alimento a la población. Todos, aunque no están bajo banderas, son parte activa en el colectivo sacrificio para ganar la guerra, que a todos obliga a aumentar sus entradas para responder a las exigencias de la explicable carestía y a soportar las restricciones del racionamiento general.

Es éste un pueblo que ama la paz; que ha querido vivir la paz; que odia la guerra, y sin embargo, arrastrado por las circunstancias, se dedica a hacerla con una consagración heroica; y parte a los campos de batalla, al frente mortífero, con la misma serena energía sin alardes ni gestos con que en la ciudad y en las granjas trabaja intensamente para producir lo más posible y sobrellevar sin lamentos ni reproches las duras condiciones del momento trágico. No hay demostraciones populares para despedir a los soldados que van al frente; no hay partidas de regimientos acompañados hasta la estación por los gritos de la multitud. Sólo hay despedidas aisladas, desgarradoras, desde luego, que son solamente episodios familiares perdidos en el tráfico ruidoso de la inmensa ciudad. Todos los días salen por millares y por diversas vías, en camiones, en ferrocarril, en aviones, hacia los sitios en que los hombres mueren segados por la metralla, estos soldados que se codean con nosotros por las calles y andan de un lado para otro formados en pelotón, en piquetes, en regimientos, en cuyas filas se mezclan a veces robustas y ágiles muchachas, también de uniforme, con los muchachos atléticos, sin que sus semblantes traduzcan sino la tranquilidad de espíritu de quienes cumplen consciente y voluntariamente con su deber. Suelen, cuando marchan en formación, entonar cantos con ritmo de marcha y sus voces se oyen claras y armoniosas poniendo una onda de alegre resonancia sobre sus cabezas erguidas. De todos ellos fluye un sentimiento de confianza y de firmeza que los acompaña en su pasaje rítmico y reconforta el ánimo de la pobla-

ción. Cada uno de ellos lleva en su pecho la decisión de ser un héroe. Y así, en esa tensión de sacrificio y de heroísmo, vive sus horas este gran pueblo abnegado que no se cree superior a ningún otro pero que no quiere que ningún otro lo domine.

La nación ha sufrido mucho, los estragos de la invasión nazi son incalculables, las ciudades y aldeas destruidas se cuentan por centenas. Aquí mismo en Moscú, los bombardeos de la aviación nazi destruyeron muchas casas en los bordes de la ciudad, que todavía ahora toma sus precauciones contra la posible excursión de algún aeroplano enemigo de reconocimiento que llegue dispuesto a dejar caer, entretanto, alguna bomba, como ya había ocurrido. El cielo de Moscú se siembra todas las noches de globos cautivos metálicos de defensa, mientras los faroles de la calle se ponen a media luz bajo pantallas de hierro y rige el *black-out* para todos los edificios.

Y viendo la actividad febril que aquí despliega todo el mundo, se tiene la impresión de que cada uno ocupa su sitio, sería, tranquila y abnegadamente en un vasto campo de batalla. Por eso estaba bien el mensaje del Mariscal Stalin cuando con motivo de la reconquista de Sebastopol y después de exaltar el heroísmo del glorioso ejército, decía —insistiendo en un concepto de su orden del día de 1° de mayo— que el pueblo no estaba en deuda con el ejército, porque civiles y militares se habían sacrificado a la par.

Mis amigos del Uruguay: en el fausto aniversario que allí se celebra, recibid mis saludos cordiales y el augurio de que no ha de tardar ahora la terminación de la guerra con el triunfo completo de las armas de la libertad y de la democracia.

En un día como éste, yo deseo para el Uruguay las mayores conquistas de la democracia social y la realización efectiva y auténtica de la democracia política mientras mi pecho se abre a la esperanza de que el mundo civilizado, al terminar la guerra, avance decididamente en esa dirección.

25 de agosto de 1944.

Vuelvo a dirigir la palabra desde este micrófono de Radio Moscú al pueblo del Uruguay, agradeciendo desde luego la amabilidad de quienes me facilitan este medio de ponerme en comunicación con mi país. El 18 de julio inauguré estas char-

las radiofónicas pero nada sé aún de la suerte de esa primera transmisión porque no me ha llegado todavía noticia alguna informándome de ello. Abrigo la esperanza de que esta vez mi voz logre dar en el blanco y hasta mí llegue a su tiempo la repercusión espiritual de estas palabras mías, porque no quiero creer que se pierdan siempre en el vacío las que yo entrego al éter para alcanzar con ellas oídos atentos y corazones fraternales.

Vuelvo a hablarles de lo que aquí veo y siento, en este inmenso mundo de una ciudad que por sus proporciones nos produce al principio una impresión de sobrecogimiento, pero que poco a poco nos va rodeando el ánimo con encantos cordiales y sutiles, hasta ganárnoslo como una amiga en la que descubrimos cada día que pasa una nueva virtud. Sin duda contribuye a este efecto y a este afecto —perdóneseme el fácil juego de palabras— la magia de algunos días de sol y aire tibio que el verano deja caer sobre nosotros, no con mucha prodigalidad pero sí con cierta frecuencia, desde el regazo de sus cielos azules para que los parques se vistan con el verde suntuoso de sus árboles, y los jardines se enjoyen con la alegría multicolor de estas flores que también asoman, abundantes y gloriosas, en muchas esquinas urbanas y en las manos de muchas mujeres.

Moscú, como todas las ciudades del mundo, se transfigura con el sol. En su luz se yerguen, con todo el prestigio de sus líneas y de sus masas arquitectónicas, los grandes edificios que bordean sus amplias avenidas o marginan sus plazas y sus vastas explanadas. Y las torres de sus palacios hacen brillar el acero o el cobre de sus vértices metálicos, y sus iglesias la policromía de sus cúpulas bizantinas o el esmalte dorado de sus ápicos. Lástima que el espectáculo no es completo, porque la guerra ha obligado a apagar esos fulgores, a cubrir de oscuro esas aristas brillantes, a poner sordina de pinturas opacas a esos gritos de luz, a esos chispazos, a esos incendios inmóviles, que los rayos del sol o de la luna arrancaban de los techos eclésiásticos y de las torres del Kremlin, y que se volvían reclamos peligrosos para los pájaros de hierro que el invasor echaba a volar por el firmamento tratando de acercarse al corazón mismo de la ciudad para herirla con el zarpazo fulminante de sus bombas explosivas o de sus bombas incendiarias.

Ante mí, al otro lado del inmenso espacio libre de la ex-

planada Mojobaia, se alza el castillo de cinco pisos, con su coloración de tono tirando a rojo, con sus mansardes de plomo y sus cuatro torrecillas puntiagudas, sede del Museo Histórico y Arqueológico. A su costado, a la izquierda, el Museo de Lenin, con su severa construcción también de color rojizo oscuro, y a la derecha los altos muros del Kremlin y sus torres de piedra, viéndose al fondo de la calle las gradas de cemento de la Plaza Roja, destacándose de una decoración de pinos, entre los cuales se levanta con sus líneas rectangulares y su configuración de sarcófago el Mausoleo de Lenin, asimismo de un color rojo apagado, que se halla clausurado y no es por tanto ahora sitio de cotidiano peregrinaje como lo era antes de la guerra. Y todavía, sobresaliendo por encima de todo, la torre de la Anunciación del Kremlin, con su casquete agudo y su gran reloj de números y manecillas dorados. Miro a mi izquierda y veo una de las más centrales y animadas arterias de Moscú, que conduce entre edificios modernos como el hotel Moscova y la sede de las oficinas de diversos comisariados, desde la desembocadura de la avenida Gorki —que también contemplo desde mi balcón circular de la esquina del Hotel Nacional— a la plaza Sbiérdlova, en uno de cuyos costados se alza el Gran Teatro, bello edificio de estilo "imperial", con su peristilo de gruesas columnas y su frontis griego, característico de la gran arquitectura civil de los tiempos más prósperos del zarismo.

Me vuelvo hacia la derecha y veo, sobre la misma acera del hotel, prolongándose en una lenta curva frente al pequeño parque público que sonríe a la sombra de los muros del Kremlin, la línea clara de los palacios de columnatas y cornisas blancas sobre muros de color crema, donde funciona la Universidad del Estado, de Moscú; y más lejos, el frente empinado sobre una regia escalinata, del antiguo palacio en que se han instalado las salas de lectura de la Biblioteca Lenin, cuyo cuerpo central —oculto a mis ojos por hallarse retirado en la acera— de arquitectura modernísima, se eleva imponente y severo con su altura de muchos metros, sus lisas paredes de granito y sus medallones de bronce con los bustos de los grandes sabios y escritores de Rusia y sus estatuas de piedra decorando el pretil. Por ese lado la vista encuentra, encantada, un brazo de agua azul del canal del río Moscova, que hace una leve curva para enhebrarse en el hueco de un puente sobre el cual pasa esa

calle que un horizonte de edificios y de árboles escalonados en el lomo de una colina, escamotea a nuestros ojos.

Pero recogiendo la mirada y trayéndola a lo que está más cerca mío, ¿cómo no asombrarse ante los ríos de gente que la Avenida Gorki deposita en el cruce de las calles a ciertas horas, o afluye de diversos puntos, con la variedad de vivos colores de los vestidos veraniegos de las mujeres, hacia la esquina que hace cruz con la de mi hotel? Allí se halla una estación del Metro: la maravilla de Moscú. Otro día les hablaré de lo que es y lo que significa esa colosal obra de ingeniería; ese sistema subterráneo de trenes eléctricos, que supera por la belleza y el tamaño de sus estaciones por la longitud y el número de sus escaleras rodantes, por el estado de sus vagones, a todos sus congéneres del mundo.

Hoy prefiero entretenerme con los aspectos de la superficie de esta metrópoli, y hablarles asimismo de una gran Avenida universitaria donde se han instalado casi todos los institutos de cultura, desde el Instituto Stalin, para los estudios de la metalurgia, hasta el Instituto Bacteriológico; desde la Academia de Medicina, en medio de varios hospitales de Clínica, hasta los Institutos de Química y de Biología; desde el Instituto de Ingeniería al de Arquitectura, etc. Hay además en esa avenida edificios de departamentos para alojar a los estudiantes y profesores de esos diversos centros de cultura.

Esa avenida desemboca en otra muy agradable en esta época del año, la Avenida Lenin, que ostenta una tupida arboleda de tilos y consta de dos calzadas y una alameda central, amén de las aceras. Esa conduce a su vez, pasando por una zona de antiguas casas de maderas, típicas del viejo Moscú, a un barrio flamante, el barrio Lenin, una especie de ciudad novísima, donde se alzan grandes casas de pequeños compartimientos para los obreros que trabajan en las numerosas fábricas circundantes. Algunos de esos edificios están sin concluir. La guerra ha detenido de golpe su construcción. Son de seis a siete pisos, acaso de ocho, pero no más. Los hay de bellas líneas. Hay allí almacenes de comestibles y de ropas, confiterías, boticas, panaderías, y hasta alguna sala de cine, todo ello frente a una avenida urbana que es la prolongación de aquella otra.

Por ese lado, probablemente, se extenderá Moscú en los días de crecimiento futuro y de su reconstrucción a la termi-

nación de la contienda. Todo allí será nuevo, mientras que en la ciudad actual se alternan las edades, y lo antiguo y lo contemporáneo se mezclan para revestir de especial interés la fisonomía edilicia de Moscú, al lado de cuyos palacios públicos y sus mansiones señoriales de los tiempos del Zar, en que hoy funcionan museos, universidades, oficinas, hospicios, se alzan las construcciones de la época soviética, y entre las casas de madera —generalmente bajas, de dos pisos cuando más— de los tiempos de Pedro el Grande (cuyo típico palacio, en los alrededores, es asiento de una Academia Militar) se elevan espléndidas estaciones de ferrocarril, de diversos estilos, pero todas muy amplias y realmente hermosas.

Mas no puedo terminar sin decirles también, otra vez, del admirable espíritu que alienta en esta ciudad y anima a este pueblo, tal como es posible captarlo en las manifestaciones externas más simples y directas. Un acontecimiento saliente en la vida de Moscú ha sido la llegada de 55 mil prisioneros alemanes que desfilaron por sus calles desde una estación del ferrocarril, la de Bielorrusia, a otras estaciones para ser conducidos a diversos sitios del país. El espectáculo de ese desfile impresionante pudo servir para conocer en cierto modo la sensibilidad y el carácter de este pueblo en las reacciones sentimentales colectivas del ánimo público.

Muy grande y legítimo es el odio que su pecho nutre contra esas hordas de bárbaros civilizados, que han cometido en su inicua aventura de usurpación y de atropello las más feroces atrocidades con las poblaciones indefensas, y han sembrado de ruinas el suelo de la U. R. S. S., desatando sobre estas multitudes pacíficas la más horrenda tempestad bélica; sacando de sus hogares a estos hombres y mujeres laboriosas, que debieron empuñar el fusil y entregar su vida en defensa de la patria y de su propio destino personal.

Y he ahí que esos bandidos de uniforme, esos incendiarios de aldeas, esos violadores de niñas, esas fieras humanas, llegaban ahora, inermes y sometidos a la ciudad que se habían prometido saquear y pasaban, con los trajes desgarrados, descalzos, sucios, cubiertos de polvo y de barro, camino de las tierras soviéticas acaso para que las fecunden con el sudor de su frente en vez de inundarlas de sangre con la brutalidad homicida de sus manos. ¿Cómo reaccionaría a su vista toda esa inmensa muchedumbre aglomerada en plazas y avenidas, entre

la cual abundaban —naturalmente— las madres que perdieron sus hijos en el horror de las hecatombes decretadas por el nazismo, y los hijos que perdieron sus padres en la implacable destrucción de casas y aldeas o en la inexorable persecución de los fugitivos civiles por los aviones hitlerianos?

Pudo esperarse una explosión terrible e incontenible de justa cólera, una avalancha de ira que se descolgase sobre las cabezas de esos agentes de la barbarie sanguinaria, arrastrándolo todo a su paso. Hubo —no podía ser menos— en algunos grupos gritos hostiles, de maldición y de execración; hubo mujeres que lloraban por el recuerdo de sus seres queridos muertos en la guerra a manos de esos hombres que por allí desfilaron, no pocos, sobre todo los jefes y oficiales, todavía con cierta prestancia marcial. Hubo algún movimiento de la marejada humana que arrastraba alguna ola hacia las calzadas en actitud de desbordarse y caer sobre esos odiados enemigos, pero fueron impulsos esporádicos, aislados, prontamente reprimidos no sólo por la intervención vigilante de las autoridades sino por la voluntad de la inmensa mayoría, que guardaba, con el rostro crispado, una compostura tremenda.

Después de todo, esos prisioneros eran el enemigo vencido, eran el hombre extraviado, embravecido, enloquecido de barbarie por una mística ponzoñosa que le fué inculcada por sus tiranos y por sus preceptores y que, desarmado, inofensivo ya, se encaminaba, a pesar suyo, probablemente, hacia su regeneración espiritual bajo la influencia de otra vida y de otro sentido de la vida. Fué así un espectáculo de imponente serenidad, de firmeza de nervios, de alta comprensión popular, de estupendo equilibrio, el que dió este gran pueblo de Moscú, esa inolvidable mañana de julio.

Mis amigos del Uruguay: en ocasión del 25 de agosto, aniversario de la independencia nacional, he querido hacerme oír de ustedes y de todo el pueblo uruguayo, y no he encontrado mejor tema para celebrar con ustedes la fecha gloriosa, que el relato de algunas de las impresiones objetivas que he venido recogiendo en el seno de esta nación donde me siento, si es posible, más uruguayo que nunca, pero donde ejercito como nunca mi vocación de amar y comprender a todos los pueblos de la tierra.

FIN DE "DE MONTEVIDEO A MOSCÚ"